EL NIÑO QUE NUNCA FUE A LA GUERRA (1936-39)
JOSÉ MARÍA SANTOS VILLAR

EL NIÑO QUE NUNCA

FUE A LA GUERRA.

(1936-39)

JOSÉ MARÍA SANTOS.

"Vencer no es convencer. No puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión; el odio a la inteligencia que es crítica y diferenciadora, inquisitiva, mas no de inquisición." (Unamuno).

"¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!" (Millán-Astray).

"*Los impulsos ciegos que han desencadenado sobre España tantos horrores han sido el odio y el miedo. Odio destilado, lentamente, durante años en el corazón de los desposeídos. Odio de los soberbios, poco dispuestos a soportar la "insolencia" de los humildes. Odio a las ideologías contrapuestas, especie de odio teológico, con que pretenden justificarse la intolerancia y el fanatismo. Una parte del país odiaba a la otra y la temía. Miedo de ser devorado por un enemigo en acecho: el alzamiento militar y la guerra han sido, oficialmente, preventivos para cortarle el paso a una revolución comunista. Las atrocidades suscitadas por la guerra en toda España han sido el desquite monstruoso del odio y del pavor. El odio se satisfacía en el exterminio. La humillación de haber tenido miedo y el ansia de no tenerlo más atizaba la furia*" (M. Azaña).

"*El testimonio vivo de la guerra es poco probable que lo refleje un historiador, porque más bien es tarea del novelista, ya que la rememoración imaginativa de lo que es complejo no la expresan los datos que se pueden buscar en las hemerotecas o en los relatos parciales de los testigos políticos, sino que exige una imaginación evocadora y, al mismo tiempo, distanciada" (Ridruejo)*

ÍNDICE.

1 - Nota del autor.

2— Epílogo prologado.

3— El niño que nunca fue a la guerra.

4— Prólogo epilogado.

5 Juegos infantiles de aquellos años.

6- Localismos de la zona en que transcurre la acción.

1- Nota del autor.

Este libro es fruto de numerosas lecturas sobre la guerra civil española, de largas conversaciones con ancianos que habían sobrevivido a ella y de una deuda con mis recuerdos infantiles, los cuales atosigaban día a día, año tras año, mi devenir diario y recordaban a cada instante aquellos monólogos que Sor Milagros me

narraba cada vez que mi madre visitaba el convento de las Madres Clarisas de Benavente (Zamora) para visitar a su tía, madre superiora, gravemente enferma.

De las fuentes en que he bebido y que sin duda me han influenciado debo destacar a Miguel de Unamuno:"Del resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas", a Ramón Pérez-Maura: "La guerra civil en sus documentos", a Javier Tussel: "Los hijos de la sangre". a Juan de Iturralde: "El catolicismo y la cruzada de Franco", a Santos Juliá: "Historia de las dos Españas", a Manuel Azaña: "Discursos políticos. La oratoria perdida", a Pío Mora: "Los mitos de la Guerra Civil", a Paul Nizan: "De la España ensoñada a la España republicana" y a la editorial Espasa-Calpe, tomos 15 y 16 de su "Historia de España". Algunas novelas sobre la guerra civil españolas habrán dejado, sin duda, algún rastro de su abanico lingüístico y existencial en ésta. Mencionaré sólo algunas de ellas:"Las trece rosas", "El niño de los montes", "Soldados de Salamina" , "Los girasoles ciegos", "Invierno en Madrid" y el estudio de Andrés Trapiello: "Las armas y las letras. Literatura y guerra civil 1936-1939". A todos, gracias.

-

2 EPÍLOGO PROLOGADO.

Nadie sabe cuándo comienza una historia y menos aún cuándo termina. Tal vez el inicio rompa las reglas del tiempo hacia atrás poniendo una barrera infranqueable al tiempo y olvidando todo lo ocurrido anteriormente, y quizás el final no exista; pero el escritor debe elegir arbitrariamente un principio y un final, debe mirar hacia

atrás o hacia adelante para narrar la historia y, lo peor de todo, debe ponerle límites. Es la eterna lucha entre el escritor y el folio en blanco. Deseoso de conocer acontecimientos, un lector de lectura rápida devora página tras página sin detenerse a pensar en la dolorosa herida que deja en el autor cada palabra escrita, borrada o sustituida. “La palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”. A la frase bíblica, exenta de connotaciones religiosas, ni le sobra ni le falta ningún término. Palabra y carne. Una palabra escrita es un trozo de corazón, de intimidad que se pierde. Una palabra borrada representa un acto asesino de algo que ha salido de tus propias entrañas. Y una sustituida se convierte en vil cobardía de un reflejo que salió del alma en un primer momento y regresó a ella muerto. Y han sido tantos los asesinatos lingüísticos y las cobardías del alma que cuando el engendro vea la luz nacerá herido, defectuoso y dolorido. Tendrá que pasar mucho tiempo para que las heridas del parto cicatricen en el autor. Otro tipo de lectores habrá, tal vez rara especie en periodo de extinción, que, “ab initio”, comiencen preguntándose por qué esa primera palabra del texto y no otra, si tendrá algún significado especial dentro del devenir novelístico o si su presencia obedece llana y simplemente a una aleatoriedad azarosa producto de la desidiosa desgana del autor. Sea como sea, yo te propongo, sufrido lector de una u otra especie, que retrocedas siete largas décadas en el tiempo e imagines un simple arado romano de madera arrastrado por una yunta de bueyes. Al mando de la mancera va Juan Pendón. No te enerves. Tiempo suficiente tendrás para conocerlo. Avanza parsimoniosa la yunta e hinca con dificultad la reja en tierra. El surco se abre y sus entrañas exhalan sudorosos vapores telúricos entre terrón y terrón exfoliado. Atrás queda la tierra exfoliada y dolida esperando el remanso del tiempo mientras la vertedera asesina penetra en sus entrañas. ¿Me sigues? Pues déjalo ahí, aunque en tu subconsciente se hubiera instalado una imagen erótica producto de la mente enfermiza del autor. Ahora pido que te sitúes en tu tiempo (y en el mío), en unos grandes almacenes de cualquier gran ciudad española, repletos de vídeo-consolas, cedés de música, enormes hileras de pantallas gigantes de televisiones de plasma y montones de libros apilados. Allí descubrirás a un señor muy bien vestido llamado Míster X. ¿Ya estás ahí? Perfecto. Has seguido mi juego. Te he engañado como a un pardillo y has quedado atrapado entre el arado y el centro comercial, entre Juan Pendón y Míster X. ¿Que qué pretendo? Pues muy fácil. Hacerte saltar de un momento histórico al otro sin que te detengas en los tres años de la cruenta y estéril guerra civil española, ni en los más de treinta años de autarquía dictatorial, ni en la ejemplar (para unos), viciada (para otros), inútil (para unos pocos); pero al fin y al cabo necesaria transición democrática española. ¿Que a dónde quiero

llegar? A ninguna parte. Tan solo pretendo que tu subconsciente vuele entre el arado de madera y la vídeo-consola, entre Juan Pendón y Míster X, entre la guerra y la paz. Quiero que tu memoria histórica se anule por completo (seguro que no la tienes) para que no se transforme en rencor histórico y quiero que pienses que entre Juan Pendón y Míster X han pasado varias generaciones deseosas de olvidar el pasado para ver con claridad el futuro y poder vivir en paz consigo mismo el presente. Una vez dicho esto añadiré que no sé por qué elegí la fecha del 13 de febrero de 1936 como comienzo de esta novela. Quizás fuera la fecha la que me eligiera a mí, o mejor dicho, al personaje. Si creyera en un Dios supremo que rige todos los destinos del hombre aceptaría que fue Él quien tomó bruscamente mi mano y me ordenó: "¡escribe y empieza ahí!". Si mi imaginación hubiera sido espoleada por cualquiera de las nueve deidades que habitaban el Parnaso o el Helicón admitiría que fue la fabulosa musa de Apolo la que me guió. Pero nada de esto ocurrió. O tal vez fueran todos ellos juntos los causantes de mi insensatez de escribir, porque hay que estar bastante desquiciado para osar publicar un libro en los tiempos que corren, sabiendo que los "Grandes títulos editoriales" publicitados por megaempresas arrinconarán al tuyo, si es que algún día a los estantes de las librerías llega. Nunca lo sabré. Como los humanos somos proclives a buscar siempre un culpable a nuestras desdichas, he de admitir que la causante de la osadía fue Sor Milagros (su recuerdo lejano, la fuerza misteriosa de sus palabras ateridas y cubiertas de misterio de aquel cuento infantil de odios, juegos y miedos; pero, por encima de todo, su temprana muerte, de la cual me sentí un poco culpable) y el incitador del delito de publicar la novela Míster X.

Conocí a Míster X (expreso deseo del mismo de permanecer en el anonimato) en la sala Ámbito del Corte Inglés de Málaga una calurosa tarde de agosto del año 2008. A través de un Diario local se anunciaba la presentación de una novela histórica ambientada en la Málaga de finales del siglo XIX a cargo de Míster X, catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Málaga. No estaba yo muy interesado en el tema. Acudí a la presentación por intereses egoístas. Mi segunda novela estaba a punto de publicarse y necesitaba experiencias ajenas para enfrentarme al público por primera vez. Llegué a la antesala a la hora en que estaba previsto el inicio de la misma. Ni un minuto antes ni un segundo de retraso. Dos varones trajeados charlaban amistosamente en el centro. Los miré. Me saludaron con la mirada. Un potencial comprador del libro, imagino que pensarían. Asomé la cabeza por la puerta de la sala. La semioscuridad y el vacío golpearon mi rostro. El público andaluz siempre llega tarde- pensé- y salí a

husmear las últimas novedades editoriales de la tienda. Aún tuve tiempo de saldar cuentas con mi paquete de tabaco en la puerta del Centro Comercial antes de regresar a la sala. Los dos desconocidos seguían en el mismo sitio y en idéntica postura. Pasé por delante de ellos ignorándolos y me senté en la última fila. Comprobé la hora. Mi Casio marcaba las 19,48 horas y mi Casio era infalible. En la primera fila descansaba sobre el respaldo del sillón una cabellera plateada. Al menos no estaría solo. Dos oyentes y el silencio. Una suave melodía musical apenas lo incomodaba. Volví a ojear mi Casio. Y 51. En ese preciso instante los dos caballeros corbateados irrumpieron en la sala. La melodía musical no cesó y tampoco se encendieron las luces. Algo iría mal. No se sentaron en sus asientos presidenciales, sino que se volvieron hacia el público, nosotros dos, antes de bordear la mesa presidencial. El más joven tomó la palabra. Simuló una falsa sonrisa. "Buenas tardes. La gente prefiere la playa", se quejó a modo de disculpa, como si él fuera culpable de algo que no pertenecía a él. "Si están muy interesados, les resumo la novela…" y dejó escapar un largo silencio que invitaba a huir de allí a la carrera. Yo me incomodé. La viejecita de delante se levantó y casi sin mirar a los dos intrusos los abofeteó con la indiferencia: "yo daba una vuelta por el centro y entré aquí a descansar". "Adiós", la oí rezongar. Ahora era yo quien tendría que actuar y ya las miradas de los dos desconocidos comenzaban a atizar mis nervios. Tendría que decir algo o huir de allí en retirada con el rabo entre las piernas como perro asustado. Levanté el culo del asiento justo en el momento en que la anciana pasaba a mi lado. Oí cómo gruñía :"ganas de fastidiar la siesta a los más viejos". Dirigí mis pasos hacia los dos desconocidos y solitarios presentadores. Alguna mentira piadosa se me ocurriría por el camino para salir del trance. Yo también me sentía culpable de que el público hubiera preferido la playa a la conferencia. Les tendí la mano. "Pan y toros" salió de mi boca mientras los saludaba. Míster X alegró el rostro. Supe que él era Míster X por el bofetón que me lanzó en forma de pregunta. ¿Ya ha leído usted mi libro? Enrojecí. Otro absurdo. Otro compromiso. No había reparado ni siquiera en el título de la novela que allí se presentaba y el autor intuía que ya la hubiera leído. Tenía que ser sincero y no mentir. Salí por los cerros de Úbeda como pude. Yo también voy a publicar una novela, dije un poco abatido. Pues espero que no elija usted una tarde de agosto para presentarla, -ironizó-. Me pregunté qué hacía yo allí, entre dos intelectuales desconocidos y tratándolos de tú a tú. Corté por lo sano. "Tiempos mejores vendrán. Ha sido un placer". Volví a tenderles la mano y escapé de allí. Ni siquiera nos habíamos presentado. El cuerpo me pedía una cerveza fresca antes de tomar el coche de vuelta a casa. Me introduje en la primera cafetería que encontré, muy próxima al Centro Comercial. La

barra estaba a rebosar de público. Busqué con la mirada un hueco por el que escurrirme. Al fondo, junto a la entrada de los servicios, hallé uno. Dos jóvenes camareros atendían, nerviosos, a la numerosa clientela. El ruido era ensordecedor y mis continuos gestos con el brazo se perdían en la indiferencia de los dos jóvenes. Estaba a punto de rendirme y elegir otro local, cuando una frase conocida sonó a mis espaldas: "pan y toros". Míster X otra vez. Nos saludamos como dos viejos amigos que se encuentran después de mucho tiempo sin verse. El otro ya no le acompañaba. "Se equivocó usted de lugar para la presentación", - bromeé a voces. "Hubiera quedado esto barrido. ¿Una caña?", -respondió él-. Nos sentamos en dos taburetes que habían quedado libres, frente a frente, como dos enamorados y esperamos pacientemente la llegada del camarero. Yo ya no tenía prisa. Una mesa redonda separaba nuestros cuerpos. Observé su larga cabellera canosa, sus redondas gafas bifocales, su tupido bigote argentado y su camisa recién planchada. Intuí que sería bastante más joven que yo a pesar de sus cabellos albinos. Llevaba dos ejemplares de su novela en la mano y miraba impacientemente hacia la barra del bar. El numeroso público lo enervaba. Levantó cortésmente la mano izquierda y la mantuvo en el aire hasta que desde detrás de la barra se oyó un lejano "ya va". Antes de mirarme se le escapó una queja burlona: "detrito de sociedad". Se percató de mi presencia y su contrariedad contenida tornó en afabilidad. Me tendió un ejemplar.

- Permítame que me presente. Soy Míster X. Gracias por venir a la presentación.

Devolví el cumplido y pronuncié mi nombre de pila. Lo tuteé. ¡Vaya panorama cultural que tenemos en España!- dije, procurando caerle simpático y levantar su alicaído ánimo post-presentación. No se dio por aludido. Tomamos la Cruz Campo en la mano y brindamos por nada. Sonó seco el golpe de las dos botellas. Después del primer trago, Míster X explotó. No es que su estómago reventara, no. Ni que sus tripas asomaran a la superficie. Tampoco. Simplemente comenzó a destripar su pasado con una sinceridad asombrosa, sinceridad que a mí me pareció excesiva para contársela a un desconocido. Mi mujer me dejó –dijo- por culpa de la novela. Ella es de Centros Comerciales y de visitas a tiendas de ropa. Un día la sorprendí con otro en la calle. Ella no me vio. O eso es lo que yo creo, pero ya no volvió por casa. Me llamó por teléfono al día siguiente y me dijo que se iba. Pedí un año sabático de excedencia en la Universidad para dedicarlo al estudio de la época y estoy arruinado. Pero estaba contento y esperanzado con la novela. Merecía la pena intentarlo. ¡Ya has visto el resultado! ¿A quién iba a interesar la escisión integrista de los católicos? Pidió otra ronda al camarero y se disculpó conmigo. Perdona que te amargue la tarde. Necesitaba soltarlo. ¿De qué va tu novela?, se interesó. Nada del otro

mundo- le solté-. Algo ya muy trillado. Todo se habrá escrito sobre ese periodo. Es una historia de la guerra civil española. La historia no se escribe, se revive, me contestó. ¿Memoria histórica? No, Míster X. Todo lo contrario. Vida sin memoria. No te entiendo. A estos sociatas de ahora les ha dado por lo de la memoria histórica cuando las generaciones actuales no queremos recordar viejos odios y rencores. Podría ser un tema interesante, - añadió-. No me interesa ese tipo de memoria, por eso no utilizo esta palabra tan contaminada. Si de algo me he cuidado en la novela es de intentar esconder la verdad de los personajes. Y cuando hablo de verdad, me refiero a su identidad. ¡Ojalá no hubieran existido! Tengo la firme convicción de que nadie dará con ellos porque línea tras línea voy engañando al lector ávido por encontrar el pasado; pero no al que lo recrea, lo vive y lo sufre. Míster X desaprobó mis postulados. Te tacharán de ácrata histórico, de faltar a la verdad y tu novela tendrá el mismo destino que la mía. Si la historia es verdadera, no renombres a sus personajes. El lector busca siempre la verdad. ¿Por qué esconderla? La historia es verdadera, Míster X, es verosímil y es real; pero detesto que las cunetas, los cementerios y los montes de Arroyuelo y de Piedrahíta de Trasmonte sean levantados para localizar a los desaparecidos en la contienda, como recientemente ha solicitado el juez Baltasar Garzón, porque aunque respeto el derecho de los familiares a saber dónde se encuentran sus antepasados y comparto su dolor por dicha pérdida, no soporto la politización de la memoria histórica. No sería deseable que las pesadillas de millones de huesos que descansan en paz, unos en tierra identificable y otros en fosas comunes, despierten en los vivos odios y rencores caínicos que las generaciones actuales debemos olvidar. Es bueno que las generaciones futuras conozcan el pasado y las consecuencias de tanto derramamiento de sangre y lo tomen como ejemplo para que no vuelva a repetirse nunca más; pero dejemos que miren hacia delante y que tanto odio y rencor pasado descansen en paz eternamente. Los cementerios son lugares de silencio barridos por el viento que crece e inquieta las hierbas, limpia de hojas las sepulturas y deja al descubierto la tristeza de los nombres grabados en la piedra, la tristeza que acumulan las cifras de los años lejanos, casi ignotos, perdidos en la penumbra de los tiempos. Las cifras huelen a óxido bajo una cruz de hierro herrumbrosa y de esmerado trazado y, sobre todo, equivalen a olvido, a la desesperada costumbre de la desmemoria, a la costumbre asumida de cerrar las puertas a la muerte. Sobre mis espaldas se cargan todos estos muertos, las aventuras de todos estos difuntos, los años claros y lejanos o cercanos de sus vidas, miserias cotidianas, sonidos indistintos, palabras que resuenan todavía en los recintos del aire, las voces indisciplinadas o amables de los saludos, las campanas que escucharon bajo el calor del día en los

surcos, el imperceptible suceder de los días. Todos estos muertos miraron tanto al cielo que a mí me duele la claridad del mismo, el fugaz vuelo del halcón, el frío del aguanieve, la voracidad del alcaraván o del picazo, la majestad aérea del aguilucho. Todos estos muertos guardan en las cuencas vacías de sus ojos retazos de cielos crepusculares, tormentas de nieve o de pedrisco, sol de trigos helados, sombras de tarde cansada, caminos de polvo como única guía entre los surcos, ingentes extensiones de cebadas, trigos y centenos, dulces aleteos de palomas torcaces con su cuello color de jade. Y por eso quiero respetar el descanso de estos muertos, descanso merecido durante su ingrata existencia. Los efluvios alcohólicos de la tercera cerveza comenzaban a hacer mella en la lengua de Míster X y tal vez en la mía. *Quizás* fuera esta la causa de que un Catedrático de Historia de una Universidad se interesara por el manuscrito y que no osara replicar mi tesis. En el maletero del coche tengo uno, -contesté ilusionado de que tal personaje fuera mi primer lector.-
En el parking del Centro Comercial Larios intercambiamos nuestros números de teléfono, nos dimos un caluroso abrazo y quedamos en llamarnos de vez en cuando. Yo sabía que jamás iba a recibir una llamada suya, pero al menos se había llevado el manuscrito, el cual transcribo íntegramente.

3- EL NIÑO QUE NUNCA FUE A LA GUERRA.

1

Arroyuelo. 13 de Febrero de 1936.

Febrero descendía con sombras heladas de diciembre y por las calles nevadas de Arroyuelo levantaban su vuelo espantado los pardales. Una niebla blanquecina taponaba los tenues rayos del sol e impedía la agresión a los tejados congelados mientras las palomas se refugiaban del frío en sus palomares. Era ya media mañana y Jaime seguía aún en el pajar. El polvillo de la paja le producía un cosquilleo desagradable en forma de constantes picores por todo el cuerpo, pero ya estaba acostumbrado a ello, pues, no en vano, pasaba allí la mayor parte de su tiempo libre y allí dormía todas las noches, junto a su padre. Jaime era un chiquillo espabilado e inquieto, un jijas, como lo

llamaba el abuelo. Contaba doce años y no le gustaba ir a la escuela ni acudir a misa obligada los domingos, aunque rara fuera la vez que pudiera escabullirse de ello por temor a que le zurraran la badana. Echaba en falta a sus cinco hermanos y a mamá, quienes se habían quedado en su pueblo natal mientras a él se lo había llevado su padre, al que siempre llamaba papá, a vivir con él a casa del señorito don Ramón, para quien servía en la vecina aldea de Arroyuelo de Trasmonte. Papá decía que la cigüeña había traído otro niño de París y que mamá no podía atenderlos a todos. Esa fue la única explicación que le dio cuando lo arrancó de los brazos de mamá y lo depositó en aquel pajar al que había que acceder por un establo ocupado por cuatro vacas y una burra. Hacía de ello casi un año y él ya se había habituado a la nueva vida de Arroyuelo. Aquel día estaba contento porque cumpliría los trece años y su padre lo llevaría a visitar a mamá a Piedrahíta de Trasmonte, porque era sábado y no tendría que ir a la escuela y porque aún no era domingo y por tanto no habría misa dominical. Abrazaría a su hermano Juan, el mayor de todos, al que hacía más de un año que no veía, pues cumplía el servicio militar en Melilla y a él le decían que Melilla estaba muy lejos, aunque nunca lo creyó, para justificarle su ausencia. Su papá decía que, según el señorito, Melilla se había caído de España y había ido nadando hasta el otro lado del mar y su papá, que nunca fue a la escuela, se lo creyó. Algún día, cuando fuera mayor, se informaría de ello y le contaría a papá la verdad sobre Melilla y el señorito que se fuera a freír espárragos con sus mentiras. Su segundo hermano, Fernando, servía también en casa de otro señorito en un pueblo muy alejado de Arroyuelo, según papá, al que Torpe nunca podría llegar. Torpe era la burra del señorito a la que papá tenía que cuidar y alimentar todos los días. La llamaban así porque tropezaba cada dos por tres. Papá decía que era muy cabezota, pero a él le daba mucha pena su mirada y se había encariñado con ella. Tenía unos ojazos grandes y redondeados y cuando lo miraba parecía como si llorara. Siempre parecía triste. Aunque era grande y corpulenta, ya no servía para aricar. Papá le había dicho que de joven era capaz de terminar el ariqueo de una fanega sin descanso. De su larga cabeza destacaba un hocico achaflanado del que despuntaban unos grandes dientes ennegrecidos. Papá decía que era ya muy vieja porque cuando le entreabría las mandíbulas para ver si alguna sanguijuela se había incrustado entre sus enormes dientes asomaban perlas ennegrecidas y sucias. Su hirsuto pelo negro se convertía en plateado junto a la nariz, alrededor de los ojos y en la parte interna de las nalgas. Una noche le preguntó a papá si la luna que aparecía en el firmamento no sería algún ojo perdido de alguna burra triste y papá se echó a reír. Y le dio mucha pena papá. Nunca fue a la escuela y por eso no sabía lo de la luna y lo del ojo

perdido. Fernando entraba en quintas ese año y últimamente andaba contento, según papá, porque por fin se iba a hacer un hombre. Cuando le preguntó que por qué, le contestó que porque hasta que no se cumplía la mili no se hacía uno un hombre. Él también quería ser un hombre, pero no le gustaba aquello de la mili, tener que ir a un pueblo muy alejado, que papá no sabía dónde estaba y que el señorito don Ramón decía que se había caído de España. Otro día le preguntó a papá qué era eso de la mili. No entendió su respuesta. Había que servir a la Patria. Seguro que se lo había dicho el señorito, pues él nunca había ido a la escuela y se creía todo lo que le contaran. El tercero de sus hermanos era Blanca, una chica muy guapa, según mamá, y que ya había cumplido los quince. Sabía coser, bordar, fregar los cacharros y ya no tenía que ir a la escuela. ¡Qué suerte tenían sus tres hermanos mayores! Militaba en la Sección Femenina, según el señorito. Papá siempre decía de ella que algún día le encontraría un buen marido, pues aún no la había podido casar por no tener tierras y que aquello de la Sección Femenina tenía que ser algo bueno, porque la había enchufado el señorito. Y el señorito siempre elegía lo mejor para sus hijos, según papá, aunque a él no le gustase nada aquel aura perniciosa, altiva y de desprecio que parecía envolver la mirada de su amo. Un día apareció vestida de una manera muy rara, con un enorme vestido blanco que le llegaba hasta los pies y encima de él llevaba una camisa azul. Su cabello era ocultado por un pañuelo blanco. Llevaba unos zapatos de charol con tacones y un mandil le cubría la delantera. A la altura de los pechos tenía dibujado un yugo y unas flechas. Mamá le había dicho que era un traje típico de la región, pero él nunca antes lo había visto en el pueblo. El señorito la había montado en su coche negro y la había llevado a un pueblo muy grande para que actuara junto a otras chicas, según mamá, y enseñara a los niños pobres cosas sobre la salud para que no se muriesen antes de tiempo. Él no quería que su hermana Blanca se casara con nadie y así no tendría que vivir como papá y mamá, separados y cada uno en un pueblo distinto. Detrás de Blanca venía él y el quinto hermano tenía un año menos. Se llamaba Venancio y siempre andaba enfermo. Papá decía que había sobrevivido a unas diarreas estivales que se habían llevado por delante a cientos de niños y que por eso siempre estaba tísico. A él le daba mucha pena lo de su hermanito Venancio, pues era el único chico del pueblo que no podía jugar al frontón ni darle patadas al balón, pues enseguida se desmayaba. Siempre permanecía sentado y pasivo a la puerta de la iglesia viendo pasar la vida de los otros. Y la niña que acababa de llegar de París se llamaba Atenea, como la mujer del señorito. Cuando le preguntó a papá que por qué ese nombre, le arrimó una molleja y ya no volvió a interesarse más por el tema.

Aquella fría madrugada de febrero salió del pajar y se dirigió hacia el brocal del pozo que emergía altivo en el centro del corral, en donde siempre había un caldero lleno de agua. Se lavaría la cara para estar guapo cuando lo viera mamá. Pero la noche había dejado en Arroyuelo una horrible helada como regalo de cumpleaños, una de esas *pelonas que te dejan tieso* y el carámbano cubría la superficie del caldero. Tomó una piedra y golpeó con fuerza el hielo. No se rompió. Cuando estaba en trance de agarrar otra piedra más grande, una voz desde la cocina lo retuvo. Era Atenea, la mujer del señorito, que le ordenaba que acudiera a la puerta de la cocina. Siempre le decía lo mismo: "a la puerta de la cocina". Nunca podía entrar dentro, ya que el suelo se manchaba, según ella, con las pajas y el estiércol que arrastraban las suelas de sus viejos zapatos rotos. Obedeció y se presentó ante la fría puerta (a él le parecía que tenía que estar muy fría) sin protestar y sin lavarse. Atenea apareció con un serillo de esparto ennegrecido, sucio y que olía a vino añejo de bodega. Se lo entregó tiránicamente.

- Encincha la albarda a Torpe, ponle las alforjas y ten cuidado con la botella de vino. Llévale el bocadillo al señorito. Está en La Regata.

Atenea era una mujer joven y hermosa, pero a él no le caía simpática. Siempre le ordenaba las cosas con un despotismo exagerado, como si ella fuera su madre. Tan sólo era sumisa y obediente delante de don Ramón, el señorito, a quien nunca contradecía; pero cuando éste no estaba presente, parecía que la tomaba con él. Le hubiera gustado mandarla a paseo, decirle que él sólo llevaba el bocadillo a su papá, que él no era criado de nadie, que mandara al chulo de su Felipe con el bocadillo, que… Pero papá le había ordenado que obedeciera siempre a la señora sin rechistar. Agachó la cabeza y se dirigió a la cuadra. El calor de los animales resultaba agradable, ya que fuera hacía un frío aterrador que le *encarambanaba* las orejas y las puntas de los dedos. Acarició la pantorrilla de Torpe mientras le decía: "ya tenemos trabajo". La aparejó con la albarda (parecía que le gustaba, pues nunca se quejaba) y la encinchó. Después colocó las alforjas sobre la albarda y metió cuidadosamente en ellas el serillo. No quería que el señorito lo tachara de *chafallo* como a su padre, aunque él supiera que eso era mentira, pues era el hombre más ordenado y cuidadoso que él conocía. Desató el ramal del pilón de piedra que hacía las veces de comedero y se dirigió al corral. Torpe lo seguía obediente y Chispa comenzó a ladrar y a mover el rabo, dando vueltas eléctricas alrededor de ellos. Chispa o Chita, pues cada vez la llamaba de una manera diferente, era una

perrita que papá se había encontrado abandonada en el campo y se había criado en la cuadra, entre los animales y ellos dos. Era viva como un lirón y tenía un olfato fuera de lo normal. Unas manchas marrones embellecían su blanca piel, cubierta por un cabello corto y ondulado tan blanco como la nieve. Menuda de cuerpo y con patas *agalgadas,* papá decía que sería un cruce de razas sin casta. Siempre acompañaba a Torpe a todas partes y él nunca sabía quién seguía a quién.

Las calles, embarradas al atardecer del día anterior por culpa de la copiosa lluvia caída, se habían convertido en una pista de aterrizaje a causa de la helada nocturna y había que hacer malabarismos para no darse de bruces contra el suelo. Echó en falta la *chalina* que la abuela le había regalado el año pasado, los *chanclos* y las *cachuscas*, olvidados en Piadrahíta. Se tendría que conformar con los únicos zapatos viejos y rotos de que disponía y retar al mal tiempo. Tomaron la calle de El Medio y se acercaron a la iglesia. A aquella tempranera hora de la mañana sólo les acompañaba el ladrar de los perros tras las puertas al oler la presencia de Chispa. Las viejas casas de adobe y de tapias de barro despedían humo por las grietas de sus paredes y por las chimeneas. Las canales de los tejados comenzaban a sudar gotas con el calor del humo. Ningún niño había salido aún a la calle. En Arroyuelo tenía él contados veintidós chicos y quince chicas, sin tener en cuenta los que ya no iban a la escuela. Sus amigos de verdad eran Nacho, el hijo de Zacarías, a quien apodaban "el Bodegas", porque, años atrás, su abuelo vivía en una bodega; Pedro el Rojo, porque su padre era así conocido y Toño el Zarabeto, ya que tartamudeaba de vez en cuando. Nacho era un danzante que solía vestir farrapastrosamente. Pedro el Rojo era un poco pasmao, pero muy cuzo. Se metía donde no le llamaban, pescudaba cosas ajenas y por eso le untaban el morro de vez en cuando. El Zarabeto era el más inteligente de todos, aunque un poco modorro y más bruto que un arado. Se escarrincaba a cualquier tejado con la menor excusa y cuando lo pillaban, no se metía en berenjenales. Se inventaba cualquier disculpa y siempre se libraba de lo más habitual, que le endilgaran unos cuantos correazos. Últimamente estaba un poco desconocido, pues había despollinado de repente y se le había llenado la cara de granos. También solía pasar largos ratos en el pajar jugando a las tabas con Carolina, la hija de los señoritos, y con Pipi, el hijo varón de su amo. Él lo llamaba Pipi, pero cuando sus padres andaban de por medio había que nombrarlo con su verdadero nombre, que no era otro que Felipe, como si de un Felipe II del que hablaba el maestro en la escuela se tratara. Y eso que era *un pelín* palurdo. Carolina era un año mayor que él y ya la habían casado hacía años con el hijo de un terrateniente de Piedrahita, pues decía

papá que así juntaban las tierras y serían los más ricos de la contorna. Era muy presumida y altiva. Jaime, a veces, pensaba que era tonta; pero nunca se lo dijo a la cara. A él lo veía como a un bicho raro, como un esclavo de sus juegos, a quien sólo necesitaba cuando ella no tenía con quién jugar; pero no le importaba con tal de estar entretenido. Era rubia y de ojos claros. Sus ojos no se parecían en nada al de la luna ni a los de Torpe y eran menos vivaces que los de Chispa. Se creía guapa y se reía ella sola de cualquier cosa, aunque no tuviera ninguna gracia. Pipi, su hermano, tenía diez años y su padre decía que iba para marqués. También lo habían desposado con la hija de uno de los más ricos de una aldea que, según papá, distaba dos días en burra de Arroyuelo.

Mientras estos pensamientos rondaban en su cabeza, el pueblo ya les había dado la espalda. Chispiaba suavemente una lluvia fría y acarambanada sobre los campos helados, sembrados de trigo y de cebada, lluvia que no impedía que Chispa correteara por ellos. Sus aletargadas y cencelladas plantas blanquecinas apenas levantaban un palmo del suelo. Algunas se resguardaban debajo de los terrones. Ante el peso del hielo depositado en sus pequeñas hojas, sus débiles troncos se retorcían y giraban hacia el suelo, recordando al viandante el gélido invierno. De vez en cuando unas verdosas acedas querían desafiar la helada sin conseguirlo. La perra iba y venía, venía e iba siempre teniendo como centro de gravedad a Torpe, quien lo seguía sumisa. Olisqueaba las frías hierbas de la cuneta e hincaba el morro en cualquier agujero que encontrara. Cuando se creía despistada, levantaba el embarrado hocico y los buscaba con la mirada pidiéndoles permiso para continuar con sus exploraciones subterráneas. Ya habían dejado atrás el arroyo Grande y se disponían a atravesar la pradera. Detrás de la chopera que lindaba con el prado se resguardaba del viento la finca de la Regata. Papá decía que era la más grande del contorno y que tendría de cábida unas tres cargas y media. Chispa debió de oler que su dueño estaba cerca, pues los abandonó y se perdió por entre los chopos. El eco del zureo de una paloma torcaz traspasaba la arboleda; pero Chispa ni se inmutaba. Corría y corría en busca de su amo. Cuando Torpe y Jaime llegaron al borde de la finca, papá ya la acariciaba en el centro de la parcela. Lo saludó con el brazo y siguió derramando el nitrato. El señorito, en cambio, dejó la tarea y se dirigió hacia las alforjas. Sacó la botella de vino y el bocadillo y se sentó en una piedra. Mientras, papá seguía caminando con la blanca sembradora colgada del hombro izquierdo por entre las adormiladas plantas de cebada. Él ató a Torpe a una rama y corrió hacia papá para darle un beso. Éste le acarició el cabello.

- ¿Por qué tú no comes, papá?

Su mirada triste lo decía todo.

- No te preocupes por eso, hijo mío. Yo soy un simple obrero y no tengo derecho a bocadillo. Ya estoy acostumbrado.

- Pero eso no parece justo, papá.

- Y no lo es, pero yo nací pobre y debo de aceptarlo. Ya sabes lo que tienes que hacer para que a ti no te ocurra lo mismo. ¡Estudiar! Estudia y huye del pueblo, huye de la miseria, huye del campo y no sigas el ejemplo de tu padre. Si no estudias, serás un destripaterrones más. Y ahora, hijo mío, debo de seguir furrulando. ¡Pistonuda fole tiene don Ramón! Vuelve a casa con Torpe. Tú ya has ganado el jornal.

Se encaminó hacia la rama en la que había atado a Torpe. ¿Qué jornal había ganado él? ¿El tocino rancio que colgaba de los varales de la cocina? "Estudia, hijo mío". A él, que no le gustaba el colegio, le decía su padre que estudiara. "Huye del pueblo". Con lo que a él le gustaba Arroyuelo. "Huye de la miseria, huye del campo, serás un destripaterrones más" ¡Qué palabreja tan larga y tan miserable! Seguro que su inventor era un chapuzas como papá arreglando las tapias caídas a base de barro, paja, piedras y adobes rotos sin simetría alguna, a ojo de buen cubero y seguro que era de un pueblo grande en donde nunca se hacía la matanza, porque a quién se le ocurría pensar que un terrón pudiera tener tripas dentro. Para saber esas cosas no hacía falta ir a la escuela ni meterse en la cabeza las enciclopedias de segundo y de tercer grado que había heredado del abuelo. ¿Por qué el señorito tenía tantas tierras y papá ninguna?, se preguntaba mientras desataba a Torpe. Pegó un silbido y apareció Chispa por entre la chopera chorreando rocío por todas partes. Se lo quitó de encima con unos nerviosos meneos de su menudo cuerpo y las gotas fueron a parar a su remendado pantalón. "¡Chispa!", la regañó y ésta agachó la cabeza avergonzada. En vez de regresar al pueblo por el mismo sendero se dirigieron al río, que distaba unos doscientos pasos de la finca de don Ramón. Se sentó en la orilla sin soltar el ramal de Torpe. El agua turbia y gris se deslizaba lentamente y sus olas resbalaban unas sobre otras, empujándose entre sí, amontonándose violentamente en el centro. Lanzó una china al agua ante la atenta mirada de Chispa.

El río la engulló a tal velocidad que casi no la vio caer. ¿La habría llevado el agua corriente abajo? Su pensamiento preguntó al río si haría falta huir del pueblo para salir de la miseria, para no ser un simple destripaterrones y si sería necesario estudiar para no tener que depender del señorito. Porque a él aquello de hincar los codos no le hacía mucha gracia. ¡Con lo aburridas que eran las enciclopedias y los berrinches que cogía cada vez que tenía que aprenderse algo de memoria! ¿De dónde vendría tanta agua? ¿Dónde nacerían tantas gotas? Porque aunque Piedrahíta también se elevara junto al río, la corriente venía de más arriba. Parecía triste el río desde la hierba quemada del invierno. ¿Sabría él lo suyo? ¿Se habría contagiado de su pena? ¿Habría descubierto el secreto del ojo perdido? Alguna noche tendría que escaparse hasta la ribera y asomarse al espejo del río para divisar el ojo perdido. Se convencería entonces de que todo era cierto y se apenaría de papá por no haber ido nunca a la escuela. ¿Y lo de Melilla? ¿Caminarían sus aguas hasta morir al lado de un gran charco o descansarían en el mar, como decía su maestro? Pensó que en algún sitio tendría que morir porque el agua gris estaba triste, porque las hojas muertas de los álamos flotaban sobre sus aguas y nadaban corriente abajo, porque las ramas secas arrancadas de los árboles se arremolinaban en los remansos y allí se quedaban para siempre y porque al tirar la piedra le pareció ver unas cuantas lágrimas posarse sobre sus olas. Y además se fijó en que las bogas y los barbos nadaban corriente arriba, como huyendo de la muerte, peleando contra las olas y enseñando sus lomos plateados.

Despertó del triste embrujo ante el brusco giro de cabeza de Torpe y posterior ramalazo. Chispa también estaba nerviosa. Tendría que regresar a Arroyuelo y cumplir las órdenes de papá. Antes de levantarse de la fría hierba lanzó una última mirada al río y le preguntó si le parecía justo lo del bocadillo; pero tendría que pasar mucho tiempo, años tal vez, o quizá siglos para que el río contestara la pregunta y se olvidó de la respuesta. Regresaron al pueblo con parsimonia y cabizbajos. Chita también parecía mohína.

Papá no llegó a casa hasta la hora de comer. Normalmente los domingos de invierno caminaban hasta Piedrahíta y se quedaban todo el día con su familia en casa de los abuelos, los papás de papá; pero él confiaba en que aquel día de su cumpleaños se hiciera una excepción y adelantaran el viaje a la tarde del sábado. Mientras jugaba a los cartones en el pajar con Pipi sonó la campana. Era la señal que cortaba sus juegos, la que obligaba a Pipi a marcharse a su cocina y la que anunciaba la llegada de papá a las cuadras con la fiambrera bajo el brazo. Papá sabía hacer de todo y había construido una mesa de

madera y dos sillas con tablas que él mismo había serrado de un chopo cortado por un rayo. Aunque en el arte de la albañilería fuese un poco chapuzas, la carpintería la dominaba a la perfección y sus trabajos se convertían en obras de arte imperecederas. En aquella pequeña cocina que rayaba con la cuadra eran los hombres más felices del mundo y hablaban largo y tendido de todo en las largas noches de invierno; pero aquel mediodía notó que papá tenía prisa.

- Hoy es mi cumple, papá. ¿Podemos ir a ver a mamá?

Papá lo miró de soslayo. En sus tristes ojos adivinó la respuesta.

- El señorito anda muy atareado. El viento arrecia y él dice que se avecina una tempestad. Antes de que llueva debemos de finalizar la tarea del abonado.

No le contestó. Sabía que aquello de la tempestad no era verdad, que lo único que quería el señorito era explotar a su padre y que los relámpagos brillaban “en ca Cristo”; pero se aprovechaba de que su padre nunca había ido a la escuela.

2

Piedrahíta. 28 de Febrero de 1936. Domingo.

Por aquello de la tempestad que presagiaba el señorito no habían podido ir a ver a mamá en todo el mes y la lluvia había oteado pacíficamente a los habitantes de Arroyuelo desde las altas nubes durante todo el helado febrero sin amenaza de desprendimiento. Solo unos cuantos calabobos los habían visitado de tarde en tarde. Por fin, aquel último domingo del crudo febrero meseteño caminaban padre e hijo por el embarrado camino que llevaba a Piedrahíta, casi a oscuras. Detrás les seguía Torpe. Unos días antes había visitado Arroyuelo un hombre de Piedrahíta y había hablado con papá. Según papá, era el alguacil de Piedrahíta y de Arroyuelo, aunque él no se fiaba mucho de lo que le decía papá, pues no sabía ni leer ni escribir y cualquiera le podría engañar. Aquel hombre tocaba la trompeta en cada esquina del pueblo y hacía como que leía un papel y después lo cantaba. No le gustaba mucho, pues siempre decía que hablaba en nombre del señor alcalde y el señor alcalde siempre daba órdenes; pero papá seguía diciendo que era el alguacil. El caso es que el hombre de la trompeta le comunicó a papá que hoy bautizaban a su hermanita en la iglesia de

Piedrahíta y que la señorita Atenea sería la madrina. A él no le agradó que Atenea fuese la madrina de su hermanita, porque era una creída, una mandona y porque era la mujer del señorito, el que explotaba a su papá. Además, como eran muy ricos, le darían un buen aguinaldo el día de Año Nuevo, y a él nunca le habían dado nada sus padrinos, un hermano de mamá y una hermana de papá. Para empezar, ya había tenido un detalle el señorito y había metido en las alforjas de Torpe una bolsa con garbanzos y otra con patatas. ¡Con lo tacaño que era el señorito!

Llegaron a Piedrahíta cuando el sol comenzaba a desperezarse por encima de las encinas del monte, cuyas hojas le limpiaban las lagañas. La misa no comenzaría hasta que el sol no mirase cara a cara al vacío nido de cigüeñas. Aunque San Blas ya hubiese quedado atrás en el calendario, papá decía que aquel invierno había sido muy frío y que las cigüeñas retrasarían el viaje. En esto su papá llevaría razón y se alegró de que no hubiera ido nunca a la escuela para que no buscase disculpas estúpidas para explicarle lo de la ausencia de cigüeñas. Aunque llegaron temprano, el ambiente en casa de los abuelos era un revoltijo de nervios. Todo el mundo andaba con prisas preparándose para la ceremonia del bautizo. La abuela *mormiaba* sin parar y le preguntaba al abuelo si el gallo estaba listo. Mamá colocaba la ropa, ya planchada, en las camas de sus hermanos y se movía *sin paranza*. Blanca embetunaba las botas de sus hermanos con un viejo trapo lleno de manchas negras y marrones. Fernando se arreglaba las patillas, que terminaban en pico hasta casi juntarse con el bigote, al reflejo de un pequeño espejo colgado de la puerta que en su día había sido la cuadra de las vacas. Juan había venido de ese pueblo que tan lejos estaba y esperaba turno para el espejo. Sólo Venancio parecía despreocupado y tranquilo, sentado en el poyete de piedra que siempre había permanecido arrimado a la puerta que daba al corral. Jaime siguió al abuelo hasta la cuadra de los pollos y mientras le ataba las patas a uno de ellos con una cuerda de esparto que él mismo había fabricado, le preguntó:

- ¿Para quién es el gallo?

- ¡Para el cura, hijo, para el cura!, - contestó en un tono abatido y resignado -, y mientras le hablaba, arreó un cogotazo seco al gallo con la mano abierta y a la altura de la cresta. El animal quedó aturdido.

No entendía aquello. Sólo tenían dos gallos, no tenían qué comer y se lo daban al cura. Quiso protestar ante el abuelo.

- ¿Y por qué se lo dais al cura?

- Costumbres, hijo, costumbres. No tenemos dinero para pagarle el bautizo y el diezmo que le damos a la iglesia no alcanza para sufragar los gastos. Sabes que somos muy pobres.

No se enteró de casi nada de lo que le había hablado el abuelo.

- Has dicho diezmo, ¿Qué es eso del diezmo?

El abuelo se encaminó hacia el portalón con el gallo aturdido debajo del brazo. Puso la cabeza de éste en el cepo que utilizaba para cortar la leña, sacó una navaja pequeña del bolsillo del pantalón de pana negro y le abrió el cráneo por detrás de la cresta con un corte seco, mientras con su mano izquierda apretaba fuertemente el pico del gallo contra su garganta. El gallo se quejó, intentó mover las alas que tenía aprisionadas el abuelo con una cuerda de rafia y lo salpicó todo de sangre.

- El diezmo es un impuesto que hay que pagar a la iglesia. Por cada diez fanegas de trigo o de cebada, una es para el cura. De cada celemín de castañas o de bellotas recolectadas, otra décima parte irá a parar a la iglesia y por cada hemina de tierra sembrada llenaremos esa hemina (y le señaló un recipiente de madera con base rectangular terminado en ángulo obtuso, ordenándole con la mano que se lo acercara) de lo recolectado para la iglesia. A cambio, tenemos derecho a bautizarnos, a hacer la comunión, a ir a misa, a casarnos y a ser enterrados. Pero si eres pobre, como nosotros, hay que criar un pollo para poder pagar el bautizo. ¡Siempre ha sido así, guste o no guste!

Aquellas costumbres tan raras y tan injustas de sus mayores no las llegaba él a comprender. No se acordaba de su bautizo. De la comunión apenas le resonaban los castigos que don Manuel, el cura de Piedrahíta, le había regalado por no aprender el Credo, las virtudes teologales y la Salve. La misa le parecía un rollo muy aburrido y pesado, y él no quería casarse para que no le pasara como a papá y a mamá, que tenían que vivir separados. Y lo del entierro era ya otra historia, pues él no pensaba morirse nunca. ¿Por qué entonces aquello del diezmo y del gallo? Oyó la voz de mamá recordándole que la ropa

limpia esperaba encima del escaño de la cocina y ordenándole que se cambiara. El abuelo desató las patas y las alas del gallo muerto, lo introdujo en un saco de rafia, agarró los cornijales del saco y lo depositó dentro de la hemina. Limpió la sangre de la navaja con la punta del mandil y se llevó el gallo muerto al zaguán. Jaime siguió con la mirada el saco suspendido de las manos del abuelo, observó los olisqueos de Chita en los bajos del saco y obedeció a mamá, que ya había desaparecido de su vista, visiblemente nerviosa. Sólo a Venancio parecía no apremiarle aquella situación de nervios y de prisas. Al pasar junto a él y verlo sentado en el poyete, tomando el sol y despreocupado de todo, lo envidió. Era un tipo con suerte. A él nadie le daba órdenes.

Ya en la iglesia, Atenea no lloró ni siquiera cuando don Manuel le derramó un chorro de agua por la cabeza. Los padrinos y papá y mamá se pasaron toda la misa de pie, junto al altar. Doña Atenea mecía en brazos a su hermanita como si fuera hija suya y Jaime veía feliz a don Ramón cada vez que miraba para la niña. Papá, que se ubicaba a su derecha, tenía un rostro demasiado serio. Algún día le preguntaría por qué parecía triste el día del bautizo de su hija. Al finalizar la misa, cuando se encaminaba hacia la salida, divisó el saco de rafia en la sacristía. Miró para el cura y lo maldijo en silencio, aunque fuera pecado.

El sol había salido de su letargo y arreciaba con fuerza sobre tejados, calles y calvas de aquel numeroso grupo de vecinos que se echaban un parlao en la plaza, despreocupados, a la salida de misa mientras los rapaces corrían agachados de un lado a otro buscando los confites del bautizo. La antigua iglesia del pueblo, toda ella de piedra y de estilo románico, según don Manuel, presidía, altiva, el centro de una aldea cuyas escasas cincuenta casas, todas ellas de adobe y barro, la reverenciaban rodeándola. El centro neurálgico de Piedrahíta era aquella iglesia y su plaza contigua, cuyo frontón embarrado era testigo mudo de innumerables partidas de pelota a mano que libraban sus vecinos. Papá, que contaba treinta y ocho años, era su ídolo predilecto en aquel juego. Sus musculosos brazos y sus encalladas manos golpeaban las pelotas macizas con una fuerza descomunal. Nadie era capaz de ganarle y todos querían formar pareja con él, aunque nunca hubiera ido a la escuela. Él solía sentarse en los escalones de la puerta de la iglesia, junto a Venancio, se mordía las uñas de los nervios y disfrutaba cada vez que papá daba un golpe ganador. El único que le podía hacer sombra era el señor alcalde, don Macario, uno de los ricachones del pueblo, quien no podía soportar que un simple obrero le ganara los partidos. Para evitarlo, siempre que podía jugaba con él

de pareja, sobre todo si había *pelotaris* de otros pueblos. Aquel domingo el señor alcalde no *aconcejó* a los vecinos. Los concejos se solían celebrar en aquella plaza, siempre después de misa, y ningún vecino podía faltar a ellos. No hacía falta pasar lista. Todos se conocían. Aquel domingo los vecinos se reunieron en grupos, todos ellos preseleccionados de antemano. En uno de ellos estaban el señor cura, don Manuel; el señor alcalde, don Macario; un veterano veterinario de procedencia gallega y que llevaba en Piedrahíta cerca de veinte años; el secretario del ayuntamiento, un joven salmantino eternamente vestido de corbata y a quien siempre trataban de usted los vecinos. Se llamaba don Jesús y, como decía papá, lo que él dijera iba a misa, porque había estudiado en Salamanca. Lo de papá no tenía perdón de Dios. A este grupo selecto no podía faltar la figura arrogante de don Joaquín, el maestro del pueblo, persona muy respetada a pesar de que lo apodaran don Tumbajarras. Nunca preguntó a papá por aquel apodo, aunque aquella botella de aguardiente que siempre le acompañaba junto a los libros del Quijote y de la Celestina lo decía todo. También se liaban unos *ideales* junto al corro de los selectos los cuatro o cinco ricos del pueblo: don Benjamín, don Pancracio, don Felipe y don Macanás. Y no podía faltar aquel día la esbelta y orgullosa figura de don Ramón, su estúpido y arrogante señorito. Además, aquel domingo se les había unido al corro dos testigos de excepción con uniforme verde, correajes amarillos, un extraño tricornio negro acharolado, capas azules y fusil. A él nunca le habían hecho nada malo, pero todos los chiquillos se escondían cuando se daban de bruces con ellos. El otro grupo, el más numeroso, lo formaban todos los demás: el Arrugas, Paco el Comunista, Pepe Lobón, Antonio el Tabarés y papá, entre otros. Las mujeres del pueblo salían de misa apremiadas por las prisas y desandaban las calles domingueras sin apenas conversar entre ellas. Un leve cuceo por lo bajo y a hacer las jeras y preparar la comida. Los chicos, terminados los confites, correteaban por la plaza o jugaban a las chapas, a los santos o a la tajuela en la parte trasera de la iglesia; mientras las chicas lo hacían a la comba en la calle que daba al cementerio. Se sentó en el escalón de la puerta de la iglesia esperando la disolución de los corros y el partido de pelota. El grupo de los selectos, muy próximo a él, tocaba un tema político que Jaime apenas comprendía. Sus palabras llegaban claras y nítidas a sus oídos. Don Jesús, el secretario sabelotodo, llevaba la voz cantante:

> - Los rojos han vuelto a ganar las elecciones. Volverán a proponer como presidente a ese inepto que nos ha llevado al caos durante estos últimos años.

- Y no permiten que Calvo Sotelo ocupe su escaño. Se quieren cargar a los cedistas, - repuso el alcalde.

- Y para colmo, no aceptan el acta de diputado a Primo de Rivera, al que tachan de fascista, - añadió, encolerizado, el maestro don Joaquín -.

- ¡Volverán a quemar iglesias!, - se quejó el párroco -, y las utilizarán como casas de citas y de borracheras.

- Y lo grave no sólo es eso – añadió el secretario- . La radio ha dejado muy claro que este gobierno no confía ni en él mismo. Hasta el mismo Azaña ha declarado que ya están para que los fusilen, porque entre ellos mismos se pelean. A la sustitución del Presidente de la República la derecha no acudirá, los caballeristas no votarán por Azaña y desearán que caiga desde lo más alto y los más rojos le atacarán desde todos los frentes. Ellos mismos se devorarán unos a otros como lobos hambrientos.

- Y mientras ellos se pelean por el poder, los desórdenes públicos están a la orden del día, - bostezó el señorito don Ramón -.

Don Pancracio, el ricachón de Piedrahíta, que hasta ese momento había permanecido mudo, tomó la palabra como si de un Séneca se tratara.

- Algún día, paisanos, nuestros propios cuervos nos sacarán los ojos. –Jaime observó que los presentes cambiaron la mirada hacia el otro corro y que don Pancracio bajaba el tono de su voz -. Guardias Civiles como los de Yeste es lo que se necesita en España. – Ante la mirada atónica de los presentes e intuyendo que no comprendían lo anterior, les narró pausadamente y muy quedo: -. Un grupo de campesinos se apoderó de las tierras de sus dueños. El escarmiento fue ejemplar. Once de los detenidos fueron acribillados a balazos.

Don Ramón frunció el ceño y oteó a papá. Él no sabía que aquel enano sentado en los escalones lo escuchaba.

- Por lo que a mí respecta, lo tengo muy claro. A la mínima, le siego la gorja.

No se explicaba cómo aquellos hombres nacidos en un pequeño pueblo del que nunca habían salido sabían tantas cosas del país. Seguro que todos habían ido a la escuela, aunque poco más tarde adivinó la fuente del saber de aquellos convecinos. Se trataba, según el cura, de *un arradio*. Él no sabía qué era un *arradio.* Lo indagaría con papá cuando llegaran a Arroyuelo. También intuyó el terrible odio que aquellos hombres le tenían a los del otro grupo, los obreros pobres de Piedrahíta, cuya conversación él ignoraba. Cuando llegara a Arroyuelo se lo preguntaría a papá y le contaría todo aquello que había escuchado, aunque no sabía si lo entendería, por aquello de no haber ido a la escuela. Al poco rato los grupos se disolvieron y ya no hubo partido de pelota. Después de comer se acercó al río. Quería comprobar si las aguas tristes de Arroyuelo eran las mismas en Piedrahíta. Papá le había enseñado tres cosas y con las dos últimas no estaba muy de acuerdo. Le había dicho que al río lo llamaban "El Tera", que moría en otro más grande llamado Esla y que los ríos no podían estar tristes. Él no podía imaginarse que hubiera uno más grande que su querido Tera y menos aún que no pudiera estar triste, porque él había sentido su tristeza en su corazón; pero no quiso llevarle la contraria a papá por aquello de que no había ido a la escuela y él no tenía culpa de ello. Se quedó en pie un buen rato en el húmedo césped de la ribera, clavado como un árbol y con las manos en los bolsillos. Sintió frío en el alma y en los pies, y olió el miedo en el ruido de la corriente. "A la mínima le siego la gorja" parecía repetir la corriente de agua. La frase del señorito huía de sus ojos, se depositaba en las agitadas aguas y regresaba a su tembloroso ánimo. Se giró bruscamente y arrancó a andar deprisa camino de Piedrahíta. Debería darse prisa en regresar a Arroyuelo para comprobar si aquellos miedos que transportaban las aguas del Tera a su paso por Piedrahíta llegaban antes o después que él a Arroyuelo. Si su papá gustara de observar el río, lo convencería para que le acompañara y leyera en sus aguas el secreto; pero él no era de los que se quedaban contemplando un río. Siempre pasaba de largo.

3

Arroyuelo. Lunes. Uno de Marzo de 1936.

Entre la cuadra y el pajar el señorito don Ramón había mandado levantar una pequeña cocina de adobes con chimenea incluida para que él y su padre pasaran las frías noches de invierno. Los inviernos de Arroyuelo parían siempre días monótonos y aburridos. Se parecían

a la caja de cartón en la que él guardaba sus chapas. Dentro de ella se atropellaban las heladas, los vientos del norte, las tormentas de nieve y las escarchas. Papá decía que era muy bueno el señorito por regalarles aquella cocina. ¿Estaría en lo cierto papá o sería para que no le mancharan la suya y para no mezclarse con ellos, pues eran ricos y papá y él sus míseros obreros? Tal vez no tendría que ser tan mal pensado. En los cortos días de invierno papá había construido una pequeña mesa camilla y tres pesadas sillas de madera de encina. Él decía que eran eternas. A ambos lados de la chimenea, aprovechando los huecos laterales, había colocado unos anaqueles de roble y los había tapado con unas puertas de madera de nogal, ennegrecidas ya por el humo de la lumbre. En aquellas alacenas guardaba el tocino de la matanza con el que desayunaban a diario, el bacalao que a veces le traía el abuelo, los platos de madera de encina que él mismo había fabricado y las sobras de comida que alguna vez les llevaba Atenea. ¡Cuánto echaba en falta los *coscarones* que su abuela le preparaba años atrás, los varales repletos de chorizos y el jamón colgado junto a la chimenea! También se había fabricado un artilugio para dar caza a los desvergonzados ratones que le mordisqueaban todas las noches el preciado tocino.

Al levantarse aquella mañana, papá ya le tenía asado el tocino a la brasa y preparado el brasero que le acompañaría a la escuela. Un día el abuelo había ido a un pueblo muy lejano en el que había muchas casas y muchas tiendas y les había llevado un bote de sardinas en aceite. Aquel manjar tan especial sólo se cataba los domingos a mediodía. Cuando se terminaron las sardinas, papá limpió el bote, le hizo dos agujeros en la parte superior e introdujo en ellos una alambre gorda de casi metro y medio. Era el mejor brasero de Arroyuelo y el más bonito. Papá le había aleccionado sobre cómo tenía que dar las vueltas a aquel invento para que las brasas no se apagaran ni le cayeran encima de la cabeza y se convirtió en un experto en el arte del volteo. Su brasero era el que más calentaba de la escuela y el que más tardaba en apagarse. El cisco de encina que papá hacía provenía sólo de las ramas más fuertes y las brasas eran de encinas centenarias con un reseco especial de tres años como mínimo. Éste era un secreto que le había contado papá y que jamás contaría a nadie. En cambio, el brasero de Pipi se apagaba a la media hora y él *se partía el culo* por dentro. Que le dieran morcillas. Su brasero era la envidia de todos los niños del pueblo y eso que papá no había ido nunca a la escuela.

Aquel día, como casi todos los días que había escuela, los niños de segundo grado rodearon la mesa de Don José María, el maestro, quien tomaba la lección sentado en aquel sillón de madera carcomida

por todas partes. Él procuraba saberse siempre la lección para así ser el primero de la fila, colocarse justo al lado del maestro y calentarse los pies con la estufa de gas butano que tenía debajo de la mesa y, además, otear por encima de su calva el libro abierto que reposaba junto a dos plátanos y una naranja y copiarle las respuestas con su ojo de águila. Pero aquella mañana la pregunta le pilló algo despistado. Repasaban las matemáticas y aunque ya había aprendido a hacer la raíz cuadrada, algo que ningún chico de Arroyuelo sabía hacer aún, don José María lo sorprendió con aquella pregunta que tantos quebraderos de cabeza le traería. Le preguntó que cuál era la distancia más corta entre dos puntos. Se quedó en blanco. Atisbó las trizas de la goma amarilla de gas butano que descansaba entre las piernas del maestro. Empezó a temblar. Don José María le repitió la pregunta con una mirada cruzada y desafiante. Se puso rojo como un tomate. Parecía que los ojos del maestro abandonaban su órbita y se clavaban en los suyos como espada afilada. Intentó calmarse y reflexionar. Vio dos plátanos y una naranja encima de la mesa. Casi se tocaban. Nada en el mundo sería más pequeño que aquel espacio entre las dos frutas. Allí encontró la solución:

- El cero.

Todos los niños rieron y lo dejaron a rape terrón. Hasta su amigo el Zarabeto, zoquete donde los hubiera, que no sabía ni hacer la O con un vaso, que siempre era el último de la fila y era *más bruto que un arao,* se burló de él. No le dio tiempo a defenderse del veloz movimiento de don José María y la goma amarilla de butano imprimió en sus nalgas unos cardenales que tardaron varios días en desaparecer. Su abuelo Juan le explicaría días más tarde que se trataba de una equimosis sin importancia cuando él le había contado que se había pegado una buena lomada al tropezar contra una piedra. Acto seguido, el maestro se puso en pie y le propinó una somanta de tortas (y no de carnaval) que lo aturdieron. Cayó al suelo y creyó que le habían roto la crisma. Don José María le ordenó que se levantara, juntara los dedos de ambas manos y los pusiera boca arriba. El golpetazo de la gomas en sus ateridos dedos y uñas hizo que olvidara los dolores anteriores y que aflorase al exterior un grito de terror incontrolado. Parecía haberse vuelto loco su maestro. Y no contento con aquello y para que sirviera de ejemplo, lo castigó al cuarto de los ratones hasta después del recreo. Llamaban “el cuarto de los ratones” a un oscuro habitáculo ubicado debajo de las escaleras que comunicaban la escuela de los niños con la de las niñas y en donde se guardaban la escoba, el recogedor, el carbón y todos los *telares* viejos inservibles. Se agachó y se sentó encima del carbón. Al menos el Pelao

no estaba allí. Cerró los ojos para no tener miedo a los ratones y comenzó a darle vueltas al porqué del castigo. Las piernas le ardían, su cara echaba fuego y las uñas no las sentía. Se acordó de papá. Temía su reacción si se enteraba del castigo. Cuando después del recreo salió del cuartillo ocurrió lo más grave. Su brasero había desaparecido. ¡Cualquiera le pedía explicaciones a don José María después de lo del cero! Se asomó por debajo del pupitre y no lo vio. Su brasero era único y allí no estaba. Se incorporó y prestó atención, pues los Reyes Católicos circulaban por entre los pupitres y no quería volver a la ratonera. Al finalizar la clase y después de rezar la Acción de Gracias (don Manuel, el cura, cerraba todos los días la escuela con el Acción de Gracias), salió el primero a la calle y se fijó en todos los braseros de los niños. Seguía sin aparecer. Alguien se lo había robado o escondido. Tendría que contárselo a papá y tendría que decirle lo de la ratonera, con lo que el castigo sería doble y le zurrarían la badana una vez más.

Cuando papá llegó a la cuadra al mediodía quiso allanar el camino por su punto más débil para librarse de una buena labra.

- Papá, - le dijo, antes de que él hablara-. ¿Tú crees que hay algo más pequeño que el cero?

Vio que papá entornaba los ojos en señal de sorpresa. Mientras abría un saco de harina e introducía la mano en él, le preguntó:

- ¿El cero quedaba a la izquierda o a la derecha?

Se apenó de él. No había entendido nada de nada. Le jeringó la respuesta y se cabreó con él.

- Pero papá, ¿qué tiene que ver eso con lo que yo te pregunto?

Su padre mezclaba la harina con la paja en los comederos de Torpe y de las vacas. Se volvió para explicárselo.

- El otro día el señorito me dijo que aunque gobernasen los republicanos yo siempre sería un cero a la izquierda. Por eso te lo pregunto.

Entonces recordó las conversaciones de Piedrahíta y se culpó por no habérselas contado aún a papá. Tenía que perdonarlo y no ser tan duro con él, pues bastante tenía con no haber ido nunca a la escuela;

pero él, aunque fuera a la escuela, tampoco sabía quiénes eran los republicanos y qué era lo que querían, Y por qué el señorito don Ramón los odiaba. Barruntó que su padre supiera algo de aquello. Lo del brasero se lo contaría más tarde.

- ¿Quiénes son los republicanos, papá?

- El señorito dice que son unas personas que se creen muy listas, que nunca han tenido nada y que quieren repartir las tierras entre los obreros que las trabajan. Eso dice el señorito. Y también dice que se cargaron al rey, y que queman las iglesias porque no creen en Dios, y que son de izquierdas. ¿Tú sabes lo que es ser de izquierdas?

- Tú siempre dices que la Rubia es de derechas y la Sevillana de izquierdas.

- Sí, pero nunca se pelean. Trabajan al unísono y se defienden una a la otra cuando por San Isidro sale la vacada al prado y otra vaca ataca a una de ellas. Y van al yugo obedientes.

- ¿Entonces?

Papá se limpió la mano en la frente de la Rubia y le acarició la cerviz, dejando un poso blanco en sus mechones rubios.

- Sigo sin entender lo del cero a la izquierda.

- Y yo lo de la distancia más corta entre dos puntos. – Jaime lo agarró de la chaqueta antes de que entrara a la cuadra de los cerdos -. Papá, si te digo una cosa, ¿vas a pegarme?

- ¿Por qué iba a hacerlo, hijo? ¿Qué has hecho? ¡No me digas que te has vuelta a pelear con el hijo del señorito!

- No, papá. Es más grave, mucho más grave. ¡Prométeme que no me darás un pescozón!

Papá dejó el caldero con las patatas cocidas en el suelo y descorrió la tranca de la puerta de la cuadra. El olor de las patatas cocidas alcanzó sus pituitarias y por poco vomita. Su padre se volvió

hacia él.

- ¿Qué es lo que has preparado, granuja?

Sin duda alguna se había equivocado. No tenía que haber esperado a que papá soltase el caldero, pero ya no tenía escapatoria.

- ¡Me han robado el brasero!

Papá asió otra vez el caldero y lo vació en los comederos de los cerdos. Parecía que no le había dado importancia a aquel asunto tan grave. Solo escuchó algo así como "después hablaremos de eso". Una leve sonrisa de alivio surcó su cara. Por la tarde se había ido a las tierras sin mencionar lo del brasero. Tan sólo le había dicho que tenía que hacer los deberes y sacar del pozo tres calderos de agua y llevarlos a las cuadras para que se caldearan, pues el agua salía del pozo helada. ¡Cómo cuidaba papá a sus animalitos! Antes de terminar la faena ya había ido a visitarle Pipi, quien le esperó para ir a jugar a la cuarta con el Zarabeto, el Bodegas y el Rojo, que aguardaban en la calle. Entre jugada y jugada Jaime observaba los movimientos faciales de cada uno de ellos intentando adivinar cualquier gesto que delatara al ladrón del brasero, pues creía que uno de sus cuatro amigos había sido. Él jugaba con ventaja, ya que no lo había contado a nadie, salvo a su padre, y sólo el ladrón sabría lo del robo. En una de las jugadas, el Zarabeto hizo trampa y arrimó con el pie su chapa a la suya. Se dio cuenta de inmediato y se le enfrentó dándole un *emburrión*.

- ¡La has movido! ¡Eres un tramposo!

El Zarabeto se defendió.

- ¡Eso es mentira!

- ¡Te he visto! ¡La has movido!

El Zarabeto había cogido la chapa de Jaime del suelo y se la había metido en el bolsillo. Se le volvió a enfrentar mirándole fríamente a los ojos.

- ¡Eres un ladrón!

Entonces el Zarabeto cambió la mirada hacia Pipi y comenzó a reír a carcajada limpia mientras el señalado permanecía con el gesto inmutable. La había cagado el Zarabeto, aunque siguiera riendo. Se

volvió a la velocidad de un rayo y agarró del cuello al acusado. Se lo apretó tan fuerte que enrojeció al instante. Lo aprisionó contra la pared sin soltarlo. La cara de Pipi enrojeció, se le arrugó la mamola y parecía que se ahogaba. Él no aflojó. Al contrario, apretó con todas sus fuerzas.

- ¡Quiero mi brasero, ladrón!

- Yo no tengo tu brasero, - se defendió - . suéltame o se lo diré a mi padre, - le amenazó -.

No se amilanó por la advertencia de aquel quejica. Cerró con fuerza el puño derecho y se lo puso frente a la nariz.

- ¡Dime quién lo tiene o te rompo los morros!

Los otros permanecían al margen y serios como patatas. Cualquiera metía baza en el asunto en aquel momento. Las chicas, al percatarse de los gritos de Pipi desde el otro lado de la calle, dejaron la comba y se acercaron corriendo. Carol observó a su hermanito y quiso defenderlo; pero éste se vino abajo y confesó lloriqueando.

- Se lo he dado a mi primo el de Piedrahíta.

¡Qué mierdica! Perdió los nervios y se lió a puñetazos con él. Le endilgó un golpe a puño cerrado en la nariz. El Rojo y el Bodegas lo agarraron para separarlo, mientras Carol gritaba, asustada, que dejara de pegarle a su hermano. Cuando lograron apartarlo, el *cuitao* del Pipi sangraba a raudales por la nariz. Entonces Jaime, acojonado, echó a correr. La sangre lo había asustado. Se metió en el corral y se refugió en la cuadra. Por fin sabía dónde estaba su brasero. Permaneció junto a Torpe, la Rubia y la Sevillana. Las otras dos estaban al fondo y no les prestaba tanta atención. Para calmar la ira de su padre cuando llegara (creía que se enteraría enseguida del incidente) les repartió a todas media talega de paja y medio bote de kilo de harina de cebada, salvo a Torpe, que se tenía que conformar con un cuarto porque, según papá, tenía que trabajar menos y el señorito le había ordenado que había que ahorrar. Fuera del corral reinaba un silencio sepulcral, sólo roto de vez en cuando por los nerviosos ladridos de Chispa y los gruñidos de los dos cerdos, que estarían a verlas venir. El señorito cebaba todos los años dos puercos para después, por San Martín, hacer la matanza. Uno era para él y el otro para el abuelo de Carol. Cuando papá andaba atareado, él debía de atenderlos. Se acordó de que tenía que limpiarles la cuadra. Tomó la horca, que él siempre llamaba

purridera, como papá, aunque el señorito dijera que estaba mal dicho, y se dirigió a la pocilga, que quedaba al otro lado del corral. Oyó voces de mujeres en la cocina de lumbre del señorito. Dejó la purridera a un lado y se apostó junto a la cama de Chispa, bajo el portal que lindaba a la cocina. Aguzó el oído. Por el habla reconoció que quien platicaba era una tía del señorito.

- ¡Es lo último que nos podía pasar! ¡Que nos pierdan el respeto!

- Lo pondré en conocimiento de Ramón y que él determine el castigo, - respondió doña Atenea.

- ¡Qué desfachatez!, - gruñó la mujer de don Fernando -, el hijo de un puñetero obrero pegándole al hijo de quien lo mantiene. ¡Esto no lo podemos permitir! ¡Se merece un escarmiento!

Comenzó a temblar como vara verde de avellano. La señora Fidela había descubierto lo que se traían entre manos. Él era el problema. Chispa ladraba a su lado sin parar y por los movimientos del rabo le rogaba que la sacara a dar un paseo. Le hizo un gesto con el dedo índice sobre los labios para que se callara. Lo iban a descubrir por su culpa, pero ella seguía a lo suyo. Y las mujeres también.

- Dejadlo en mis manos, - susurró doña Presenta, la mujer de don Aquilino, el alcalde -. Éste es un problema de orden público y mi Aquilino se encargará de solucionarlo.

Doña Presenta. Con la mala leche que tenía. Cada vez que se topaba con un chiquillo del pueblo le soltaba cada responso de aquí te espero y si la cosa quedaba ahí, estaba uno de enhorabuena. Ahora se cruzaba ella en su camino. Se barruntaba en el pueblo que don Aquilino obraba según la lata que le diera su esposa y aquel problema de orden público nada bueno debía de ser. Se tapó con unos viejos y empolvados sacos de rafia y se acurrucó junto a Chispa. ¡Aquello era terrible! ¡Don Aquilino, el señor alcalde! ¡Con la fama que tenía! Don Aquilino era ya muy anciano y era alcalde del pueblo desde mucho antes de que Jaime naciera. Papá decía que lo había nombrado alcalde el rey Alfonso XIII cuando él sólo tenía cuatro años, según el abuelo. Había echado cuentas y le cuadraba todo. Treinta y ocho años de papá menos cuatro que tenía entonces daban como resultado treinta y cuatro años de alcalde. Seguro que don José María no lo habría mandado al cuarto de los ratones si en lugar de lo de la distancia más

corta le hubiese propuesto solucionar aquel problema matemático de sumas y de restas. Todo el mundo respetaba y temía a don Aquilino. Papá le había contado de él castigos horribles. Al Lobón, por haber robado un saco de trigo de la era del vecino, lo había tenido encerrado cuatro días en el viejo ayuntamiento sin comida ni bebida y, no contento con ello, en la procesión de San Isidro Labrador, como escarnio público, le hizo caminar delante del Santo cargado con un enorme haz de centeno delante de todo el pueblo. Y eso que no era de Arroyuelo. Y al papá del Bodegas lo sorprendieron, de noche, con dos sandías ajenas. Como escarmiento tuvo que pasar toda la temporada de la siega en casa del dueño de las sandías sin recibir salario a cambio. A saber cuál sería su castigo. Según aquellas mujeres, lo suyo era un problema de orden público. ¡Qué pena que papá no hubiera ido a la escuela para que le explicase lo del problema de orden público! Tal vez tuviese razón papá con aquello de que tendría que estudiar, aunque sólo fuese para comprender el problema de orden público, lo de ser de izquierdas o de derechas, lo del cero a la izquierda, lo del diezmo y del gallo y tantas otras cosas más, entre ellas la distancia más corta entre dos puntos. Mientras tanto, se escondería allí mismo hasta que el mal tiempo amainara. Chispa ya se había acostumbrado a su presencia y permanecía callada. Las mujeres ya se habían ido y la paz volvió a reinar en el corral del señorito. Sólo los aleteos de los nerviosos gorriones que revoloteaban junto al barro de las cuadras y los gruñidos de los dos cerdos que se habían quedado sin merienda rompían el silencio de aquella tarde tan negra. Su suerte y su futuro pendían del parecer de don Aquilino, el señor alcalde.

- ¡Jaime, Jaime! ¿Dónde estás?

Hacía ya un buen rato que las nubes, con codicia de usurero, se habían apoderado de los rayos de sol. Oscurecía en el corral y era ya noche cerrada en aquel portal que le servía de escondite. La voz de papá llamándole le puso sobre aviso de la gravedad del asunto. ¡Jamás le había buscado papá en el corral! Sabía que si no lo encontraba en el pajar, o en la cocina, estaría correteando por la calle y que ya regresaría cuando se cansara de jugar al escondite o de picar en las puertas de las viejas del pueblo; pero aquella tarde-noche lo buscaba.

- Jaime, ¡sal de donde te encuentres! ¡No pasa nada!

"¡No pasa nada!" "¿No pasa nada?" ¿Quién le había dicho a papá que pasara algo? Él mismo se había delatado. Con el dedo índice

hizo un pequeño agujero en el saco de rafia y, sin moverse, aplicó el ojo. Papá, en el centro del corral, portaba una hoz en la mano izquierda y la tralla con la que atizaba a Torpe las nalgas en la diestra. Y Torpe estaba en la cuadra. Se oyeron unos pasos y papá desapareció de su ángulo de visión.

- No lo encuentro, don Ramón.

Comenzó a sudar y a titiritar de frío y de miedo a la vez. ¡El padre de Pipi estaba allí!

- ¡Juan! Tu hijo no es un buen ejemplo para el pueblo. Las mujeres andan escandalizadas y han acudido a don Aquilino. Hasta el señor maestro lo tuvo ayer toda la mañana en el cuarto de los ratones. ¡Hay que hacer algo para que se corrija, de lo contrario se convertirá en un bandido! Pone en muy mal lugar a los Pendones.

Siempre llamaba papá a papá, pero su nombre era Juan, como su abuelo y como el padre de su abuelo. Juan Pendón. La dinastía de los Pendones (en concreto, la de los Juan Pendón) duraba ya varias generaciones y, según el abuelo, si uno había sido pobre, el siguiente le había superado en la miseria. Su padre no era una excepción y su hermano Juan caminaba en la misma dirección; pues no creía él que aquello de la mili le reportara un futuro glorioso. El abuelo había llegado a la conclusión de que nadie que se llamase Juan en su familia triunfaría en la vida. Al menos él no se llamaba Juan, se consoló. Papá se había enterado de lo del cuarto de los ratones de la peor manera posible. Se lo tenía que haber contado cuando lo del cero. Por un momento se consideró ya hombre muerto. Jamás saldría de aquel escondite. En cuanto tuviera una oportunidad, huiría de allí y se refugiaría en casa de mamá. Pero lo encontrarían igual. Se tiraría al río, o a un pozo, o se ahorcaría con la soga que colgaba en el pajar. Pero eso no lo podía hacer. Él siempre había pensado que no se iba a morir nunca. Tomaría el camino de la Regata. Cavaría un hoyo entre los chopos y se escondería en él para siempre. Por la noche pescaría barbos y truchas en el río y los asaría entre los chopos, en la oscuridad de la noche, cuando todo Arroyuelo durmiera. Y cuando fuera mayor, obedecería a papá y huiría de la pobreza y de la miseria de Arroyuelo. Y todos lo darían por muerto. Y cuando hubiera encontrado trabajo y ahorrado unos cuantos reales, se compraría unos zapatos nuevos, una camisa y unos pantalones. Y volvería por la noche a Arroyuelo. Y visitaría a Carol para reírse de sus faldas rojas y de sus zapatos de charol domingueros. Y convencería a papá para que huyera de la casa

del señorito y emigrara con él a otro pueblo más grande, en donde se podían comprar sardinas en lata y en donde habría muchas casas, mucha gente y menos miseria. Y…

- Don Aquilino ha dictaminado que, como escarmiento, debe ser expulsado del pueblo para siempre.

A Jaime se le abrió el cielo. Se iría con mamá, aunque para ello tuviese que dejar solo a papá y se perdiera la compañía de Torpe, de Chispa, de la Rubia y de la Sevillana. Papá no contestaba a nada. Permanecía en silencio cabizbajo y apesadumbrado. Después de una breve pausa, don Ramón ordenó:

- Pero antes de la expulsión recibirá doscientos azotes delante de todos los chicos del pueblo como escarmiento. ¡Ese es mi castigo!

Don Ramón se largó de allí y papá se dirigió hacia las cuadras. Seguro que estaría buscándolo. Al poco rato apareció en el corral con el bote de harina y un cubo de agua. Los cerdos dejaron de gruñir. "¡Doscientos azotes delante de todos los chicos del pueblo!". ¡Que se lo ha creído!, pensó. Y que se rieran de él Pipi, Carol y hasta sus amigos el Zarabeto, el Rojo y el Bodegas. ¡Eso nunca! ¡Antes, ¡al pozo! "Y expulsado del pueblo". ¡Qué deshonra! ¡Qué vergüenza! Aunque bien mirado, pensaba, tendría sus ventajas. Recuperaría su brasero tan pronto como llegara a Piedrahíta, defendería a su hermano Venancio de todas las bromas y diabluras que le gastaban los niños en el recreo y en la escuela, cuando don Tumbajarras se despistaba o se quedaba dormido encima de la mesa y parlotearía sin cesar con el abuelo en las largas noches de invierno, a la luz del candil, junto a la chimenea de la cocina de palos y al calor de las brasas. Porque su abuelo, aunque nunca había ido a la escuela, como papá, sabía muchas cosas de la vida, cosas que habían ocurrido hacía muchos años y que él, al escucharlas, se quedaba anonadado y boquiabierto. El abuelo le contaba que España había sido la dueña del mundo y el mundo tenía que ser muy grande pues, aunque él sólo había ido de Arroyuelo a Piedrahíta y de Piedrahíta a Arroyuelo, sabía que existían pueblos a muchos días de Arroyuelo, sabía que Melilla, según el señorito, había nadado hasta el otro lado del mar (aunque él no lo creyera) y sabía que existían pueblos grandes en los que se vendían muchas cosas en las tiendas y por cuyas calles circulaban coches y tranvías. Algún día acompañaría al abuelo para conocer los trenes y los coches de los que él le hablaba. Seguiría aprendiendo del abuelo lo del desastre de Cuba y la pérdida de Filipinas y le preguntaría si era verdad aquello de que

Cuba y Filipinas se encontraban al otro lado de un gran charco de agua, ya que su amigo, el Bodegas, siempre se mofaba de él diciéndole que la única cuba que él conocía era la que su papá tenía en la bodega y que aquello de que había pueblos al otro lado de un gran charco de agua era un invento de su abuelo, como invento era aquello de que un tal Isaac Peral había construido un gran barco que nadaba por debajo del agua, y que dentro había hombres, y que los hombres no se ahogaban; aunque no supiera explicar a sus amigos de Arroyuelo por qué no se ahogaban si no eran peces. También se lo preguntaría al abuelo para que la próxima vez que hablara con sus amigos de Arroyuelo tuvieran que cerrar el pico.

Sería ya medianoche. La luna se había escondido detrás de unos nubarrones negros, tan negros como las manchas de tinta perpetuadas en los pupitres de la escuela y la noche se oscureció aún más. Hacía tiempo que papá lo habría dado por perdido y dormiría en el pajar a pierna suelta, totalmente agotado. Chispa dormitaba junto a él, en silencio y envuelta en unos viejos sacos de tela, acurrucada y con la cabeza metida entre las patas traseras. El silencio de la fría noche sólo era desgarrado, muy de tarde en tarde, por el veloz volar de la lechuza que buscaba bichos muertos encima de los tejados. Él siempre había temido a la lechuza, pero ya se había acostumbrado a su presencia nocturna y a su ruidoso ululeo. Salió de su escondite. Chispa entreabrió el ojo izquierdo y lo volvió a cerrar. Caminó despacio, con mucho tiento, muy quedo y sin arrastrar sus viejos zapatos hasta alcanzar la cocina de palos. Levantó suavemente el picaporte. Volvió a cerrar la puerta. Cerró los ojos y extendió los brazos hacia delante. Siempre que tenía que buscar algo en la oscuridad cerraba los ojos y con las manos adelantadas localizaba el objeto a la primera. Ante la ausencia de luz, los ojos no servirían para nada. Era una duda que siempre tuvo y que nunca había preguntado. Buscó en la oscuridad, a tientas, la caja de cerillas. Prendió el fósforo. Encendió el candil y lo enganchó en las llares que colgaban de la chimenea. Aún quedaba un trozo de cepo a medio apagar. Lo atizó con las tenazas y sopló con el fuelle. Restos de cernada volaron y se depositaron en las paredes hollinadas de la chimenea. Separó el pote hacia un lado y apoyó los zapatos en las trébedes. Agradeció el calor. Volvió a remover las brasas con las tenazas y las arrimó a las trébedes con el badil. Debería de huir de allí ya mismo, antes de que papá despertara. Le hubiera gustado dejar una nota escrita encima de la mesa explicándole sus planes y rogándole que los mantuviera en secreto, pero papá nunca había ido a la escuela. Se le ocurrió una idea. Tomó un saco vacío de papel, lo extendió encima de la mesa, asió un tizón de entre la cernada y dibujó a mamá rodeada de cuatro

niños. A unos veinte centímetros pintó una pareja de vacas uncidas a un yugo. Trazó una línea recta de las vacas a mamá y la remató con una flecha. Así sabría a dónde había ido. Y sería un secreto. Meditó sobre el dibujo. Su rostro tornó en felicidad. Había encontrado la solución a la respuesta que lo había sumido en el cuarto de los ratones. Agarró el candil y enfocó al techo. Del negro varal colgaba un gran trozo de tocino rancio lleno de cagadas de moscas. Al menos papá no pasaría hambre en unos meses.

4

Piedrahíta. Abril de 1936.

¡Cómo echaba de menos a sus amigos de Arroyuelo! Aunque hubiera nacido en Piedrahíta ya se había acostumbrado a la nueva vida de Arroyuelo y aquella huida le había trastocado muchos planes. Había dejado sin terminar aquella partida de la cuarta con el Bodegas, el Rojo, el Zarabeto y Pipi por culpa de lo del brasero y a él no le gustaba dejar las cosas a medias. También se acordaba de Carol, pues a pesar de resultarle tan antipática, al menos jugaba con él a las tabas y a los cartones en el pajar del señorito y en Piedrahíta había muy pocos niños con quien poder jugar. Al Pipi ya le había perdonado lo del brasero, pues el abuelo le había fabricado otro y le había convencido de que dejara de buscar el suyo.

> - Jaime, - le había dicho un día -, nunca te metas con los hijos de los ricos.

Si bien a él no le convencía aquello, trataría de no causar más problemas a su familia. También añoraba la compañía de Chispa, y la de Torpe, y la de la Rubia y la Sevillana y tendría que adaptarse a don Tumbajarras en la escuela y a sus nuevos métodos. Cuando todo esto se calmara, tal vez don Aquilino le levantara el castigo del destierro y pudiera volver a Arroyuelo. Si la huida no hubiese sido tan precipitada se hubiera puesto de acuerdo con todos ellos para mandarles mensajes a través del río y sus amigos los *aguardarían* cada tarde, después de la escuela; pero nada de ello pudo dejar preparado, por lo que tuvo que conformarse con visitar el Tera y depositar en sus aguas sus recuerdos, a sabiendas de que nadie los descifraría. Durante aquel mes el señorito don Ramón había visitado varias veces a mamá. El abuelo Juan decía que quería mucho a su hermanita y que por eso había sido el padrino, pero no le agradaba que el señorito fuera a ver

a mamá tan a menudo. Nunca se había encontrado con él cara a cara, pues siempre lo evitaba y mamá nunca le dijo que hubiera preguntado por él. Se alegraba por lo de los azotes. Algunas noches, cuando Jaime, Blanca, Venancio y Atenea ya dormían, alguien había entrado en la casa. Sabía que era el señorito y que no se iba de allí hasta el amanecer. Y sabía que Atenea, la niña, dormía en otro cuarto. Se lo tendría que contar a papá cuando regresara a Arroyuelo. A consecuencia de la expulsión de Arroyuelo había cambiado de pupitre y de maestro. Don Tumbajarras tenía fama de calentar las uñas y el trasero aún más que el Pelao. Venancio, su hermano, que era un poco cerrado de mollera, la tenía ya dura de tantos palos caídos sobre ella. Y le daba mucha pena lo de su hermanito. Un día le preguntó don Tumbajarras a su hermano (el abuelo le decía que se llamaba don Joaquín) que quién había descubierto América. Él no lo sabía. No tenía por qué saberlo. Sudaba el pobre Venancio al ver aquella vara pelada, blanca como la nieve, en actitud de batalla sobre su cabeza. Le volvió a repetir la pregunta. Todos los niños miraban a Venancio. Y Venancio seguía sudando. “Don Macario”, contestó Venancio. Era una respuesta inteligente, pues don Macario era el alcalde de Piedrahíta y el que lo ordenaba todo. El trueno que resonó en la escuela dejó secuelas hasta en los huesos del cerebro de Jaime. No contento con el golpe que casi le abre la cabeza, se lió con él a sopapo limpio. Las tortas llovían a diestro y siniestro hasta que Venancio cayó al suelo aturdido y amoratado. No derramó ni una sola lágrima, tal vez por miedo. Todos los niños rieron, sobre todo Pepín, el hijo del alcalde. Por fin, cuando su hermano yacía en el suelo medio inconsciente, don Tumbajarras se olvidó de él y regresó a su mesa. Prometió venganza. ¿Qué culpa tenía Venancio de que el señor alcalde no hubiera descubierto América? Cuando salieron al recreo, Venancio se sentó en el poyete de la entrada a la iglesia para ver la vida de los otros y Jaime organizó un partido de pelota. Él no era tan bueno como papá, pero algún día llegaría a jugar como él. Pepín hizo pareja con el Sordo, hijo de don Macanás. Era el que mejor le pegaba a la pelota de Piedrahíta. Él jugó de compañero con Pin (se llamaba Pedro, pero todos lo llamaban Pin). Era el hijo del maestro. La pelota iba y venía del frontón a las manos y de las manos al frontón a una velocidad endiablada. Estaba dura como una piedra y sus manos se agrietaban por entre los nudillos de los dedos hasta brotar sangre, pero la encallecida palma de la mano de Jaime lo soportaba. En uno de los peloteos, Pepín esperaba la pelota adelante y Jaime devolvía un saque muy largo. Divisó la cabeza de Pepín mirando para el frontón y tensó con rabia el antebrazo. Apuntó a su cerviz. Pepín cayó al suelo fulminado. Algunos niños rieron. Jaime cambió la mirada para Venancio. Se había vengado de él, pero, sorprendentemente, Venancio

se había levantado del poyete y había corrido a socorrer a Pepín. Y eso le dio mucha rabia porque él quería vengarse y su hermano así se lo agradecía. Era más bueno que el pan, pensó, y lo perdonó. La llegada de don Joaquín lo solucionó todo. Había sido un gaje del juego sin intencionalidad alguna y el muchacho se había recuperado del golpe.

Al día siguiente mamá quería hablarle. Mamá casi nunca le hablaba en aquel tono tan misterioso, pues siempre andaba atareada, y aquello le asustó. Si lo volvían a desterrar, ya no habría pueblo a donde poder ir.

- ¡El señorito quiere que vuelvas a Arroyuelo!

Mamá debió de notar su cara de angustia y de preocupación. Los doscientos azotes se deslizaron por sus espaldas y le dejaron huellas sangrantes y dolorosas. "¡Eso, nunca!", volvió a prometerse.

- Carolina y Felipe están muy tristes y quieren que vuelvas junto a ellos, - continuó mamá.

"¿Carolina triste?" ¡Pero si para ella sólo era un juguete que le hacía compañía en sus momentos de soledad! ¿Y que Pipi le echaba de menos, después de lo del puñetazo y de lo de la sangre? Aquello le olía a encerrona.

- Además, debes de ayudar a papá en la hacienda. Mañana partirás. Y no te metas en más problemas. Pórtate con educación y obedece a papá y al señorito.

5

Uno de Julio de 1936. Arroyuelo.

Papá le había contado que Arroyuelo no podía tener alcalde propio porque era una aldea muy pequeña y que por eso el alcalde principal era el de Piedrahíta. Esa era la explicación de que el cura, el secretario, el maestro y don Macario, alcalde de Piedrahíta, hubiesen nombrado alcalde pedáneo de Arroyuelo al señorito don Ramón; pues don Aquilino, el anterior alcalde, había muerto unos días antes. Aunque le hubiera condenado a la pena del destierro, él no se alegró de su muerte. Bastante desgracia tenían los muertos con morirse. El motivo de su muerte había sido el centro de discusión de la noche

anterior a su enterramiento. El médico de Piedrahíta, muy amigo del secretario, había dicho que había sufrido una fuerte arritmia coronaria. Papá decía que algo muy malo tenía que tener. Carolina, a la que él ya llamaba siempre Carol, argumentaba que su papá le había explicado que se trataba de un problema del corazón. Jaime no había metido baza en el asunto, pero él sabía que había muerto porque se le había olvidado respirar. El maestro le había explicado en clase que si uno no respiraba, se moría. Y eso fue lo que le ocurrió a Don Aquilino, aunque él no dijera nada porque no le gustaba ir de listo por la vida. También habían discutido lo de *pedáneo*. Carol insistía en que su papá mandaría más que nadie. Papá no opinó porque él no había ido a la escuela; pero aquí sí que dejó su parecer, pues no quería que Carol se saliera siempre con la suya. Nadie sabía ni tenía por qué saberlo que él se lo había preguntado, a escondidas, al señor maestro, sólo para llevarle la contraria a Carol y para que no pensara que él era tan inculto como papá. Y por eso nadie le rebatió cuando les explicó que un alcalde pedáneo era una persona que intentaba hablar con unas palabras muy complicadas y desconocidas para hacerse el listo. Carol había entornado los ojos como clamando revancha por aquella batalla perdida y papá no cabía de orgullo dentro de su camisa. Y eso que no pronunció aquellas palabras que le había dicho el maestro porque no sabía sus significados, porque si les llega a soltar aquello de *alarde de erudición* a alguno le hubiera dado un ataque al corazón de rabia o de envidia y él no quería pisotear aún más al vencido. Se conformaba con una victoria moral momentánea. En definitiva, a don Aquilino lo echaron en la tumba y don Ramón comenzó a mandar en el pueblo a principios de verano.

Juan Pendón era el único criado contratado todo el año en casa de don Ramón, pero en el mes de Junio le acompañaban una cuadrilla de segadores. Sólo dos de ellos dormían junto a ellos en el pajar, pues papá decía que eran de muy lejos. Tendrían la edad de su hermano Fernando y el sol los había quemado tanto que más parecían tizones que personas. Los otros seis eran de Arroyuelo y pernoctaban en sus casas. Era la época de la siega y papá casi nunca dormía con él, ya que se quedaba en las tierras a dormir, esperando al frescor del amanecer para que las espigas no se desgranasen cuando arreciara el calor. Él ya no tenía que ir a la escuela y tenía mucho tiempo libre para jugar; pero por la mañana, a mediodía y por las noches, cuando papá no regresaba del campo tenía que hacerse cargo de Torpe y de las dos parejas de vacas que tenía el señorito. La pareja preferida de papá y la más obediente era la formada por la Rubia y la Sevillana. La Rubia era de derechas y muy vieja. Papá decía que siempre la había conocido en casa. Tenía una cornamenta descomunal y sus puntas amenazaban con

penetrar en sus ojazos. Nunca se quejaba cuando se los lijaba papá para que no le penetraran en los ojos, aunque a él le pareciera que le tenía que hacer mucho daño. Era fuerte como un roble, ancha y muy noble. Cuando papá tenía que atravesar el río, siempre lo subía a él a sus lomos y nunca protestaba. Papá estaba como enamorado de ella. La Sevillana, en cambio, sólo llevaba dos años con ellos. El señorito se la había comprado a unos tratantes en la feria comarcal. Al principio era desconfiada y fiera, pero papá la volvió mansa y obediente. Era de izquierdas, de pelo negro y un poco más alargada que la Rubia. Hacían una pareja perfecta y no había cuesta que se le resistiera ni arado que hubiera quedado anclado en el suelo. Al silbido de papá, cada una introducía mansamente su cuello en el yugo del carro y se dejaban uncir como si de dos personas se tratara. La otra pareja era con la que trabajaba el señorito y era más arisca, como su amo.

Durante aquellos cuatro meses transcurridos pocas cosas reseñables habían ocurrido en Arroyuelo, salvo lo del alcalde; pero Jaime había descubierto varios secretos. Uno de ellos era que el abuelo de Carol, el terrateniente de Arroyuelo, tenía en su casa un cacharro muy raro que hablaba como una cotorra sin que nadie le preguntara y que Carol decía que era un *arradio.* Allí se reunían todas las noches de invierno y de verano las beatas del pueblo, los ancianos y algunas veces el cura y discutían acaloradamente sobre lo que decía aquel aparato. No se explicaba a través de dónde vendrían aquellas palabras, pues no había tubo alguno colgado de la pared y no podía tratarse de un truco de algún vecino, ya que él reconocía todas las voces de todos los vecinos del pueblo. Se lo había comentado a papá y le había contestado que ya lo aprendería cuando fuera mayor. Él se había aficionado a aquel ambiente y siempre que podía se escapaba allí con Carol y su hermano Pipi, que nunca le había recordado el incidente del puñetazo y no le guardaba rencor. Otro de los secretos era que ya se había enterado del nombre del marido de Carolina (seguro que era más antipático que un cardo borriquero) y del de la esposa de Pipi. Se lo había dicho papá y él creía que ellos aún no lo sabrían. Él jugaba con ventaja, pues hablaba mucho con papá y aunque no hubiera ido a la escuela, sabía muchas cosas que los otros niños ignoraban, pues no todo se aprendía en la escuela.

Entre pienso y pienso de los animales había llegado a la conclusión de que todos los pueblos de España serían iguales, ya que lo mismo que en Piedrahíta había ricos y pobres, en Arroyuelo pasaba tres cuartos de lo mismo. Don Macario y el señorito don Ramón eran los alcaldes y los que más obreros tenían. Don Tumbajarras, el maestro, tenía su doble en Arroyuelo en el Pelón, don José María.

Benjamín, Pancracio, Felipe y Macanás, los ricos del pueblo de mamá se juntaban con los Fernando, Ezequiel, El Colorado y don Tomás de Arroyuelo. El cura y el secretario eran los mismos que en Piedrahíta. Y todos se llevaban bien, y jugaban juntos a las cartas, en la pequeña cantina del pueblo, al frontón y a la calva. Sólo había distinción cuando tocaban el tema político. Los pobres nunca opinaban en público y nunca se quejaban. Él sí sabía, y era otro de los secretos, que papá sí se quejaba; pero siempre en el pajar y cuando no estaban los señores delante. Protestaba por lo mal que estaba repartido el mundo, las tierras, las vacas, las ovejas y los solares. ¡Unos tanto y otros tan poco!, solía decir; pero se consolaba con otras cosas. Él nunca robaría nada a nadie. A mamá y a sus hermanos nunca les faltaría un carolo que llevarse a la boca, aunque ya hiciera mucho tiempo que no se *encetaba* uno en su casa, y algún día levantaría una casita en donde viviría con mamá, compraría un trozo de tierra y sembraría tomates, lechugas, pimientos, patatas, alubias y garbanzos para que nada faltara en la mesa, y, mientras tanto, trabajaría para el señor, que era quien mantenía a toda la familia. “Dos sacos de patatas, quince kilos de garbanzos y trescientos reales al año no se ganaban en cualquier sitio”, remataba a menudo. Además, quería tanto a la Rubia y a la Sevillana que era como si fuesen hijas suyas. A Torpe, de vez en cuando le arrimaba la tralla a las nalgas porque era muy cabezona, pero en el fondo la apreciaba. Y Chispa era una más de la familia. ¡Qué más podía pedirle papá a la vida!

En los días finales de Junio las reuniones por la noche en casa del abuelo de Carol se habían hecho habituales y siempre escuchaban el *arradio*. El abuelo y otros ancianos más, junto con las viejas, eran los que trasmitían las noticias a los jóvenes que volvían del campo de trabajar. Él oía sus comentarios y se los trasmitía a papá. Aunque no hubiera ido nunca a la escuela, aquello de la política sí lo comprendía y se lo explicaba de vez en cuando. La cocina del abuelo de Carol tenía luz eléctrica, no como la de papá que sólo disponía de un candil, y los ancianos jugaban de noche a las cartas mientras aquella cotorra hablaba y hablaba ella sola sin parar. Aquel *arradio* lo sabía todo. Hablaba del clima hostil que se estaba imponiendo en toda España. Jaime nunca preguntó lo que significaba aquello de hostil, ya que tenía que ser una gran blasfemia y un pecado mortal que lo llevaría directamente al infierno. El padre de don Tomás decía que aquello tenía que explotar por algún lado, ya que los pobres nunca podrían gobernar lo de los ricos, y menos repartir sus haciendas. Y los rojos ya se estaban pasando. Porque en Las Palmas, los de la Falange ya se habían movido y habían hecho explotar una bomba en la casa del Pueblo. ¿Y cómo habían reaccionado los rojos? Quemando iglesias y

asaltando los locales de los de derechas. No entendía quiénes eran los rojos y quiénes eran los de derechas, y menos aún alcanzaba a comprender aquella palabra tan rara: “Falange”. Y decía que si en Madrid los republicanos se habían inventado el bulo absurdo de que un grupo de monjas habían repartido por las calles caramelos envenenados. Y que en eso se habían apoyado para seguir quemando iglesias. Menos mal que aquel día no estaba allí el señor cura pues se habría puesto de un humor tremendo. Y que en Málaga se peleaban entre ellos. Los anarquistas se enfrentaban con los socialistas y los de la UGT se llevaban a matar con los de la CNT. Y el padre de don Ezequiel decía que había que animar a los jóvenes para que se lanzaran contra el adversario antes de que éstos tomaran la iniciativa e impidieran su reacción. Y que habría que vigilar a los segadores, a los obreros y a los sin tierra porque últimamente andaban un poco crecidos. Se acordó de papá y tuvo miedo. Así se lo hizo saber al día siguiente, mientras desuñía la Rubia y la Sevillana del yugo.

- Papá. ¿Tú sabes quiénes son los rojos?

- ¿Quién te ha dicho eso, Jaime?, - se asustó papá -.

- Lo han hablado en casa del abuelo de Carolina. Y yo quiero saberlo para que no me echen en cara que tú nunca fuiste a la escuela.

- Está bien. Te lo diré, pero no lo hables con nadie. Será un secreto entre tú y yo. Llaman rojos a unos señores que han venido de Rusia con unas ideas nuevas. Dicen que quieren repartir las tierras de los terratenientes entre los campesinos que las trabajan.

Se sorprendió de lo que sabía papá.

- ¿Y los rojos son de derechas o de izquierdas?

- Dicen que de izquierdas.

- ¿Igual que la Sevillana?

- Sí, hijo, como la Sevillana.

- ¿Y los de izquierdas odian a los de derechas?

- ¿Por qué me lo preguntas?

- Porque el padre de don Tomás lo dice.

- No lo sé, Jaime.

- ¿Y es verdad que los rojos queman iglesias?

- Eso se oye; pero sólo en las grandes ciudades. Aquí, en Arroyuelo, nadie quemará la iglesia.

- Entonces, papá, los de izquierdas son malos, ¿no?

- Si queman iglesias, sí.

- ¿Y quiénes son los de derechas?

- Se comenta que los del otro lado, los que no están en el poder, los más ricos.

- ¡Tú no estás en el poder!

- No.

- Y tampoco eres rico.

- Así es.

- Entonces, papá, ¿tú eres de izquierdas o de derechas?

- Jaime, yo soy un pobre jornalero que tengo que mantenerte a ti, a tu madre y a tus hermanos. Yo no quiero entender de políticas.

- Pero dicen que va a estallar una guerra. Y que los de derechas pelearán contra los de izquierdas. Y que va a haber muchos muertos. ¿Tú vas a ir a la guerra, papá?

- Jamás, Jaime, jamás. Tengo otras cosas más importantes que hacer.

- Pues yo sí quiero ir a la guerra. Tiene que ser más divertido que ir a la escuela.

Papá le dio la espalda y se metió en la cuadra. De repente, se volvió hacia él.

- ¡Qué ideas tienes, pequeño! Una guerra no la quiere nadie.

Aprovechó el momento de inspiración de papá y le ametralló con la pregunta que él creía más difícil de contestar.

- ¿Sabes qué es eso de la falange?

Papá quedó pensativo, se agachó y desató un saco de harina.

- Creo que voy a prohibirte ir a casa del abuelo de Carolina.

Aún le quedaban otras muchas preguntas por hacer, palabras muy raras que había pronunciado el padre de don Tomás y que él nunca llegaría a comprender, como aquello de los anarquistas, los socialistas, la CNT y la UGT, pero intuyó que a papá no le hacía mucha gracia hablar de ello y se las guardó para mejor ocasión ¡Qué difícil era entender aquello de la política! Si sólo hubiera izquierdas y derechas, la cosa sería muy fácil de comprender, como lo de la Sevillana y lo de la Rubia; pero ellas eran amigas, se defendían una a la otra cuando por San Isidro salían a la vacada y otras vacas las atacaban, a pesar de ser una de derechas y la otra de izquierdas y, sin embargo, los hombres de izquierdas odiaban a los de derechas, y viceversa. Y según había creído entender, dentro de la derecha y de la izquierda había hombres que se peleaban entre ellos. ¿Odiaría papá al señorito?, porque seguro que el señorito era de derechas y papá de izquierdas, aunque él dijera que no quería saber nada de política.

6

2 de julio de 1936. Arroyuelo.

Aprovechando que papá pasaba todo el tiempo en el campo se acercó con Chispa hasta el río. Era media mañana y el cielo azul se mostraba en todo su esplendor. A derecha e izquierda del camino surgían segadores agachados entre los trigales. Sombreros marrones de paja tapaban sus rostros abrasados por el sol. Alguno levantaba la vista de vez en cuando para volver de inmediato a su hoz. Chita

correteaba contenta por el camino y por las cunetas. Parecía buscar los verdes álamos que se estiraban a lo largo de las dos riberas del río. Enormes zarzales verdes abrazaban y protegían con sus espinos los troncos de los álamos. De vez en cuando aparecía entre ellos una gran cueva que papá decía que era la cama de los lobos y de los jabalíes, aunque él nunca hubiera visto ninguno a plena luz. El camino pedregoso se estrechó de repente y se convirtió en una estrecha vereda arenosa que serpenteaba por entre los álamos y las zarzas hasta morir en el río. Se sentó a la sombra de un álamo. Las aguas azules del Tera corrían mansamente y los cantos blancos se divisaban en todo su esplendor. Al otro lado todo eran zarzas y arbustos. Sabía que también allí existían otros pueblos y se preguntó si los del otro lado serían de izquierdas o de derechas, si se prepararían para la guerra y si también habría ricos y pobres. Se le perdió la mirada en la corriente. Aquellas aguas grises y tristes de Febrero habían mutado en claras, cristalinas y azules como el cielo. Se contagió de su alegría y concluyó que todos aquellos chismes de los viejos de Arroyuelo eran falsedades inventadas por aquel aparato mentiroso, pues su río le decía que todo era paz y que nada presagiaba una guerra. Se desnudó por completo y se metió en sus aguas. A medida que éstas iban rodeando su cuerpo se quedaba más helado y las piedras le dañaban los pies. Se lanzó de cabeza sin pensárselo. Una paz interior lo inundó y todos sus miedos desaparecieron. No se atrevió a pasar al otro lado pues sabía que sus aguas cubrían por completo a la Rubia, que tenía que nadar para caminar por entre ellas y él no sabía hacerlo. Se agachó y cogió una piedra del suelo. La lanzó al otro lado. Una bandada de pardales abandonó las ramas de los álamos y la piedra cayó al agua. Tendría que aprender a nadar para alcanzar algún día la otra orilla y comprobar si había otros pueblos, y si los había, si sus gentes pensaban lo mismo que los de este lado. Pero tendría que hacerlo a espaldas de papá, pues tenía prohibido bañarse en el río. Era la primera vez que se bañaba solo en un río y se acordó de una frase que el abuelo Juan le contó en cierta ocasión sin venir a cuento: “Nadie se baña dos veces en el mismo río”, le había dicho. ¡Qué cosas tan ridículas decían los mayores! Salió del agua y se secó al sol. Sólo Chita lo espiaba.

A la mañana siguiente se percató de que papá se había levantado contento. La tarea de la siega iba viento en popa y al día siguiente comenzarían a levantar las morenas de las tierras y a acarrearlas para la era. Aquel año quería que el bálago de su carro fuera el más perfecto y el que más altura alcanzara de todo Arroyuelo. No habría pareja en Arroyuelo capaz de subir la cuesta del monte con tanto peso como lo harían la Rubia y la Sevillana. Se imaginaba la lenta hilera de

carros con sus pesadas ruedas de hierro martilleando sobre las piedras del camino buscando el descanso de las eras. Y a los acarreadores con sus varas delante de las parejas de vacas. Y a los *purridores* detrás de los carros recogiendo las espigas que se caían. Y a los que no habían ido a acarrear y esperaban en las eras la llegada de los carros. Y de todos ellos, el suyo sería el más alto, el mejor cargado y el que tendría derecho a llevar la *purridera* clavada en lo más alto en señal de victoria. Y todo Arroyuelo lo vería como a un héroe, lo envidiarían y dirían de él que era el mejor obrero de Arroyuelo y de muchos pueblos a la redonda. Había engrasado cuidadosamente el eje, la clavija y el tapacubos del carro para que las ruedas no ludiesen ni chirriasen. Había untado de sebo las cornales, las coyundas, las melenas, cuyas cernajas terminaban en unas preciosas bolitas para espantar a las pesadas moscas y mosquitos de los ojos de las vacas, y los *sobiyuelos.* Les había sacado brillo con un trapo hasta que relumbraron como el sol y había pintado sobre las cernajas unas letras muy grandes con colores muy vistosos. La R de la Rubia era verde y amarilla. La S de la Sevillana era roja y azul. Comenzaba a dudar que papá nunca hubiera ido a la escuela. Había barnizado el yugo y pintado de amarillo las gamellas y les había sacado un lustre especial al pulimentarlo. Y la lanza del carro la transformó en nieve, el dentellón en miel, los telerines en oro, la costilla en azafrán, los cañizos en plata, el tentemozo y el dentellón en cielo, las argollas en luto, los berbiones en limón, los radios en arco iris y el suelo en jazmín. Y en el lateral derecho clavó una placa de metal con fondo blanco y dos letras en negro que destacaban y se veían desde más de cincuenta metros. Eran una J y una P.

> - El carro de Juan Pendón se recordará en Arroyuelo en varias generaciones, - decía ensimismado mientras golpeaba los clavos con el martillo -.

Le ayudó a colocar los *burbiones* y las *pernillas* en el carro, los cuales habían esperado pacientemente volver a la vida desde el verano anterior y cuyo lustre tan brillante lo había conseguido papá a fuerza de bruñir la madera en los fríos y alargados días de invierno. Había acicalado a la Rubia y a la Sevillana pasándole un peine de púas por todo el cuerpo y ellas se dejaban hacer, mimosas. Jaime se miraba en el espejo de sus ojos. Se clavaba en los de la Rubia y cambiaba la mirada para los de la Sevillana. Intentaba ver alguna diferencia para que una fuera de izquierdas y la otra de derechas. No la encontró. Papá les repeinó la cerviz y les colocó las cernajas a modo de prueba. Las borlitas multicolores daban un aire de fiesta a los arreos. ¡Estaban preciosas! Y papá era feliz.

Cuando al día siguiente se levantó por la mañana, papá ya no estaba en el pajar, ni tampoco la Rubia ni la Sevillana en la cuadra. Se apenó por ello. Le hubiera gustado presenciar la casi mística cara de felicidad de papá al preparar y enganchar las vacas al carro y la alegría que inundaba sus ojos al obedecer mansamente sus gestos. Ya tenía preparado en la calle, junto a las puertas corraleras, desde la tarde anterior, el lujoso carro con sus brillantes *pernillas*, desatados ya los *sobiyuelo*s del yugo para liberar la *trasga* y retirarla, pues ya no servía para tales menesteres y unido el yugo a la lanza del carro con unas potentes correas de cuero. Había que ver a papá apretar a cada vuelta aquellos sobeos para imaginarse la fuerza que empleaba en ello. Era como si quisiera que yugo y lanza cicatrizaran en el mismo punto de unión. Así, a la mañana siguiente, todo sería más rápido y el carro de Juan Pendón sería el primero del pueblo en salir al acarreo. Le gustaba repetir a papá aquello de que: "a quien madruga, Dios le ayuda", aunque él no fuera uno de esos mojigatos que no salen de la iglesia. Le dio de beber agua a Torpe y se dirigió a la cocina de palos. Carol lo esperaba sentada junto a la chimenea. Se llevó una grata sorpresa.

- ¿Qué haces aquí a estas horas?

- Tengo una cosa muy importarte que contarte y no quiero que se la cuentes a nadie. Será nuestro secreto.

Ya eran demasiados los secretos que tenía que guardar como para que algún día no metiera la pata. La dejó seguir.

- Mi madre me ha dicho que mi papá no quiere que juegue más contigo y me ha prohibido venir al pajar. ¡Ya sabes cómo es mi padre!

Casi se le sale el corazón. No entendía nada de nada. Él nunca había dicho si era de izquierdas o de derechas y, además, como papá, tampoco quería meterse en política, pues los políticos utilizaban unas palabras muy raras que él no comprendía. Y por otra parte, ¿no había sido él quien había ordenado que volviera de Piedrahíta porque sus hijos le echaban de menos?

- Entonces, ¿ya no podremos jugar más a las tabas?

Carol se levantó de la banca, nerviosa. Abrió la puerta de la cocina y lo besó en la mejilla.

- Tengo que irme. Mi madre está en casa. ¡Ya me escaparé para estar contigo!

Permaneció en pie, obnubilado, alelado y nervioso. Un rojo intenso inundó sus mejillas y un caluroso cosquilleo se instaló en ellas. Era un picor parecido al ardor que le producían los sabañones en las orejas durante el invierno. No se explicaba aquel juego de contrastes entre frío y calor, gozo y dolor, beso y despedida. ¡Jamás había sentido una conmoción igual! El contacto de aquellos finos labios de Carol sobre su piel se había petrificado en su cara y había depositado en ella una sensación placentera inenarrable. ¿Qué le habría ocurrido a Carol para que hubiese cambiado tan de repente? ¿No era él aquel mocoso al que sólo necesitaba para jugar a las tabas cuando no tenía con quien jugar? Y aquel beso, ¿a santo de qué venía? ¿Le habrían vedado también a Pipi juntarse con él? ¿No sería la venganza del señorito por lo del brasero y lo de la sangre en la nariz de Pipi? Y lo peor de todo era que no se lo podría contar a papá, pues era un secreto entre él y Carol. ¡Qué cosas tan raras tenían las personas mayores! ¿No sería que por ser el alcalde de Arroyuelo tendría que imponer su autoridad también a los niños? Aún permanecían en su subconsciente la rápida imagen de aquellas caderas jadeantes que se alejaban de allí a toda prisa y la figura de aquella niña que le sacaba casi un palmo. Se centró y abrió la puerta de la alacena. Papá no le había dejado preparado el desayuno. Se volvió y vio sobre la mesa una pastilla de chocolate. ¡Aquella era una comida de ricos! y dio las gracias a Carol por el detalle. Se tendría que lavar deprisa, pues poco faltaba ya para las diez y pronto se oiría aquella frase: “a la puerta de la cocina…” para llevar el desayuno a la era. Y Atenea también tenía muy mal genio cuando no estaba delante el señorito.

La era distaba pocas tierras del pueblo, pero la señora Atenea había ordenado que tenía que ir a ella con Torpe, no sin antes gruñir, como de costumbre, aquello de “cuidado con la botella de vino”. Chispa también se apuntó a la caminata. Para llegar a la era había que ascender una cuesta muy empinada que desembocaba en las encinas del monte. Tras de éstas se abría un gran calvero totalmente cubierto de yerbas secas. El paraje era conocido en Arroyuelo como La Pradera y en aquel terreno comunal se habían repartido treinta y cinco porciones cuadradas, una por cada vecino, que se utilizarían como eras para la trilla veraniega. Una piedra en cada esquina delimitaba cada cuadrado. Había eras muy pequeñas y otras enormes. La del señorito era la mayor de todas y lindaba con el camino. Cuando asomó al calvero las parejas de vacas ya descansaban a la sombra del

bálago de los carros, que aún permanecían cargados. Miró para todos y el más alto, sin duda, era el de papá. Le sacaba dos filas al del señorito. La gente, sentada a la sombra de los carros, *tomaba las diez*. Papá, los otros obreros y el señorito lo esperaban sentados a la sombra del carro de don Ramón. La Rubia se recostaba sobre su muslo derecho y la Sevillana sobre el izquierdo. ¡Qué cosas tan raras ocurrían en la vida! Cuando llegó a la era, papá le acarició el cabello y don Ramón se dirigió a las alforjas de Torpe. Comieron todos juntos, excepto Jaime, quien ató a Torpe a la rueda de un carro y le tiró una piedra a Chispa para que se alejara de allí. Él hizo lo mismo. El señorito ni siquiera lo había mirado y él procuraba siempre estar lo más alejado posible de él. Al pasar junto a un corro oyó que hablaban del carro de papá. Decían que era el más alto, pero que estaba poco encalcado. Y don Ezequiel había rematado: " siempre se presume de lo que se carece". Repitió la frase en su interior. Aunque no entendió su significado, un gesto de envidia había adivinado en el rostro de don Ezequiel. Se lo preguntaría a papá más tarde. Continuó tirándole piedras a Chispa y ésta se las devolvía llenas de saliva. Salieron del calvero. Chispa jugueteaba por entre las encinas y se había alejado demasiado. La llamó, silbándole y debió de hacerse la sorda, pues no se presentó. Corrió tras ella. Cuando se acercó a la Cuesta del Monte, las piernas le empezaron a temblar. Carol y Pipi subían por ella. Tendría que esconderse, o volver a la era, o subirse a una encina. "Mi padre no quiere que juegue más contigo" y las piernas le seguían retemblando. Echó a correr hacia la era y se sentó, exhausto, junto a Torpe. Tomó una paja de centeno del suelo y comenzó a garabatear algo en él. Temía la mirada del señorito cuando se presentara Carol y tendría que evitarla. Un puntapié en el trasero lo pilló desprevenido:

- ¡Suelta esta burra del carro, mocoso!

¡Qué facha era el señorito! Se sorprendió de la palabra que acababa de pronunciar en silencio. No sabía lo que significaba, pero le había salido de muy dentro. No recordaba dónde la había escuchado, pero empezaba por *fa*, lo mismo que aquella tan rara que papá desconocía: falange. Algún día que don José María tuviese buen humor le preguntaría si tenían que ver algo una y otra. Se levantó de un salto y soltó a Torpe. Papá uncía su pareja al yugo y don Ramón levantaba a puntapiés a la suya. Alzó la mirada. Pipi y Carol se habían reunido en otra era con otros chicos y chicas de su clase, es decir, con los hijos de los otros ricos. Carol vestía completamente de blanco y se protegía del asfixiante sol con un sombrero de paja que su abuelo le había comprado en una feria de Portugal. Estaba preciosa. Cada vez se parecía más a su hermana Blanca y los pechos le habían crecido tanto

que ya no parecía una niña. Nunca había reparado en ello y no sabía por qué lo hacía ahora. Tal vez fuera por lo del beso. Que Carol no hubiera ido a donde él estaba lo entendía. Era su secreto. Pero que Pipi no lo hubiera hecho no era normal. ¿Le habrían prohibido también a él juntarse con Jaime? Mientras asía por el ramal de rafia a Torpe sin saber qué hacer con ella, papá le había gritado que se le acercara. Tendría que regresar a casa, limpiar la cuadra de los cerdos (lo que odiaba él hacer aquello con lo mal que olían los puercos), llenar la pila grande con agua del pozo y sacar las boñigas de la cuadra de las vacas para el muladar del corral. Antes de que el sol llegase al punto más alto del cielo, tendría que comer un trozo de queso que papá guardaba en la alacena y que días atrás lo había desenterrado del estiércol, darle de beber agua a Torpe y volver a la era con la comida para los criados. Tendría que aviarse y obedecer a la señorita Atenea.

- Vamos, Jaime. Busca a Chispa y llévatela también,
- habían sido las últimas palabras de papá -.

No rechistó. Se apenó por ser pobre, por ser hijo de Juan Pendón, por no poder jugar como los otros chicos y por tener que realizar siempre alguna tarea. Mientras salía de las eras y entraba en el camino, los chiquillos jugaban al *pilla pilla* alrededor de las parvas y lo ignoraron por completo. Creyó ver que Carol había girado la cabeza hacia él y que lo había mirado. Y con esa alegría descendió la Cuesta del Monte con la cabeza gacha y se introdujo en las calles de Arroyuelo. El verdor de los bacillares abandonados lo saludaban a su paso y entre unas cepas resecas sorprendió a Chita escarbando entre sus raíces con sus patas delanteras. La dejó hacer. Que volviera a casa cuando quisiera.

La hora de la siesta se descolgó del cielo antes de tiempo y cerró los párpados de papá y de los criados a la sombra de los carros, mientras la familia Carrasco descansaba bajo techo. El sol rechizaba con fuerza desde lo más alto del horizonte sobre las trillas despidiendo fogonazos de calor, llamaradas de fuego que penetraban en su cabeza, protegida por un viejo jersey de lana, hasta casi aturdirlo. La Rubia y la Sevillana tiraban del trillo, parsimoniosas, lentas y amodorradas, estirando el lento pasar del tiempo como goma de tirachinas. Daban vueltas y más vueltas sobre las mieses esparcidas por la trilla como dormidas. Tan sólo un leve toque de ramal las despertaba y cambiaban el paso a la izquierda o a la derecha para seguir marcando círculos viciosos sobre la trilla. Era la única instrucción que papá le había dado. En sentido contrario caminaba la pareja del señorito,

guiada por un testigo de excepción: su hermano Venancio. Se había presentado, él solito, antes del mediodía, en casa de doña Atenea. Mamá le había dicho el día anterior que el señorito lo necesitaba. Era la primera vez que Venancio salía de Piedrahíta y Jaime no sabía si se iba a quedar por muchos días en Arroyuelo o solo era una ayuda de emergencia. Le vendría bien su compañía ahora que ni Pipi ni Carol podían jugar con él. A pesar de sus diez años, manejaba con maestría las riendas y su trillo caminaba más vivo que el suyo. ¡Estaría ganando puntos para quedarse! Al menor síntoma que atisbaba en la pareja de aminorar el paso, le arrimaba la punta de la vara a los muslos y le clavaba el aguijón en la piel. Unas veces las vacas coceaban contra el aguijón, haciendo caso omiso y otras, en cambio, alargaban el paso. En uno de estos aguijoneos, la pareja frenó en seco. Venancio cayó hacia delante y fue a parar delante del trillo. La vaca aguijoneada se enfureció y echó a correr, envolviendo a Venancio entre pajas y sepultándolo bajo el trillo. La pareja de vacas comenzó a correr por la trilla como endemoniada. Paró su pareja y acudió raudo a auxiliarlo, mas las vacas no obedecían. Parecían desbocadas. Y Venancio seguía debajo del trillo, triturado por sus piedras afiladas, pensaba. Corrió detrás del trillo, llorando como un bebé y gritando: "¡jo!, ¡jo!" a los animales. Pero era inútil. Papá se despertó con sus gritos. En ese momento, rodeado de pajas por todas partes, quedó atrás el cuerpo de Venancio. No lloraba. Jaime le quitó las pajas de la cara. Sangraba por la nariz y la cara la tenía desfigurada, llena de cortes sangrantes. Papá lo tomó en brazos y lo tendió en el prado, a la sombra del carro. Se puso muy nervioso. No sabía qué hacer. Los otros obreros también se despertaron. Y Venancio seguía sangrando. De pronto, Jaime chilló como un poseso:

- ¡Hay que llevarlo al médico!

Uno de los obreros corrió tras la pareja del señorito, que se había salido de la trilla a la carrera y logró detenerla. Jaime obedeció a papá y siguió trillando como si nada hubiese ocurrido allí mientras a Venancio lo llevaba su padre en brazos cuesta abajo y a la carrera. ¡Alguien avisaría al médico!, se consoló. Las bestias seguían tirando del trillo casi por inercia mientras el sol impartía su cruda justicia sobre las eras. Entre vuelta y vuelta, entre sopor y sopor, Jaime luchaba para que no se le cerrasen los ojos. ¿A dónde mirar? ¿A los rabos de las bestias? ¿Al ramal? ¿A la guiada? ¿Al batallón de dos rabos en lucha feroz con un millón de moscas hambrientas? ¿Al sol? Se acordó de Venancio. "Hay que llevarlo al médico". La frase se le repetía incansable en su interior. Este asunto era más grave que el del descubrimiento de América. La sangre en su rostro se le representaba

entre aquel enjambre de moscas que atacaban las heridas de sus vacas. Se pondría bueno. Si ya había sobrevivido a aquellas terribles diarreas estivales que se habían llevado por delante a cientos de niños de la zona, ¿no iba a vencer una simple caída en la trilla? Y la inercia seguía tirando de las vacas en aquella gran cama circular en donde los ojos se cerraban ante el sopor del estío. De repente, una gran bruja se posó en la trilla, se arremolinó a la velocidad de un rayo y ascendió hasta el cielo llevándose consigo media trilla y su sombrero. Cuando quiso darse cuenta, se había perdido en el infinito. ¿No sería aquél un mal presagio?

Llegó a casa con la noche ya cerrada. Papá no había vuelto a aparecer por la era y aquella no era buena señal. Se temió lo peor cuando olió en el silencio desgarrado de la noche la sangre de la tragedia: Venancio estaba en Piedrahíta y había muerto.

7

Arroyuelo era un desierto aquella noche. La cocina era un hueco ubicuo de gestos, silencios, pequeños senderos de olor a rancio y recuerdos de su hermano. Parecía una casa de muertos y voces encerradas, pasos perdidos en escaleras, pajares, desvanes, paneras y corrales. Ni la presencia de Carol y Pipi lo impedía. Aquel receptáculo diminuto era el espejo del pueblo. Soledad, tristeza y luto. Pueblo vacío. Todos en Piedrahíta velando a su hermano. Carol se esforzaba en trasmitir las órdenes de don Ramón: prohibido ir a Piedrahíta (aquello no era cosa de niños), prohibido quedarse solo (hasta que papá regresara) y prohibido salir a la calle. Todo le estaba prohibido, Menos mal que no le prohibieron llorar. ¿Quién se creía que era don Ramón para darle aquellas órdenes?, masculló con rabia. En su cabeza rondaban otros pensamientos y ni Carol ni Pipi se lo iban a impedir. Se secó las lágrimas con la entre manga y salió al corral decidido a poner en marcha su plan. ¿A dónde vas?, preguntó una Carol asustada. Aunque él no quería decepcionarla, no podía engañarla; pues no pensaba dar marcha atrás a su plan. Se disculpó sin volver la mirada.

- Esto es cosa mía.

Y comenzó a correr como un energúmeno buscando las puertas corraleras. Ni a Chispa le dio tiempo a salir de su cama antes de que él cerrase la puerta. Abandonó el pueblo a la carrera. El silencio era

aterrador en la oscura noche estrellada. Sólo el ronco murmullo de la corriente de agua del río rompía el silencio. Le llegó húmedo y doloroso. El olor, penetrante y quebradizo, se fraccionaba en perfume de tierra en la brisa nocturna, luego en fragancia de hierba recién cortada, de juncos, o agua remansada, quieta…Todos los olores se sumaban juntos y, súbitamente, se instalaban dentro de sí. "Venancio muerto". ¿Lo sabría ya el Tera? ¿Bajarían tristes sus aguas? Misteriosas contradicciones bullían en su cerebro. La prohibición de volver a jugar con Carol malhería el recuerdo del primer beso. La muerte de su hermano truncaba la alegría por el triunfo del carro de papá. ¿Bajarían revueltas las penas y alegrías en una misma ola o caminarían por separado? Se paró. Miró para atrás y afinó la oreja. Nadie lo seguía. Se calmó. Nada podría echar su plan por tierra. El ojo triste de Torpe, medio escondido entre las lejanas montañas, lo miraba mientras caminaba por el camino empedrado que conducía a Piedrahíta. Se fijó en las estrellas. A pesar de lo rápido que él caminaba, nunca las adelantaba. Y llegó a la conclusión de que ellas también iban a despedir a su hermanito. La luz de la única farola de Piedrahíta se divisaba ya a lo lejos. Oyó pasos. De un salto fue a parar al otro lado de la cuneta y se escondió detrás de una morena, junto al camino. A su espalda las olas del río seguían desangrando los minutos. Un grupo de mujeres desandaba el camino de Piedrahíta a Arroyuelo en la oscuridad nocturna. Jaime aguzó el oído.

- Pobre chiquillo. Si hubiera habido médico en Arroyuelo, no habría muerto – se quejaba una-.

- Dios lo ha querido así, Engracia, - se consolaba otra -.

El agua, la sombra, el suave viento, la oscuridad grata y tibia, el penetrante olor a hierba, paja, troncos y juncos humedecidos eran una mágica repetición infinita que le recordaban el miedo y el dolor. Enseguida reconoció la voz de la beata doña Manuela, la que limpiaba la iglesia de Arroyuelo. El ruido de los pasos se perdió en la oscuridad y salió de su escondrijo. "Si hubiera médico en Arroyuelo". El eco de la frase rebotaba en su cerebro, rabioso, como el de las campanas de Arroyuelo repicando. Se acordó de mamá. Quería estar con ella en aquellos momentos. Pensó en papá. Quería abrazarlo, besarlo, consolarlo. Y vio a Venancio sentado en el borde del escalón de la iglesia viendo pasar la vida de los otros, socorriendo al chuleta del Pepín cuando lo del pelotazo. "Venancio,- se dijo -, ¿qué hacía un niño de diez años sentado en un trillo, él solo, dirigiendo aquella pareja tan brava del señorito?". Y el ojo de Torpe lo seguía mirando desde la

luna con tristeza.

Entró en Piedrahíta por la Calleja, una estrecha y oscura calle llena de rincones y muy poco transitada. No quería que nadie lo sorprendiera. Sabía que el señorito le había prohibido ir al funeral de su hermano. “No es cosa de niños”, le había recordado Carol. Saltó de rincón en rincón como si jugara al escondite y se apostó en la esquina de la calle El Calvario, la que conducía al cementerio. La casa del abuelo estaba al otro lado del pueblo, junto a los *Arrañales*. Atravesó la calle de El Medio a toda prisa. La oscuridad de la noche lo protegía. Una silueta caminaba hacia la iglesia. Se olvidó de ella y de dos zancadas alcanzó la calle de Las Huertas, que moría en los *Arrañales*. Se engarabitó en la tapia de barro de la huerta del tío Sergio y se protegió en la sombra de las higueras y de los manzanos dando saltos como un canguro. Un perro ladró. Jaime tembló y de un salto penetró en el huerto de la tía María. Lechugas y cebollas quedaban bajo sus pies, aplastadas, implorando misericordia, mientras atravesaba el huerto a la carrera. Una huerta más y el corral de la casa del abuelo se le ofrecería para el asalto. Una vez allí conocía todos los pasadizos para penetrar en él sin el menor ruido. El corral anunciaba paz y silencio. Bajo el portalón de la casa dos hombres fumaban a la luz de una única bombilla que apenas iluminaba su contorno. Permaneció escondido tras la máquina de limpiar del abuelo. Al cabo de un rato los dos fumadores salieron a la calle. El portalón quedó vacío. De cuatro zancadas consiguió llegar a él. Desde allí divisó la cocina sin luz. Entró en la cuadra. La puerta siempre abierta invitaba a pasar al pasillo que comunicaba la cuadra de las vacas con la cocina. Reinaba un silencio sepulcral en la casa. Entreabrió la puerta que daba al recibidor. Multitud de acompañantes silenciosos abarrotaban el pasillo. A Venancio lo velarían en la habitación de mamá, aquella en la que “nadie podía entrar”. Echó a correr por el pasillo, escurriéndose por entre las piernas de la gente. Nadie le impidió el avance. La estancia olía a cera quemada, a mejunjes de farmacia, a sudores, a flores fúnebres y a incienso. Una pequeña caja de madera, totalmente cerrada, presidía la sala. A su alrededor mamá lloraba, papá la abrazaba y el señorito permanecía junto a ellos, cabizbajo. Juan, que ya se había licenciado dos días antes, y, por lo tanto, ya era un hombre, lloraba de pie junto a mamá. La ausencia de Fernando y Blanca no le extrañó mucho ya que como aún no habían hecho la mili no tendrían derecho a estar con los mayores. Los abuelos por parte de papá, (los papás de mamá se habían ido de viaje a un país muy lejano cuando Jaime era aún un niño y nunca regresaron, ni escribieron una carta porque mamá tampoco había ido a la escuela) ocupaban la cabecera de la caja. Atenea y un montón de mujeres, totalmente

vestidas de negro y con un rosario en la mano hacían como que rezaban oraciones misteriosas, totalmente en silencio. Parecían brujas. Se abalanzó sin pensárselo dos veces sobre la caja y se oyeron en la sala gritos de sorpresa, de horror y por encima de todos, sobresalían los llantos desconsolados de mamá. El señorito había ordenado que sacaran a ese chiquillo de allí, y el señorito era el alcalde de Arroyuelo, pero él se agarró con todas sus fuerzas a la caja de Venancio y ni papá pudo despegarlo de ella. Varios "¡oh!" de sorpresa o de terror se escucharon en la sala. Provenían del grupo de las beatas. ¿Tendrían miedo a la reacción del señor alcalde ante la desobediencia de aquel mocoso a acatar su orden? En aquel momento no le importaba. Comenzó a llorar y a quejarse. Cada vez se asía con más fuerza a la caja y cada vez gritaba más fuerte.

- ¡A mi hermano lo ha matado el señorito!, - gritó con todas sus fuerzas -. Y lo repitió hasta tres veces.

Un silencio aún más sepulcral que el que él había roto un poco antes inundó la sala. Todas las miradas se tornaron hacia don Ramón. Temían su reacción. Sorprendentemente, permaneció quieto y callado. Mamá se levantó e intentó convencer a Jaime para que saliera de allí.

- Cariño, a tu hermano lo ha llamado Dios a su presencia. ¡Estaba escrito!, - le susurró llorando.

Se apenó de mamá. Sabía que le mentía porque Dios no lo había llamado, ya que él estaba en la era con Venancio y no escuchó nada. Y, ¿dónde estaba escrito, si ella tampoco había ido a la escuela? ¿Quién le había dicho aquella gran mentira? ¿Andaría por medio don Manuel o intentaba proteger al señorito? La rabia quitó sus miedos a seguir hablando.

- ¡No, mamá! Venancio viviría si hubiera habido médico en Arroyuelo, si don Ramón educara a sus vacas y si no lo hubiera obligado a ir a la trilla. ¡Él lo ha matado!, - insistió, colérico -.

Atenea notó la furia que se había instalado en el rostro de su marido y temió lo peor. Lo observó y, temerosa, salió de la sala. Don Ramón, por fin, explotó:

- ¡Saquen a este mocoso de aquí! ¡Se suspende el velatorio hasta mañana a las diez de la mañana! ¡He

dicho! –Y tomando el sombrero y el bastón, salió de la sala -.

8

Después del entierro de Venancio, el alcalde de Piedrahíta llamó a concejo. La cruz que había presidido el funeral llevó la hilera de hormigas desde el cementerio hasta la plaza, incluidos los forasteros. Las mujeres, enlutadas hasta los tuétanos, se dispersaron al llegar a la iglesia. Unas por la calle de El Medio, otras por la de Las Eras y las menos por la del Calvario. Él tendría que regresar enseguida a Arroyuelo. Eran órdenes de su padre y sabía que no estaba el horno para bollos. Corrió hacia su casa para despedirse de Atenea antes de que llegase mamá, pues en su cuarto estaba prohibido entrar y quería hacerlo antes de que mamá llegara. Atenea era la única persona de Piedrahíta que el día anterior había reído en el pueblo. Sus ojos vivaces y espabilados, como los de Chispa, azules como el cielo de verano y su pequeña mancha debajo de la nariz que le hacía parecer aún más graciosa no eran aún conscientes de lo de Venancio. Quería contarle un secreto. Penetró en el cuarto. La encontró jugueteando en su cuna con una mazorca de maíz en la mano y le sonrió. “Hola, Atenea, - le dijo -. Quiero que sepas que a tu hermanito no lo llamó Dios a ninguna parte, como dice mamá y dijo el señor cura en misa, sino que murió por culpa del señorito. Y que papá no lo pudo salvar porque en Arroyuelo no tenemos médico. Y que el señorito lo obligó a ir a la trilla para él poder dormir la siesta a pierna suelta. Y que mamá no hizo nada por evitarlo, porque mamá es muy pobre, buena y nunca fue a la escuela, y porque mamá siempre hace lo que diga el señorito. Y quiero decirte…” Jaime se cortó en seco. Oyó ruidos de picaporte. Alguien había llegado a casa. Se asustó y se escondió debajo de la cama. Nadie podría sorprenderle en el cuarto de mamá, donde estaba prohibido entrar. Se aterrorizó aún más al reconocer la voz del señorito.

- ¿Qué escarmiento le damos a ese mocoso?, - preguntaba, malhumorado -.

La voz de mamá le sorprendió aún más.

- No lo sé, Ramón. Recuerda que sólo es un niño y recuerda lo que sólo tú y yo sabemos.

- Pero se está saliendo de madre, ¡cojones! Delante de todo el pueblo ha acusado al señor alcalde de asesino. ¡Sí! He dicho bien: ¡de asesino!

- Se crió junto a Venancio. Le daba mucha lástima su enfermedad. ¡Se le pasará pronto!

- Pero tiene un pico que no tiene desperdicio. Espero que Blanca no cante igual. Sería mi perdición.

- Blanca tiene otro carácter, otra educación. Blanca es sumisa. Puedes estar tranquilo. Y lo del chiquillo, olvídalo. Ya irá entrando él solito en vereda.

Unos ruidos de monedas pasaron de mano en mano mientras los pasos se alejaban del cuarto.

- Creo que con esto llegaréis a fin de mes, - fueron las últimas palabras de don Ramón -.

El ruido del picaporte lo tranquilizó. Don Ramón se había ido, pero mamá estaría en la casa. Pegó el oído al suelo rojizo de la habitación. Unos leves taconeos parecían subir los escalones que llevaban al doble. Mamá buscaría el arca de la ropa para cambiarse. Aprovechó el momento. Salió de su escondrijo y de cuatro zancadas silenciosas alcanzó el corral. Atravesó la cuadra y tomó el camino de vuelta a Arroyuelo, el mismo camino que había tenido que andar el día anterior, sólo que esta vez lo hacía a plena luz de sol y con Venancio bajo tierra. Daba vueltas por su cabeza la enigmática conversación de mamá con el señorito. No sólo él tenía secretos, también mamá y don Ramón los tenían. “Recuerda lo que sólo tú y yo sabemos”, había amenazado mamá. Sí, porque vio en aquella frase una amenaza, aunque no supiera el motivo. ¿Lo sabría papá? Pero si papá lo supiera, ya no sería un secreto entre ellos dos; luego papá no lo sabía. Seguro. Algún día se lo comentaría. De lo que sí creía estar seguro era de que se trataba de él y de que tenía que ser algo muy gordo para que un hombre con tanto poder e influencia se viniera abajo ante una mujer que nunca había ido a la escuela, igual que papá. ¿Y lo de Blanca? ¿A qué se referían? Aquello también tenía visos de ser un secreto. Sería su perdición. La perdición del alcalde de Arroyuelo, del hombre más rico y con más poder del pueblo, la perdición del que le había prohibido a Carol jugar con él a las canicas. Algún día lo hablaría con Blanca. Blanca nunca tenía secretos para con él. Otro detalle que no se le escapó fue el tratamiento de mamá con el

señorito. Lo había llamado Ramón a secas. Y era la primera vez que lo escuchaba. Papá nunca lo hacía y papá vivía todos los días del año con él. Se acordó del abuelo Juan. Le preguntaría qué pensaba él de todo aquello, pues su abuelo era el hombre que más sabía del mundo y no tenía pelos en la lengua.

9

14 de Julio de 1936.

El señorito no había tomado represalia alguna contra él. La vida en Arroyuelo discurría al compás de las tareas del campo y de la era, centro neurálgico de Arroyuelo en aquel mes de solsticio veraniego abrasado por un calor asfixiante. Tan sólo el novenario recordó que alguien se había ido, que Venancio ya no se encontraba entre ellos. Don Ramón había convencido al señor cura para que lo celebrase también en Arroyuelo y Jaime lo agradeció, pues después de la Novena se encerraba en casa de los abuelos de Carol y Pipi con las beatas y los hombres de más edad y dinero del pueblo, que siempre jugaban a las cartas y escuchaban el *arradio*. Tal vez por lástima, el señorito lo había permitido, aunque quizás no lo supiera con lo atareado que andaba con la trilla, la limpia y la preparación de los pajares. Papá no había vuelto a dormir en casa desde lo de Venancio. Siempre se quedaba en la era, por lo que no le había podido contar ningún secreto. Lo dejaría para el invierno. Aquella noche él y Carol se habían quedado solos en el corral de sus abuelos, pues Pipi se había largado a la calle a jugar al escondite. Carol había cambiado mucho últimamente. Tal vez le diese pena. Estaba amable y simpática con él y cada vez parecía más guapa, pero debió de notar su tristeza.

- Jaime, ¿sabes lo que he pensado? Que algún día podríamos ser novios.

Se ruborizó como nunca antes le había ocurrido. Aquella chica presumida, hija de papá y mamá, que le sacaba ya casi dos palmos, que él había creído que era un poco tonta, aunque nunca se lo dijera, que ya tenía un marido (éste era un secreto entre él y papá) y a quien el señorito había prohibido jugar con él, le estaba ofreciendo ser su novia. No lo podía creer. Él no era un iluso. Sabía que era para consolarlo.

- ¡Eres tonta! Eso es imposible, - le dijo muy serio -.

- ¿Por qué, Jaime?

- Porque tú eres rica y yo soy muy pobre, porque el señorito me mataría y porque tú ya tienes marido.

- ¿Quién te ha dicho eso?, - se extrañó Carol -.

- Mi papá lo sabe todo. Además, él quiere que huya de Arroyuelo, aunque tal vez nunca lo haga.

- Pero aunque fuera verdad que ya tuviera marido, ¿no podríamos ser novios?

- ¿Para qué?

- Para jugar a los papás.

- No me gusta. Mi papá vive en Arroyuelo y mi mamá en Piedrahíta. Y además mamá tiene secretos que papá desconoce. Y yo desearía conocer todos tus secretos y que tú conocieras todos los míos. Y eso sería imposible.

- ¿Por qué?

- Porque dejarían de ser secretos y porque tú ya tenías marido y nunca me lo dijiste.

- ¿Y tú me has contado todos tus secretos?

- Por eso te he dicho que sería imposible. Tengo secretos con papá que no puedo contar a nadie.

- Aunque no puedas ser mi novio, ¿puedo darte un beso?

- No sé si sería pecado. Sólo si me prometes que no se lo dirás al señor cura.

- ¡Qué tonto eres, Jaime! ¿Por qué se lo iba a contar al señor cura?

- Porque él lo pregunta todo. Y si mientes, no

podrás comulgar el domingo e irás directa al infierno, y te comerán los gusanos y te quemarán en una hoguera muy grande y…

Carol le cortó la retahíla de amenazas religiosas.

- ¿Y tú te crees todo eso?

- Mamá dice que los curas nunca mienten.

- Jaime, ¡mira al cielo!

Él le siguió el juego.

- ¿Ves las estrellas? ¡Cuéntalas!

Jaime apuntó con el dedo índice procurando no dejar ninguna para atrás.

- No puedo, Carol. Me pierdo.

- Ahora, Jaime, observa la luna.

No entendía aquellos juegos de Carol y menos aún a dónde quería llegar con ellos. Miraba al infinito boquiabierto, como alelado. Sintió que los labios de Carol se posaban en los suyos. Casi se marea. Carol los apartó al momento.

- ¿Has visto la luna?

Aún no había salido de la ensoñación y del nerviosismo, pero la oscuridad de la noche protegió su turbación.

- He visto el ojo de Torpe. Y parece feliz.

- Vete y cuéntaselo al cura, tontorrón. Ahora ya somos novios, quieras o no quieras. Será nuestro secreto. Y si te niegas le contaré al cura lo del beso.

Y dando saltos como una cabra se perdió en la cocina de su madre mientras él permaneció oculto en la oscuridad del corral mirando al horizonte. Unas pequeñas nubes acariciaban el ojo de Torpe y le limpiaban la enorme legaña que siempre colgaba de su párpado. Cuando regresara a casa, observaría el ojo de Torpe e intentaría adivinar si ella ya sabía lo del beso y lo del secreto.

Entró en la cocina tras Carol. La gente se movía nerviosa, como escandalizada por algo grave. Ya no jugaban a las cartas ni escuchaban la radio a la vez, como casi siempre hacían. Habían apagado aquel aparato y ellos repetían las noticias, sin prestar atención a los chicos que jugueteaban con la cernada y con las brasas de la lumbre. No sólo hablaba el abuelo don Ramón, sino que aquella noche todos metían baza en la conversación, sin orden ni concierto. Que si aquello era una vergüenza; que aquello ya se estaba saliendo de madre; que los jóvenes tendrían que hacer algo; que mira que asesinar a Calvo Sotelo; que todo había sido como represalia por la muerte de un tal Castillo a manos de un patriota falangista; que el tal Castillo no merecía vivir, pues dedicaba el tiempo libre a cargarse a los creyentes y a quemar conventos e iglesias; que los militares tendrían que mover ficha, pues ya estaba bien de retirar los crucifijos de las escuelas y de prohibir las sacras procesiones; que eso en Arroyuelo nunca lo iban ellos a consentir; que si los republicanos querían guerra, habría que dársela; que no había derecho a que el Gobierno suspendiera los periódicos de derechas y que persiguiera a los monárquicos y a los carlistas; que… Escuchaba todo aquello y no comprendía casi nada. La gente mataba a la gente y él no sabía por qué. Y aquellos vecinos suyos estaban escandalizados, violentos e impulsivos. Menos mal que todos eran ya muy ancianos, pero hablaban de animar a los jóvenes a rebelarse. Y papá le había dicho que él no quería la guerra y que nunca iría a ella. Y que ni sabía ni quería entender de política. ¿A quién iba él a consultar las dudas? Papá le había ordenado en cierta ocasión y con mucho misterio que no hablara con nadie de aquello. Y de aquello era de lo que conversaban los vecinos. ¡Qué pena que fuera aún un niño y no pudiera meter baza en las conversaciones de los adultos!

10

20 de Julio de 1936. Piedrahíta.

Aquel domingo Juan Pendón le había permitido visitar a su madre en Piedrahíta sin su compañía, pues andaba muy atareado con la limpia, el arreglo de pajares, boquerones y paneras. Antes del anochecer deberás estar de vuelta, le había ordenado. Era la primera vez que hacía el viaje solo (la escapada nocturna del sepelio de

Venancio fue un ataque de rabia y no la tenía en cuenta) y una satisfacción interior recorrió sus venas. Era como si hubiera estirado de golpe una cuarta. Chispa saltaba de alegría de cuneta en cuneta, escarbaba debajo de las morenas buscando algún ratón o un escurridizo lagarto y volvía junto pidiendo perdón cada vez que se retrasaba. Cuando llegó a Piedrahíta aún no habían repicado las campanas y las calles adormecidas olían a domingo. Por la posición del sol poco faltaría para que tocasen a misa y había que darse prisa. Levantó el picaporte de la puerta del corral y Chispa se le escurrió entre las piernas. Casi lo tira al suelo. ¡Qué poca educación tenían, a veces, los perros! El abuelo Juan lijaba el mango de la *purridera* (él también la llamaba así) junto al brocal del pozo. Levantó la grasienta gorra negra que tapaba las arrugas de su frente y frunció el ceño.

- ¿No habrás vuelto a escaparte?

- No, abuelo. Papá no puede venir y me ha dado permiso para visitaros.

- Así me gusta, chiquillo. Hay que ser obediente. Tu madre está preparando a la niña para ir a misa. Deberías cambiarte de ropa.

El abuelo entró en una cuadra vieja llena de cachivaches empolvados. Abaleas con telas de araña, una vieja bigornia herencia de sus antepasados, hociles desgastados, un cabás con libros raídos por los ratones, dos cachas de madera muy desgastadas, una carraca, un jergón y otros archiperres ocupaban la estancia con un desorden de años. No quería desaprovechar los escasos minutos que tenía para hablar con el abuelo y fue directamente al grano, a lo que a él le preocupaba.

- Abuelo, ¿tú tienes secretos con la abuela?

El abuelo Juan arrugó aún más su torrada cara y lo miró con sorpresa.

- ¿Qué quieres decir? No te entiendo.

- Que si todo se lo cuentas a la abuela.

- ¡Qué cosas tienes, chiquillo! ¡Aviados estaríamos! El corazón tiene un cuarto secreto en donde se guardan cosas que se llevan a la tumba. La llave de ese cuarto se

perdió hace mucho tiempo. Nadie puede abrirlo.

- No te comprendo, abuelo. ¿Tan grande es el corazón como para quepa en él un cuarto lleno de secretos?

- ¡Y tanto! ¿Alguna vez le has preguntado a Chispa, o a Torpe, o a la Rubia esa de la que tanto hablas qué piensan de ti?

Seguía sin comprender al abuelo.

- Pero ellas no saben hablar y, además, ellas no tienen corazón.

El abuelo se enfadó. Apoyó el mango de la *purridera* en la pared de adobes, asió un hocil con la mano derecha, se lo cambió de mano, desempolvó las telas de araña del mango y lo miró a los ojos muy serio, como nunca antes lo había visto.

- ¿Y para eso vas a la escuela? ¿Para decirme que Chispa, que Torpe y que tu querida Rubia no tienen corazón?

- Abuelo, quería decir que ellas no piensan. El maestro nos lo ha dicho.

- ¿Y quién puede saber si piensan o no? Sólo los que tienen ese cuarto secreto escondido en el corazón saben que sí piensan, que sí hablan, que sí tienen corazón y que guardan muchos secretos, aunque nunca te los cuenten.

- Pero entonces, abuelo, si tú tienes secretos que no conoce la abuela, ¿no la estás traicionando y engañando?

El abuelo Juan agachó la cabeza y escarbó con la punta del zapato en la suciedad del suelo de la cuadra como *pescudando* allí la respuesta.

- La vida, Jaime, es larga y retorcida. Es como un camino lleno de curvas. ¿No has observado a Chispa que en cada curva encorva las patas traseras? Pues está dejando un mensaje para alguien. ¿A quién va a

traicionar? En cada curva de ese camino que ya no va a poder desandar irán quedando recuerdos. Ésos son los que viajan a ese cuarto del corazón. Y ya no serán sólo suyos, sino que alguien más habrá quedado sepultado en esa curva para siempre y los compartirá con ella. Y no va tu perrita a traicionar ni engañar a nadie por no contarle lo que ha quedado en esa curva, pues eso no le pertenece a ese otro. Recuerda, Jaime, que un pueblo sin memoria es un pueblo sin identidad; por eso no debemos perderla, porque dejaríamos de ser nosotros mismos; pero el hecho de guardar los recuerdos en ese cuartillo del corazón no significa que los olvidemos. La abuela y yo vivimos ahora en una curva sin recuerdos, sin memoria y sin secretos. Vivimos el presente, pero del pasado… - El abuelo arqueó las cejas y dejó que el tiempo se intercalara entre su afirmación y la siguiente pregunta- . ¿Lo has entendido, nietecillo? ¡Ah!, no sé si te dije en cierta ocasión que nadie se baña dos veces en el mismo río. ¿Lo recuerdas?

- Sí, abuelo. Y no le encuentro sentido.

- Pues cuando salgas de misa, báñate. Y cuando regreses a Arroyuelo lo repites. Tal vez comprendas todo eso de los secretos, de la memoria y lo de no bañarse dos veces en el mismo río; pero no te separes mucho de la orilla. El río es traicionero.

Dejó pasar por alto esto último y fue a lo que a él verdaderamente le preocupaba.

- Entonces, abuelo, si yo tengo un secreto y no se lo cuento a mi novia, ¿podrá seguir siendo mi novia?

Al abuelo Juan le saltó la risa.

- Aviados estamos. ¿Ya estás pensando en novias?

- Abuelo, ya tengo novia; pero no quiero que se lo cuentes a nadie.

El abuelo Juan entornó la gorra hacia la izquierda. Su incipiente calva blanca quedó al descubierto. Alargó su grande y callosa mano y se la tendió.

- ¡Prometido! Y ahora preséntate a tu madre. Aún no sabe que estás aquí.

Mamá ponía guapa a Atenea para la misa a la vez que recogía la ropa sucia del suelo y la arrojaba en un barreño de barro. No se extrañó de su presencia. Tal vez ya lo hubiese oído. Lo besó. Atenea sonreía, simpática y juguetona como siempre. Sus ojos saltones y vivos se clavaron en él unos segundos mientras pataleaba juguetona encima de la cama. Tal vez recordara la escena de debajo de la cama aunque aún fuese una niña. La besó y miró a mamá.

- Papá no puede venir hoy.

- Lo sabía, hijo. Lávate la cara. Dejaré tu ropa encima del escaño de la cocina. Date prisa, van a tocar las campanas de un momento a otro.

Obedeció. ¿Por qué sabía mamá que papá no vendría? Salió al corral, sacó un cubo de agua del pozo y se lavó la cara. Estaba muy fría, pero lo agradeció. Al volverse, vio a Blanca parapetada junto a la puerta donde habitualmente se sentaba Venancio para ver pasar la vida de los otros. Su precioso cuerpo, cubierto por un largo vestido blanco que le llegaba hasta los pies y que sólo se ponía los domingos, le recordó a Carol. La miró y pensó en el secreto del señorito y de mamá. “Sería mi perdición” se había quejado don Ramón. Al pasar junto a ella, su perfume le inundó las pituitarias de rosas. Le hizo la zancadilla y sólo su habilidad impidió que se diera de bruces sobre el suelo.

- ¿No le dices nada a tu hermana, enano?

No le hizo mucha gracia aquello. La miró y vio en ella a una Carol en grande, sólo que Carol llegaría a ser más guapa que ella.

- Tengo prisa. Mamá me espera.

Su hermano Fernando ya no estaba en casa. Se había ido a hacer la mili a primeros de mes a un pueblo de montaña en donde siempre había nieve, según el abuelo. Lo había llevado un tren que tenía muchas ruedas y que rugía como un endemoniado.

- ¿Dónde está Jaca?, - preguntó a Blanca, pues se le había olvidado preguntárselo al abuelo.

- Muy lejos, Jaime. Dicen que cerca de la frontera con Francia.

- ¿Y desde allí se ve Melilla?, - se interesó -.

- No lo sé, pero creo que no. Juan dice que Melilla está al otro lado de un gran charco.

- ¡Ya! Eso ya lo sabía. Y que se fue nadando hasta allí, según el señorito. ¿Tú crees que eso puede ser verdad?

- Jaime, yo fui muy poco a la escuela; pero no creo que los pueblos naden.

- ¡Lo ha dicho don Ramón, Blanca!

Blanca entornó los ojos ante aquella afirmación tan pueril de su hermano. El sonido de las campanas de la torre la libró de las inoportunas preguntas de su hermano. Éste se dio cuenta de que aún no se había cambiado de ropa. Mamá se enfadaría mucho si llegaba tarde a misa y don Manuel, el cura, podría castigarlo con alguna penitencia o con la correa de cuero que guardaba siempre en su sacristía. Echó a correr hacia el interior de la casa y dejó en el aire el eco de la última duda, duda que sonrojó a Blanca. "¿Algún día me contarás ese secreto tan importante que tienes con el señorito?". Se cambió de ropa en un periquete y enfiló a toda prisa la calle de La Iglesia con las manos en los bolsillos. Las calles seguían oliendo a domingo.

Después de misa don Macario, el alcalde, llamó a concejo en la plaza tocando las palmas. Todos los hombres acudieron raudos y le hicieron corro. Las mujeres, en cambio, se deslizaron por las polvorientas calles del pueblo charlando entre ellas. Aquel domingo un gallo había aleteado en la sacristía de la iglesia y él se sentó en los peldaños de la entrada con los bolsillos repletos de caramelos y de confites. Se acordó de su hermano Venancio. Le llevaría unos caramelos al cementerio y le contaría que ya tenía novia. Don Macario tenía el bastón en la mano y hablaba con mucha autoridad. Anunció que España estaba en guerra, que los militares de Marruecos, con el General Franco a la cabeza y apoyados por los Regulares y por la Legión, se habían sublevado contra el Frente Popular y que en dos días se habían hecho con el poder en Canarias y en el norte de Marruecos. Desde Tetuán, continuaba don Macario, el General Franco había leído por radio el primer manifiesto que anunciaba la

sublevación militar. Lo dirigía al honrado pueblo español que aún sintiera el santo nombre de España y prometía paz y amor entre los españoles; libertad y fraternidad, exenta de libertinajes y tiranías. Y comunicaba que los sublevados ya habían llegado a la península y que España se había partido en dos. Dijo que Queipo de Llano ya controlaba Sevilla, que el General de la 7ª División ya había declarado el Estado de Guerra y que el General Mola dominaba la zona norte. Anunció que en los próximos días se presentaría en Piedrahíta un alto cargo militar para reclutar jóvenes que defendieran a España de los rojos republicanos que quemaban las iglesias y repartían nuestras tierras entre los campesinos y los obreros y aconsejó a todos que pusieran a sus hijos a su disposición por el bien de España y que no hicieran caso del rumor de que una comunista había lanzado un manifiesto al grito de un "No pasarán". Temblaba de miedo. Papá le había dicho que nunca iría a una guerra y aunque él prefiriera la guerra a la escuela, don Macario había anunciado que iba a haber muchos muertos, y eso ya le ponía la carne de gallina.

Aquel domingo no hubo partido de pelota y los hombres se dispersaron por las calles con cara de preocupación. Siguió al abuelo Juan y al llegar al portalón de la casa le soltó:

- ¿Qué es el Frente Popular, abuelo?

- Es difícil de entender a tu edad, Jaime. Un grupo de personas que se unen para oponerse al fascismo. Se presentaron a unas elecciones y las ganaron. Defienden una democracia burguesa y respetan el capitalismo, aunque su ideología nazca del comunismo.

Desconocía que el abuelo Juan supiera hablar tantos idiomas.

- ¿Y son de izquierdas o de derechas?

- De izquierdas, Jaime.

- ¿Son esos los que queman las iglesias?

- Eso dicen.

- Pues papá dice que son malos, porque todos los que queman iglesias son malos.

- ¡Guárdate de decir esas cosas en la calle, Jaime!

Advertía una prudencia poco habitual en el abuelo, como si tuviera miedo de algo. En aquello de la democracia burguesa no iba a entrar, ni en lo del fascismo, capitalismo y comunismo. Parecían palabras extranjeras. A él sólo le preocupaba lo de España.

- Abuelo, ¿qué quiso decir don Macario con lo de que "España se había partido en dos"?

- En una guerra, Jaime, uno lucha contra el otro. Uno pertenece a una España y el otro, a la otra.

- Entonces, abuelo, ¿España se puede partir?

- España lleva siglos partida. Liberales y conservadores, monárquicos y republicanos, izquierdistas y derechistas, ricos y pobres, católicos y protestantes, creyentes y ateos, y hasta hombres y mujeres. Todo son dualidades contrapuestas que deberían de estar obligadas a entenderse; pero como no se entienden, llega la guerra.

- Y tú, abuelo, ¿a qué España perteneces?

- Yo pertenezco a Piedrahíta. Siempre he sido pobre y moriré siendo pobre. Nunca ambicionaré la riqueza de los ricos y no quiero que haya guerra; pero me da la impresión de que se va a derramar mucha sangre, porque el odio lleva circulando por las venas desde hace mucho tiempo, porque el miedo a ser destruido por el adversario atizará la furia y llegará el exterminio. El odio de los desposeídos se lanzará contra el de los soberbios, que no soportarán la desfachatez de los humildes. Y todo será muerte. Espero equivocarme, Jaime.

El abuelo sabía muchas cosas y aunque él no comprendía la mitad de ellas, daba gusto escuchar al abuelo cuando se le soltaba la lengua.

- ¿Y por qué crees que van a pasar todas esas cosas?

- Porque todas las guerras son iguales. Lo he vivido en mis propias carnes. Me llevaron con diecinueve años a luchar por el Imperio a Cuba. Ni sabía qué era el Imperio ni dónde coños quedaba Cuba. He visto mucha sangre

derramada, muchos muertos, muchos gritos desolados por el dolor, muchas vidas rotas para siempre. Y todo eso, ¿para qué? Nos decían que para defender el Imperio, lo mismo que ahora nos dicen que para defender a España del enemigo malo. Todo es política, Jaime, todo es hambre de poder y siempre a costa de la gente humilde.

- ¿Y llevarán a papá a la guerra?

- Una guerra es como un gran globo. Si lo lanzas al cielo, nunca sabes de antemano qué dirección tomará ni cuándo se detendrá; pero lo que sí es cierto es que el globo nunca más volverá a tus manos. Los vaivenes del viento marcarán su destino. La guerra no es buena para nadie, pero envuelve a todos.

- ¿Hay rojos en el pueblo, abuelo?

- Jamás preguntes esas cosas cuando estemos en guerra. Aunque seas un niño, puedes meterte en problemas.

- Pero yo sólo quiero saber. Don Macario dijo que los que se han sublevado lo han hecho contra los rojos. ¿Qué tiene de malo el querer saber?

- Llegará el momento en que al que mucho sabe le cortarán la lengua.

- No te comprendo, abuelo.

El abuelo Juan se levantó del taburete y se le acercó. Muy quedo y con mucho misterio le susurró una frase al oído.

- En la calle no hables con nadie de la guerra. Mantén siempre el pico cerrado. ¿Prometido?

- ¡Prometido, abuelo!

El abuelo hizo ademán de entrar en la casa. Algo debió de acordársele, pues se volvió hacia el nietecillo.

- Aguarda un momento. Yo con tu edad me bañaba todos los domingos en el río. Eso refresca la mente. Pero

ten cuidado con el agua. Es traicionera y al menor descuido te engulle un remolino y te atrapa para siempre. Huye de las corrientes y no te aventures muy adentro.

Y se retiró. Seguía tan enigmático como siempre.

11

Por los campos segados levantaban su vuelo espantado las perdices. A pesar de que el sol agredía con fuerza las copas de los olmos, se demoraba en los majuelos y calentaba los cantos rodados, el agua bajaba fría, igual de fresca que en Arroyuelo y no tanto como la del pozo. Aunque fuese domingo, no había nadie bañándose y se introdujo en el río totalmente desnudo. La corriente de agua le producía un cosquilleo a la altura de las rodillas. Una sensación de tersura fría e instantánea le recordó la suavidad del hielo y el frescor de la piel de la manzana madura. Apenas dos metros más adentro la corriente tiraba con fuerza. “Huye de las corrientes y no te aventures muy adentro”. Temblaba. “Yo con tu edad me bañaba todos los domingos en el río”. Él no iba a ser menos que el abuelo. “Nadie se baña dos veces en el mismo río”. ¿Qué habría querido decir el abuelo con aquello? Apartó el pensamiento a un lado y se tiró de cabeza al agua. “Carol, el cuarto secreto, Jaca, Melilla, Venancio, España en guerra, Franco, Frente popular, izquierdas, derechas, dos Españas, sangre, muertos, gritos desolados, dolor, vidas rotas para siempre, rojos”. Se incorporó. Recordó las historias que mamá le contaba de pequeño. “Tres niños como tú agarrados de la mano y ahogados en el remolino de la curva del fresno del río”. Aquel fresno centenario hincaba sus raíces en la orilla, muy cerca de donde él estaba. Las piernas se le paralizaron de miedo. “El río es traidor y el agua no tiene ramas para agarrarse. Cuando menos lo esperes, puede llegar la crecida”. La parálisis ascendió su cuerpo y un frío aterrador se inundó de todo él. Seguía temblando. Intentó dar un paso hacia la orilla. Sus pies, anclados en las piedras, parecían no obedecer las órdenes de su cerebro. Creyó ver la figura de un fantasma recorrer la corriente. “Yo con tu edad me bañaba siempre en el río”. Tal vez fueran otros tiempos los del abuelo. Miró por encima del agua. Temió que un fuerte aluvión se acercara y lo arrastrara río abajo, volteándolo en el remolino del fresno centenario y asesino. Creyó oír desgarradores gritos infantiles subterráneos pidiendo auxilio. Se frotó los ojos, se tiró al agua sin pensárselo y nadó extenuado hasta la orilla. Tenía razón el

abuelo. El río no parecía el mismo de meses atrás, ni siquiera el del día anterior, aunque las aguas no fuesen grises y aunque luciera un sol abrasador. ¿Sabría también él su secreto? ¿Tendría también el Tera corazón? ¿Sería el río un asesino de niños? Salió del agua. Se vistió a toda prisa y volvió a Piedrahíta. El agua no lo había calmado, pero, sin pensarlo, había aprendido a nadar y, sobre todo, le pareció que nunca antes se había bañado en aquel río.

Al atardecer y de regreso a Arroyuelo observaba a Chispa cada vez que arqueaba las patas en una curva. Parecía hablar con alguien cada vez que husmeaba con el hocico. Dejaba el mensaje y volvía a olerlo. Los dos desandaban el camino y volvían a recorrer las mismas curvas, pero aquellas curvas ya no eran las mismas curvas del amanecer, ya no guardaban los mismos secretos y ya habrían ido a parar a aquel cuarto secreto del corazón que nadie podría abrir. La curva que había dejado atrás por la mañana quedó inundada de recuerdos y de dudas sobre los secretos de los novios y la que recorría ahora, al atardecer, estaba repleta de miedos, de odios, de luchas y de guerras. Creyó comprender el enigmático mensaje de cada curva, lo del río y le dio las gracias, en silencio, al abuelo Juan por su sabiduría.

12

Arroyuelo. 26 de Julio de 1936.

Papá se estaba quedando muy flaco. Últimamente el señorito andaba siempre de viaje y él no podía dormir ni de día ni de noche, pues se tenía que hacer cargo de todas las tareas veraniegas. La trilla ya había tocado a su fin y el grano dormía en las paneras esperando despertar durante el largo letargo invernal. Hoy tocaba llenar los pajares de paja. Mientras papá y un obrero de Piedrahíta bieldaban la paja desde carro al boquerón, él *encalcaba* de rodillas protegiéndose la nariz y la boca con un pañuelo y cerrando los ojos para no cegarse. La nube de polvillo inundaba la atmósfera de minúsculos roedores que punzaban todo el cuerpo, se introducían en los huecos de la nariz, de la boca y de los ojos y devoraban sus pulmones. En las manos llevaba un palo gordo para hacer más presión sobre la paja. Avanzaba dos palmos con ambas manos agarradas al palo y saltaba sobre sus rodillas como un canguro. La paja le rasguñaba las rodillas y se incrustaba entre los calzones. De vez en cuando sacaba la cabeza por un pequeño boquerón lateral para no ahogarse y poder respirar aire puro. En una de esas veces en que se creía ahogar no pudo dar crédito a lo que veía. Un enorme coche blanco había parado a las puertas del señorito. Él nunca había visto un coche y jamás se imaginó que hubiera coches tan grandes. Carol, Pipi, Nacho y un montón de chicos más lo rodeaban, asombrados por la novedad nunca vista. Sería la primera vez que un coche pisaba las callejuelas de Arroyuelo. Al menos él nunca había visto ninguno. Clavó la mirada en aquella maravilla y envidió a sus amigos por poder verlo tan de cerca e incluso tocarlo. Él tenía que *encalcar* y no podía hacerlo. Al cabo de un rato, un señor lleno de insignias y con traje marrón salía de casa de don Ramón. Tenía un enorme bigote negro, largas patillas y un aspecto de matón que asustaba. Se despidió del señorito dándole la mano y arrancó el motor de aquel vehículo. Detrás de sí dejó una polvareda tan grande como la que producía la máquina de limpiar en la era, mientras los chiquillos del pueblo corrían tras él. Se notaba que tenía prisa. Se introdujo en el pajar y quiso dar la buena nueva a papá. Se asomó al otro boquerón y

se quitó el pañuelo de la boca.

- ¿Lo has visto, papá?, - chilló nervioso, como si hubiera descubierto un misterio -.

- ¿El qué?, - se extrañó su padre, mirando hacia el bocarón.

- ¡El coche que ha aparcado a la puerta del señorito!

- ¡Vamos, Jaime, déjate de sandeces y sigue encalcando!

- ¡Que sí, papá! ¡No veas qué polvareda levantó cuando abandonó el pueblo! ¡Más que tres máquinas de limpiar juntas!

El acompañante de papá le hizo tal desprecio que bieldó con fuerza hacia el boquerón y le llenó la cara de polvo y de paja. Escaldado, se arrepintió de haberles contado aquel secreto público y siguió encalcando. Ya por la tarde, la noticia de aquella visita del militar había recorrido el pueblo como la espuma. Don Ramón había dado órdenes al alguacil para que, trompeta en mano, reuniera a todos los hombres del pueblo en la plaza, a las cinco de la tarde, y lo hacía saber por orden del señor alcalde. Papá se lo contó al atardecer.

- Tu hermano Juan tendrá que ir a la guerra, Jaime. ¡Son órdenes del alcalde!

- ¿Y él qué opina, papá?

- Él no tendrá nada que opinar. Obedecerá y punto.

- ¿Por qué, papá?, - se quejó.

- Porque quien no lo haga pagará las consecuencias, según don Ramón. Mañana irás a Piedrahíta y le dirás a tu madre que le prepare ropa y que le ponga el escapulario del Corazón de Jesús. Pasado mañana pasarán a recogerle. Y le dices que le diga que nos escriba cuando llegue, para saber cómo y dónde está. Y que el abuelo le dé algo de comida para el viaje.

- Pero…

- No hay *peros* que valgan. ¡Obedece! ¡Y vuelves enseguida a Arroyuelo! ¡El señorito lo ha ordenado!

Papá cortó con las manos un mendrugo de pan duro, serró con la navaja un pedazo de tocino y salió a la calle con la bielda en una mano y con el tarugo en la otra. ¡Estaba triste papá! Aquel trozo de tocino que su padre había cogido antes de salir, le trajo recuerdos de su niñez. Y se entristecía porque eran ya solo recuerdos. El exquisito dulzor grasiento de los *coscarones*, el sabor picante de las *cachuelas*, el aromático olor ahumado de los duros chorizos de *bofes* y de *butillo* eran ya tiempo pasado en aquel clima de guerra, de miseria, de pobreza y de hambre. Y con estos recuerdos llegó a casa del abuelo, en donde solo se hablaba de la guerra, de que el pueblo se quedaría sin juventud, de que esa juventud salvaría a España de los rojos, de los comunistas, de los socialistas, de los anárquicos y de toda esa calaña que se había instalado en el poder. Quiso entender que todos aquellos que habían sido nombrados serían los malos y que su hermano Juan iba a pelear en el bando de los buenos, en el de los salvadores de España. Y se alegró por su hermano. A última hora de la noche llegó el señor cura y se unió a la asamblea. Ahora comprendía las palabras que había soltado en Piedrahíta el último domingo en la homilía. Decía que los buenos cristianos no se podían quedar cruzados de brazos, pues aquello que ahora comenzaba sería una segunda cruzada que liquidaría a todos los ateos, los impíos y los malvados; que bastantes muertes de inocentes había tenido que soportar la iglesia hasta el momento y que Dios daría su bendición a los caídos y les premiaría con el Reino de los Cielos. ¿Si a su hermano Juan le pasaba algo malo iría al cielo? Y volvió a alegrarse, pues él le tenía mucho miedo al infierno, al diablo y al fuego eterno, ese que según don Manuel ardía y ardía sin parar y que quemaba y quemaba sin matarte del todo, para que el dolor te hiciera sufrir por tus pecados el resto de los días. ¡Cuántas pesadillas tenía por las noches por culpa de aquello! Cuando salió al corral para fijarse en el ojo de Torpe, éste se hallaba escondido tras una nube negra. Estaría dormido. Carol lo había seguido.

- ¿Qué miras, Jaime?

La pregunta lo desorientó y por un momento perdió el norte. Se repuso. Pensó quedarse callado, pero recordó que Carol era su novia y que no podía esconderle los secretos.

- Buscaba el ojo de Torpe. ¡Debe de estar dormido!

Carol se sorprendió.

- ¿El ojo de Torpe? ¿Ahí arriba?

¡Qué ingenuo era! Carol no sabía nada de aquello. Nada de su pasado le había contado por temor a que se riera de él en cuanto le dijera la verdad. ¿Y si le mintiera? El abuelo le había dicho que él, ahora, vivía en una curva y que en esa curva no tenía secretos para con la abuela, pero que del pasado... Carol era su novia y ambos vivían en la misma curva; pero no estaría obligado a contárselo, pues pertenecía a su pasado. No obstante, se lo diría aunque se desternillara de risa.

- ¡Torpe es la luna, Carol! ¿No te has fijado nunca en el ojo de Torpe?

- ¡Qué cosas tienes! ¡Una burra cabezona y la luna! ¡Qué comparación tan absurda!

Sabía que no lo entendería porque esas cosas se ven desde el corazón, pero al menos no se había reído de él. Cambió de tema.

- ¿Qué piensas tú de esto de la guerra, Carol?

- Cosas de viejos. No tienen otra cosa de qué hablar.

- Mi abuelo ha dicho que habrá muchos muertos y don Macario también. Y yo tengo mucho miedo. Mi hermano Juan puede morir. ¿Sabes que tiene que ir a la guerra?

- Pues que no vaya. Que se quede en casa de mi padre.

- Es que es tu padre quien le ha obligado. –Miró a Carol a los ojos y advirtió su sorpresa -. ¿Puedo pedirte un favor, Carol?

- Los novios no se piden favores.

- Y tiene que ser esta noche, Carol. ¡Convence a tu padre para que mi hermano no tenga que ir a la guerra!

Invéntate cualquier cuento. Podría ayudarle en el campo. Y no le digas que te lo he pedido yo. Sabes que me odia. ¿Prometido?

Carol señaló el firmamento con el dedo índice.

- ¡Creo que Torpe te busca!

La apreciación le sorprendió y no le dio tiempo a reaccionar. Miró como un tonto al cielo. Era cierto que Torpe asomaba por entre las nubes. Y una vez más Carol lo había engañado. Había vuelto a besar sus labios cuando él miraba el ojo de su luna y se había ido riendo y saltando como una cabra montesa. Al menos había pronunciado aquella palabra que él buscaba: "prometido". ¿Estaría empezando a ver desde el corazón?

13

30 de Julio de 1936. Arroyuelo.

Su hermano Juan aún no había escrito a papá. Deseoso de leerle la carta, se acordaba todos los días del cartero; pero éste no llegaba. Salía a diario al camino empedrado que unía Piedrahíta con Arroyuelo y esperaba la llegada de aquella bicicleta que zigzagueaba por entre las piedras con el repartidor a bordo. Desde que Juan se había marchado, el viejo cartero no había vuelto a aparecer por Arroyuelo. Cuando se cansaba de esperar, volvía al corral con Chispa y le daba de beber a Torpe. Aquella mañana, mientras tiraba de la cuerda para sacar el caldero de agua del pozo, oyó voces en la cocina de palos del señorito. Aquellas voces no le eran reconocibles, eran extrañas. Se acercó al saco que hacía las veces de cama de Chispa y se acurrucó. Desde allí se escuchaba nítidamente la conversación y se guardaba de ser sorprendido en caso de que aquellos individuos salieran al corral. "Que el General Franco había enviado un telegrama de ánimo a todas las divisiones españolas para que si alguno, por ignorancia, aún se mantenía alejado del movimiento salvador, poco tiempo le quedaba para entrar en el camino de la patria como verdadero español, ya que en caso contrario, exigiría cuenta estrecha de todas las conductas dudosas o traidoras a España. Que el General Queipo de Llano informaría todos los días, por radio, desde Sevilla, del estado de la

guerra, muy favorable para los nacionales. Que el General Mola había creado en Burgos una Junta de Defensa Nacional presidida por el General Cabanellas. Que si el Frente Popular había sustituido en los municipios por él gobernados a los alcaldes por Juntas y por Consejos, que estas Juntas actuarían independiente e indiscriminadamente en cada pueblo contra el enemigo, aniquilándolo sin compasión y que habían recibido la orden de incautación de todos los edificios religiosos; que la derecha estaba más organizada y la cabeza más visible parecía ser ya el General Franco, después de la muerte fortuita del general Sanjurjo y de los asesinatos de Calvo Sotelo y de Primo de Rivera; que si el general Sanjurjo se había adherido al carlismo para poder disponer de los más de diez mil requetés que se entrenaban en la zona de Navarra; que si Emilio Mola también se había puesto de su lado a pesar de que no compartiera todas sus ideas, pues los carlistas pretendían derogar la Constitución y las leyes laicas, hacer desaparecer los partidos políticos, instalar la bandera bicolor, crear un directorio con un militar al frente y dos civiles y realizar una consulta popular para reinstaurar la monarquía tradicional; que si los mensajes lanzados desde la cárcel de Alicante a las fuerzas armadas por Primo de Rivera habían calado hondo entre los militares más jóvenes y que parte de esta doctrina la había hecho suya el General Franco".

¿Intentaban animar a don Ramón aquellos desconocidos para que organizara una batida nocturna y aniquilara a todos aquellos vecinos de Arroyuelo que pudieran simpatizar con las ideas revolucionarias de la República, antes de que ellos se adelantaran? ¿Le animaban a realizar *paseos* nocturnos a todos los sospechosos de colaborar con los rojos? ¿Debería imponer su autoridad y vigilar a todos los campesinos, obreros y jóvenes de ideas comunistas para que el ejemplo de los aniquilados aterrorizara e hiciera entrar en razón a los supervivientes? Sólo de pensarlo le entraba pánico en el cuerpo. Y creía que así iba a suceder porque habían dicho que lo más importante era no sentir compasión por el enemigo. ¿Corrían peligro los obreros del señorito, incluido su padre, así como los papás del Bodegas, de Pedro el Rojo, del Zarabeto, del Arrugas, Paco el Comunista, Pepe Lobón y todos los que tenían pocas tierras o ninguna? A medida que pasaban los días iba descifrando aquello de las dos Españas. Dibujaría un círculo muy grande, tan grande como la mesa-camilla de su cocina y lo partiría por la mitad. En cada una de las mitades anotaría los nombres de todos los vecinos de Arroyuelo que él creía que pertenecían a un bando o al otro. En el de la izquierda entrarían todos los pobres y sus familiares y en el de la derecha los ricos, el secretario, el médico y el señor maestro. Dudaba dónde ubicar a don Manuel, el señor cura, pues siempre predicaba que la iglesia ayudaba a los

pobres, los oprimidos, los desheredados, los desfavorecidos y hasta había dicho aquello de que era más difícil que un rico entrara en el Reino de los Cielos que un camello por el hondón de una aguja; pero lo colocaría en la parte derecha porque los de la izquierda quemaban las iglesias, porque siempre hablaba con los más influyentes del pueblo y porque había dicho aquello de la cruzada contra los infieles, y él creía que se refería a los de la izquierda. Pero había algo que no le cuadraba. Su hermano Juan luchaba en el bando de la derecha y era hijo de pobres, y se hermano Fernando, que hacía la mili en Jaca, estaría del lado de los rojos, según el abuelo de Carol. ¿Dónde los anotaría? Y, sobre todo, ¿cómo dos hermanos que siempre se habían llevado tan bien podrían pelear en bandos distintos? ¿Sería capaz uno de ellos de disparar contra el otro si se presentara la ocasión? Los ladridos de Chispa, que había salido corriendo al centro del corral, le hicieron prestar la atención hacia aquella parte. El grupo de desconocidos había salido de la cocina y acompañaba al señorito. Todos llevaban un rifle muy grande colgado del hombro izquierdo, vestían de verde, calaban un sombrero negro de tres picos y parecían tener muy mala pipa. Cruzaron el corral en silencio. Uno de ellos dio un culatazo a Chispa para que se apartara de su camino y dejara de ladrar y ésta escondió el rabo entre las piernas, batiéndose en retirada. Desaparecieron por las puertas corraleras y salió de su escondrijo. Daría de beber a Torpe e iría a ver a papá. ¡Su vida corría peligro!

Papá arrimaba la máquina de limpiar a la única parva de centeno que aún quedaba por limpiar con la ayuda de dos obreros más. No prestó atención a la llegada de su hijo y menospreció por completo las carantoñas de Chispa bailando a su alrededor y moviendo el rabo nerviosa. Les ayudó a empujar la máquina.

- Papá, tengo que hablarte. ¡Es muy importante!

Papá se agachó y calzó la rueda de la máquina con unas tablas que ya tenía preparadas. Parecía no haberle oído. Los otros obreros se habían alejado. Jaime bajó la voz.

- Papá, ¡el señorito quiere matarte!

Papá se incorporó. Leyó su sorpresa en la forma de abrir sus ojos.

- ¿Qué estupideces dices? ¿No tienes otra cosa en qué pensar?

- Unos señores de verde y con pistola han visitado a don Ramón. Y le han dicho que tiene que matar a todos los obreros antes de que éstos lo maten a él.

- Hoy no has dormido bien, ¿no? Se nota que estás descansado. Los sueños sólo son sueños y hay que saber interpretar las pesadillas. ¡Arrímame la bielda!

Se desesperaba con papá. Como nunca había ido a la escuela y era muy bueno, pensaba que todos eran como él.

- ¿No te das cuenta, papá, que estamos en guerra? ¡Tu vida corre peligro! ¡Escóndete!

Papá amontonó la paja de tres bieldazos para hacer un hueco a la máquina de limpiar. Hizo una pausa y se volvió hacia él.

- ¡Aquí, en Arroyuelo, no hay guerra, Jaime! Eso es cosa de políticos y de militares. No tengo por qué esconderme. ¡Sólo los cobardes lo hacen! ¡Vuelve al pueblo y vigila, por si viene el cartero! ¡Y no hagas caso de las sandeces que oigas por el pueblo!

- Pero…

Apoyó el antebrazo en el mango de la bielda y lo miró fijamente. Estaba malhumorado.

- ¡Vuelve al pueblo, Jaime, y mantén el pico cerrado!

Pegó un silbido. Chispa se le unió y descendieron la cuesta del monte. Los rayos de sol maduraban los muros de las casas primeras del pueblo y encendían chispas brillantes en las pajas de los adobes. A él le calaban hasta los sesos. Como miríadas de espejos difuntos, el sol se diversificaba en las fachadas y era un inmenso foco luminoso en los ventanucos. Ardían suavemente las casas en un aire que olía a paja triturada y que ascendía desde las eras y los campos. Las vacías calles de Arroyuelo sudaban gotas de silencio, soledad y misterio. La sombra de paredes y casas, escondida dentro de las habitaciones y de los pajares, anunciaba el letargo total del pueblo. La gente que aún quedaba se ocultaba entre sus sombras. Sólo él y Chita osaban romper aquel caluroso silencio de miedo y de terror. Abrió la puerta del corral y se dirigió a la cocina. Chita se lanzó al caldero del agua que

descansaba junto al brocal del pozo y se enjuagó la lengua repetidas veces. Después se tumbó a la sombra, despatarrada. Buscó el cuaderno que había quedado a medio terminar en la escuela y arrancó sus hojas en blanco. Hizo una masa con harina de cebada y agua y pegó las hojas sueltas unas a otras, hasta completar la medida de la mesa camilla. Asió con las tenazas un tizón de encina de entre la cernada y le sacó punta en una piedra del suelo. Dibujó un gran redondel y lo partió en dos. A la izquierda anotó treinta y un nombres y a la derecha cuarenta y cinco. A Carol, Pipi y los demás niños los dejó fuera, así como a los veintisiete jóvenes que ya habían partido a la guerra. Las mujeres tampoco contaban. El nombre de don Manuel, el señor cura, ocupaba la parte central del lado derecho, junto a don Ramón y a papá lo había escrito con letras minúsculas en la parte inferior del lado izquierdo. Oyó ladridos de Chita. Nervioso, escondió el gran puzzle debajo de las faldas de la camilla y tiró el tizón a la cernada de la lumbre. Carol apareció de improviso junto a la puerta. La recibió con una sonrisa de labio a labio. Nada le dijo del puzle.

- Siento no haber podido salvar a tu hermano Juan de la guerra. ¡Hubiera sido mejor no haberlo intentado! Mi padre me pegó y me volvió a repetir que no quería verme junto a ti.

- ¿Y por qué vienes, Carol?

- Porque eres mi novio, idiota, – No le gustó aquel tono – y porque mi padre no está en el pueblo y mi madre se ha ido a casa de los abuelos. ¡Nadie podrá descubrirnos!

- ¿Y tu hermano?, - se extrañó.

- Mi padre no quiere que se separe del abuelo. Le ha dicho que andan muchos lobos sueltos y que los lobos comen a los niños.

- ¿Tiene miedo de los lobos?, -medio se rió.

- ¿Acaso tú no los temes, valentón?, - defendió Carol a su hermano.

- Yo he dormido muchas noches en la parva de la era y han pasado junto a mí muchos lobos. Son como Chita. Huelen el miedo en las personas y sólo a los miedosos les atacan. Si te haces el valiente, huyen de ti.

- Ese cuento no me lo creo, Jaime, pero da igual. Venía porque quería contarte un secreto. ¡He oído cosas horribles a unos amigos de mi padre! ¡Debes esconderte unos días hasta que esto amaine!

- ¿Yo? ¿Esconderme yo? Sólo los cobardes lo hacen, - se envalentonó -.

- Ya sé que eres un valiente y no quiero que por quedar bien conmigo te hagas aún más el bizarro. Te he buscado un escondite en casa de mis abuelos. Te llevaré agua y comida a escondidas. Sólo tú y yo sabremos lo del escondite. Y dile a tu padre que él también debe esconderse. ¡Hay guadañas traicioneras aleteando en la oscuridad de la noche!

¿Guadañas traicioneras aleteando en la oscuridad de la noche? ¿Qué significaba aquella frase? ¿Se la habría aprendido de memoria para impresionarle? No le importó en aquel momento.

- ¿Y quién le llevará la comida a mi padre?

- ¿Quién crees tú que se atrevería a hacerlo?

- Si se entera el señorito, te matará, aunque seas su hija.

- Una hija es una hija, Jaime. ¡Yo no quiero que mi novio se encuentre con una guadaña por la noche! ¡Y tu padre es un buen hombre! Habla con él y convéncele. La bodega del padre de Nacho sería una buena solución para él. ¡Y ha de ser ya! ¡Esta noche correrá la sangre por el pueblo! Ya se lo he advertido a todos los marcados.

- ¿A todos los marcados? ¿Qué quieres decir?, - se interesó.

- Los desconocidos han pedido una lista de los sospechosos del pueblo a mi padre. Dijeron que les iban a dar un paseo por el pueblo esta noche.

- Lo del paseo ya lo sabía, pero mi padre no tiene tiempo de pasear. ¡Tiene que terminar de recoger la era de

tu padre!

- Lo sé, Jaime, pero lo del paseo no me gustó. Tal vez se trate de otra cosa. A mí me dio mucho miedo.

- ¿Y Torpe? ¿Y la Rubia? ¿Y la Sevillana? ¿Y Chita? ¡Quién cuidará de ellas? Tu padre sabe que si faltara papá se morirían. Él no puede permitir esto, por su bien.

- Mi abuelo ha dicho que para que haya paz es necesaria una guerra, aunque para ello haya que destruirlo todo, incluidas las cosechas y el ganado. Que la guerra es la guerra.

- No lo entiendo Carol. Todo es de ellos. ¿Por qué habrían de destruirlo?

- Para que el enemigo no encuentre nada si la pierden.

Agarró de la mano a Carol y la condujo a la cuadra. Sabía que nunca se había fijado en los animales. Se paró frente a Torpe.

- ¡Fíjate en sus ojos, Carol! –Dejó que el silencio hiciera mella en ella -. ¿No crees que se parecen al de la luna?

Carol volvió la mirada a los suyos. En un descuido lo besó en los labios y escapó a la carrera.

- ¡Y están tristes!

¡Qué rara era Carol! A veces hablaba como una persona mayor y otras actuaba como una niña pequeña y saltaba como una cabra montesa; pero ya no era tan estúpida y engreída como antes. Desde que eran novios, Carol había pegado un gran cambio y él se alegraba de ello. Recapacitó sobre todo lo que le había contado y se entristeció. Pensó en lo del cartero y salió, raudo, hacia la carretera. ¡Se le había olvidado el mensaje de papá! Los rayos de sol seguían castigando los tejados con flechas envenenadas de fuego. Miró a un lado y al otro de la vía. Sólo los sedientos gorriones revoloteaban por el espacio buscando la sombra de las ramas de los árboles. Se sentó a la sombra del viejo nogal del tío José, el Tabarés, y esperó pacientemente. Cogía piedrecillas del suelo y las contaba. Las más blancas las colocaba a la

derecha y las manchadas por la arcilla roja las situaba a la izquierda. Contó hasta treinta y una en la izquierda y cuarenta y cinco en la derecha. Se puso en pie. Asió un tejo rojo y lo dejó caer sobre las piedras. Cada vez que tocaba una, se agachaba y la lanzaba lejos. "Muerta", se decía. Se sentía tan imbuido en aquellos juegos de guerra que no reparó en la presencia de aquel anciano que golpeaba, a pasos lentos, las piedras de la carretera de Piedrahíta con el viejo bastón.

- Un hombrecito como tú no debería de gansear de esta manera. Te imaginaba pelando la pava en otro sitio.

Se olvidó del juego de las piedras y corrió a abrazar al abuelo. Tal vez él trajera la carta. El abuelo se protegió del horroroso calor bajo las prietas ramas del nogal. Se quitó la grasienta boina y se limpió el sudor de la calva con ella. Quiso defenderse de la acusación.

- Papá me ha dicho que espere al cartero.

El abuelo parecía no escucharlo. Se había sentado junto al tronco del nogal y chupeteaba una hierba seca, moviéndola de lado a lado de la boca con una maestría como sólo él sabía hacer.

- ¿Dónde está tu padre, Jaime?

- En la era, abuelo. ¿Pasa algo?

- Nada, Jaime, nada. Hay cosas que los niños no deben saber.

- Abuelo, ya sé que estamos en guerra; que los rojos quieren matar a los curas y quemar sus iglesias; que los de la derecha quieren eliminar a los de la izquierda; que los de la izquierda son todos los pobres del pueblo y que papá y yo nos tenemos que esconder.

El abuelo Juan se asombró de lo que decía aquel chiquillo de apenas trece años y se asustó. No era bueno que un niño quisiera saber tantas cosas de la guerra.

- ¿Y quién te ha contado todo eso?

- Es un secreto, abuelo. Se dice el pecado, pero no el pecador. También sé que Torpe, la Rubia, la Sevillana y Chita morirán de sed y de hambre si les faltamos papá y

yo. Y no permitiré que eso ocurra.

El abuelo se levantó apoyándose en el bastón y acarició sus cabellos.

- Eso nunca ocurrirá. Tu padre y tú nunca les fallaréis. Ahora, Jaime, debo de encontrar a tu padre. Tú sigue aquí por si llega el cartero.

- ¿Cómo están Blanca, Atenea y mamá?

- ¡Protegidas, Jaime! Ellas no corren peligro.

- Entonces, abuelo. ¿Es cierto que papá y yo corremos peligro?

El abuelo miró con compasión al nieto y perdió la mirada por entre las prietas ramas del nogal.

- Veo que en este cuerpecito de niño se esconde un alma de adulto. El señorito quiere proteger a tu padre y él es quien me manda a dar el aviso. Él también protege a las mujeres.

Se asustó aún más. Recordó el puñetazo que le había lanzado a Pipi. A don Ramón no se le habría olvidado y se vengaría de él.

- ¿Y a mí no me protege?

- Los niños no cuentan en las guerras. Cualquier piedrecilla de ahí abajo puede ser un niño.

- ¡Son soldados, abuelo! No son ni piedras ni niños. Y ya han muerto un montón. Dime, abuelo, ¿por qué protege a mamá el señorito?

- No es bueno que un niño quiera saber tantas cosas.

- Sé que Blanca y don Ramón guardan un secreto y que tiene que ser algo muy gordo.

El abuelo abrió los ojos, incrédulo, ante lo que oía.

- ¿De dónde has sacado eso?

- ¡De debajo de la cama, abuelo! ¡Secretos de niños! No te lo podré contar.

- ¡Pues guárdalo en ese cuarto del corazón en el que los secretos se llevan a la tumba!

Jaime se agachó, atrapó una piedra del suelo y la lanzó contra un pardal que se había posado en una rama del nogal. El ruido de la piedra al atravesar las hojas de las ramas lo espantó y alzó el vuelo.

- Papá me dijo que huyera del pueblo y de la miseria. Una mariposa me ha contado que debo esconderme. Yo quiero ser como tú, y como papá, que andáis libres por los caminos sin tener que huir de nada ni de nadie. ¿Yo puedo llegar a ser como tú, abuelo?

- Si sigues tirando piedras a los pájaros, no. Te temerán, te odiarán y algún día cagarán encima de tu cabeza. No te metas en camisa de once varas y llegarás a ser como el abuelo.

Le tranquilizó la respuesta del abuelo. Jamás llevaría él una camisa tan grande. Once varas daban para vestir a un gigantón.

- ¡Te prometo, abuelo, que nunca más tiraré piedras a los pájaros!

- Así me gusta, chiquillo, que seas bueno. ¡Sigue vigilando la carretera! El cartero siempre aparece cuando uno menos lo espera.

El abuelo se caló la boina y continuó maltratando con su bastón las piedras del camino de la cuesta del monte. ¡Cuántas cosas sabía su abuelo!

Después de un buen rato de espera, tomó el camino contrario al abuelo y se dirigió al río. Necesitaba su compañía, confiarle unos secretillos y contarle otras cosas para que las guardara en sus aguas. Le confió lo del beso de Carol. Apesadumbrado, le confesó que don Ramón obligó a su hermano Juan a ir a la guerra. Le narró los miedos de Carol por aquellos paseos nocturnos a los marcados y que unos lobos sueltos acechaban a todos los rojos del pueblo, que los lobos se

disfrazaban de guadañas nocturnas que sesgaban el cuello a los que no querían ir a la guerra y lo más importante, que él tendría que esconderse. Se disculpaba ante él por si el juego del escondite duraba demasiado tiempo y no podía visitarlo y le recordó que los niños no contaban en la guerra. También le prometió que cuidaría de los animalitos y le pidió disculpas por haber dudado de él tachándolo de asesino por lo de los tres niños y el fresno. Y ahora tendría que irse, porque las aguas del pueblo andaban demasiado revueltas y Carol lo esperaba en la cuadra para esconderlo.

14

La cuadra ya no tenía vacas ni mulas ni burras como antaño, pero aún conservaba los comederos de piedra y las cadenas para atar a las bestias. Debía de llevar varios años cerrada a cal y canto pues los cagajones ya estaban resecos y había multitud de *cagalitas*; pero no de ovejas, sino de ratas. Alguien había resguardado en ella multitud de cachivaches, tal vez para que no estuviesen *al resisterio*. De las viejas paredes de tapia colgaban abaleas, una hemina, tres cencerros, un escriño, dos *hociles* y un par de sobeos debidamente recogidos. Sobre el estiércol descansaba moribundo un viejo saco de rafia a medio llenar. Por entre los agujeros horadados por los ratones asomaban las granzas. Desvió la mirada del saco y siguió a Carol. En el flanco derecho, entre la fila de pilones y la pared de adobe, discurría un estrecho pasillo con dos puertas. La primera daba a un viejo pajar y había sido punteada recientemente con clavos. Poco hacía que el pajar había sido llenado de paja. La segunda puerta, aún más vieja y llena de telas de araña, franqueaba la entrada al horno donde antaño se hacía el pan. La abuela ya no lo utilizaba porque decía que ya era muy vieja para eso y la señorita Atenea era tan *señorita* que jamás se mancharía las manos con la harina, la jara y la cernada. Apenas había un pequeño espacio libre entre el horno y la artesa de madera, sobrepuesta en una tabla de unos sesenta centímetros de ancha y metro y medio de larga, justo detrás de la puerta. La tabla levantaba del suelo unos cincuenta centímetros y el hueco entre ésta y el suelo lo cubría una vieja manta zamorana color marrón oscuro, llena de manchas y raída por los ratones por todas partes. De dicho hueco había sacado Carol un gran cuenco de barro, unas viejas tenazas y otros *archiperres* que la abuela utilizaba en otros tiempos para hacer el pan y una gran polvareda se difuminó a través del rayo de luz que se colaba por el boquete abierto en el techo. Le agradecía que hubiera

llenado el suelo de paja y que sobre él hubiera extendido otra manta vieja, pues la cama había quedado más mullida que la que habitualmente soportaba su cuerpo en el pajar.

- Aquí estarás seguro. Hace años que nadie entra en el horno.

Miró al negro y ahumado techo. Sólo una pequeña chimenea comunicaba aquella pequeña estancia con el exterior, pero el techo se alzaba demasiado para escapar por allí en caso de peligro. No le dio tiempo a quejarse pues Carol parecía tener prisa.

- La contraseña serán dos toques rápidos en la puerta y otro más lento. Sólo entonces podrás salir del escondrijo, - le instruyó Carol. Y lo dejó allí, completamente solo.

Los últimos rayos de sol penetraban, mustios, por aquella pequeña apertura del techo y su halo de luz iluminaba la redondez del horno, totalmente protegida por millones de empolvadas telas de araña. El *dornajo* viejo de la abuela, aquél en que ella amasaba la harina, levadura, agua y *hurmiento*, descansaba en lo alto de la tabla, junto a un *escriño* ennegrecido. La suciedad acumulada por los años de abandono lo rodeaba todo. Se sentó encima de la tabla, al lado de la artesa. Sus viejos y rotos zapatos colgaban en el aire. Parecían ropa mojada tendida al sol. Conocía el plan secreto de papá. Él también podría estar en aquella bodega, junto a papá, y así no sentirse tan solo; pero no le habían dado la oportunidad de elegir. Al menos se alegraba de que Carol no lo viera como un cobarde que se escondía de los peligros, sino como un niño inteligente que se aferraba a la mejor solución para evitar las traicioneras guadañas nocturnas. Eso era lo que le había dicho Carol. Pero, ¿quién esperaría ahora al cartero?, ¿quién daría de beber y de comer a Torpe, a la Rubia y a la Sevillana?, ¿quién sacaría a pasear a Chita al campo? Se apenó de que nadie hubiera solucionado el tema y él se había prometido que jamás permitiría que muriesen de hambre. Ya se le ocurriría algo. Temía la llegada de la noche y se le atravesaba un nudo en la garganta al pensar en aquellas nocturnas guadañas asesinas. Al menos él estaría protegido de ellas ya que por aquella chimenea tan estrecha no cabría nunca una guadaña. No sabía nada de Nacho, de Pin y de Toño, sus amigos de Arroyuelo. ¿Estarían también escondidos? ¿No sería todo aquello un juego, una mentira, una broma más de las del abuelo? ¡Qué divertido sería entonces! A él nadie lo encontraría, salvo Carol; pero Carol no entraba nunca en los juegos del escondite. Y él atinaría con el

escondite de Nacho, porque era muy simplón y un poco mameluco. Siempre se metía dentro de un saco de rafia, y se hacía el muerto. Y a Pin, el Rojo, que era muy mostrenco y un poco galvanas, lo descubriría detrás de la zarza del huerto de la tía Manuela o en el hoyo donde siempre se escondía, junto al brocal del pozo, detrás de la zarza. Y lo del Zarabeto sería aún más fácil. Era un modorro y no salía nunca del portal de la vieja fragua abandonada del tío Benjamín. Y en cambio a él, ¿quién lo iba a descubrir? Ganaría siempre el juego y le envidiarían todos sus amigos, incluido el soso del Pipi, a quien seguía sin tragar. ¿Y a papá? Aquella bodega llevaba siglos cerrada a cal y canto. ¿Quién iba a desconfiar que se encontrara allí? Él sería el ganador del pueblo, el mejor jugador del escondite entre los mayores. Y también sería envidiado por todos, incluido el señorito don Ramón, que nunca había sabido esconderse porque era muy torpe, como su hijo Pipi.

Sus tripas vacías comenzaron a rugir mientras la oscuridad se había adueñado ya de la estancia. Comenzó a temblar y a sudar de miedo como el día anterior en el río, sólo que entonces el sudor era frío y ahora casi lo ahogaba. Levantó el trasero de la vieja tabla y se puso en pie. Se agachó. Reptó con mucho cuidado para no golpearse la cabeza contra la tabla y se acurrucó encima de la manta a la manera de Chita. El recuerdo del ojo de Torpe lo guió por el mundo de los sueños.

15

2 de Agosto de 1936.

Unos nudillos golpearon dos veces la puerta del horno. Tembló y se arremolinó. Se tranquilizó al oír el tercer toque y reconocer la contraseña. Se escurrió por debajo de la manta y salió al pasillo. Un halo de luz rasgaba las telas de araña del techo y se hincaba en ellas como espada asesina hasta morir en la paja del suelo. Se frotó los ojos para protegerse de la luz y los mantuvo un rato cerrados. Cuando los reabrió, vio que Carol portaba algo en la mano. Era una tarjeta postal. Ya no prestó atención a la comida que le llevaba, aunque estaba muerto de hambre. El remitente era su hermano Juan.

- Tu abuelo la ha traído esta mañana. Dijo que se la leyeras a tu padre, cuando pudieras.

La escondió en el bolsillo y le dio las gracias. ¡Qué buena era su novia!

- Te he traído unas lentejas, un cacho de pan y un trozo de queso. Afuera tienes un caldero lleno de agua fresca.

La miró a los ojos y la envidió. Él también quería ser libre, salir a la calle, jugar con sus amigos, acariciar la cornamenta de la Rubia, frotarle el hocico a Torpe y pasear por el campo con Chispa; pero lo tenía prohibido por culpa de la guerra. A ella también la vio triste.

- Anoche se oyeron unos ruidos secos. Fueron como disparos. ¿Sabes algo, Carol?

- No sé nada, Jaime. El pueblo está muy raro y mi padre ya no duerme en casa. Es como si la luz del día se hubiera tragado a todos los hombres de Arroyuelo.

- ¿Y mi padre? ¿Sabes algo de él? ¿Está bien?

- Supongo que sí. Mi madre no me deja salir a la calle por la noche.

- ¿Y por qué no duerme en casa tu padre?

- Mi madre dice que tiene que salvar a España. ¡Tiene una escopeta muy grande!

- ¿Sabes si ha llegado ya la guerra a Arroyuelo?

- La radio dice que toda España está en guerra.

- ¿Y quién gana por ahora, los rojos o los blancos?

- ¿Rojos y blancos? ¿Qué es eso? Mi abuelo dice que los republicanos tienen mucha cara y que son unos mentirosos, pues por la radio hacen propaganda y animan a sus seguidores diciéndoles que pronto ganarán la guerra, cuando, según mi abuelo, los frentes son barridos por los soldados de derechas. Y dice que pandillas de bandidos, antiguos milicianos que aún conservan su mono azul oscuro y el pañuelo rojo astroso, arrasan por las noches los

pueblos y se llevan todo lo que encuentran a su paso, desde cerdos, gallinas, conejos hasta vacas, mulas y caballos, y que después le prenden fuego a las cuadras y a las casas. Las eras las incendian y les meten fuego a las iglesias. La radio dice que se trata de una guerra de guerrillas.

- Entonces, Carol, ¿esos serán los malos, no?

- Los malos, no. Son los demonios. Abren las escuelas y retiran los crucifijos. Y después las queman.

- ¿Has visitado a los animalitos?

- ¡Qué iluso eres, Jaime! Mi abuelo dice que no hay tiempo para esas cosas sin importancia.

- ¡Pero pueden morir de hambre y de sed, Carol!, -se quejó -.

- Tú preocúpate de librarte de las guadañas nocturnas y deja de pensar en los animalitos, tonto. La guerra es la guerra y cada uno tiene que intentar salvar su propio pellejo.

"Cada uno tiene que salvar su propio pellejo". ¿Quién le habría dicho a ella aquella frase? ¡Qué dura era a veces Carol! ¿Acaso no sabía ella que los animalitos no tenían medios para salvar su propio pellejo? Se apenó de ella. El miedo a la guerra podía con todo, incluso con el corazón -pensó-. No se lo quiso echar en cara.

- Carol, cuando seas mayor, ¿seguirás siendo mi novia?

- Si mi padre me deja, sí.

- ¿Y no te casarás con tu novio?

Carol entreabrió la puerta del horno para irse y leyó en sus ojos la tristeza del momento. No contestó a su pregunta. Volvió a burlarse de él mirando hacia el agujero del techo.

- No pierdas de vista el boquete que apunta al cielo. Tal vez, algún día, asome por él el ojo de Torpe.

Pensando el significado de aquellas palabras se había quedado boquiabierto mirando para arriba. Mientras tanto Carol había aprovechado el momento de confusión y le había sellado los labios con un beso. Cuando quiso reaccionar, Carol ya se había ido. Una vez más había mordido el anzuelo.

Se sentó en aquel diván tan especial que protegía su cama de las guadañas nocturnas, como las llamaba Carol, y su mente comenzó a rememorar las frases que le acababa de narrar Carol. Le perdonaba que no supiera distinguir entre rojos y blancos, pues ella no tenía un abuelo como el suyo; pero lo que le interesaba saber lo había dicho: "toda España está en guerra". "Las calles de Arroyuelo están desiertas de día". Imaginó que los que no hubiesen ido a la guerra estarían escondidos como él y como su papá. ¿Y los malos? Carol los bautizó con la palabra demonios (seguro que don Manuel andaba de por medio), porque lo robaban todo y después arrasaban lo que no se podían llevar, metiéndole fuego. Se acordó de sus animalitos. Si él pudiera, los escondería a todos, incluida la pareja de don Ramón, para salvarlos de la guerra; pero se desesperó al pensar que no encontraría ningún escondite lo suficientemente amplio para protegerlos. Repasó mentalmente la lista del lado izquierdo del papel que escondía debajo de la camilla de su cocina de palos y le parecía que aquellos hombres de Arroyuelo nunca llegarían a hacer tales cosas. Y su papá también estaba en aquella lista. En cambio, los de la derecha eran para él los malos, pues don Ramón había obligado a su hermano Juan a ir a la guerra cuando él no quería pelear contra nadie, había matado a su hermano Venancio y explotaba a su papá, amén de los secretillos que tenía con mamá y con su hermana Blanca. Y si don Ramón lo protegía ahora, sólo lo haría por interés propio, porque era el único que le sacaba las castañas del fuego. Si él tuviera que ir a la guerra, ¿contra quién lucharía?, se preguntó. Él apenas tenía enemigos. No le caía bien el maestro por haberle metido en el cuarto de los ratones. No soportaba a don Manuel por los correazos que le atizaba cuando llegaba tarde a misa o pisaba sin querer el pie de Toño y éste se quejaba, a metro y medio del altar y porque lo asustaba con aquello del infierno, del fuego eterno, de los gusanos y del demonio. No simpatizaba con los ricachones de Piedrahíta y de Arroyuelo porque explotaban a los pobres y porque siempre había que hacer lo que ellos dijeran. Y el secretario era un chulo corbateado que nunca se manchaba las manos y que creía saberlo todo, por aquello de que había estudiado en Salamanca. A Atenea no la aguantaba y Pipi le había robado el brasero. Y el hijo de don Macario y sus amigos se reían de su hermano Venancio cada vez que don Tumbajarras le hacía

alguna pregunta y no sabía la respuesta. ¿Qué culpa tenía el pobrecito de que hubiera nacido corto de mollera? Pero no creía él que por todas estas cosas pudiera luchar contra ellos a vida o muerte. Al único al que le declararía la guerra sería al señorito don Ramón. Y entonces estaría en el bando de los malos, y tendría que meterle fuego a la iglesia de Arroyuelo, y debería robar y matar las gallinas, los conejos, los cerdos, las vacas, las mulas y los burros de todos los ricos de Arroyuelo, porque los pobres no tenían nada de eso. Y él nunca haría eso. Entonces, meditó, jamás podría ir a la guerra, porque tendría que luchar al lado de los malos y él quería ser bueno. Se lo había prometido al abuelo. Debería arrasar lo que él más quería en el mundo: a sus animalitos. ¿Para qué servía entonces una guerra? Y se acordó de unas palabras que el abuelo Juan le había mencionado en cierta ocasión: "La guerra la crean los poderosos para que los pobres se maten entre ellos. Se generará más pobreza y ellos acabarán siendo más ricos y más poderosos".

Acercó la tarjeta al halo de luz. Un sello de 15 céntimos con la cara de una mujer ocupaba el lado derecho. Debajo se leía: "REPÚBLICA ESPAÑOLA". A la izquierda aparecían unas cifras: " S 994319" y en el centro, escrito a pluma, Juan Pendón. Priedrahíta de Trasmonte (Zamora). Dio la vuelta a la tarjeta postal y leyó:

"Pamplona. 20 de Julio de 1936.

Apreciables padres:

Me alegraré que al recibir esta tarjeta se encuentren bien. Yo, bien gracias a Dios. Os escribo estas líneas desde Pamplona, en donde estamos de paso. Nos dirigimos hacia Aragón, al mando del General Mola. De momento, todo está tranquilo. Yo estoy en la unidad de infantería y he vuelto a coincidir con compañeros de mili de Melilla. También me acompañan el Flechas, del Perdigón y el Gaitas, de Medina del Campo, de los que ya os hablé. El hermano del Flechas ha caído en el otro bando, como Fernando, de quien aún no sé nada. La comida, regular; aunque no nos podemos quejar para lo que hacemos. Recuerdos para los abuelos, para Blanca y Jaime. También les digo que le felicita a padre su santo aunque tarde, pero no ha podido ser antes que me dispense, aunque me acordé aquel día, pues también era el mío. Nada más que recuerdos para todos ustedes y demás familia. Ya les escribiré en otra ocasión. Un beso para Atenea y un abrazo para todos. Viva España. Juan Pendón."

Escondió la tarjeta dentro de la camisa. Esta noche tendría que esquivar las guadañas nocturnas y visitar a papá. Por fin tenían noticias de Juan y papá se pondría muy contento. Tomó un trozo de pan y mordisqueó el duro queso de oveja. Tenía tanta hambre que se lo hubiera comido todo, pero papá estaría peor que él y se guardó el resto. Salió a la cuadra y sorbió un buen trago de agua del caldero. Aún era de día. Tendría que volver a su escondite y esperar.

16

Sólo los estridentes cánticos de los grillos rompían el silencio aterrador de la medianoche. Miró al firmamento. Luces y sombras, día y noche, vida y muerte, acción y sueño se colaban entrecortados y amalgamados por entre las nubes de algodón y el ojo misterioso de Torpe, alma íntima de luz y de esplendor, lo protegía. Su cuerpo entero temblaba. Por encima de las viejas tapias de barro del corral creyó ver la figura confusa de una guadaña. El recuerdo de su padre hizo que sus piernas se calmaran. Tendría que hacerse el valiente y olvidar todos sus miedos si quería llegar a la bodega. Arroyuelo dormitaba la vida de los vivos, la de Carol, la de Pipi y la de todos los demás que aún no se habían ido. Sigilosamente, saltó la tapia por la zona más desgastada y cayó en una huerta abandonada, entre cardos y hierbas secas. Los sorteó a grandes zancadas y llegó al extremo de la huerta en el que la tapia se había convertido hacía años en un montón de tierra. El camino distaba pocos metros de aquel tapial. Sólo los tenues rayos de luz de la luna lo guiaban. Se tocó la barriga. La carta aún permanecía allí, entre la camisa y su piel. Los grillos seguían cantando a su alrededor y su eco se perdía en el firmamento oscuro de la noche, mezclándose con el croar de multitud de ranas que parecían seguir sus pasos. Aceleró el paso y rezó unas Avemarías para quitarse el miedo de encima. La puerta de la bodega miraba al camino, pero para alcanzar la zarcera tendría que subir una breve cuesta muy empinada, cubierta de yerbas secas y de zarzas. Las fue separando con los zapatos y al llegar al zarcero se agachó. La oscuridad golpeó violentamente sus ojos. Susurró muy quedo:

- Papá, soy Jaime. ¿Estás ahí?

Y el silencio contestó. Levantó la cabeza y miró al cielo. El ojo de Torpe lo seguía resguardando de la mortífera y traicionera guadaña nocturna. Insistió, esta vez sin miedo a ser oído.

- Papá, papá. Que soy yo, tu hijo. Tengo algo para ti.

Y se desesperaba. Tal vez habría salido a visitar a los animales o estuviera escondido en alguna otra bodega. Abatido, levantó la rodilla del suelo en retirada. Cuando se disponía a abandonar el zarcero casi le da un vuelco el corazón.

- ¡Qué haces tú aquí! ¿Alguien te ha visto?

Parecía malhumorado su padre en las entrañas de la tierra.

- ¡Ha escrito Juan! Tengo la carta.

Fue entonces cuando su entusiasmo tornó en melancolía. Nadie de los allí presentes sabía ni leer ni escribir y, por tanto, no debía de haberla traído.

- ¡Qué alegría me das, hijo! ¿Está bien?

- Dice que sí. Está en Pamplona y se dirige a Aragón. Te manda muchos besos. Y ya sabe que Fernando está en el otro lado.

- Muy bien, Jaime. Y ahora tienes que irte. Es muy peligroso lo que estás haciendo. Sigue los consejos de Carolina. ¡Ella te protegerá! ¡Cuídate!

- Te he traído comida, papá. Te la bajo en una cuerda.

- Gracias, hijo mío; pero no lo vuelvas a hacer. Nos pueden descubrir por tu culpa. Si alguien te sorprende, di que buscas a Chita en el monte. ¿Prometido?

- Sí, papá. ¡Prometido! ¿Puedo saber con quién estás?

- Adiós, Jaime. No preguntes tanto.

¡Qué buen jugador del escondite era su padre! Recogió la cuerda y se la guardó entre la ropa. Sabía cuál sería su próximo destino, pero no se lo diría a papá

17

La vieja puerta del corral del señorito don Ramón tenía un cuarterón que habitualmente permanecía atrancado por dentro. Se extrañó de que no estuviese franqueado esa noche. Empujó silenciosamente el postigo y oteó a través de él. Todo era oscuridad y silencio al otro lado. Empuñó el picaporte con las dos manos para no meter ruido y lo volteó con sumo cuidado. Cedió. Se alegró de ello. No tendría que pasar al plan B, el salto de tapias, mucho más arriesgado. Mientras caminaba a tientas por el portalón una duda

misteriosa le asaltó. Aquella puerta siempre cerrada a cal y canto en tiempos de paz, ¿por qué permanecía abierta en tiempos de guerra? Volvió sobre sus pasos y la calzó con la tranca de madera que reposaba detrás del portón Penetró al interior del portalón. Nadie podría abrirla desde fuera. Unos chillidos familiares le sorprendieron a lo lejos. Al momento bailaban, nerviosos, a su alrededor. Era Chita. Aquellos alaridos contenidos, quejidos plenos de pena y de dolor, le mostraron la soledad y abandono de los animales. La tomó en brazos y la besó. Nunca antes lo había hecho. Estaba muy flaca, pero cómo pesaba todavía la condenada. Chita lo lamía por todas partes, nerviosa y cariñosa como si de su enamorado se tratase. ¡Qué gran corazón tenían los animales! Él se dejaba querer. La depositó en el suelo y siguió andando por el corral. Al pasar junto a la cuadra de los cerdos, la puerta estaba abierta de par en par y no se oía ningún gruñido. Otra cosa muy rara, pues los cerdos no se sacrificaban hasta bien entrado el invierno. Se acercó al brocal del pozo sorteando el cuerpo de Chita, que seguía bailando nerviosa a su alrededor, y sacó un cubo de agua. La perra se lanzó a él como lobo hambriento lanza sus garras sobre la presa. El cielo estrellado, limpio de nubes, se dejaba atravesar por los tenues rayos de luz de la media luna, que se reflejaban en el agua del caldero cuando Chita hacía un descanso en sus lameteos. Una vez que Chita sació su sed, asió el caldero y se dirigió a las cuadras. Entró en la cocina y buscó el candil en la chimenea. Abrió la puerta de la alacena y tanteó a ciegas en ella. La caja de cerillas descansaba escondida donde siempre. Entró al establo, prendió el fósforo y lo arrimó a la mecha del candil. Chita correteaba feliz por entre las vacas y Torpe, que descansaban tumbadas en el suelo. A la luz del candil los ojos de los animalitos se dirigieron a los suyos y éste adivinó el estado de abandono de los mismos. Arrimó el caldero al morro de Torpe y de un sorbo lo agotó, pero seguía tumbada. Fueron necesarios varios viajes al pozo para calmar la sed acumulada de las cinco reses. Buscó en el pajar el saco de harina y repartió tres botes de kilo a cada animalito. Enseguida se levantaron. Cuando les fue a repartir la paja trillada, la harina ya había volado de los comederos. Recordó aquellas veces que acompañó al abuelo Juan al molino con un saco de trigo a lomos de la burra. Como el abuelo era pobre, le pagaba la maquila con el polvillo que se depositaba en el suelo y que el molinero barría pará sí. ¡Qué tiempos aquellos! Ahora, sin embargo, ni en casa de los ricos había un triste saco de trigo, de cebada o de centeno. Se fijó en la Rubia. Aquellos lomos rellenos, tan anchos que a él no le cabían entre las piernas cuando papá lo subía a ella para atravesar el río, habían tornado en enjutos y consumidos

músculos escondidos entre sus huesos, huesos que presionaban su piel como si quisieran escapar de ella. Le acarició la frente mientras devoraba la paja del pilón. Ella se dejaba hacer. Sus ojos destilaban una tristeza conmovedora, un abandono inmisericorde. Tal vez todo fuese por culpa de la dichosa guerra, guerra que él no veía por ninguna parte y que hacía que todos se escondieran de todos como si de un juego del escondite se tratara. Recordó la prohibición de no salir de su escondite y se despidió de uno en uno de sus animalitos, incluida la pareja del señorito, la cual se mostró pacífica con él y aunque hubiese atropellado a su hermanito, también les acarició la cerviz. A Chita le dijo que todos los días vendría a verla, mientras seguía danzando de contento a su alrededor. Cuando se disponía a salir de la cuadra, algo raro sucedió. Jamás se lo hubiera imaginado. Chita no quiso salir tras él y se agachó, sumisa, junto a las patas de Torpe. Respetó su voluntad y se acordó del abuelo Juan. Los animales también tenían corazón.

Depositó el candil en su sitio y se acordó del papel que tenía escondido debajo de la mesa, entre el brasero y el suelo. Otro día lo revisaría. Ahora tendría que volver a su escondite pues apenas faltarían dos horas para que los rayos de sol borraran del firmamento el ojo de Torpe. Cuando penetró en el horno se dio cuenta de que no se había preocupado para nada de la dichosa guadaña nocturna que sesgaba las gargantas de los niños que desobedecían las órdenes de sus papás. ¡Tal vez se las hubieran cortado a los dos cerdos de don Ramón!

Antes de dormirse decidió incumplir las órdenes de su cautiverio al día siguiente. Ya le dolían demasiado los *cadriles* de tanto dormir acurrucado como un perro. ¿Quién le iba a hacer daño a un chiquillo? ¿Y por qué, si él no era ni de izquierdas ni de derechas? Él creía ser un niño normal, no era un cobarde y no quería esconderse de nadie. La última noche le había demostrado que no existían esas extrañas guadañas nocturnas que Carol imaginaba en su cerebro, que la vida no se podía vivir escondido todo el tiempo en una oscura panera perdida en el interior de una vieja cuadra y, sobre todo, que sus animalitos le necesitaban. Se lo explicaría a Carol tal y como lo pensaba y no daría marcha atrás, aunque ella le amenazara con dejar de ser su novia, aunque tuviera que emigrar de día a Piedrahíta y volver por la noche a atender a Torpe, a la Rubia, a la Sevillana y a las otras dos vacas del señorito y aunque don Ramón se pusiera furioso. Era tan firme su decisión que, inconscientemente, arremetió con el puño cerrado contra la vieja puerta de la panera, a la vez que pronunció una palabra de rabia: ¡mierda! El polvillo de la vieja madera lo cegó.

3 de agosto de 1936.

Carol tardaba más de la cuenta en asomar por la puerta con algún resto de comida o con alguna novedad y él ansiaba con todas sus fuerzas escuchar los tres toques en la puerta. Sería el final de su esclavitud no vigilada, aunque ello le costara un disgusto. Ella sería la primera en saberlo porque para eso era su novia y porque su abuelo decía que en la curva que se estaba viviendo no podía haber secretos entre las parejas. ¿Y papá? ¿Qué pensaría él de todo esto? No se lo diría. Bastante tenía ya con lo suyo. La clara luz del día perdía fuerza lentamente anunciando ya la oscura noche cuando creyó escuchar pasos en el corral. Se introdujo debajo de la tarima en la que apoyaba su trasero y se acurrucó haciéndose el dormido. Al rato, la contraseña sonó al otro lado de la puerta. Gateó y se incorporó otra vez en el centro del pasillo.

- Hoy has tardado más que otros días, Carol, - medio la regañó.

Notó su rostro desencajado y triste. Algo habría ido mal.

- Las cosas empeoran, Jaime. Ayer, a plena luz del día, unos desconocidos penetraron en el corral de mi padre al grito de: ¿dónde está el asesino? Unos llevaban escopeta, otros grandes palos y algunos hasta hoces. Golpeaban todo lo que encontraban a su paso. Pipi jugaba en la calle y no se enteró de nada, pero yo ayudaba a mi madre en la cocina y me asusté mucho. Nos escondimos debajo de la cama. Entraron en todas las habitaciones y rompieron todo lo que encontraron a su paso. Menos mal que no miraron debajo de la cama. Cuando se fueron, los cerdos y las gallinas habían desaparecido. Esta noche hemos dormido en casa de los abuelos. ¡Estamos aterrorizados!

Recordó lo de las puertas corraleras abiertas de la noche anterior, pero se lo guardó.

- Y tu padre, ¿dónde estaba?

- Ya te he dicho, Jaime, que está salvando a España. De vez en cuando se deja caer por aquí, pero siempre anda con prisas.

- ¿Y por qué lo buscaban?

- No lo sé. Mi madre dice que son cosas de la guerra y que los malos no tienen compasión ni piedad con nadie. Mi padre es de los buenos.

Se olvidó de aquellos avatares y se centró en lo que a él le preocupaba.

- ¿Sabes, Carol, que esta noche será la última que pase aquí?

Carol arqueó las cejas en señal de sorpresa y frunció el ceño, airada.

- Eso no lo puedes hacer. Y menos ahora. ¿Dónde piensas esconderte?

- No quiero esconderme en ningún lado. Quiero vivir libre en el pajar y cuidar de los animales de tu padre. ¿Es eso algún delito?

- Pero estamos en guerra y andan hombres armados por ahí arrasándolo todo. Será muy peligroso.

- Nadie nos hará daño, ni a ellos ni a mí.

- ¡Qué iluso eres! Los malos no respetan nada. Te llevarán por delante si te enfrentas a ellos. Además, mi padre ordenó tu cautiverio para protegerte. No puedes desobedecerle.

- Tu padre no me protege, Carol. Tu padre me odia a muerte por lo de Pipi, por lo de Venancio y me imagino que por alguna cosa más. Y si es cierto que me protege alguna razón contraria a su voluntad habrá. ¿Por qué crees que no quiere que estemos juntos? ¿Para protegerme?

- Mi padre no es malo, Jaime. Se enfadó mucho

contigo cuando le pegaste a mi hermano. Eso fue todo.

Cambió de tercio.

- ¿Seguirás siendo mi novia?

- Cada vez me lo pones más difícil.

- Tengo que hacerlo, Carol, tengo que hacerlo, - le suplicó -.

- Te he traído una torta empanada que ha hecho mi abuela.

- Gracias, Carol. – Tomó la torta y la posó encima de la manta que cubría la tabla-. ¿Ves aquel agujero que asoma en el techo?, - le dijo, señalando con el dedo para arriba -.

Carol levantó la cabeza en busca de aquel misterioso orificio que su amigo le quería mostrar. Jaime se puso de puntillas y le estampó un beso en los labios. Carol se ruborizó.

- Por ese agujero se asoma todas las noches el ojo de Torpe.

19

Noviembre de 1936.

La vuelta rutinaria a la escuela lo liberó de aquellos viajes continuos entre Piedrahíta y Arroyuelo durante los meses de Septiembre y Octubre. El run run de aquella canción traspasaba los húmedos cristales de la vieja escuela y se perdía por entre sus calles desiertas hasta morir en el río. Aquel dos por uno dos, dos por dos cuatro, dos por tres seis, dos por cuatro ocho entonado por una veintena de niños al compás del señor cura, don Manuel, empañaba los cristales en aquella mañana lluviosa de noviembre. Últimamente estaba de moda salir a pasear por la noche y no volver del paseo. Eso

fue lo que le debió de ocurrir a don José María, el maestro, y por eso no hubo escuela ni en septiembre ni en octubre, hasta que el señor cura la abrió. La imagen de un señor con gafas redondas con aires de intelectual había sido sustituida en la clase por la de un militar bajito y con muchas estrellas en la solapa. A su izquierda le flanqueaba la Virgen María con el niño en brazos y a su derecha un gran crucifijo de madera envejecida por el paso de los años, traído por don Manuel desde la iglesia de Arroyuelo. Las puertas de la escuela se abrían a las diez y nadie podía llegar tarde, aunque ninguno tuviese reloj. Tres Padres nuestros y tres Avemarías recitados al unísono por cura y alumnos precedían al Acción de Gracias y al recuerdo de los caídos por Dios y por España. Después llegaba el Cara al Sol, brazo diestro al frente, en el que una camisa nueva, que ningún chiquillo de Arroyuelo tenía, era loada por todos los muchachos. Llevaba al día la contabilidad de los caídos, desaparecidos o paseados en Arroyuelo; aunque sólo tachaba a los que oficialmente los habían dado ya por muertos, ya que se oía por los rincones que muchos se escondían en el monte. El papá de Nacho el Bodegas había sido enterrado a mediados de Septiembre. Según don Ramón simpatizaba con los comunistas y se dedicaba a buscar soldados en los alrededores de Arroyuelo para combatir con los populares. El padre de su amigo Pedro el Rojo había aparecido decapitado junto a su pareja de vacas, con un bote de harina en las manos. Decían de él que tenía unas ideas muy raras. El Arrugas, Paco el Comunista y Pepe Lobón habían desaparecido del pueblo a finales de Septiembre y nadie sabía nada de ellos, aunque la noche anterior a su desaparición alguien había oído ruidos de metralletas en el pueblo. Y los caídos por los que tenían que rezar todos los días en la escuela y que habían defendido el honor de España como mártires eran Don Fernando, Don Ezequiel, Don Tomás y un seminarista asesinado vilmente en un pueblo muy lejano y cuyos abuelos vivían en Arroyuelo. A éste no lo tenía anotado en su papel, pero como don Manuel lo recordaba todos los días en la escuela, ya lo daba por uno más de los vecinos.

Aquel día don Manuel no les hizo cantar aquello de " El río Miño nace en Fonte Miña, provincia de Lugo y pasa por…" en clase de geografía, sino que los aburrió con una larga perorata sobre la crudeza y e injusticias que practicaban los malos de la guerra, los del otro bando, esos enemigos ciegos y envenenados que odiaban y que no sabían de perdón, esos republicanos y socialistas con sangre comunista que asesinaban a frailes indefensos, a patronos católicos, a militares sospechosos de fascistas, a políticos de derecha y a todo aquel que se acercase más de la cuenta a una iglesia. A todos ellos, les decía, les está reservado el castigo divino y perecerán en el infierno quemados

por las llamas eternas. A continuación, asustó a todos con un nuevo río que seguro que se lo sacaba de la manga, pues nunca antes lo habían cantado en clase. Se trataba del Jarama. No les dijo ni dónde nacía ni por dónde pasaba ni dónde moría. Tan sólo les señaló que junto a ese río había un pueblecito llamado Paracuellos en el que los rojos habían fusilado a más de dos mil cuatrocientos presos políticos y militares, todos ellos encadenados unos a otros. Les habían disparado a quemarropa y arrojado a una gran fosa común. A muchos de ellos no les alcanzó ningún disparo, pero también cayeron al hoyo y murieron enterrados en vida. Imaginaros, les decía, veinticuatro pueblos juntos como Arroyuelo antes de la guerra. Pues los veinticuatro pueblos fueron fusilados por esos lobos hambrientos de sangre y de venganza. Cuando terminó aquel relato tan macabro, se puso de rodillas y les ordenó a ellos que hicieran lo mismo. Y se pasaron toda la mañana de rodillas rezando por sus almas y pidiendo a Dios el castigo para los asesinos. Él no daba crédito a lo que escuchaba. Le hubiera gustado preguntar dónde se encontraba el Jarama, si a su alrededor había mucha nieve, no fuera que su hermano Juan, o Fernando se encontraran entre los muertos, pero no se atrevió. La mañana en clase terminó con otro Cara al Sol y con el recordatorio de don Manuel de que por la tarde, a las seis, comenzaba el novenario por San Martín, el patrono del pueblo y que después de la Novena todos los niños que ya hubiesen hecho la Primera Comunión tendrían que confesarse. Sabía que de las confesiones no se libraba nadie y mentalmente comenzó a llenar el saco de los pecados para desocuparlo por la tarde ante el confesionario; pero lo del beso a Carol no se lo iba a contar a nadie, ni siquiera a don Manuel.

Al día siguiente, sábado, Jaime y Chita desafiaron el frío viento del norte y la fina ventisca que les calaba hasta los huesos sin ellos darse cuenta e irrumpieron en la soledad de aquel camino que conducía a Piedrahíta. Se desviaron a la izquierda y tomaron la senda del río. Los áridos campos *en adil* de la vega y las altas y secas hierbas anunciaban su abandono y algunas de las consecuencias de la guerra. Al llegar a los plantíos la senda se perdía, taponada por infinitas hojas blancas caídas de los chopos. Caminó a tientas, siguiendo las huellas de las patas de Chispa. El chasquido de las hojas secas al contacto con sus zapatos acentuaba aún más la soledad del plantío. Se acordó de los lobos y de los jabalíes. Aquél era su territorio y no había rastro de ellos. ¿Les afectaría a ellos también la guerra? El eco de la corriente de agua del Tera reverberaba por entre los álamos. Se acercó a la orilla. Venía crecido y sus aguas revueltas y sucias. Se alegró del color gris de sus aguas, pues lo prefería a aquel rojo vivo del Jarama en donde veinticuatro arroyuelos juntos habían perecido. Caminó paralelo a él y

se disculpó por la tardanza en visitarlo. Le explicó que hacía casi un mes que su papá había salido del escondite después de que don Ramón se lo hubiese pedido para salvar algo la nefasta situación de su casa y de sus tierras. Y que aunque algunos de los que vivían con él en la bodega habían desaparecido para siempre, él, según don Ramón, ya no corría peligro, pues no se había metido en camisa de once varas. Y le dijo que su papá nunca le contestó a las preguntas sobre la guerra, sobre su escondite y sobre su bando, que siempre le decía que un niño no debía preguntar aquellas cosas y que por eso aprovechaba sus viajes a Piedrahíta para conversar con el abuelo Juan y aprender cosas de la vida. Y que como su papá ya había abandonado su escondite, Torpe, la Rubia y la Sevillana ya no le echarían de menos y aprovecharía el sábado y el domingo para estar con su madre y con su familia. Casi sin darse cuenta llegó a la altura del fresno asesino. La corriente se arremolinaba a su alrededor y las aguas se hundían en sus raíces y desaparecían para siempre dejando un ensordecedor ruido tras de sí. Instintivamente el miedo lo separó de él y se dirigió al pueblo.

Al abuelo Juan lo encontró sentado en el portal, liándose un cigarrillo de chaguazo, hierba seca que recogía a finales del verano y que guardaba todo el año en un barreño de barro. Chita le interrumpió la labor y casi le arroja el cigarro con el rabo.

- Diablillo, vete a husmear a otra parte, - la abroncó -. ¡Buenos días, Jaime!

Le dio un beso en la arrugada mejilla y le contestó los buenos días.

- ¿Cómo van las cosas por Arroyuelo?

- Como siempre, abuelo. Pocas novedades.

El gesto de su cara lo delató. El abuelo no se creería aquella abúlica contestación. Si él no le contaba cosas, su abuelo podía hacer lo mismo con él. Sólo por eso respondió enseguida:

- Don Manuel es ahora nuestro maestro.

- Lo sabía, Jaime, lo sabía. Alguien debe rellenar los infinitos poros del cerebro de los niños para que sus esponjas no se resequen. Y los curas saben latín.

Permaneció dubitativo. No le preocupó el no haber entendido nada de nada y no se atrevió a tocar el tema que le preocupaba. Al fin se decidió.

- Don Manuel nos ha dicho que los rojos han asesinado a balazos a veinticuatro Arroyuelos juntos, cerca de un río que tiene un nombre muy raro. ¿Sabes algo de eso, abuelo?

- Algo han dicho en la radio, pero no es oro todo lo que reluce en el otro bando. Cada cual cuenta la fiesta como le interesa.

- ¿Qué quieres decir, abuelo?

- Que los de derechas están cometiendo las mismas atrocidades, o mayores, que los de izquierdas, según cuentan. Fusilan a los francmasones, a los profesores de universidad y a los maestros de escuela tildados de izquierdistas, (y ahí tienes el ejemplo de don José María), a los generales que se niegan a secundar el alzamiento, a los diputados republicanos y socialistas, a gobernadores, alcaldes y a un sinfín de personajes anónimos. En Granada han asesinado a un joven poeta. Se cree que por ser homosexual; es decir, un bicho raro. Y no me preguntes, Jaime, lo que es un homosexual, pues yo tampoco lo quiero saber ni me importa; pero tengo entendido que nada tiene que ver con la política ni de izquierdas ni de derechas. Y detrás de la masacre de Paracuellos se oye que andaba un mando militar ruso.

El abuelo encendió el pitillo protegiendo la llama de la cerilla con la palma de la mano. El aroma del chaguazo lo echó para atrás.

- ¿Qué fumas, abuelo? Huele a diablos.

- Los tiempos son los tiempos y hay que adaptarse a ellos. Al fin y al cabo el matarratas que compraba antes, que según decían estaba hecho con las barreduras de la fábrica de tabaco, no mejoraba en mucho a esto. ¿Qué tal está tu padre?

- Sin descanso, como siempre, y cada vez más

cerrado. Él no quiere hablar nada sobre la guerra. ¿Tú crees, abuelo, que don Ramón es un asesino?

- Ya me he enterado del incidente. Si lo buscaban, sus motivos tendrán. Es el dirigente más activo de la comarca y el más respetado y temido. Un verdadero cacique. Procura no llevarle la contraria.

- ¿Y por qué protege a papá?

- Por interés, hijo, sólo por interés. Tu padre es el que tira del carro del señorito. No pienses que lo aprecia. Para don Ramón, tu padre no es más que un pelele, un muñeco que tiene que cumplir sus órdenes, un *mameluco* sin derechos, un hombre honrado que jamás *meterá el cuezo* donde no le llamen, un *mostrenco pasmao* semejante a un animal que nunca le *da la murga*. Siento decirte estas cosas, Jaime, pero debes saberlas. Con los tiempos que corren, cualquier día nos mandan a criar malvas al cementerio y todos esos secretillos que tenemos nos los entierran para siempre.

Se prometió venganza, pero no se lo dijo al abuelo.

- Entonces, abuelo, ¿me contarás lo de mamá?

- ¡Qué avispado eres! Vas a desangrar el cerebro de tu pobre abuelo. – Dio dos caladas seguidas al cigarrillo y perdió la mirada en la nube de humo. El silencio se apoderó del portal durante un buen rato. Al final, el abuelo arrancó a hablar -. Tu madre es muy bella; pero lo era aún más de moza. Yo diría que era la chica más guapa de la comarca del Trasmonte. Todos los jóvenes de los alrededores venían a pedir su mano a tu abuelo que en paz descanse, aunque fuera la hija del único hombre del mundo que no tenía dónde caerse muerto, pero él siempre respetó su voluntad y todos recibieron calabazas por respuesta. Tu madre estaba perdidamente enamorada de don Ramón, y él de ella – Jaime frunció el ceño en señal de sorpresa- , pero era un matrimonio imposible. Ni Ramón se lo pidió jamás ni su padre lo iba a dejar con vida si se lo pedía. Don Ramón se unió a una mujer andaluza, a quien ni siquiera conocía. Su padre se la tenía reservada desde que conoció a su consuegro en una feria

de ganado en Sevilla. Aquellas infinitas hectáreas de olivares eran demasiado pastel como para dejarlo escapar. Tu madre, por el contrario, se casó con tu padre, un pobre obrero de Piedrahíta, honrado y trabajador, que llevaba la hacienda de los Carrasco desde los catorce años. Yo sabía desde el primer momento lo que le esperaría a tu padre, pero pocos hombres en el mundo habrían dicho no a tu madre y por eso me sentí muy orgulloso de mi hijo.

- ¿Quieres decir que no se quieren?

- Yo ya no quiero entender de amores. Mi tiempo ha pasado y la ilusión del amor, esa que sin duda sentirás tú por tu novia, ha quedado ya muy atrás. –Escrutó una sonrisa maliciosa y picarona y continuó-. Los hilos de la vida, a veces, son movidos por intereses materiales y no sentimentales. Pero a lo que iba, Jaime, aquel amor juvenil de tu madre y don Ramón no se olvidaría y creo que aún no se ha perdido. Sé que no debería decírtelo, pero tarde o temprano te enterarás, pues es un clamor popular. Siguen amándose en secreto. Hasta el más tonto del pueblo lo sabe. Y mientras tanto, don Ramón mantiene alejado de tu madre a tu padre, entreteniéndolo con sus tierras, sus bueyes, sus cerdos, sus gallinas y todo lo que ello conlleva. No tiene otra alternativa. Y creo que es feliz.

- ¿Y él sabe lo de mamá?

- En estos casos, Jaime, el interesado siempre es el último que se entera de la fiesta. Si no quieres ver algo desagradable, mira para otro lado y no pienses en ello. Creo que es lo que él está haciendo y pienso que es lo que debe hacer. Su familia es lo más importante para él. ¡Sacrificaría su vida por mantenerla unida!

Le dio tanta pena papá que cada día lo quería más y jamás se iría de su lado. Él también quería ser como él, pero no aceptaría que otro chico le robara a Carol, aunque fuera su novio. Iba a arrancar a hablar cuando al abuelo le entraron unas toses muy profundas. Escupió y pisó el escupitajo con la suela del viejo zapato. Arrojó la colilla y bramó, entre tos y tos.

- ¡Maldita escoria! ¡Cualquier día me llevará al *patatar*!

- ¿Y por qué fumas, abuelo? Papá dice que el tabaco mata.

- Si en sesenta y cuatro años no me ha visitado ese monstruo que recauda cuerpos para el cementerio, no lo va a hacer ahora. ¡Ya no le sirvo para nada!

- Don Manuel dice que el alma de los buenos entra en el reino de los cielos.

- Todos los curas dicen lo mismo, pero nadie de los que se han ido han mandado ningún mensaje desde allá arriba. – Al abuelo Juan le repitieron las toses, sólo que esta vez casi se ahoga. Cuando se recuperó, rescató el hilo-. No le hagas mucho caso al abuelo. Ha recibido ya tantas cornadas de la vida que está ya muy escaldado. Tú eres aún un niño. Escucha a todo el mundo y cuando seas un hombre, saca tus propias conclusiones. Tu verdad será la que valga. Y esa verdad será la que te haga feliz.

- ¿Entonces tendré que esperar a ser un quinto para saber si tengo que creerte a ti o a don Manuel?

El abuelo Juan observó con alegría contenida al nietecillo y le sobó el cabello con sus callosas manos.

- ¡Cada día te pareces más a tu abuelo!

Lo miró por el rabillo del ojo. Sus enormes orejas eran como leones al lado de las suyas, que eran gatos. Su rojiza nariz contenía dos cavernas por las que él podría introducir cualquier dedo sin dificultad alguna y la cabeza la tenía totalmente calva. No veía él parecido alguno con el abuelo, pero no le respondió. La dichosa tos se había instalado en él y no lo dejaba en paz. Sacó la petaca y comenzó a liar otro cigarro de chaguazo. Quiso corregirlo.

- ¡No fumes, abuelo! ¡El humo te va a matar!

- ¡Es el único remedio para la tos, carajo!

Se rindió. ¡Qué cabezota era su abuelo, pero daba gusto hablar con él! Chita perseguía a las gallinas por el corral y disfrutaba como loca con sus aleteos. Se acercó a ellos y lamió la petaca del abuelo. Él

la dejó hacer y se concentró en el pitillo. Estaba hablador aquel día. Nunca antes había hablado tanto. Era como si presintiera que su vida daba las últimas remadas a su barca, como si aquella tos ahogara su garganta y la dejara muda para siempre, como si se fuera a morir después de cada calada. No quería desaprovechar aquel momento de lucidez.

- ¿Tú crees que papá es feliz?

La pregunta pilló al abuelo en los cerros de Úbeda y tardó un buen rato en bajar de ellos. Cuando tomó tierra, contestó:

- La felicidad se encuentra en las cosas pequeñas. Tu padre no es ambicioso. Seguro que es el hombre más feliz del mundo.

¿Ambicioso? ¿Qué era eso? Jamás había oído tal palabreja y así se lo recordó.

- ¿Qué significa eso de ambicioso?

- Verás. Hace muchos siglos, cuando la familia de los Pendones seguro que ni existía, hubo un rey guerrero en Alejandría que conquistó medio mundo. La ambición de conquistar más territorios se transformó en soberbia, y lo pagó con su propia vida siendo muy joven. Aquí, en tu valle y para la pobreza que campea en Arroyuelo, el señorito Ramón heredó una inmensa fortuna en tierras. Se podría haber conformado con lo que tenía y dedicarse a trabajar y a vivir holgadamente. Pero él quería más tierras, más dinero, más poder, más fama, más de todo y para conseguirlo no ha dudado en utilizar cualquier artimaña, incluso la explotación de tu padre. Ahora que ya es alcalde y que ha explotado la guerra, ambicionará más poder y más fama y eso le ha llevado a abandonar a su mujer, a sus hijos, sus tierras y su hacienda. Se ha convertido en un verdadero cacique, en brazo ejecutor de decenas de muertes (no se lo digas a nadie, Jaime, pues son suposiciones mías; pero estoy totalmente convencido de ello). ¿Y todo por qué? Por ambición. ¿Tú crees que don Ramón es más feliz que tu padre? Yo creo que no. Hasta Chita era más feliz que él cuando correteaba por el corral hace un momento tras las gallinas. ¿Has comprendido lo que es la ambición?

Mientras intentaba descifrar aquellos ejemplos del abuelo y sedimentarlos en su cerebro, él seguía erre que erre.

- Supón, Jaime, que te encuentras en una huerta que no es tuya, debajo de un manzano repleto de hermosas manzanas y que tienes hambre. Cogerás una, aunque esté mal apropiarse de lo que no es de uno, y te la comerás. Puedes comerte una segunda si tu hambre aún no ha sido saciada. Saboreas las dos manzanas y das las gracias al árbol por haberte matado el hambre. Pero como nadie te ha reprendido, vuelves por la noche con un saco y robas todas las manzanas del árbol. Y a la noche siguiente haces lo mismo con el árbol de al lado. Y como todo va viento en popa, repites la operación varias veces en la noche y dejas la huerta sin manzanas, sin peras, sin sandías y sin lechugas. Y lo acumulas todo en el pajar. Y llamarás a tus amigos para que te acompañen a otras huertas a esquilmar y arrasar con todo. Cuando ya habéis batido todo el pueblo, os acercaréis al de al lado y repetís la misma operación. Y ahora dime: cuando veas el montón de fruta podrida que has acumulado en tu pajar, ¿serás más feliz que cuando te comiste la primera manzana? Por supuesto que no. Por ahí va lo de la ambición.

- Tú sabes que yo no haría esas cosas, abuelo.

El abuelo tosió tres veces seguidas y escupió un gargajo rojizo, como si fuera sangre. Jaime se asustó, pero el abuelo no le dio mayor importancia.

- Y ahora vete a ver a tu madre y a tus hermanas. Por hoy ya ha estado bien.

Contempló una vez más al abuelo y se apenó de él. No paraba de toser y de lanzar escupitajos rojos al suelo. Se dio la vuelta y entornó el picaporte de la puerta de la casa. Chita dormía tranquila a los pies del abuelo. Cuando se disponía a entrar, la voz del abuelo lo frenó.

- ¡Ah! Se me olvidaba. Tu hermano Juan ha vuelto a escribir.

Reculó como si una chispa eléctrica le hubiera traspasado el cerebro. Su curiosidad no se hizo esperar.

- Cuenta, cuenta, abuelo. ¿Qué dice?

- Está bien, que es lo más importante. Se vanagloria de militar en la tercera columna del 2º batallón. Llevan siete días parapetados en las montañas de Oiartzun, en donde, dice, han encontrado una fuerte resistencia. Y lo más curioso, Jaime, dice que se ha encontrado con tu hermano Fernando y con otros combatientes del Frente Popular y que han jugado a las cartas en una vieja cantina del pueblo, sin que sus mandos se hayan enterado, y que se han intercambiado tabaco y comida. También cuenta que el General Mola piensa dirigirse a Madrid con tres batallones y que el suyo es uno de los elegidos.

- ¿Dónde está Oiartzun, abuelo?, - se interesó -.

- Ayer repasé la Enciclopedia. Debe de ser un pueblo muy pequeño, pues no lo encontré. Don Joaquín, el maestro, dice que se encuentra muy cerca de Francia.

¿Soldados enemigos jugando a las cartas por la noche? Si eran enemigos, ¿por qué coños se juntaban? ¿O es que acaso no se odiaban? Así se lo hizo saber al abuelo, el cual seguía carraspeando sin cesar.

- Esta guerra, como todas, es una guerra de pobres contra pobres. Ya te lo advertí en su día: casi ningún soldado ha elegido su destino. Ha sido éste quien los ha colocado a ellos en un bando o en el otro. Es una guerra de hermanos contra hermanos. Hace pocos días encontré un escrito en un periódico que vaticinaba cosas horribles, pero sinceras. – Echó mano a su bolsillo- . Te lo voy a leer, aunque no lo entiendas todo. – Acercó sus vivaces ojos al arrugado papel y leyó con parsimonia: “el hombre que encarnará la España superviviente surgirá merced a esa terrible e ininteligible selección de la guerra que hace sucumbir a los mejores. ¿De derecha? ¿De izquierda? ¿Rojo? ¿Blanco? Es indiferente. Sea el que fuere , para imponerse, para subsistir, tendrá como primera providencia que renegar del ideal que hoy lo tiene clavado en un parapeto con el fusil echado a la cara, dispuesto a morir y a matar. Sea quien fuere, será un traidor a la causa que hoy defiende”. – El abuelo Juan

redobló el papel y miró pensativo al nieto. En su rostro había cierta tristeza.

- ¿Qué quiere decir eso, abuelo?

- Lo sabía, Jaime. Palabras muy enrevesadas para tu corta edad. En el fondo dice que los muertos serán perdedores y los vivos también, porque tendrán que renegar de la causa que defendían, que tal vez sea el matar antes de que a ti te maten.

- Y tú, abuelo, ¿quién quieres que gane?

- Las guerras no las gana nadie. Te repito, todos seremos perdedores. Los vivos recordarán a sus muertos y el odio volverá a germinar en ellos generando más odio y más destrucción. Siempre quedará la duda entre los supervivientes de si será posible o no seguir viviendo juntos. El odio y la envidia de los pobres y de los ricos de Piedrahíta y de Arroyuelo, que dormían soterrados en tiempos de paz, han despertado con la guerra y sus raíces crecerán sin cesar como la escurridiza grama que inunda los campos y destruye los cultivos, como el malvado cáncer que se llevó por delante a tus abuelos. Esas serán las consecuencias de la guerra.

El abuelo se levantó del asiento, dio tres pasos hacia delante y escupió en la entrada del corral. Murmuró algo.

- *Invidia, invidia, mater Hispaniae*! Aparecerán delaciones por todas partes.

- ¿Qué dices, abuelo?

Volvió a agachar la cabeza y gargareó otra frase ininteligible.

- *Senectus est natura loquacior*. No me hagas mucho caso, Jaime. Los viejos somos algo charlatanes. Son latinajos. ¡Ah! Voy a darte un consejo para que cuando seas mayor lo medites. Yo ahora hablo como una cotorra porque ya no tengo nada que perder, pero no debes imitarme. El hombre es esclavo de sus palabras y dueño de sus silencios. Y en los tiempos que corren más vale permanecer callado.

Mamá apareció en ese momento.

- Llevo un buen rato oyéndote. ¿Es que ya no quieres ver a tu madre?

Se abrazó a ella y se disculpó.

- El abuelo me contaba lo de la carta de Juan. ¿Dónde está Atenea?

- ¡Esperándote en su tacatá!

20

Aquella noche durmió en la cama de Juan y de Fernando. La de Venancio la ocupaba su hermana Blanca y la de ella, más pequeña que las otras dos, había pasado ya a pertenecer a la pequeña Atenea. Todas las camas se ubicaban en la misma estancia, llamada por mamá el *doble* de las camas, un amplio recinto situado en la segunda planta del viejo caserón, justo al lado del *doble* en donde se guardaba el trigo y la cebada en los años buenos. Mamá dormía en el único cuarto habitable de la planta baja, el que lindaba con la cocina, pues los otros estaban repletos de trastos viejos, máquina de coser, patatas por el suelo, uvas secas colgadas en los techos de madera, sacos de harina para hacer el pan y un sinfín de avituallamientos para personas, cerdos, gallinas y conejos. Los débiles rayos de sol de noviembre habían desaparecido por entre los árboles que flanqueaban el río casi a media tarde y la noche sería larga y estirada como la maroma que papá utilizaba para atar el bálago del carro, pues mamá los había llevado a la cama a él y a Atenea al poco rato de aparecer la oscuridad. Atenea debía de estar acostumbrada a ello, pues enseguida quedó dormida; pero él no podía pegar ojo. El recuerdo de aquellos cientos de muertos de aquel pueblo cuyas tierras bañaban un río que él no conocía le atolondraba el cerebro. Oía los secos ruidos de los fusiles y sentía los desgarros de la carne que las balas producían en aquellos cuerpos inofensivos y encadenados unos a otros. Percibía los gemidos y los gritos de terror de los vivos que caían al hoyo común y que rogaban, desesperados, que les volvieran a disparar para no ser enterrados en vida. Sentía los latidos de sus corazones y el fluir rabioso de la sangre roja saliendo a borbotones por las inmensas heridas de sus cuerpos y se imaginaba las

aguas de aquel río totalmente enrojecidas y transportando la muerte consigo. Pensó en Arroyuelo y se imaginó que todos sus habitantes fueran acribillados a balazos en la misma noche y que otros veintitrés pueblos juntos corrieran la misma suerte en las calles de Arroyuelo. La sangre llegaría al río. Sí, se imaginó las incoloras aguas de su querido río Tera laceradas por el líquido oscuro y viscoso de veinticuatro Arroyuelos muertos en la misma noche y depositados entre las raíces del fresno asesino. Y él estaría entre los muertos. Y la sangre lo arrastraría hasta el río. Y la corriente lo llevaría en volandas, descansaría unos días junto al fresno y después continuaría su viaje para descubrir otros pueblos, otras aldeas y otras gentes. Y tal vez las aguas rojas del Tera descansaran en las del Jarama, y conocería aquel pueblo de la muerte; o, quizás, sus aguas lo llevaran a Melilla, aquel pueblo que había nadado desde la Península y en el que su hermano había hecho la mili. Y vería los pueblos grandes, y tocaría sus coches, y se asomaría a las cristaleras de las pastelerías y comprobaría si los pasteles eran como él se los había imaginado y no como se lo había contado el abuelo. Y se quedaría en Melilla para hacerse un hombre. Y después volvería a Arroyuelo y se casaría con Carol y viviría junto a ella toda la vida y… Unos pasos le avisaron de que alguien subía por la escalera de madera que comunicaba la planta baja de la casa con la primera. Sería Blanca, sin duda. Y se alegró. Tenía ganas de hablar con ella y preguntarle aquello del secreto con el señorito; pero cuanto más se acercaban los pasos, más se convencía de que no se trataba de su hermana, pues los golpes secos y pausados anunciaban la presencia de alguien con serias dificultades para caminar. Pronto salió de la duda al oír el carraspeo del abuelo, el cual descubrió de inmediato el insomnio de su nieto.

- ¿Aún no te has dormido, Jaime?

Pasó por alto aquella pregunta tan inocua.

- ¿Qué haces aquí, abuelo? ¿Ocurre algo?

- Nada, Jaime, nada. Hace días que duermo aquí. A la cabezona de tu abuela no hay quien la arranque de su vieja casa. Tu hermana cuida de ella por las noches.

Aunque se le escapara la oportunidad de interrogar a Blanca, la respuesta lo tranquilizó.

- ¡Tengo miedo, abuelo! Por eso no me duermo. ¿Por qué no duermes conmigo?, - le pidió en un tono tan

turbado que sería difícil encontrar una negativa en la respuesta.

- Te arrepentirás de ello. Según la abuela, mis ronquidos y mis carraspeos ahuyentan a los ratones del barrio, - exageró el abuelo mientras se desataba los cordones de los zapatos y se metía debajo de las mantas. Antes de que acomodara la cabeza en la almohada de hojas secas de maíz le lanzó la primera pregunta.

- ¿Tú crees en Dios, abuelo?

- ¡Vaya noche que le espera al abuelo!, - bramó -. Decir que no, es pecado; pensarlo, no lo sé.

- ¿Tan difícil es decir sí o decir no?

- Mira, Jaime. Yo ya estoy al final del camino. ¿Para qué complicarme la vida con eso? Por si hay algo en el más allá cuando esto se acabe, prefiero no enemistarme con Él. Siempre he pensado que seremos comida de gusanos; pero cuando el final se acerca, el hombre se protege de sus miedos en Dios.

- ¿Y los curas siempre dicen la verdad?, - reiteró.

- Creo que ya me lo has preguntado varias veces. Los curas son los curas y tú eres tú; pero nunca le lleves la contraria.

- Es que don Manuel compara a las mujeres con el diablo y yo eso no lo entiendo.

- Algún día descubrirás el diablo que la mujer lleva dentro. ¡Y juro por Dios que te gustará! La mujer es el ser más bello, misterioso y enigmático que ha dado la humanidad. Toda ella es contradicción y esto es lo que la hace aún más bella. El hombre la ama y la odia a la vez, la desea y la detesta a cada instante. Jamás llegará a comprenderla.

- No lo entiendo, abuelo.

- La vida te lo irá enseñando poco a poco, día tras

día. No tengas prisa en aprenderlo. De momento, ellas llevan faldas y nosotros pantalones; pero algún día, y espero no verlo, ellas se pondrán pantalones como nosotros y nosotros, en cambio, no podremos ponernos falda.

- ¡Qué imaginación tienes, abuelo! ¿Cómo se van a poner pantalones? ¡Estarían feísimas!

- No iba por ahí, Jaime. ¡Olvídalo! Creo que no te tenía que haber dicho esto. ¡Sólo son sandeces de un viejo cansado de vivir!

- En Arroyuelo se comenta que don Manuel anda liado con la señora Manuela y que…

El abuelo cortó en seco las dudas de su nieto.

- Ellos son hombres como tú y como yo y también les gusta el diablo, aunque después le pidan perdón a Dios por adorar al enemigo.

- Entonces, abuelo, ellos no dicen siempre la verdad.

- Ellos siempre dicen lo que creen que deben de decir para que el que escucha haga lo que él cree que tiene que hacer y eso no implica que él no pueda hacer lo contrario de lo que dice.

- ¡Qué difícil tiene que ser eso de ser cura! Predicar no lo que crees sino lo que deben de escuchar los otros.

- Eso es, Jaime, eso es. Veo que lo has captado a la primera. – Y comenzó a carraspear. Jaime lo aprovechó para cambiar de tema -.

- ¿Crees que debo echarle en cara a mamá que no me gusta lo del señorito?

- ¡No lo hagas nunca! ¡Ella es tu madre por encima de todas las cosas y tú eres su hijo! Siempre le estarás agradecido por haberte traído al mundo. Cuando seas mayor, las cosas cambiarán. Y algún día te darás cuenta de

que una madre es lo más grande que hay en el mundo, sobre todo cuando te falte.

- Entonces, abuelo, ¿tendré que esperar a hacer la mili para poder hablar con mamá de esas cosas?

- Sí, hijo, tendrás que hacerlo, y entonces sabrás elegir lo que te conviene y lo que no te conviene. – El abuelo tosía profundamente, tan profundo que parecía que cada vez que lo hacía se le soltaba un trozo de carne de las entrañas. Él no le daba importancia-. Ahora, Jaime, ya va siendo hora de dormir. Los viejos ya no tenemos las pesadillas de los chiquillos.

El abuelo lo besó en la frente y le dio las buenas noches.

- ¿Has rezado los tres Padrenuestros?

- Se me había olvidado, abuelo – mintió-.

- Pues rézalos en silencio. Te ayudarán a quedarte dormido.

¡Qué enigmático era el abuelo! Le dio la espalda e hizo como que movía los labios en la oscuridad. El recuerdo de los muertos de la guerra atravesó sus sueños, se instaló en los aledaños del fresno del río y voló para perderse en el infinito, muy cerca del ojo de Torpe, que parecía triste.

21

El pequeño ventanuco horadado en la ancha pared de barro que comunicaba el dormitorio común con la calle tenía unas finas rendijas por las que la claridad del día penetraba en el interior con fuerza. Cuando despertó, el tragaluz no se veía y el habitáculo estaba muy oscuro. Aún quedarían horas para que el alba despuntase. El abuelo no roncaba. Dormía plácidamente boca arriba. Carraspeó para ver si se despertaba, pues quería hacerle una última pregunta que se le había quedado en el tintero y con la cual había soñado, mas no reaccionaba a los carraspeos. ¡Qué sueño tan profundo tenían los abuelos! Se dio la vuelta y le arreó un leve codazo. Se asustó. Estaba duro y frío. Se

incorporó y auscultó su corazón. No lo oía latir. Le tocó la cara y un frío glaciar le obligó a retirarla de inmediato. Dio un salto en la cama y se puso de pie en el frío suelo de madera. Comenzó a correr a oscuras y a vocear como un endemoniado. “El abuelo ha muerto. El abuelo ha muerto”, decía, mientras enfilaba la escalera de caracol que moría en la planta baja del caserón. Una figura espectral lo esperaba al final de la escalera. Era don Ramón y estaba en pijama.

- ¿Qué pasa, mocoso? ¿A qué vienen esos gritos? Vas a despertar a toda la casa.

Intentó ignorarlo corriendo hacia la habitación de mamá, pero lo atrapó a medio camino.

- ¿A dónde vas? ¿Es que no me has visto?

Jaime luchaba por zafarse de aquella garra de león y chillaba cada vez más fuerte.

- ¡Mamá, mamá! ¡El abuelo ha muerto!

La mano del señorito don Ramón le tapó la boca y su madre salió asustada del cuarto, en camisón.

- ¿Qué pasa, Jaime? ¿Otra vez con las dichosas pesadillas?

El señorito le quitó la mano de la boca. Ya no pudo gritar más. Se había quedado sin fuerzas. El llanto se instaló en él y no le abandonó hasta dos días más tarde, cuando dos desalmados del pueblo taparon la hoya con tierra húmeda mezclada con hierbas secas y don Manuel pronunció la palabra “amén” entre los habitantes de Piedrahíta y de otros pueblos cercanos. Sus ojos se habían quedado sin lágrimas y sus músculos sin fuerzas. Se había ido el hombre más sabio de la tierra y su mejor amigo.

22

Después del entierro, papá se había quedado dos días en Piedrahíta. Estaba triste papá y mamá se lo había pedido. A los dos días del funeral visitó el río. Le obsesionaba la idea de que la sangre

del Jarama llegara a las aguas del Tera, pues no sabía si los dos ríos se comunicaban o no. Se alegró de no encontrar ni rastro de sangre en sus aguas. Las dos noches pasadas Jaime se acostó en la misma cama en la que al abuelo Juan se le había olvidado respirar por culpa del dichoso chaguazo y no pudo pegar ojo. La cara arrugada del abuelo y su piel abrasada por el sol se le representaban a cada instante y aquellas frases llenas de sabiduría y de misterio regresaban a su memoria y se posaban en sus secos labios. “Ella es tu madre por encima de todas las cosas y tú eres su hijo. Siempre le estarás agradecido por haberte traído al mundo. Cuando seas mayor, las cosas cambiarán”. Se alegró de que papá estuviera ahora con ella y que el condenado del señorito se hubiera marchado a un pueblo muy lejano a salvar a España de los de izquierdas. Sería más fácil reunirse con Carol y charlar con ella, pues después de lo del abuelo, era la única persona a la que podría consultar sus dudas, ya que papá se había cerrado a cal y canto a hablar con él sobre el conflicto. ¡Si tenía miedo papá! “Las guerras no las gana nadie. Todos seremos perdedores”. ¿Por qué las inventaban los hombres, - se preguntaba -, si nadie las ganaba? Él jugaba a las chapas, a la cuarta, al frontón y algún día jugaría a la tajuela. Siempre había un ganador y varios perdedores. Le parecía ridículo inventar un juego, aunque fuese una guerra, si nadie podía resultar ganador. De nada serviría si todos eran perdedores. “El odio y la envidia de pobres y ricos, soterrados en tiempos de paz, han despertado con la guerra y sus raíces crecerán sin cesar como la escurridiza grama que inunda los campos y destruye los cultivos, como el malvado cáncer que se llevó por delante a tus abuelos. Esas serán las consecuencias de la guerra”. Odios y envidias entre pobres y ricos. Nunca él lo vio entre los vecinos de Arroyuelo ni de Piedrahíta. ¿Por qué con la guerra renacían, según el abuelo Juan? “Como el malvado cáncer que se llevó por delante a tus abuelos”. A él siempre le habían dicho que los papás de mamá se habían ido de viaje. ¿Por qué mentían los mayores a los niños? ¿Por qué el abuelo Juan se había declarado? ¿Porque sabía que se estaba ya muriendo y no quería llevarse el secreto a la tumba? Sería por eso, seguro, pues de lo contrario nunca hubiese traicionado a papá y a mamá. Casi sin quererlo se había enterado de algo que jamás el abuelo le había contado y no sabía por qué no lo había hecho. Después del funeral se habían formado varios corros de hombres de Piedrahíta y de Arroyuelo en la plaza del pueblo junto a la iglesia. Y todos hablaban del abuelo. En uno de esos comentarios, alguien afirmaba que podía haber llegado a ser un hombre importante si se lo hubiese propuesto, ya que pocos de la zona tenían una mente tan privilegiada. A continuación contó a los del corro que al señor Juan, que en paz descanse, lo había llevado a Salamanca un tío cura que tenía allí, al

regresar de la guerra de Cuba y que había dejado los libros porque prefería la tranquilidad del pueblo; pero que aquellos dos años de estudio habían dejado mella en él. Ahora se explicaba por qué el abuelo sabía tantas cosas y que aquellos latinajos que había soltado poco antes de morir no eran producto de ninguna demencia senil sino producto de su inteligencia. Y se vanaglorió de ello en silencio como si aquella sabiduría que tan humildemente se había llevado a la tumba le perteneciera a él mismo. “Cada vez te pareces más al abuelo”, le dijo en cierta ocasión y él se juró que nunca traicionaría sus consejos.

La última noche que Jaime durmió en aquella cama badulaqueaba con los ojos entreabiertos las viejas vigas de madera que soportaban el pesado tejado del caserón del abuelo y se tronchaba de risa en silencio al recordar aquel episodio que el abuelo le había narrado en cierta ocasión. “Hay que amolarse”, -recordaba -, esa pindonga de doña Manuela lamiendo el culo al señor cura y haciendo creer al pueblo que es una beata santurrona, cuando todo el mundo sabe que más que atender a la iglesia tiende a desatender a su marido. Menuda cencerra que es la muy candonga”. Aunque entonces no había comprendido por dónde iban las flechas de aquel trabalenguas, ahora ya iba adivinando su dirección. Deseaba que Dios no tuviera en cuenta estos tropiezos lingüísticos de su abuelo para evitarle el paso por el purgatorio porque, según don Manuel, las almas que acudían a Dios un poco sucias debían de ser purificadas antes de aparecer en su presencia. Y la lengua del abuelo siempre fue un sable, las suelas de sus zapatos solían estar manchadas de estiércol y los pulmones los tendría inundados de humo del chaguazo. Pero para eso estaban las misas y en Arroyuelo dirían cinco en quince días por el alma de don Juan Pendón, pues había sorprendido a la abuela dando unas monedas a don Manuel después del entierro. “Que Dios lo tenga en gloria”, contestó, mientras las guardaba en la faldriquera que escondía debajo de la sotana.

El camino de vuelta a Arroyuelo lo hizo de madrugada, a pie y junto a papá, quien caminaba triste y cabizbajo a su vera. Deambulaban sin prisa por el camino empedrado y a él le daba tiempo de volver la vista atrás de vez en cuando y contemplar las curvas que dejaban en el camino. En cada una de ellas asomaba, misteriosamente, algún recuerdo del abuelo. Allí quedarían sepultados para siempre y nadie encontraría jamás la llave que cerraba el cuarto que guardaba los secretos de aquellas curvas. Sólo él tenía esa llave. En un descuido, Jaime tropezó. Un canto salió despedido y rodó por el camino. ¡Cómo echó en falta a Chita! Hubiera corrido tras él y se lo hubiera devuelto *embabado*. Recordó entonces que su padre iba a su lado.

- Papá, ¿tú quieres mucho a mamá?, - osó preguntar -.

Juan Pendón lo miró con el rostro serio, tan grave que nunca antes había visto Jaime a papá así. Comprendió que él era un mocoso que no tenía ningún derecho a formular aquella pregunta. Al cabo de un rato, le contestó:

- Ya va siendo hora de que pienses como un adulto y dejes de hacer preguntas infantiles.

Dudó si seguir preguntando lo que verdaderamente le preocupaba u obedecer al abuelo. Optó por lo segundo. “Cuando seas mayor…”, y aún no había hecho la mili.

- ¿Sabes que el abuelo me dijo que me parecía mucho a él? ¿Tú crees que es verdad?

Logró arrancar una leve sonrisa de los labios de papá.

- Cuando te salga el bigote, entonces hablamos.

- ¿Cuándo construirás la casa y sembrarás tu huerto? Yo quiero que vivas con mamá.

Papá se paró en seco. Metió las manos en los bolsillos y por la postura de sus negros ojos adivinó que algo grave iba a soltarle. La espera no se hizo larga.

- Si vas a seguir ametrallándome con preguntas estúpidas te devolveré a Piedrahíta. ¿Entendido?

Agachó la cabeza creyendo que papá le soltaría un sopapo, pero sus manos no habían abandonado los bolsillos. Reanudaron la marcha. Le siguió a una distancia de dos pasos por si las moscas. Pensó que, sin darse cuenta, estaba traicionando los consejos del abuelo demasiado pronto. Se acordó de Carol. Adiós novia si tenía que volver a Piedrahíta. Y se juró medir las preguntas que le hiciera a papá de aquí en adelante. “El hombre es esclavo de sus palabras…”. Si es que el abuelo Juan parecía un adivino.

La torre de la iglesia de Arroyuelo se mostraba ya a vista de pájaro. Sólo tendrían que descender la cuesta del monte y las primeras

casas del pueblo les darían la bienvenida. De repente, en medio de la cuesta, papá se frenó en seco. Se volvió y esperó a que Jaime se pusiera a su altura. Le acarició los cabellos y lo miró fijamente a los ojos.

- ¿Sabes qué te digo? Que no es necesario esperar a que te salga el bigote.

Mensaje comprendido. Su padre era otro Juan Pendón y lo quería con todo su alma.

23

31 de diciembre de 1936.

Eran las primeras navidades que pasaba sin el abuelo. El recuerdo de su ausencia lo postró en un estado de ánimo melancólico y taciturno mientras escuchaba en la radio del abuelo de Carol el primer discurso de Fin de Año que el General Franco transmitía a medianoche. Dios debía de estar malhumorado por lo de la guerra y durante los últimos días había lanzado sobre Arroyuelo un diluvio. Las aguas del Tera se habían salido de madre y ocupaban toda la vega del pueblo, brincaban por encima de las tapias de la huerta del tío Sergio y se habían comido el único camino que comunicaba Arroyuelo con Piedrahíta. Lo que la guerra no había logrado separar lo había conseguido el río y por eso papá y él estaban allí esa noche en lugar de acompañar a mamá, como todas las últimas noches de fin de año. También las aguas desbordadas del río servían de disculpa, pues Jaime no lo creía, para que el señorito don Ramón se ausentara de aquella reunión tan familiar, íntima y especial. Le resultaba extraño ver a papá sentado en la misma mesa con los abuelos de Carol, su mamá y dos tías de Carol que se habían quedado viudas hacía mucho tiempo y que no habían dejado descendencia. Él atizaba la lumbre, junto a Pipi y Carol, mientras se había hecho aquel silencio tan sepulcral para oír el discurso de Franco, al que él no atendía, pues su mente voló por el hueco de la chimenea, rodeó el ojo triste de Torpe y traspasó el firmamento hasta descansar en el cielo, al lado del abuelo y de Venancio. Cuando regresó de él, viajó en las ruidosas ruedas de aquel tren que llevaba a los soldados a la guerra y visitó a su hermano Juan, que jugaba a las cartas con su hermano Fernando. Después reparó en los ojos de Carol, perdidos en las llamas de la lumbre, y juntos volaron, mezclados con las favilas que huían por la chimenea en busca

del infinito, hasta descomponerse en el firmamento. Y se imaginó junto a ella, en una casa perdida en el monte donde dos chiquillos jugaban y gritaban alegres al son del trinar de los pájaros, mientras la mamá Carol calentaba el puchero y el papá Jaime alisaba el cabello de la ya anciana Rubia para que estuviera hermosa cuando la unciera al yugo y… El ruido del arrastre de las patas de la banca del abuelo de Carol lo arrancó de aquel mundo futuro y lo postró junto a la chimenea, con las tenazas en la mano. Lo vio levantarse de la silla y tomar aquel lápiz que siempre colgaba de la pared, junto al pequeño calendario y hacer unos garabatos. El abuelo de Carol había enfermado con lo de la guerra y anotaba todos los días, en un calendario que él llamaba "Zaragozano", todos los partes de guerra que salían de aquel cacharro, al que Jaime ya se había acostumbrado, y dibujaba flechas con el lápiz marcando el camino y las victorias de uno y otro bando sobre un hule que cubría la mesa camilla y cuyo dibujo era el mapa de España con sus 50 provincias.

Un día había aprovechado el entierro de una señora del pueblo para introducirse en la cocina del abuelo de Carol y descubrir, por fin, dónde se encontraba Melilla. Era cierto que se asentaba al otro lado de un charco, pero no se creía él que hubiera llegado allí nadando. Sin duda alguna aquel charco sería un gran río desbordado cuyas aguas nunca más volvieron a su cauce y se temió lo peor: que a Arroyuelo le ocurriera lo mismo si Dios los seguía ametrallando con diluvios. Dejó aquel puzzle de colores y provincias y descolgó el calendario Zaragozano de la pared. Leyó sus anotaciones empezando por la primera hoja emborronada con el lápiz del abuelo de Carol. Era la del Uno de agosto, día de San Alfonso y un montón de santos más. En su mente quedaron grabados los hechos más significativos para él. "Valencia, Córdoba y Jaén controladas por los republicanos. Duros enfrentamientos en el frente asturiano tras la llegada de las divisiones del general Mola a las proximidades de Oviedo. Los republicanos siguen bombardeando el Alcázar de Toledo. Orden del cuartel general franquista de iniciar la marcha hacia la capital". " Martínez Barrio solicita por radio la rendición de los sublevados. Bombardeos republicanos sobre Ceuta y Palma de Mallorca. Avance nacional en los frentes de Extremadura, Aragón, Andalucía y Sierra de Guadarrama. Juan de Borbón entra en España con el nombre de Juan López para combatir contra los republicanos. Mola le obliga a volver al exilio. El 7 de agosto los nacionales bombardean Madrid mientras el General Franco se instala en Sevilla. El gobierno francés cierra todos los puertos fronterizos con España y se inicia la avanzada nacional hacia el norte de España desde Sevilla. Mérida es conquistada y se contacta con el norte y con Portugal. Mola toma Tolosa. Carnicería de

población civil en Badajoz por parte de las tropas del General Yagüe y más de 4.000 republicanos fusilados, mientras los republicanos clausuran por ley todas las instituciones religiosas. Una turba descontrolada entra en la Modelo de Madrid y se produce un masivo asesinato de presos políticos nacionales. Matanza deliberada de civiles en Talavera por parte de las tropas nacionales. Dimite el presidente Giral y el nuevo gobierno republicano lo preside Largo Caballero. El seis de Septiembre el General Franco invita a la rendición de Madrid ("…¡Madrileños!. El día de vuestra liberación está muy próximo. Si queréis salvar la vida, entregaros sin condiciones a nuestra generosidad".). Incautación del oro del banco de España y traslado a Cartagena. Los republicanos protestan por la ayuda que Alemania, Italia y Portugal prestan a los sublevados mientras buques rusos descargan material bélico. Ibiza y Formentera caen del lado nacional y en Salamanca Franco es elegido General con mando único. El veintisiete de septiembre ambos mandos anuncian sendos partes de guerra en los que se hacen eco de sus victorias". Creyó oír ruido de puertas y colgó el calendario en la pared. Le dio tiempo a salir al corral. Se tranquilizó al reconocer las voces de Pipi y de Carol.

- Don Manuel ha preguntado por ti. ¡Búscate una buena disculpa para convencerle!, - le avisó Carol.

- Gracias por la información. Ya me inventaré algo. – Cuando se disponía a salir del corral, la voz de Carol lo retuvo.

- ¿Dónde has estado?

Jaime miró a Pipi. No confiaba en él y no podía decirle toda la verdad. Dudó unos segundos.

- Quería saber dónde se encontraba Melilla.

Carol se desternilló de risa.

- Eso no te librará de las correas de don Manuel. Yo que tú no me perdería la misa de mañana.

Y así había sido. La asistencia a la misa hizo que don Manuel se olvidase de su pecadillo por no acudir el día anterior al entierro.

Algo muy extraño ocurrió aquella nochevieja en casa del abuelo de Carol. Hacía ya un buen rato que Franco había terminado su

discurso. Papá, el abuelo y la abuela de Carol, las dos viudas y doña Atenea jugaban a las cartas al calor del brasero. La radio ya había finalizado su emisión y el abuelo la había apagado. Unos fuertes golpes se oyeron en las puertas corraleras. Se hizo el silencio y el abuelo se levantó. Cogió la escopeta y ordenó que nadie se moviera. Salió al corral. Los golpes seguían martilleando la vieja puerta en la oscuridad de la noche. El abuelo se acercó a ella.

- ¿Quién va?, - preguntó, mientras encañonaba su escopeta hacia la puerta.

- El barquero de Piedrahíta, señor. Traigo mensaje de don Ramón.

El abuelo no reconoció la voz. Quiso asegurarse y evitar una emboscada.

- ¿Cuál es tu nombre, barquero?

- Soy Lorenzo, don Ramón, el hijo de Baltasar y traigo recado de vuestro hijo. Abridme, por el amor de Dios, si no queréis que muera aterido de frío.

Don Ramón levantó la tranca de la piedra y descorrió el pestillo. Al abrir la puerta se encontró al barquero titiritando de frío.

- Don Ramón me manda que os diga que unos rojos asesinos andan tras sus pasos y ordena que no abráis la puerta a desconocidos y que cuidéis de su mujer y de sus hijos. Que está bien y que no os preocupéis por él. Y os manda un beso a todos.

- Pasad, buen hombre, y entrad un poco en calor.

- Os lo agradezco, don Ramón, pero tengo órdenes de volver a Piedrahíta antes de que amanezca. Las aguas andan un poco revueltas en la comarca.

Y con aire misterioso enfiló a toda prisa la calle que moría en la vega encharcada por las aguas del Tera. Don Ramón, sin tiempo de agradecerle el recado, volvió a la cocina y con un tono tranquilizador narró a los presentes que su hijo le mandaba recado de que se encontraba bien y que les felicitaba las fiestas. A otra cosa, mariposa, debieron de pensar sus familiares, pues enseguida ordenó que aquella

noche todos dormirían en su casa, incluidos él y su padre. Quiso quitar hierro al asunto argumentando que era una noche especial y familiar, y que en su casa había camas para un regimiento; pero nadie de los presentes se fue tranquilo a la cama. Algo raro flotaba en el ambiente y poco tenía que ver con la festividad que se celebraba.

24

1 de enero de 1937.

Don Manuel comenzó la misa recordando a los fieles de Piedrahíta que a causa de la riada no podrían disponer de los servicios litúrgicos. Se disculpó ante ellos él con la excusa de que ya no estaba para andar en barca. En la homilía anunció a todos los presentes la buena nueva de que la junta de Burgos había declarado que se iniciaba el Año Triunfal para liberar España de los traidores, ateos y enemigos de Dios, quienes, como represalia, tenían la desfachatez de anunciar que se iniciaba el año de la Victoria. Y resumió a los presentes, hombres y mujeres de bien, el estado en que se encontraba España: "*Los rusos se han llevado las reservas de oro de la nación y a cambio han puesto en manos de los impíos armas para destruir a los salvadores de España; comunistas extranjeros dirigen las Brigadas Internacionales formadas por más de 4.000 delincuentes foráneos; han asesinado en la cárcel de Alicante a José Antonio Primo de Rivera, insigne defensor de la paz, de la justicia, de la libertad y de Dios, el cual, antes de morir, deseó ser enterrado bajo el rito de la religión Católica, Apostólica y Romana. Éste debe ser el ejemplo para todos los creyentes, hermanos, "antes morir que renunciar a sus creencias". Porque, queridísimos fieles, frente a todas estas injusticias, frente a todos estos atropellos y frente a todas estas mentiras triunfará la justicia, la libertad y la verdad de los verdaderos defensores de la Patria, aquellos que siguen al General Franco y a sus afines. Oremos, hermanos, porque el año que comenzamos sea en verdad el Año Triunfal y para que la sangre derramada sirva de escarmiento a los impíos, a los ateos y a los enemigos de la iglesia y reconduzca a sus seguidores al rebaño de Dios".*

Nadie del pueblo había faltado a misa. Ningún gesto ni movimiento alteró los rostros de los arroyuelenses ante las palabras del cura. ¿Pensarían todos igual que él? Si así era, se alegraba, pues

nunca llegaría la guerra a Arroyuelo. A la salida de la iglesia se oyó en algún corro que los gatos estaban desapareciendo del pueblo, que los perros ladraban cada vez menos y que el trigo y la cebada habían emigrado a las ciudades. Al menos en casa de don Ramón no se comió carne aquel día y aquel plato de algarrobas que la abuela había cocido en el pote le supo a gloria bendita. El comentario de don Ramón le pareció más un acto de chulería que de realidad:

- ¡A mi casa nunca llegará el hambre, por mucho que dure el invierno y la guerra!

Al atardecer y rutinariamente bajaron a la cuadra; pero ya no quedaba ni harina en la panera y ni algarrobas en los sacos. Tendrían que conformarse con las hierbas secas que días atrás habían acarreado del monte. ¿Habrían emigrados las legumbres a casa del abuelo o habrían viajado a la guerra? Cualquiera que hubiese sido su destino poco importaba y sus animalitos se estaban quedando demasiado flacos. Chispa, en cambio, tenía más suerte, pues de vez en cuando alguna rata caía en sus garras. Lo único que no les faltaba a nadie era el agua y creyó que sólo gracias a ella no se habían ido al otro mundo. Cuando terminaron la faena, entraron en la cocina de palos y encendieron la lumbre, ajenos a lo que muy cerca de ellos sucedía.

25

Las sospechas del señorito se habían cumplido antes de él haberlo sospechado. Esa misma Nochevieja cuatro hombres armados se habían apostado en su casa y esperaban pacientemente en ella a que el conejo volviera a su madriguera. No tenían prisa. Sabían que tarde o temprano lo atraparían allí mismo. Se adueñaron de las dependencias abandonadas y camparon a sus anchas sin temor a ser sorprendidos. La fría mañana de año nuevo pasó sin novedad alguna y por la tarde oyeron repicar las campanas del pueblo. Atenea y Carol pasaron junto a la puerta, pero no entraron en casa porque ya iban justas de tiempo para el Rosario. Terminado el mismo y antes de regresar a casa del abuelo querían orear la casa y hacer acopio de lo poco que aún restaba en la despensa. Al descorrer la cortina de la ventana de la cocina las sorprendió una potente y autoritaria voz masculina:

- ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡Dos tortolitas volando solas y cuatro pichoncitos esperándolas!

Las dos mujeres se volvieron aterrorizadas y presenciaron, sorprendidas, la escena: cuatro extravagantes desconocidos, armados con rifles, ocupando la estancia. A Atenea le salió la vena autoritaria, tal vez producto del miedo, de la sorpresa, de la rabia o del animal acorralado sin escapatoria alguna en que se había convertido.

- ¿Qué hacen ustedes en mi casa?

- Buena pregunta, señorita, - contestó el que parecía ser el jefe, mientras se acercaba a ella y le aproximaba el dedo índice a su pezón derecho. La risa burlona escapaba de su negro mostacho. Los otros tres permanecían en la puerta de la cocina, franqueándola.

Atenea dio un paso atrás, asustada y asqueada por el fuerte olor a vino rancio de bodega que despedía aquella víbora.

- ¡Salgan inmediatamente de aquí!, - exigió, malhumorada, - mientras su corazón palpitaba tan deprisa que creyó que se le salía del cuerpo. Carol se abrazó a ella.

- ¿Y quién nos va a expulsar de ella? ¿Esta preciosa niña – y le pasó su enorme mano por la nalga con una lascivia inenarrable -, o la esposa del mayor asesino de la comarca? -, y le acarició el otro pezón -.

Carol temblaba de miedo y se aferraba al cuerpo nervioso de su madre quien, en un descuido del desconocido, intentó escapar por la puerta de la cocina. Los tres hombres la retuvieron.

- Está bien, muñeca. No te buscábamos a ti, pero no tenemos prisa y esperaremos a que tu marido venga a liberarte. Hasta que él llegue jugaremos todos un poco para no aburrirnos.

Y ordenó despóticamente a sus mosqueteros que la llevasen a la habitación. Carol comenzó a gritar como una endemoniada mientras aquel malvado que olía a ajo y a vino la arrastraba hacia la habitación y pataleaba como cordero que va a ser degollado. Atenea corría la misma suerte, amarrada por los otros dos airados desconocidos. El último intruso hacía guardia en la puerta.

- ¡A la niña no! ¡A la niña no, por favor!, - suplicaba Atenea, gritando y dándose ya por vencida.

Las cortinas de la alcoba permanecían cerradas, pero la claridad del pasillo se deslizaba por el hueco de la puerta entreabierta e iluminaba levemente la única cama matrimonial que la presidía. Dos catres de hierro oxidado con barras de color negro y oro protegían la cabecera y la trasera de la cama, resguardando un jergón relleno de lana de oveja, asentado sobre un somier metálico que chirriaba cuan ruedas de carro desengrasado, del que sólo unos cuantos privilegiados de la comarca podían disfrutar – pensó el jefe horas antes, lleno de ira, cuando se dejó caer sobre él para espantar la cogorza. Él, que siempre había dormido en colchones de hojas de mazorca de maíz o de paja trillada. Se vengaría ahora del cacique asesino yaciendo en su propio catre con su hembra y con su hija-. No prestaron atención a las súplicas de la madre y ataron las manos de Atenea al catre cabecero, no sin antes cruzarle la cara de un *sornabirón*.

- ¡Deja de chillar, putilla!, - le ordenó el que llevaba la voz cantante -. ¡Amordazarla con lo que sea! ¡Y a la jovencita atarla de pies y manos a la trasera de la cama! ¡No quiero ni gritos ni lloros en la fiesta!

Los dos soldados cumplieron a rajatabla las órdenes del jefe, quien abandonó la habitación con la escopeta al hombro. Al cabo de un rato regresó.

- ¡Tú, Patillas, sigue vigilando el pasillo! ¡No quiero que nadie nos amargue la fiesta! ¡Ya te avisaremos cuando tengas que comer tu pastel!, - y lanzó una carcajada que se perdió por la entrepierna de Atenea-. ¡Vosotros dos, inútiles, desnudarlas de una puta vez! ¡A la jovencita la cataré yo primero!

El llanto desconsolado de Carol chocaba contra la funda de almohada que la amordazaba y sus gritos quedaron atrapados en ella. No sabía lo que aquellos hombres querían y se avergonzó al ver a su

madre totalmente desnuda. No recordaba haberla visto así nunca antes. Cuando a ella le rasgaron los vestidos, pateó con todas sus fuerzas, lloró y cerró los ojos. Una cosa dura desgarró sus entrañas y el dolor le hizo perder el conocimiento. No pudo escuchar los gritos acalorados de su madre pidiendo clemencia para con la niña ni contemplar las terribles y violentas escenas que acaecieron en aquella habitación en los minutos siguientes. Hacía rato que se había desmayado. Cuando despertó, su madre lavaba con agua fría la sangre depositada en las nalgas. Mamá ya se había cambiado de ropa y los forasteros se habían ido. Nada preguntó ni mamá dijo nada. Se vistió y salieron a la calle. Meses más tarde, cuando su infantil inocencia se había transformado en adulto conocimiento, agradecería tal desmayo. El tiempo taparía todo lo demás, salvo la profunda depresión de su madre, de la cual no se recuperaría hasta su muerte.

26

Al abrigo de las paredes de barro y al calor de la lumbre que él mismo había ayudado a papá a *chiscar*, padre e hijo pelaban la pava venciendo el aburrimiento de aquella larga, fría y estirada tarde de Año Nuevo. Sus miradas perdidas en las rojas brasas de encina escondían tristes recuerdos del abuelo muerto. Sus íntimos pensamientos confluían, mudos, en aquella pérdida irreparable cuya alma se habría ido al cielo. Mientras su padre escarbaba con las tenazas entre la cernada y la brasa, gesto rutinario de papá cuando nada tenía que hacer, Jaime hubiera deseado unas tristes castañas o unas bellotas con las que otros años cebaban a los cerdos; pero ni castañas ni bellotas quedaban en la despensa desde hacía meses. El abuelo de Carol había presumido de que en su casa no entraría el hambre jamás, pero aquello olía más a bravuconada que a otra cosa. Nada había que llevarse a la boca. Miró al techo. La sobina, de la cual siempre colgaba un trozo de tocino en cualquier época del año, estaba vacía. Le hubiera gustado saber el parecer de papá; pero la amenaza de devolverlo a Piedrahíta le hizo desistir de su propósito. Y si no le preguntaba por el hambre, menos aún le daría la vara con la guerra ni se le ocurriría mentarle los sospechosos secretillos entre Blanca y el señorito. Y lo que el abuelo le había contado de mamá ya sabía él que tendría que esperar hasta hacer la mili para después elegir si contárselo o guardárselo (los consejos del abuelo le quedaron todos grabados en algún punto misterioso de su cerebro, pues había cosas

recientes de las que se olvidaba sin darse cuenta y, en cambio, otras contadas por el abuelo le duraban de por vida. Tal vez el cerebro también disponga de otro cuarto secreto en donde se graban otras cosas, igual que el corazón tenía ése a donde iban a parar ciertos secretos). Volvió a clavar sus ojos en el rostro triste de papá. La llama viva de la hoguera iluminaba su tez quemada por el sol y por el viento. Creyó que si le hacía caso a aquellos miedos, sus mundos se separarían para siempre y, lo que era peor, jamás volvería la alegría a ellos. Se arriesgó.

- ¿Tú crees, papá, que Torpe y las vacas aguantarán el invierno?

Su padre soltó las tenazas y las arrinconó junto al pote y las trébedes con parsimonia. La pregunta le había pillado desprevenido. Sonrió.

- ¡Son duras!

Jaime se alegró de que no le molestara la pregunta y, sobre todo, de verlo sonreír levemente. Se animó.

- Cuando el río se lleve toda el agua de la vega, ¿volverá a crecer la hierba en los prados?

- Sin duda.

- ¿Y podré sacar a Torpe y a las vacas a pastar?

Papá lo remiró, sorprendido.

- ¿Por qué te preocupas tanto por ellas?

- Porque no quiero que se mueran de hambre. ¡Están muy flacas, papá!

- Peor lo pasaremos nosotros. – Y volvió a atizar el fuego con el fuelle –.

- El abuelo de Carol ha dicho que jamás entrará el hambre en su casa.

- ¡Ya!

- Y que por mucho que dure la guerra…

Su papá no dejó que continuara.

- ¡Ojalá!

Le encrespaban el ánimo las escuetas respuestas de papá. Deseaba con toda su alma que se pareciera más al abuelo y temía que aquellas concisas réplicas fueran más producto de la precaución que de su verdadera forma de ser. Tal vez el miedo a la guerra anidara en su cuerpo. Poco a poco iba comprendiendo lo de los silencios del abuelo.

- ¿Sabes que don Ramón padre anota todos los partes de guerra en un calendario?

- ¿Y?

- ¿Sabes que Franco ha dicho que este año terminará la guerra?

- ¡Ojalá!

- ¿Y qué le ocurrirá a Fernando si ganan los otros?

Juan Pendón se levantó de la banqueta. Asió el cubo de agua y lo derramó en la lumbre. Una polvareda de humo y cernada envolvió las llares y se escurrió por la chimenea.

- ¡Vámonos, Jaime! Don Ramón quiere que cenemos en su casa y ya se ha hecho tarde.

Hubiera deseado poder mostrar a papá el círculo que escondía bajo la camilla y explicarle lo que aquello significaba, pero no le dio ocasión. La última pregunta sobre Fernando le había aguijoneado el trasero y parecía tener mucha prisa. Cerraron la puerta de la cocina de leña y entraron en la cuadra. Le echaron unas pajas secas a los animales y salieron al corral. Chita ladraba, nerviosa, junto a la puerta de la casa del señorito. Jaime la llamó y no obedeció. Se extrañó de ello. No era normal que Chita no acudiera a su llamada, con lo callejera que era. Papá comentó:

- Algún ratón habrá asomado el morro por algún agujero.

Y salieron a la calle por las puertas corraleras. Aún era de día. Unos nubarrones negros encogían el firmamento y caían más allá del río y del gran lago en que se había convertido la vega. Un frío viento del norte les helaba las orejas y la punta de la nariz. Se anunciaba una noche escarchada y húmeda, estirada noche enrojecida por el dolor y el sufrimiento de aquellas dos mujeres ajadas, atadas y abandonadas en aquel lecho familiar del viejo caserón. Chita seguía ladrando. Sólo ellas sabían por qué.

27

Ramón Carrasco viajaba de pueblo en pueblo a lomos de una briosa yegua donada por un Comandante nacionalista, junto a tres ex – militares retirados. Su misión de conseguir soldados para la causa nacionalista estaba siendo un éxito y ya le habían prometido un alto cargo en el gobierno provincial para cuando terminase la guerra. Las recientes riadas del Tera lo habían sorprendido del lado de Piedrahíta y en aquella zona había quedado aislado. El mensajero que llevaba para él la carta tardó tres días en encontrarlo en una vieja cantina de un pequeño pueblo adormilado entre encinas, a más de treinta kilómetros de Piedrahíta. No era difícil seguir su rastro entre aquellas aldeas anestesiadas por el frío invierno, por la pobreza y por el temor a la guerra. Los ruidos de herraduras de los caballos de la pandilla de don Ramón llevaban el miedo a las desprotegidas aldeas y las postraban en paz cuando se alejaban. Algo grave barruntó Ramón Carrasco en aquella cantina al reconocer al mensajero. Apuró de un trago el vaso de vino tinto y atrapó, nervioso, el sobre que se le ofrecía. Se separó unos metros de la barra.

" *Casi han matado a Atenea y Carolina. Desconocidos. Mucho miedo. Vuelve. Tu padre".*

Ramón agarró del brazo al mensajero y lo acompañó a las afueras de la cantina.

- ¿Sabes algo del mensaje?

Éste comenzó a temblar y se agazapó, nervioso, buscando las palabras que le defendieran de lo que él creía ser una amenaza.

- Su santo padre me dio el sobre cerrado. Sólo me

avisó de que era urgente, señor, y que se lo diese en mano. Nada más sé.

Ramón Carrasco aparentó calma.

- Entra y bébete un buen vaso de vino. Te vendrá bien.

Los acompañantes de Ramón Carrasco no quitaban ojo a su Jefe. En su mirada perdida notaron que algo no iba bien. Se dirigió al cantinero.

- Necesito un cuaderno, un sobre y algo para escribir. A mi amigo sírvale lo que le plazca. – Y lo empujó amistosamente hacia sus tres camaradas, mientras él se sentaba en una banqueta, junto al fogón de la chimenea -.

" *Encerraos en casa y no salgáis para nada a la calle. Padre, a Juan le das la escopeta de caza y que vigile por las noches. Volveré en cuanto pueda. Besos. Ramón Carrasco."*

28

Arroyuelo. 6 de enero de 1937.

El Año Nuevo o Año Triunfal, según las palabras de Franco, había engurruminado el rostro del abuelo de Carol y entristecido el ambiente familiar. Carol y Atenea habían enfermado misteriosamente la noche de Año Nuevo. Unas mujeres del pueblo habían estado curándolas durante toda la noche, pues en Arroyuelo no había médico, y Jaime no pudo verlas. Al día siguiente, desaparecieron misteriosamente y tardaron dos días en regresar a Arroyuelo. El abuelo había abandonado aquella rara manía de anotar todos los partes de guerra en el calendario y se había vuelto más callado y taciturno. Había dispuesto que Chita, él y su padre se trasladaran a su casa hasta nueva orden sin explicar el porqué y se alegró de ello. Estaría más cerca de Carol. Él dormía en la misma cama de Pipi, pero papá lo hacía en el cuarto donde se guardaban los aperos de labranza, junto a las puertas corraleras. ¿Por qué?, se preguntaba. El temperamento de Carol había mudado en apesadumbrado, mohíno y melancólico. Solía acompañar siempre a su madre y se había olvidado

del juego de las tabas. Aquel día de Reyes, las campanas de la iglesia tocaron a misa a las once de la mañana. Era de obligado cumplimiento asistir a ella, según el abuelo. Mientras Atenea daba los últimos toques a la comida en la cocina, Carol había salido al corral en busca de un caldero de agua. Jaime, que se entretenía cazando arañas en los agujeros de los adobes con Pipi, se olvidó de los arácnidos y se acercó al brocal del pozo. Hacía días que no hablaba con ella.

- ¡Hola, Carol! ¿Cómo estás?

Ella tiraba de la cuerda que arrastraba la polea y no le contestó. Ni siquiera miró para él. Se ofendió.

- ¿Estás enfurruñada conmigo, Carol?

Vació el caldero de agua que había sacado del pozo en la tartera y lo depositó en el suelo. Asió la tartera con las dos manos y clavó la mirada en él. Tenía los ojos enrojecidos como si hubiera estado llorando varios días seguidos. Apartó la mirada y se arrancó hacia la cocina, ignorándolo.

- Mamá me espera, Jaime. Lo siento. – Y se alejó-.

Aquel cambio de carácter lo dejó aturdido. Ya no veía él a ninguna niña instalada en aquel cuerpo de mujer. Se sintió un poco mocoso y creyó que sus juegos infantiles con Carol habrían llegado ya a su fin. Por lo que fuera, coligió que Carol ya no quería ser su novia. Y se acercó otra vez a Pipi para seguir cazando arañas en los huecos de los adobes. Si estuviera allí su abuelo, le preguntaría lo del cambio de su novia y, sin duda, lo sacaría de dudas; pero él nunca más lo iba a aconsejar. Había enmudecido para siempre. Y su tristeza fue aún mayor.

Durante la misa, don Manuel predicó al pueblo cosas de la guerra y las relacionó con Dios. Informó a los presentes que más de treinta mil niños, hijos de republicanos, habían sido trasladados en buques a la Unión Soviética y se quejó de que por sus culpas tuvieran que emigrar a un país ateo. Comentó que en Cataluña se había anunciado el inicio del racionamiento y animó a todos los vecinos a colaborar con los soldados nacionales enviando víveres para el ejército que tenía que salvar a España. Entonces se explicó por qué habían desaparecido de las paneras la harina, las lentejas y las patatas. El señorito don Ramón se habría adelantado a las peticiones del señor cura. Después de la misa de once y mientras los hombres de Arroyuelo

charlaban en corro en la plaza, un desconocido se acercó al grupo y dijo algo al oído del abuelo de Carol. Éste se separó del grupo y enfiló la calle de la Iglesia con el desconocido a su vera. Sus andares denotaban nerviosismo. Los siguió a cierta distancia y vio cómo el anónimo visitante entregaba un sobre al abuelo, quien a su vez le puso algo en las manos. El desconocido desapareció calle arriba y se perdió por el camino del monte. A la hora de la comida descubriría aquel secreto, pues el abuelo los había reunido a todos y había dado las instrucciones pertinentes, advertencias que eran órdenes. Su hijo volvería más bien pronto, cuando la guerra le diera un descanso, y mientras tanto, nadie podría salir de casa por la noche. Juan vigilaría la casa armado con la vieja escopeta de caza suya. Y con los niños tampoco habría excepción. Quiso averiguar qué había pasado, pero no se atrevió. Él era allí un forastero que nada pintaba en el asunto y ningún derecho tendría a preguntar. Esperaría a estar a solas con papá. Tal vez hiciera una excepción y le contara algo, pues de Carol ya no esperaba aclaración alguna. Además, ya no era su novia y ya no tendría derecho a que le contara secretos.

A media tarde padre e hijo bajaron a la cuadra a atender el ganado como hacían todos los días del año. Terminada la faena, entraron en la cocina y *chiscaron* el fuego. No podía desaprovechar aquel momento.

- Papá, ¿qué ha pasado para que el abuelo te haya dado una escopeta?

Papá lo miró enervado. Posó la mirada en la negra pared de la chimenea y suspiró, compungido.

- Las cosas andan mal. Eso es todo.

Sabía que aquello sólo era cierto a medias, que algo más concreto debía de haber ocurrido y que ese algo tendría que ver con Atenea y Carol. ¿Por qué sino, se preguntaba, habían desaparecido dos días enteros de Arroyuelo?

- ¿Es que ya ha llegado la guerra al pueblo, papá?

Su padre adoptó una postura incómoda. Sus manos cubrieron su rostro y volvió a suspirar. ¿Se rendía ante su insistencia?

- Mira, Jaime, hay gente mala que le tiene ganas al señorito. A Atenea y a Carol las torturaron el otro día. Por

eso no quiere el abuelo que salgamos a la calle por la noche.

Aquello de torturar tenía que ser algo muy malo, aunque no se lo preguntó por aquello de que no había ido a la escuela y creyó entender el porqué de aquel cambio en el carácter de Carol.

- ¿Y dónde está el señorito? ¿Por qué no viene a protegerlas?

- Esas cosas a nosotros no nos importan. Yo sólo soy un simple obrero y sólo obedezco órdenes. ¡Allá cada cual con su conciencia!

Pensó en mamá y en Blanca. Si algo malo les ocurriera, papá tampoco las podría defender, luego estaba en las mismas condiciones que el señorito. ¿Tendría él la conciencia tranquila? No se atrevió a preguntarlo. Cambió de tema.

- ¿Tú crees que es verdad eso de que a miles de niños los han llevado a un país extranjero?

- Los curas no dicen mentiras, Jaime.

- ¿Y a mí también me llevarán algún día?

- No, Jaime, no. Eso sólo pasa en las grandes ciudades, allí donde hay guerra.

- ¡Pero aquí también ha llegado la guerra!

- No te preocupes por eso. Tú nunca saldrás a otro país, al menos de momento. Y no le des tanta importancia a las cosas que dicen los mayores. De lo contrario, tendrás pesadillas por la noche.

¡Cuánto quería a su papá! Por fin hablaba como el abuelo.

- ¿Tú sabes que me ha dejado mi novia?

- ¡Vaya por Dios! Otro problema más. Tiempo tendrás de encontrar otra.

No le agradó que su padre se hubiera tomado aquello a la

chirigota. Lo había tratado como a un enano insignificante; pero él se lo perdía.

- ¡Hubieras sido el hombre más rico del valle!

- Entonces, Jaime, convéncela para que vuelva contigo. – Y se echó a reír. Hacía tiempo que no oía reír a papá -.

- ¿Y sabes que había dejado a su novio por mí?

- Eso tiene mucho mérito, Jaime. A mí también me ocurrió lo mismo con tu madre.

El semblante de Jaime cambió por completo. Se acordó de lo que le había contado el abuelo, pero no podría decírselo a papá hasta que no hiciera la mili. No obstante, le contestó:

- Pero yo nunca viviré alejado de ella.

- ¡Qué tonto eres, Jaime! La vida no es tan fácil como tú crees. Ella es la que marca las normas, y no tú.

¿Sabría papá todo lo de mamá con el señorito? "La vida es la que marca las normas". Él nunca aceptaría vivir separado de su novia. Y se volvió a apenar de él.

29

Arroyuelo. 29 de enero de 1937.

El abuelo de Carol había ordenado silencio absoluto en la cocina. Llevaba toda la tarde esperando el discurso que el General Mola iba a radiar por la noche. Y duró un mundo para él. Cuando se oyó el "Viva siempre España", el abuelo se hinchó de placer y comentó que hombres así eran los que necesitaba España, hombres que los tenían bien puestos como su hijo Ramón y *se habían rebelado contra el gobierno ilegal de los que organizaron la persecución y el crimen tras los incendios de iglesias y de conventos, hombres que estaban convencidos de que el movimiento nacionalista triunfaría porque contaban con el apoyo efectivo de la masa popular, desde las clases más humildes hasta las más encopetadas, desde el labriego al agricultor, desde el peón de albañil al*

arquitecto, desde el obrero sin trabajo al buen burgués, desde el monaguillo al purpurado, desde el soldado al general. Y si alguien lo dudaba, que se lo preguntasen a Málaga, le bella ciudad roja redimida…¡Ella hablaría! Estaba de acuerdo con el programa nacionalista de Mola, sustentado *en la moral cristiana y en la familia y que repudiaba los separatismos, porque la Segunda República española, surgida de una reunión clandestina, más que un parto fue un aborto engendrado con pecado de traición. Tenía que perecer y pereció. Y en el testero de su tumba, a pesar de ser laica, pondrían una cruz, símbolo de redención, y sobre la tierra removida un epitafio que dijera: "sangre, fango y lágrimas"; y luego, de la carroña purificada, brotarían flores rojas y flores gualdas, símbolo de la España tradicional, y de la España gloriosa…y surgiría un vigoroso árbol, derecho como un cedro, corpulento como una encina, fuerte como un roble: ¡La nueva España!*

Nadie de los presentes llevó la contraria al abuelo al repetir aquellas palabras del General Mola. A la abuela, ya muy desgastada por la vida y encorvada como una rama de manzano repleta de manzanas maduras, parecía como si lo que hablase su esposo le resbalase totalmente por la joroba. Destapaba el pote de cuando en cuando y lo removía con un cucharón de madera, procurando no meter mucho ruido. Atenea y Carol, sentadas alrededor de la mesa-camilla, clavaban tristes miradas en aquel hule multicolor repleto de provincias. Juan Pendón hacía guardia en el corral hasta que lo avisaran para la cena y Jaime y Pipi permanecían sentados junto a la lumbre, totalmente pegados a las alacenas para no entorpecer las labores de la abuela. Después de cenar, llegarían a la casa los contertulios habituales y, entre brisca y brisca, el abuelo le repetiría punto por punto lo que había hablado el General. No habían vuelto a tener noticias del señorito desde que aquel desconocido hubiera entregado el sobre al abuelo y Carol rehuía cualquier oportunidad que se les presentara para estar solos. Se había adosado a su madre como las garrapatas lo hacían en la piel de Chita. Sólo Pipi solía permanecer junto a Jaime, pero era tan soso e infantil que ni siquiera se percataba de que estaban en guerra. Don Manuel, aprovechando que la riada había vuelto a su cauce después de Reyes y con la disculpa de que Piedrahíta lo necesitaba después de tanto tiempo aislado espiritualmente, anunció que la escuela comenzaría en Febrero. "A ver si termina la guerra y mandan un maestro de una vez", - se había quejado -.

Después de cenar, algo inhabitual ocurrió en casa del abuelo, como ya lo llamaba Jaime desde que el suyo lo hubiera dejado. El señorito don Ramón se presentó de sopetón y sin previo aviso en la

cocina. La alegría se extendió entre los presentes, excepto en él, que se mantuvo cariacontecido y quieto en su banco. Deseaba pasar inadvertido, como un fantasma o una pulga escondida en el cabello con tal de no llamar la atención de aquel hombre al que tanto odiaba. ¡Cómo había enflaquecido! ¡Hasta parecía más alto! Su alargado y juvenil rostro de antaño había envejecido y su piel era surcada por decenas de arrugas, simuladas por dos largas patillas que finalizaban en triángulo a la altura de la boca y se enzarzaban en un largo bigote negro. Vestía un traje color marrón oscuro con varias insignias en la pechera y su rugosa cabellera era protegida del frío por una visera del mismo color que el traje. Ante la alegría mostrada por su familia, él se mantuvo apático, indiferente y frío como si sólo hiciese unas horas que no los veía. Atenea se levantó de la camilla y se abrazó a él, quien, sin muestra alguna de afecto, preguntó que cómo iba la vida. Jaime advirtió que del ancho cinturón negro colgaba una pieza de piel color marrón oscuro. Supuso que sería para llevar allí la pistola. Se desprendió de Atenea y se hizo un sitio en la mesa.

- Traigo un hambre de tres semanas. ¡Espero que en la despensa quede aún algo para matarla! ¡Jodida y cochina guerra!, -barruntó -.

La abuela se levantó de inmediato y abrió la alacena. Fisgó en la oscuridad, sacó algo en la mano y atizó el fuego con el fuelle. ¡Parecía enfadado don Ramón! Jaime se alegró que del negro delantal de la abuela, que protegía su vestido negro, aquel que servía tanto para retirar el pote del fuego como limpiar las lágrimas o los mocos del niño, secar el sudor, transportar los huevos del gallinero, los pollitos de la gallina que necesitaban de cuidados especiales, recoger las manzanas, peras, cerezos y otros frutos caídos antes de tiempo de los árboles, ser refugio de los niños tímidos ante la presencia de un extraño, envolver sus brazos cuando el frío arreciaba, hacer las funciones del fuelle cuando éste faltaba, cargar patatas desde el huerto o leña desde el tenado, espantar el polvo de los muebles cuando alguien se presentaba inesperadamente, colocar en la ventana la torta recién sacada del horno para que se enfriara, sacara un trozo grande de tocino blanco. Don Ramón apoyó la mano en el hombro de su padre y en tono amigable, le soltó:

- ¿Qué? Y esa bota de vino que guardas para los invitados, ¿cómo está?

Ante su indiferencia y pasividad, enfureció.

- ¿Qué pasa aquí? Más que una familia parece esto un funeral.

Jaime husmeó el rostro de Carol y de Atenea. Sus cabezas agachadas y sumisas connotaban un miedo atroz al recién llegado. Se parecían a la Chita asustada con el rabo entre las piernas. Por fin, Atenea habló:

- ¡Han ocurrido cosas horribles! ¡Estamos asustados, Ramón!

Don Ramón descabalgó el brazo del hombro de su progenitor y dio una palmada sobre el hule. La abuela miró de soslayo a su hijo, mientras le daba la vuelta al trozo de tocino, cuya humareda rellenó las pituitarias hambrientas de los presentes. Aunque lo hubiera parido, lo temía.

- ¡Dejémonos de lloriqueos, coño! Aquí no pasa nada. La situación está controlada y pronto ganaremos la guerra. Tú, mocoso - se le hizo un nudo en la garganta-. Aquella bestia humana (y no quería ofender a sus animalitos) se estaba dirigiendo a él, el bicho más insignificante de la tierra y no lo podía hacer de otra manera: "Tú, mocoso". Se levantó aguijoneado por una fuerza sobrenatural y se dio un cabezazo en la chimenea. Se arrascó la cabeza. El señorito arrancó a reír -. Veo que sigues siendo un palurdo aldeano. ¡Ve al corral y di a tu padre que se haga con una botella de vino! ¡Que la busque hasta debajo de las piedras, si es preciso! – Y mientras salía de la cocina le atizó una colleja – Espabila, coño, espabila, que no todo el campo es orégano.

A Jaime le dolió más la vejación ante Carol que la molleja en sí. ¡Cómo odiaba al señorito! Estuvo por pasar de largo ante papá y que se fuera a freír espárragos el maldito don Ramón, pero no podría pasar el filtro de su padre con cualquier mentirilla, de esas que no hay que contárselas a don Manuel, así que no tuvo más remedio que pasar el recado; pero se vengó de todos huyendo a su pajar y pasando allí la noche, desafiando las órdenes dadas por el abuelo.

Al día siguiente se corrió la voz como la pólvora y todo el pueblo le hacía la pelota y le preguntaba sobre la guerra. Todos aparentaban querer ser sus amigos, pero cuando se alejaban de él, comenzaban los cotilleos y las críticas soslayadas. Así lo hacía un grupo de mujeres ya entradas en años que, protegidas en la oscuridad de la noche y en la soledad reinante, comentaban que se oía que el señorito recorría los

pueblos buscando gente joven para la causa nacionalista y que al día siguiente aparecían ahorcados todos aquellos aldeanos que se negaban a seguirle y que sus haciendas eran arrasadas por desconocidos. Y también decían que tenía mucho poder el señorito, que ya debía de ser comandante o algo así y que habría que andarse con cuidado con él, pues ya sabían cómo se las gastaba. Y que aunque pareciera que había llegado a Arroyuelo solo, se oía que un grupo de malhechores lo protegía y que estaban escondidos no muy lejos del pueblo. Aquellos dimes y diretes llegaban a sus oídos en el silencio de la noche, escondido en el portal de Manolito, una casa a las afueras del pueblo, muy cercana a su corral y que desde que empezara la guerra había quedado abandonada. La pena era que no tendría nadie a quien contarle aquellos secretos, pues aunque su papá ya se había abierto mucho con él, era un gran defensor de don Ramón y no le creería, y al río aún no podía llegar por lo empantanado del terreno tras las crecidas.

Papá nunca le echó en cara que siguiera durmiendo en el pajar y él lo agradecía. Dos días después de la llegada del señorito al pueblo, a media tarde, ensimismado con el recuerdo de Venancio y del abuelo, mientras su padre limpiaba la cuadra y él contemplaba en el establo el ojo de Torpe, algo inhabitual advirtió en la perrita. Husmeaba el suelo de la cuadra y se colaba entre las patas de Torpe con total impunidad cuando de pronto sus orejas se habían puesto en posición de ataque y su mirada inquieta apuntaba hacia la puerta. Y no se equivocaba. Una sombra traspasó el umbral de la puerta de la cuadra. El frío se coló en ella y el silencio que reinaba en el corral fue alterado de improviso. Jaime no salía de su asombro. El señorito en persona osaba visitar aquel lugar lleno de boñigas, paja podrida, estiércol y malos olores. Tan sólo le dio tiempo a contemplar las botas negras que le llegaban casi a la rodilla, antes de oír aquello:

- Juan, ¡sal un momento! Tengo que hablarte.

No le agradó nada aquel tono tan misterioso. Evitó el encuentro como pudo. Asió la *purridera* y se colocó detrás de Torpe, haciendo como que le limpiaba la cama. El señorito no se hizo de rogar y en cuanto apareció papá, le ordenó:

- ¡Mañana vendrás conmigo! ¡España te necesita!

El rostro de papá emblanqueció. Se quedó mudo y no pudo soltar palabra alguna. Miró a Jaime, a Torpe, a la Rubia , a la Sevillana y a las otras dos vacas. Jaime sabía lo que pasaba por su

interior. Después de unos eternos minutos, papá contestó:

- ¿Y los animales?

El señorito enfureció.

- ¡A la mierda con los animales! Estamos en guerra y todo lo demás no cuenta. Ya falta poco para la victoria y tú ya no tendrás que volver al campo. ¡Te reservaré un buen puesto en mi oficina!

- Me gustaría despedirme de mi familia, señor, - le suplicó -.

- No hay tiempo para despedidas. Además, - e hizo una breve pausa -, tu familia ya lo sabe.

- ¿Cómo?, - se sorprendió.

- Mañana partiremos antes de que amanezca. Eso es todo.

Y se dio la vuelta. Después de dar dos pasos, se volvió.

- ¡Ah! Y recuerda que tienes un hijo luchando en el bando contrario.

Papá dio un puñetazo de rabia en la pared de adobe cuando comprobó que don Ramón se había quitado de su vista y se refugió en la cocina de leña. Se sentó junto al fogón apagado y agachó la cabeza, escondiéndola entre sus manos. Él lo había seguido y se sentó a su vera.

- ¡Papá, no puedes ir! ¡Es una trampa!

- ¿Qué dices tú, mocoso?

Le ofendió aquello de “mocoso”. Papá lo trataba ya como el señorito, pero se lo perdonó porque comprendía su enfado. Procuró no ser tan directo.

- Tú dijiste que nunca irías a la guerra.

- ¡Sí!

- Y que no eras ni de izquierdas ni de derechas.

- ¡Sí!

- Entonces, papá, ¿por qué vas a ir a la guerra?

- ¿Y quién te ha dicho a ti que lo haga?

- Si no vas con él, te matará.

- ¡Qué cosas tienes, niño!

- Eso dicen que está haciendo en todos los pueblos con los que no le siguen.

- ¿Dónde lo has oído?

- Se dice el pecado, papi, pero no el pecador.

- Entonces, tendré que ir, ¿no?

- No, papá, eso nunca. Escóndete. Huye. Vete a un pueblo muy lejano donde nadie te conozca. Yo cuidaré de los animalitos.

- "¡Escóndete! ¡Escóndete!" Ya pasé unos días escondido. ¿Para qué? Todavía estoy esperando que alguien me diga de quién o de qué me escondía, "Huye! ¡Huye! ¿A dónde voy a ir? Si ni en las casas de los ricos hay migas que comer. ¿De qué viviría? ¿Y tu madre y tus hermanas? Si es verdad que el señorito castiga a los que no le siguen, tendría muy fácil la venganza. ¡No hay elección, Jaime! Él es mi amo y él lo quiere así. Volverás a Piedrahíta y que el destino reparta cartas a cada uno. ¡Dile a mamá que la quiero! – Y se puso a llorar como un niño -.

¡Qué duro que era estar en guerra! Si papá desobedecía al señorito, lo ahorcarían. Si acudía a su llamada, tendría que luchar contra otros hombres que tampoco habrían querido ir a la guerra. Pero fuera como fuese, él nunca dejaría solos a sus animalitos. ¡Lo sentía por papá! Sabía que le ordenaba volver a Piedrahíta para protegerle, para no dejarlo solo, pero le desobedecería. Y en cuanto aquello de que quería a mamá, sonaba a despedida, y nunca se lo

diría. No quería ver a su mamá triste. Recordó aquellas palabras del abuelo Juan: "*Esta guerra, Jaime, es una guerra de pobres. Casi ningún soldado ha elegido su destino. Ha sido éste quien los ha colocado en un bando o en el otro. Es una guerra de hermanos contra hermanos*". Poco a poco iba descifrando las enigmáticas frases del abuelo. Hubiera deseado que nunca se cumplieran.

Cuando papá dejó de llorar, encendió el fuego. Se percató de que a aquella caja de cerillas le faltaban pocos fósforos. Tendría cerillas para varios meses, pues papá las volvió a esconder en la alacena y mañana partiría muy temprano. No creía él que fuese a llevarse la caja de fósforos consigo a la guerra. La llamarada de la leña húmeda tardó en iluminar la oscura cocina llena de humo. Papá habló muy serio.

- Hoy dormiré contigo. Mañana, al amanecer, ya me habré ido. Obedéceme y regresa con mamá. – E hizo una pausa-. ¿Tienes hambre?

No contestó. Sabía que nada había que llevarse a la boca y sobraban las palabras.

- ¡Qué preguntas hago, Jaime! ¡Espera un momento! – Y salió al corral. Al cabo de un rato regresó con la *purridera* cargada de estiércol. La posó sobre el pedestal, junto al fuego-. ¡Aún debe de haber un trozo del queso que el abuelo Juan *entoñó* hace tiempo! Espero que se pueda comer.

¡Cómo olía el condenado! Si el estiércol tiraba para atrás, el queso inundó la cocina de un olor apestoso, sólo semejante al que despedía un gato muerto y corrompido. Jaime cerró los ojos, soportó el tufo y devoró el trozo que papá le puso en la mano. Cuando la abrió, un gusano pequeño, semejante a una lombriz, se movía en su mano. Papá se dio cuenta de su azoramiento.

- ¡Tardarás mucho tiempo en comer un queso como éste!

Nunca había supuesto Jaime que papá tuviera un humor tan fino. Y eso que nunca había ido a la escuela. Después del comentario sobre el queso, papá gruñó en voz alta:

- ¿Qué coños habrá querido decir don Ramón con lo de Fernando? ¿Tanto poder va a tener?

Jaime sabía que era una amenaza, pero quiso quitarle hierro al asunto.

- Es un chulo y un presumido. No le hagas mucho caso.

Sabía del firme propósito de papá y quiso jugar la última bala que le quedaba en la recámara, aunque aún no hubiera ido a la mili y traicionara al abuelo. Tal vez surtiera efecto. Se armó de valor.

- El abuelo me contó que mamá y el señorito fueron novios de jóvenes.

La reacción de papá no se hizo esperar. Le soltó un sornabirón, lo agarró de la oreja y lo condujo al pajar. Y con la oreja enrojecida pasaría en vela toda la noche, la última noche que durmió con papá.

30

Juan Pendón tampoco pegó ojo aquella noche. Daban vueltas en su atolondrada cabeza los últimos acontecimientos y se arremolinaban, desordenados, alrededor de su único pensamiento: "tener que ir a la guerra". Las palabras de su amo hacían eco en su ahuecado cerebro y chocaban contra sus huesos, saliendo despedidas como pelota rebotada del frontón de piedra. "Mañana vendrás conmigo". "España te necesita". A él, Juan Pendón, que lo único que sabía hacer era arar, sembrar, abonar, segar a hoz y a guadaña, acarrear, trillar, emparvar, bieldar, uñir las vacas al yugo, limpiar las cuadras y pocas cosas más, ¿le necesitaba España? ¿Qué iba él a hacer por España que no fuera cualquier cosa relacionadas con las tareas del campo? Pero jamás había llevado la contraria a don Ramón y tampoco ahora podría hacerlo. "A la mierda con los animales". "Te reservaré un puesto en mi oficina". Lo de la oficina le sonaba a chiste. ¿Qué iba a hacer él en una oficina? Ni siquiera sabría barrerla ni fregarla. ¿Pensaba don Ramón dejar morir de hambre a los animales? "A la mierda con los animales". La frase daba vueltas en su cerebro mientras la imagen juvenil de la Rubia, de la Sevillana, de Torpe y de la pareja del señorito rondaba alrededor de la maldita frase. Jamás lo consentiría, aunque tuviera que desobedecer a su dueño. "No hay tiempo para despedidas". "Tu familia ya lo sabe". Miró a su derecha. Su hijo dormía. "El abuelo me contó que mamá y el señorito fueron

novios de jóvenes". Hasta sus hijos lo sabían ya, ¡qué vergüenza!; pero él la amaría hasta la muerte. Toda la comarca del Trasmonte sabía que era la moza más hermosa de la zona y cualquier mozo del valle hubiera desposado con ella. Y el gato al agua se lo había llevado Juan Pendón, hijo y nieto de Juan Pendón, una familia de honrados jornaleros de Piedrahíta. Y había ganado la batalla a un Carrasco, al único hijo varón de los Carrasco, que heredaría la mayor hacienda de Arroyuelo, por mucho que intentaran quitarle hierro al asunto diciendo que la familia Carrasco no aprobaba el noviazgo. Hasta Paco el Comunista, que en paz descanse, le había dicho en cierta ocasión que, por fin, un obrero le ganaba la batalla al patrón. Él no hacía mucho caso a aquellos dimes y diretes, ya que Paco era un poco politiquillo; pero no podía dejar de admitir que aquella expresión le produjo en su momento cierto cosquilleo de victoria. Intuía que cuando salía de misa los domingos y se arrimaba a un corro de vecinos, éstos callaban y le daban una palmadita en la espalda, cambiando de tema porque llegaba el cornudo del pueblo; pero no le importaba lo más mínimo. Era envidia de hembra buena lo que tenían. Y en aquellos momentos en que se sentía observado y aludido por aquellos silencios, parecía como si sus huesos se alargaran y su pequeño cuerpo creciera unos centímetros. Y sabía que en los corros de mujeres pasaba tres cuartos de lo mismo. Todo era envidia por envidia. Todas quisieran tener la blancura y belleza de rostro de su Petra, sus pechos erguidos y sus delgadas caderas labradas por el mejor artesano del mundo, a pesar de haber parido seis cachorros; todas envidiarían poder lucir aquellos entallados vestidos que traslucían sensualidad por todas partes; todas hubieran deseado en su juventud ser novias de don Ramón y yacer con él; pero sólo su Petra lo había conseguido. Y él se sentía alagado, encumbrado en lo más alto de las envidias de sus convecinos, porque lo otro no le preocupaba. Todo el valle sabía que la Manuela, la Visi y la Encarna desnudaban sus pecados ante don Manuel. Era de dominio público que Dolores la de Benjamín, Paca la de Pancracio y Sonsoles la de Macanás, las tres ricas del pueblo, repartían amablemente sus más íntimos goces de placer por las eras de Piedrahíta entre los jóvenes más apuestos del pueblo, unos casados y otros solteros, mientras sus maridos buscaban carne fresca en otros nidos. ¿Tenía algo él de qué avergonzarse? Su Petra siempre cumplía y las envidias y cotilleos le traían sin cuidado. "Mañana partiremos antes de que salga el alba". "Y recuerda que tienes un hijo luchando en el bando contrario". "En el bando contrario". Su Fernando hacía la mili cuando estalló la guerra. Entonces no existían bandos. ¿Por qué aquella amenaza de su amo? "Uno no elige su destino, sino que el destino lo elige a uno", recordó que le dijo su padre hacía mucho tiempo, cuando apenas tenía quince

años y se destino era servir en casa de don Ramón. Y no quiso oponerse al destino. Si su destino, ahora, era ir a la guerra a salvar a España, iría; pero lo haría en contra de su conciencia. Su vida estaba allí, entre Arroyuelo y Piedrahíta, entre las tierras y el camino, entre los animales y el pajar, al calor del sudor de las bestias. Su Petra lo necesitaba. Aún tendría que casar a su Juan, a su Fernando y a su Blanca. Y debería llevar flores todos los unos de Noviembre a su Venancio y a su padre. Y tendría que enseñar a Jaime los secretos del buen criado para que cuando él faltara, se ganara el pan en casa del hijo de don Ramón. Y su Atenea era aún una niña. No podría quedar huérfana a tan corta edad, sin apenas recordar el rostro de su padre. "Partiremos antes de que amanezca". Volvió a abrir los ojos. La oscuridad lo envolvió. Jaime dormía. "Antes de que amanezca". Sus piernas comenzaron a temblar en la oscuridad del pajar. Se levantó. Salió a la cocina y encendió el candil. Su claridad alargó la sombra de su figura y la distorsionó por los contornos de la camilla y la pared. Se volvió. Divisó un papel debajo de la camilla. Lo sacó, lo colocó encima, arrimó el candil y lo estiró. Un círculo partido en dos con letras dentro, algunas de ellas tachadas, le robó una sonrisa. No sabía lo que era, pero no pudo por menos que exclamar: "este chico es un demonio". Se olvidó del papel y enganchó el candil a la arandela que colgaba de las llares. Apoyó la cabeza en el umbral de la chimenea y dio dos fuertes cabezazos en ella que resonaron en toda la cocina. Sus últimos lamentos de rabia y desesperación huyeron por el hueco de la chimenea y se perdieron en la oscuridad del firmamento: "antes de que amanezca…antes de que amanezca". "Me quedaré. Mi amo lo entenderá, ¡coño!" Y volvió a golpearse la cabeza contra la pared hollinada de la chimenea.

31

Arroyuelo. 2 de Febrero de 1937.

Jaime sólo recordaba que en su duermevela papá le había dado un beso en la mejilla antes de marcharse. Se había quedado entredormido y, cuando despertó, los tenues rayos del sol se colaban por las rendijas de la puerta de la cuadra. Papá ya no estaba. Entró en la cocina y se extrañó al ver su papel secreto encima de la camilla. Se tranquilizó al pensar que papá no sabía leer y que nunca le regañaría

por aquello. Salió al centro del corral para lavarse la cara en aquel caldero que siempre estaba lleno de agua, como acostumbraba todos los días del año. Logró romper el carámbano que cubría su superficie. Sólo Chita bailaba de alegría a su alrededor. Ya no temía que Atenea saliera de su casa para ordenarle aquello de "a la puerta de la cocina", ni que el odiado don Ramón apareciera en el corral y lo llamara mocoso. Tampoco esperaba aquel día la compañía de su padre para atender el ganado, pues se había ido a la guerra, ni la visita de Carol para charlar o jugar a las tabas. Aquella mañana el corral le pareció un inmenso mundo solitario desprovisto de vida y el dueño de aquel mundo era él. Se lavó la cara y se peinó sus cabellos rizados con sus dedos mojados. "Dile a mamá que la quiero". Se lo diría, pero no sería ni hoy ni mañana, pues sus animalitos lo necesitaban allí. Se sentó en una piedra que ya había salido de la sombra y se calentó el trasero. Aquella piedra parecía teñida de un suave color malva muy frío, cadavérico y helado. Creyó oír una voz lejana dentro del silencio. Escuchó el sueño refugiado tras las paredes de adobe y los muros de tierra. Creyó ver a un hombre aparejar las bestias y uncirlas a un carro. Un pájaro madrugador hizo un hueco de trino en el viento calmado y frío. Asomó una golondrina temerosa al borde de la ventana del pajar. Desde alguna chimenea se esparció el olor a humo, y el mismo humo, en guedejas trasparentes y blancas, dibujó figuras en el aire, sosiego y penumbra a punto de desaparecer. Tenía hambre y frío. Tal vez también sueño. A sus pies brotaban unas yerbas con un fruto redondeado, un poco más grande que un grano de trigo. El abuelo le había dicho en cierta ocasión que se podía comer su fruto y que era el llamado "pan de los pobres". Peló uno de ellos y se lo llevó a la boca. No estaba malo del todo y se distrajo pelando un sinfín de ellos y llevándolos a la boca. Tan atareado andaba en la faena que no se percató de que Chita había acudido a las puertas corraleras y de que el sonido de unos zapatos negros de charol se le aproximaba.

- ¡Buenos días, Jaime! ¿Qué comes?

Quedó tan alelado por la sorprendente e inesperada aparición de Carol que enmudeció. Hacía más de un mes que no se cruzaban palabra alguna y él ya la había dado por perdida. En ese instante el sol rompió la quietud del momento, inundó de luz clara su cara y estampó su primer rayo en el corral. Había todavía una línea que separaba el resplandor de la sombra y de ésta emergió Carol.

- Mi abuelo me ha mandado a buscarte. Quería saber si ya te habías ido.

- Pues aún estoy aquí, - contestó de mala gana -.

Mientras Chita le relamía los zapatos, que brillaban a la luz del sol como recién limpiados con aceite de ricino, se sentó a su vera. Le puso la mano en la rodilla.

- ¿Estás enfadado conmigo?

Percibió el calor de su mano a través del viejo y frío pantalón de pana remendado. Su piel hervía por dentro y se le erizaron los cabellos. Su corazón palpitó nervioso como aquella noche que tuvo que saltar las paredes de tapia del corral del abuelo de Carol y esquivar la maldita guadaña que amenazaba con sesgar su cuello, pero esta vez no era por miedo, sino de placer. No se atrevía a mirarla a la cara. Le impulsaron unas inexpugnables ganas de arrancar a correr y esconderse en lo más recóndito del pajar, donde ni Chita lo encontraría. Ya no se dibujaban los límites que antes se cobijaron en la neblina de lo oscuro. Ahora todo era claridad y certeza. Se calmó.

- Estoy triste. Eso es todo.

Apreció cómo desaparecía el calor de su rodilla y se posaba alrededor de su cuello, mientras él seguía mirando al suelo, jugueteando con una paja seca a hacer dibujitos en el suelo.

- La tarde de Año Nuevo unos hombres nos hicieron cosas muy malas a mi madre y a mí. Quería que lo supieras.

Jaime levantó la mirada y se fijó en la de Carol. Seguía triste y taciturna como días atrás. Sus ojos se reflejaron en los suyos. Una cortina de niebla acuosa los deslavaba. Sus pupilas bailaban continuas danzas arrítmicas alrededor del iris. Semejaban olas de la charca de Arroyuelo traídas y llevadas a su antojo por el efecto de las tablas lanzadas a ella. Jaime bordeó aquel último secreto para no entristecerla aún más, pero no pudo esquivar el dolor que aquella espina le producía en su corazón.

- Mi papá no quería ir a la guerra y tu padre lo ha llevado. Tu padre es malo, Carol. ¡Lo ha dejado todo por la guerra! ¡Hasta os ha dejado a vosotras solas!

- Mi madre dice que cumple con su deber y que se vengará de aquellos desconocidos que nos hicieron

aquellas cosas. Mi abuelo dijo anoche que para alcanzar la paz hay que provocar la guerra. Yo no lo entiendo, pero eso dijo el abuelo.

Se hizo un silencio eterno, como cuando Dios creó el mundo y sus criaturas aún no gemían. Las nubes eclipsaron el firmamento y se levantó un viento muy caliente. Amenazaba tormenta en pleno mes de febrero. Carol apoyó la cabeza en el hombro de Jaime. Éste volvió a ruborizarse.

- ¡Me dan miedo todos los hombres, Jaime! ¡Sólo quiero estar contigo! ¿Aún quieres ser mi novio?

Jaime, sumiso, se dejaba querer. No apartó su cabeza.

- Por la tarde sacaré los animales a la vega. ¡Están muy flacos! ¿Me acompañarás?

- Tendré que pedir permiso.

Su rostro seguía acalorando el de Jaime. Carol se giró y buscó sus labios. Era la primera vez que lo besaba en ellos sin retirarlos al momento y él creyó ver la luna y las estrellas con aquel contacto eterno.

- Nos veremos en la vega, - le oyó decir a Carol mientras se levantaba -.

Divisó la figura de una mujercita de quince años alejarse, coqueta. Quizás fuese ya más guapa que su hermana Blanca y se vanaglorió de que aún quisiera ser la novia de un mocoso. Confiaba en que su padre jamás lo descubriera. Sería el fin de los dos. Y lo odió aún más. Fuera, los portones y los portales comenzarían a abrirse, la gente volvería a pisar sobre las huellas muertas de las calles, esos rastros oscuros y congelados de chancros y ruedas de carro que ya pertenecían al pasado y a verter sus orinales por los ventanales que renovaban el aire viciado de la noche. La vida seguiría, sin duda alguna, a pesar de la guerra.

Tres días después.

Aquel sábado pensaba visitar a su madre por primera vez desde la marcha de su padre a la guerra. Iría de madrugada y volvería al atardecer. En Arroyuelo la noticia fresca era que el pueblo había quedado vacío de hombres jóvenes, pues los que aún quedaban habían acompañado a don Ramón a luchar en la cruzada de la que tanto hablaba don Manuel. Después de dar de comer y de beber al ganado, salió a la calle, confiado en encontrar a Carol y despedirse de ella. Un grupo de mujeres desafiaba el frío reinante y cotilleaba en medio de la calle La iglesia. Pasó junto a ellas y observó que, ante su presencia, se callaron y lo miraron de una manera extraña, como apenadas. No les hizo caso. ¡Cosas de viejas!, pensó, y continuó calle arriba buscando la casa del abuelo de Carol. Ésta caminaba calle abajo, deprisa y decidida. Se encontraron frente al pajar de don Fernando (Q.E.P.D.). Venía triste Carol. Lo agarró del brazo y lo condujo al portal contiguo, casi arrastrándolo. El grupo de fisgonas que charlaba calle abajo desapareció de su vista. Tenía prisa en hablar.

- ¿Te has enterado de la noticia, Jaime?

Le agarró la otra mano y prosiguió.

- ¡Han encontrado en el monte cuatro cadáveres maniatados con alambres! El de Don Zacarías, el del padre de Pedro el rojo, el del padre de Toño el Zarabeto y… - Jaime sintió cómo sus manos apretaron las suyas con una fuerza especial y advirtió en sus ojos, repletos de lágrimas, un sufrimiento especial; pero jamás imaginó aquellas cuatro palabras que pronunció a continuación y que le quedarían grabadas para siempre - …y el tu padre.

Notó una pesadez de cabeza insoportable, como si algo muy duro le hubiera golpeado en ella y experimentó una rara sensación de mareo. Comenzó a ver las paredes del portal difusas y borrosas. Carol lo protegió en su regazo y lo sentó en el banco de ladrillo macizo del portal. Se asustó al advertir su semblante pálido y blanquecino. Tal vez hubiera sido demasiado brusca al comunicarle la noticia. Le acarició el frío rostro con la mano y le transmitió energía corporal con su cara. Jaime permaneció unos segundos como en sueños y cuando

despertó, tuvo la sensación de regresar de un largo viaje a través de las tinieblas. El calor de la cara de Carol sobre la suya lo transportó al presente. Ya no hubo más palabras. Carol se levantó y sin soltarle la mano lo condujo calle arriba. Y obnubilado penetró en el portalón. El viaje a Piadrahíta se había ido al carajo.

La noticia se extendió por la contorna como fuego arrasando los rastrojos en días de fuerte viento. Arroyuelo había logrado vaciar de mujeres, ancianos y niños los pueblos limítrofes y los había confinado en la pequeña plaza del pueblo, junto a la iglesia. Las campanas repicaban con un compás quedo y ensordecían el interior de la iglesia. Al tañido largo inicial seguían tres más después de una breve pausa y la cadencia monótona y eterna se repetía a la inversa. Su eco mortuorio se percibía débil y confuso entre las alamedas del río y moría, tal vez, en él. Llegó un momento en que parecía que doblaban solas, que las almas de Venancio y del abuelo Juan corrían por la vega junto a los aullidos de los lobos, los berridos de los jabalíes y los ladridos de Chita. Por fin cesó el repique. Se hizo el silencio. Blanca, su madre y la anciana abuela lloraban desconsoladas junto al féretro de su padre, que descansaba en una caja de tablas de madera blanca, junto a los otros tres cadáveres, en el pasillo de la pequeña iglesia de Arroyuelo. Sólo la pequeña Atenea alteraba el sepulcral silencio con sus infantiles jugueteos. Y allí estaban sus tres amigos Nacho, Pedro y Toño, junto a él, mudos como la muerte. La iglesia despedía un repugnante olor, mezcla de cuerpos corrompidos con fuertes colonias de mujer. Cuando don Manuel salió de la sacristía y le dio la espalda al público en actitud oratoria, el mutismo se hizo aún mayor. La absolución del sacerdote para con los muertos era el último consuelo de los compungidos familiares y a ella se agarraban con las pocas fuerzas que le quedaban. La misa y las lecturas, ambas en latín, se adosaban in misericorde en las frías losas de piedra de las paredes y suelo de la iglesia. Tan sólo el breve sermón penetró en el subconsciente de Jaime y le hizo dudar de si sería cierto aquello que le había contado su abuelo: “los curas nunca dicen mentiras”. “El destino había jugado una mala pasada a aquellos cuatro convecinos”, cuando él estaba seguro de que había sido don Ramón el asesino, o sus cómplices. “Dios tendrá en cuenta sus pecados. Confiemos en su misericordia divina y recemos por ellos”, cuando su papá no tenía pecado alguno, porque era más bueno que el pan. Y cuando don Manuel remató la misa con aquel “la paz esté con vosotros”, supo que el cura mentía, porque no podía haber paz en un pueblo en que unas familias odiaban a las otras sin saberse bien el porqué; aunque él se hubiera convencido de que la muerte de papá había ocurrido por negarse a ir a la guerra. Salió de la iglesia antes de que el cura

arrojara unas gotas de agua sobre las cajas. Quería llorar en solitario, sin que nadie lo viera. “Los hombres nunca lloran”, le había dicho el abuelo. Y él quería ser un hombre, aunque aún no hubiera hecho la mili. Cuando atravesó el umbral de la puerta de la iglesia algo le conmovió. Chita dormitaba, acurrucada, junto a los escalones de subida a la torre, con el rabo entre las piernas y con los ojos tristes y mohínos. Sus ojos despedían sordos aullidos de dolor. Levantó desganada la cabeza, lo miró suavemente y volvió a acurrucarse. ¡Ella también había ido a despedir a papá”. Y ya no pudo reprimir las lágrimas. Los animales también tenían corazón.

33

Arroyuelo. Julio de 1937.

El curso escolar había tocado a su fin. Atrás quedaban mesitas carcomidas, rotas y llenas de muescas de navajas que los chiquillos aplicaban a la vieja madera durante los interminables y alargados momentos de monotonía en que don Manuel los dejaba solos en la escuela; bancos cojos y llenos de polvo; tinteros mellados y manchas de humedad en el suelo y en los zócalos. Desde que don José María había desaparecido misteriosamente del pueblo, la figura abigarrada de don Manuel lo presidía todo. Todas las mañanas y las tardes, de lunes a viernes, cuando los rezos y acción de gracias finalizaban, el eco del Cara al Sol llenaba de notas musicales las vacías calles del pueblo y los últimos partes de guerra eran comentados, alabados o criticados por él, comenzaba la instrucción propiamente dicha. Había aprendido tantas cosas que se creía el ser más listo de la tierra. Sabía que la única religión verdadera era la cristiana, católica, apostólica y romana. Había aprendido de memoria los diez mandamientos, el Credo y el Dios Te Salve. El misterio de la Santísima Trinidad, que siempre había que escribir con mayúscula porque se trataba de algo divino, le parecía algo estúpido y por eso se olvidó de él. Respondía de carretilla cuando le preguntaban que quién era Dios, porque le habían repetido un millón de veces que Dios era un Señor (con mayúscula) infinitamente bueno, poderoso, sabio, justo, principio y fin de todas las cosas, que premia a los buenos y castiga a los malos. Sabía las tres virtudes teologales y las cuatro cardinales y procuraba no blasfemar porque era un pecado gravísimo ante Dios, ni faltar a la obligación de oír misa en días festivos, y se cuidaba de no hacer aquellas tareas prohibidas por Dios para poder santificar las fiestas: cavar, segar

hierba para las vacas y para Torpe y sacar a los animalitos al prado. Le gustaba escuchar las parábolas que Jesús lanzaba a las gentes y la historia de la Pasión y muerte, con aquellos hombres tan malos como Judas el traidor, Caifás el Sumo Sacerdote y Poncio Pilatos, aquel romano que se había lavado las manos ante la inocencia de Jesús. Asociaba las sílabas a aquel mo-li-no de viento que un loco con un orinal en la cabeza confundiera con gigantes, y la oración gramatical a aquella niña echándole trigo a sus cinco polluelos. Sabía que la era un artículo, *niña* un nombre, *tiene* un verbo, *cinco* un adjetivo y pollitos un nombre. Se sabía los géneros al dedillo. El masculino nombraba varones, animales machos y cosas que llevaban delante la palabra "el". El femenino era para las mujeres, los animales hembras y las cosas con la palabra "la" delante. El neutro llevaba siempre delante la palabra "lo". No confundía el mártir y la mártir, que eran del género común, con el mar y la mar, que eran del género ambiguo y sabía que ratón sólo podía llevar delante la palabra "el", así como perdiz, fuera macho o hembra, sólo podía llevar la palabra "la" delante, porque pertenecían al género epiceno. En lengua se había quedado en los pronombres personales, en donde "yo" se apuntaba con la mano hacia su nariz, "tú" estaba con las manos en los bolsillos frente a "yo" y "él" jugaba al balón allá lejos, junto a un árbol; aunque los balones nunca hubieran llegado a Arroyuelo. Sabía sumar, restar, multiplicar y dividir por una cifra y los números romanos los controlaba todos. Se acordaba perfectamente de aquel cuadro de la Enciclopedia en el que estaba escrito: "EN ESTA CASA NACIÓ VELÁZQUEZ. VI-VI-MDXCIX" y en donde a su izquierda se posaba un reloj de mesita con las doce horas en números romanos. Había aprendido los cuatro puntos cardinales: el Norte estaba arriba, el Sur abajo, el Este a la derecha y el Oeste a la izquierda. Siempre le habían quedado ganas de preguntar a don Manuel por qué si los de derechas y los de izquierdas se peleaban, cómo los del norte y los del sur no lo hacían; pero temiendo las secuelas que Catalina, la blanca vara de avellano que don Manuel había heredado de don José María, solía dejar en las yemas de los dedos, había desistido. Repetía, cantando como una cotorra aquello de "España limita al Norte con el mar Cantábrico y los montes Pirineos; al Este con el mar Mediterráneo; al Sur, con el mar Mediterráneo y el Océano Atlántico, y al Oeste, con Portugal y el océano Atlántico" y aunque aún no supiera dónde se encontraba Melilla, al menos sabía que si algún otro pueblo nadaba al otro lado de un gran charco, lo echaría de menos porque se sabía de memoria el nombre de las 50 provincias españolas. Lo que peor llevaba Jaime era lo de la historia de España y es que había tal montón de reyes, generales, literatos, soldados, papas y obispos desparramados por la vieja Enciclopedia que su cabeza se hacía un terrible lío. Lo más antiguo lo asociaba a la

Dama de Elche con aquellas dos enormes piedras al lado de cada oreja. A Aníbal le había pintado una pipa de fumar y para saber que era cartaginés, se imaginó que los romanos no fumaban. Viriato era un guerrero que peleó en solitario contra los romanos y que sólo la traición de Ditalco, Audax y Minura pudieron vencerle. El abuelo Juan ya le había hablado de él y le había dicho que cuando fuese un poco mayor, lo llevaría a la capital para que viese su estatua. De los romanos sabía que eran malos porque persiguieron a los cristianos. Había estudiado que al apóstol Santiago se le apareció la Virgen en un pilar del río Ebro y había escrito dictados sobre el obispo Osio y sobre la vida de San Pablo; distinguía a los bárbaros porque montaban veloces caballos y siempre llevaban un puñal en la mano derecha, y a los santos porque una aureola cubría su cabeza. El Cid Campeador había sido el modelo del caballero cristiano y venció a los moros en innumerables batallas y los principales reyes buenos que había tenido España se llamaban Fernando III el Santo, Alfonso X el Sabio y los Reyes Católicos. Pocos de Arroyuelo sabían que Colón había descubierto América y casi nadie conocía el nombre de sus tres carabelas: Santa María, la Pinta y la Niña. Si su hermano Venancio no se hubiese ido tan pronto (ya no quería pensar que lo había matado el señorito para no odiar tanto) le hubiera dado tiempo a aprender lo de Colón y se hubiese librado del castigo del maestro y de las risas de los chicos.

Todas estas cosas había aprendido Jaime en la Enciclopedia de Tercer grado heredada de los abuelos, garabateada por su hermano Juan,
repintada por Fernando y cuidada por Blanca. Sin darse cuenta, se había convertido en un alumno aplicado, tanto que un día don Manuel le soltó aquello de: “si sigues así, puedes llegar a ser un buen maestro”, aunque el cura no supiera que él sólo se aplicaba para evitar su Catalina. Y aunque no comprendiera la mayoría de las cosas que aprendía de memoria, las repetía como un loro para librarse de los castigos. Así fue como memorizó la letra del Cara al Sol (aunque ésta se la sabían todos los niños). En sus largos momentos de soledad le daba vueltas a sus palabras e intentaba comprender qué quería decir todo aquello. “Cara al sol con la camisa nueva” y se imaginaba a los soldados parapetados frente al sol y con una camisa nueva. Él nunca podría llegar a ser soldado, pues nunca había estrenado camisa alguna. “que tú bordaste en rojo ayer”, y se le aparecía una franja roja pintada en la camisa, tal vez tuviera algo que ver con el color de la sangre. “me hallará la muerte si me lleva y no te vuelvo a ver”. No sabía quién llevaría a quién, aunque aquello le sonaba a la guadaña nocturna que sesgaba cabezas por la noche. ¿Y a quién no volvería a

ver? Tal vez a papá, o a su novia, y entonces deseó Jaime con todas sus fuerzas llegar algún día a ser soldado para que Carol se acordara de él y lo echara en falta. “formaré junto a mis compañeros, que hacen guardia sobre los luceros”. Por más que le daba vueltas a estas frases no comprendía nada y mucho menos lo que venía a continuación: “impasible el ademán, y están – presentes en nuestro afán”. “Si te dicen que caí – me fui – al puesto que tengo allí”, y recordó a sus dos hermanos Juan y Fernando. Ninguno de los dos se fue. A los dos se los llevaron. A uno la mili y al otro, don Ramón. ¿Qué puesto tenían ellos allí? Él creía que ninguno. “Volverán banderas victoriosas – al paso alegre de la paz – y traerán prendidas cinco rosas, - las flechas de mi haz.” Flechas y paz, rosas y haz. A Jaime le parecía que aquellas palabras no cuadraban en la misma frase. Las flechas mataban y los haces que papá fabricaba eran tallos secos de trigo, de cebada o de centeno, nunca de rosas. “Volverá a reír la primavera”. Seguro que si él le hubiera dicho a don José María que la primavera reía, se hubiera llevado un buen varapalo. “que por cielo, tierra y mar se espera”. ¿Que el cielo, la tierra y el mar esperan ver reír a la primavera? Aquello ya era cosa de locos. “¡Arriba escuadras a vencer, - que en España empieza a amanecer!”. Y entonces Jaime sacó sus propias conclusiones. Si en España empezaba a amanecer era que en España nunca había amanecido, en consecuencia quien escribió esto no conocía la luz, ni la primavera, ni los rayos del sol, ni los luceros, ni habría visto el cielo, ni la tierra ni el mar; por tanto todo sería una mentira, una gran mentira que todos los niños de Arroyuelo tenían que saberse de memoria y todo lo que él había memorizado no serviría de nada porque el falso inventor del himno lo desconocía todo, porque…

La potente voz de don Manuel resonó desde el púlpito de la iglesia y arrebató los últimos pensamientos que fluían en su interior. Resumía a los escasos feligreses los últimos partes de guerra.

> - ¡Queridísimos hermanos! No os dejéis engañar por los cantos de sirena de los rojos que anuncian a diestro y siniestro que la guerra la tienen ganada. La realidad es otra muy distinta. Ya desde Salamanca, el ocho de febrero, nos anunció el Boletín Oficial de Información del Cuartel General del Generalísimo la caída de la ciudad roja de Málaga y la liberación de más de seiscientos presos encarcelados por los marxistas, supervivientes de las horrendas matanzas llevadas a cabo en esta ciudad mártir. En Pinos Puentes, Limones y Lopera el enemigo fue duramente castigado y en esta última población abandonó

más de cien muertos. Sólo los cobardes, hermanos, abandonan a sus muertos. Y desde Valencia nos radian los republicanos que en el sector de Guadalajara sus armas han triunfado absolutamente y que han tomado a las tropas italianas seis cañones, sesenta camiones y más de un centenar de prisioneros. Como consecuencia de este empuje republicano, el enemigo huye precipitadamente, según ellos. Todo falso, queridísimos feligreses. Como nos explicó el parte de guerra del diecinueve de marzo, radiado desde Salamanca, los rojos, para levantar el decaído espíritu de la población, y viéndose perdidos, acuden a toda clase de falsedades para engañar a los habitantes y milicianos de otros frentes. Son muchos los muertos y centenares los heridos que han sufrido sus filas, y extenso el territorio perdido. Nuestra insigne y admirada Legión Cóndor alemana ha arrasado la infiel y roja ciudad de Guernica. Sus defensores vascos, al verse perdidos, la incendiaron y destruyeron por completo, pereciendo ellos mismos en su infierno. ¡Oremos, hermanos, - terminó por rogar don Manuel a los presentes, - por todos los soldados que nos honran con su presencia en la Cruzada, para que Dios les dé fuerza y valor para soportar los combates de los enemigos y salgan victoriosos de las batallas! – Y todos los presentes contestaron: “amén”. Jaime lo agradeció porque aquella eterna misa parecía tocar a su fin y porque ya tenía ganas de salir a la calle a jugar con sus amigos a la calva, un juego de hombres que ellos habían comenzado a practicar últimamente.

34

De don Ramón nada se había vuelto a saber. Ni había escrito a su familia ni había mandado recado alguno. Idem de idem pasaba con sus dos hermanos. Era una pena que no supieran lo de su padre y él creía que tenían derecho a saberlo; pero su madre le había dicho que a la guerra no se podía escribir cartas. Carol y él estaban más unidos que nunca y todas las tardes desde San Isidro acompañaban a los animales por los prados de Arroyuelo. Al principio Jaime pensaba que lo hacía por pena después de lo de su padre, pero a medida que pasaban los meses se convenció de que lo quería de verdad. A veces, medio en bromas, medio en serio, se habían hecho ilusiones y habían planteado su futuro como marido y mujer. A Carol no le gustaba la

vida del campo, pero si a él le agradaba se quedaría en Arroyuelo. Y las veces que Jaime le había recordado lo del "otro novio", Carol le clavaba una mirada picarona y le soltaba: "que se vaya al carajo". Pero él sabía que aquello no sería así. Sabía que su padre volvería algún día de la guerra y la obligaría a casarse con el otro y que aquel mocoso se hundiría para siempre en la tristeza y en la miseria humana. De Pipi había noticias frescas. Unos frailes habían visitado la casa del abuelo y en septiembre se iría a estudiar a un seminario de curas. A él siempre le había parecido que tenía cara de fraile. A las mamás de Nacho, Toño el Zarabeto y Pedro el Rojo también les hubiera gustado que sus hijos fuesen a estudiar a los curas, pero como no tenían dónde caerse muertas se tenían que conformar con el analfabetismo reinante en el pueblo y ellos lo agradecían. A mamá la veía todos los domingos en Piedrahíta. ¡Qué triste había quedado mamá desde lo de papá! Blanca seguía recorriendo los pueblos con otras chicas de la Sección Femenina y venía muy poco por el pueblo y Atenea crecía de día en día y estaba muy despabilada. A él lo había acogido el abuelo de Carol como a un nieto más y en su casa comía y cenaba todos los días, aunque siguiera durmiendo en el pajar. Las vacas habían mejorado de aspecto desde que entrara la primavera y a Chita no le faltaba de nada, pues Jaime se encargaba de ello. Sólo Torpe parecía haber envejecido a marchas forzadas y sus ojos despedían cada día una tristeza y una desolación insoportables, como la mirada de doña Angustias, la viejecita del pueblo que había perdido a su marido y a sus tres hijos en el mismo año, según le había contado el abuelo Juan.

Aquel verano que ya mediaba parecía un verano sin verano, pues los campos permanecían en barbecho y las eras habían sido zampadas por multitud de altas hierbas secas. Echaba en falta las trillas, las interminables hileras de carros martilleando las piedras de los caminos y las cansinas yuntas de bueyes golpeando con sus herraduras los cantos de las roderas. Y anhelaba ver a los segadores regresar en grupos con sus hoces, manguitos y dediles debajo del brazo. Pero nada de esto quedaba ya en el pueblo. Todo se lo había llevado la maldita guerra. Parecía como si la poca gente que quedaba en el pueblo se hubiera acostumbrado a todo esto, a la miseria, al hambre y al dolor de los que se habían ido. Él nunca olvidaría a papá y deseaba que los años pasaran deprisa para poder hacer la mili y hacerse un hombre. Entonces papá, desde allá arriba, se enorgullecería de su hijo al contemplar que había seguido sus pasos y se había convertido en el mejor pelotari de la comarca, en el mejor yuntero del valle y en el hombre más amado por la Rubia y por la Sevillana. Y todo lo demás lo borraría de la memoria, incluido el señorito, pues no quería guardar

rencor a nadie. Sólo pedía vivir con Carol y que lo dejaran vivir en paz. Y a él le parecía que no pedía demasiado.

35

Septiembre de 1937. (II Año triunfal para el General Franco).

Ocurría siempre, así lo creía Jaime, que cuando el corazón humano estaba ya tan lastimado y lacerado por tanto sufrimiento, una noticia negra más era asimilada con naturalidad, como algo normal que tenía que suceder y por eso ocurrió. Eso es lo que le debió de acontecer a Petra cuando recibió aquella carta lacrada remitida desde el campo de batalla de Brunete. Ya daba por hecho que su hijo, o sus hijos, habían muerto. "Juan ha caído víctima de una granada asesina lanzada por la aviación de las Brigadas Internacionales. Peleó como un hombre y murió como un mártir. España nunca lo olvidará". Con estas escuetas palabras agradecía aquel General de División las obras de Juan Pendón a sus padres. Ni siquiera sabía aquel General que papá ya había muerto. Junto a la carta, enviaban también un libro titulado: "HACIA UNA NUEVA ESPAÑA", de un tal Francisco de Cossío. Se lo habían regalado a los soldados, según unas letras de su hermano. Lo hojeó con curiosidad y reparó en una página reinscrita a lápiz por Juan. Había subrayado lo siguiente: "La política del odio. Ellos como arma del engaño inculcaban en el pueblo el odio de clases. Y, así, crearon una casta de gentes alimentadas de las peores pasiones que, en los momentos de predominio, Largo Caballero (quien ya antes de comenzar la guerra había pronosticado que la solución para España era un baño de sangre) consejero de Estado -¡qué sarcasmo! – ministerio de Trabajo, ministerio de Instrucción, ministerio de Hacienda…Ayuntamientos, Diputaciones, todos los resortes eficientes del mando en manos de unos hombres que, como táctica, cultivaban el odio. Y tras del odio la silueta de Catón, con fraseología y timos de flamencos de tasca. "El Socialista", "Claridad", aquel "Avance" que alentó la revolución de Octubre, grandes vertederos de las ideas, de los agravios, de los resentimientos más groseros y torpes. Aquí, en Valladolid, tuvimos un buen ejemplo en el famoso "Adelante", libelo desgarrado contra personas, instituciones, creencias y magisterios, dirigido por un hombre que llegó… a ser alcalde… Hoy, cuando esta pobre masa cae en manos de las fuerzas nacionales, no tiene sino una disculpa: "A mí me engañaron". Y dice verdad". Siguió hojeando y sus ojos se pararon en el título."El derecho a la huida". Su hermano había

escrito en la página izquierda: “Silban las balas en la oscuridad de la noche. A menos de ochenta metros queda Brunete. Por fin ha cesado el ruido de la aviación. Todos los que estamos aquí, en la trinchera, huiríamos si pudiéramos; pero el miedo a morir puede más que el deseo de huida. Al amanecer toca atacar y el capitán ha dicho que será el ataque definitivo, por lo cual nos ha insuflado ánimo y valor. Morirán muchos valientes, pero sólo los valientes ganarán la guerra, nos dijo. Ha estallado una granada delante de la trinchera y nos ha llenado de polvo. Quieren asustarnos. Mañana no podré seguir leyendo el libro, pues toca ataque”. Ojeó el libro hasta el final. Ni una letra más de su hermano. Quizás lo último que leyera Juan fuese aquel capítulo titulado “El derecho a la huida”. Curiosamente, a los pocos días, mamá recibió otra carta firmada por un tal Líster. Anunciaba sucintamente que Fernando Pendón García había perecido en Brunete en la fortaleza de un cementerio. Esta vez no mandaban ningún libro. Mamá no había derramado ni una sola lágrima. ¿Estaría ya seco el manantial de sus ojos después de tanto sufrimiento? Cada vez quedaban menos vivos que pudieran llorar a sus muertos. Él quiso imitar a mamá y nunca perdió la compostura, aunque no pudo evitar aquella pregunta:

- “Murieron en Brunete” ¿Dónde está Brunete, mamá?

- ¿Qué importa eso, Jaime? Sólo importa que están muertos.

Y Jaime se arrepintió de aquella inoportuna consulta. Adivinó su angustia y amargura y se guardó todas las curiosidades para sí; aunque una gran duda le asaltó. Sólo el párroco del pueblo se la resolvería. Y por eso acudió a él aquel día de confesiones generales.

Don Manuel, cura y maestro de Arroyuelo desde la muerte de don José María, nunca le había caído simpático a Jaime. Aquellas gafas con cristales tan gordos escondían tras ellas unos ojos extremadamente móviles y vivarachos, tanto que se parecían a los de Chita. Unas cejas como las cerdas del cepillo con que papá alisaba el pelo a Torpe, a la Rubia y a la Sevillana, negras y en punta, los protegían de la caspa que caía sobre ellos constantemente. Don Manuel, a veces, era de un laconismo tan acentuado como las monosílabas respuestas de papá cuando no quería entrar en materia; en cambio, ese laconismo se transformaba en una locuacidad asombrosa cuando sermoneaba en la iglesia o aleccionaba sobre la guerra. A Jaime le hipnotizaba aquella verruga sobresaliendo de la

pálida tez: redonda, húmeda y brillante como una minúscula boñiga de la Rubia. No sólo era aquella verruga la que lo hechizaba. Las bocamangas enormemente abiertas de la negra sotana, con sólo mirarlas, le hacían titiritar de frío. Y no sabía por qué. Jamás se hubiera imaginado acudir a él para que le sacara de aquellas dudas que tanto le preocupaban; pero la situación lo requería. Se hizo el valiente y esperó a que no quedara ni un alma en la iglesia aquel día que tocaba confesiones obligadas. Se levantó del banco, decidido, y se dirigió a la sacristía. La mirada absoluta y firme de aquel padre le anestesió la lengua y notó una sed en su garganta que le hizo carraspear.

- ¿Qué te pasa a ti?, - le soltó, como si fuera un mosquito que atosigaba las orejas de la Rubia. Jaime se arrepintió de haber acudido a él.

- Que…que… quería…Pen…pen… pensaba…

De pronto, su mirada tornó en quietud y amistad. Se acercó a él y le tomó el brazo. Jaime experimentó el calor de su sangre a través de su piel. Le acuciaron unas invencibles ganas de llorar al sentirse protegido, envuelto en un desconocido hálito de afecto por un cura al que tanto odiaba y temía. Lloró por dentro. Al fin se serenó. La voz del cura a su lado le acariciaba interiormente.

- Dime, hijo. ¿Qué es lo que te ocurre?

No encontraba la palabra con la que empezar. Balbució torpemente algunas sílabas, hasta que se arrancó a hablar con una fluidez desmesurada, descongestionándose, como cuando a papá se le rompió el botijo, se hicieron tantas piteras que el agua se derramó de golpe, esparciéndose por el suelo.

- Estoy preocupado, padre, por mis hermanos Venancio, Juan y Fernando, por mi padre y por el abuelo Juan. Siempre he temido al infierno y quisiera saber si ellos estarán en el cielo. Y si yo puedo hacer algo por ellos. Y si…

- Me alegra oírte, chiquillo.

La verruga del padre se dilataba al hablarle. Jaime agradecía a Dios aquel fenómeno epidérmico, ya que mirándole a los ojos profundos y graves no hubiera acertado a expresarse. Aquella

minúscula boñiga de vaca le animó a seguir parlando como una cotorra.

- Yo los quería mucho, padre, y daría mi vida para que no terminasen en el infierno.

- Bueno, bueno, chiquillo. Vamos por partes. – Don Manuel se sentó en el escalón de entrada a la sacristía. Él lo imitó. La espada de San Martín cortando su capa desde el caballo apuntaba hacia ellos. Don Manuel *sobrizó* su mano en el hombro izquierdo de Jaime y hundió su arrogante mirada en la suya. Los gruesos cristales de sus gafas lo helaron. Cambió su lacónico hablar por la locuacidad de sus sermones; pero no se extendía demasiado. Fue el grano. - Venancio estará en el limbo de los justos. Sólo Dios sabe si habrá pasado ya al cielo. Tu hermano Juan disfrutará ya de la presencia de Dios por haber luchado a favor de la cruzada cristiana; pero lo de Fernando, tu padre y tu abuelo ya es harina de otro costal. Tanto tu padre como tu abuelo apenas visitaban la iglesia y eran un poco rojillos, aunque no parecían mala gente. A tu abuelo lo llevó Dios voluntariamente. Tendrá que purgar sus pecados. Tu padre apareció muerto misteriosamente en el monte y, según comentan, se negó a defender a España de los infieles comunistas que nos gobiernan. Pagó por ello ante los hombres y pagará por ello ante Dios. Fernando, al igual que tu padre, estará en compañía de Satanás. Ningún rojo republicano se salvará de las penas del infierno. ¿Lo has entendido?

Sonreía macabramente el Padre mientras mandaba a su padre y a su hermano Fernando al infierno y su verruga rojiza tomó una forma ovalada mientras escrutaba con sus ojos la mirada de Jaime como si quisiera adivinar qué pasaba por su alma. Jaime se amohinó y descansó su mirada cobarde en la fría piedra que taponaba una tumba.

- ¿Y qué puedo hacer yo para sacarlos del infierno, padre?

Don Manuel no dudó un instante.

- Rezar, hijo, rezar. Reza todos los días por ellos. Dios es compasivo y misericordioso.

Jaime quedó paralizado mirando la candelita lejana que ardía en el sagrario. Boquiabierto, vio levantarse al padre y alejarse por el oscuro pasillo central de la iglesia. La negra sotana se arrastraba por el suelo y daba al ambiente un aire de misterioso misticismo. No cerró la puerta. Después de un rato de ensoñamiento, se levantó y siguió su estela. Al abandonar la iglesia, tropezó con una vieja beata que permanecía arrodillada en la esquina trasera. La observó detenidamente. Tal vez tuviera que pasar el resto de su vida arrodillado como aquella vieja si quería sacar a su padre y a su hermano del infierno. Cuando había alcanzado ya la calle se compadeció de aquella mujer enlutada. ¿Sería el capaz de hacer lo mismo?

Se dirigió a casa del abuelo. Aquella noche, como todas las noches, después de rezar el Rosario y de llevarse a la boca lo poco que se encontrara por el pueblo, el abuelo escucharía los partes de guerra en la radio, la apagaría y sermonearía a toda la familia con sus metódicas explicaciones; pero el destino quiso que por una vez la abuela cobrara protagonismo en la mesa. Y es que había anunciado que aquella noche cenarían tortilla de patatas sin huevo y sin patatas. Ante las risas de su marido, de Pipi y de Atenea, tuvo que explicar a los comensales la receta que le había recomendado la Sagrario. Había guardado las cáscaras de naranja de los dos últimos días y de ellas había desprendido lascas de su capa blanca y esponjosa. Estas lascas serían las patatas. Con unas gotas de aceite, cuatro cucharadas de harina, diez de agua, una de bicarbonato, pimienta molida, sal y un colorante artificial que guardaba en la despensa fabricaría el huevo. Y la verdad es que nadie echó en falta ni los huevos ni las patatas, aunque si alguien lo hubiera hecho, lo mismo le hubiera dado, ya que otra cosa no había que llevarse a la boca. Mientras la abuela recogía la mesa, el abuelo Ramón sacó un papel del bolsillo. Jaime se temió otro largo discurso.

> - Don Manuel me lo ha prestado. Es el discurso del general Franco para conmemorar el primer aniversario del alzamiento y en él están las bases del movimiento salvador. “El 18 de Julio se inicia el II Año Triunfal”, -hizo una pausa y respiró con profundidad para la siguiente envestida -. Escuchad con atención. – Y volvió a tomar aire -. “ En julio de 1936 España caminaba hacia la trágica destrucción del más incalculable de sus tesoros, el de los valores espirituales de un pueblo. La negación del honor, los insultos a la Patria, la apología de todos los delitos, la desmembración de territorios, la quema de conventos y

templos, partidas rojas cobrando impuestos en carreteras y caminos, poderes extranjeros presidiendo nuestros destinos, explotación y ruina de nuestros obreros, estraperlo en Ayuntamientos y Diputaciones. Todo esto y mucho más nos ofrecía la revolución comunista. Y el pueblo no puede resignarse a sucumbir. ¡Hay que salvar a España!. Se decía:¡es preferible morir con honor que contemplar la destrucción de nuestra Patria!. Y así fue como se levantó el pueblo español. Después de aquel crimen de estado del 13 de Julio que conmovió a España, el Ejército, haciéndose intérprete de todos los españoles honrados, en cumplimiento de un sagrado deber para Dios y para España, decidió lanzarse a su salvación. Y mientras el Frente Popular abre las cárceles y entrega las armas a asesinos y ladrones e impulsa el crimen y el saqueo, afluyen a nuestro ejército los hombres patriotas. Boinas rojas en Navarra y camisas azules en Castilla salen a la luz y llenan calles y plazas. Y en tan solo un año glorioso, hemos reconquistado Andalucía, asaltado Badajoz, la imperial Toledo, hemos liberado Oviedo la mártir y conseguido la victoria en la invencible Mallorca. Etapas de gloria son ya la toma de Málaga y de Bilbao. Ya somos superiores por tierra, mar y aire. Y para que la cruzada nacional siga adelante y en solidaridad con los combatientes, se establece el día del Plato único. (Jaime se acordó del hueco depositado en su estómago después de lo de la tortilla sin patatas y sin huevo). Todos juntos – gracias amorosas a Alemania, Italia y Portugal – forjaremos la España única, grande y libre que llevamos en nuestros corazones, porque nuestros soldados luchan y mueren fraternalmente, sin distinción de clases. Muchachos de ilustre cuna se acuestan al lado del hijo de humildes labradores. Madres ejemplares. ¿No os sentís todas más estrechamente unidas al hermanaros en el dolor y en el orgullo de dar vuestros hijos para defender vuestra fe y vuestra Patria?. Españoles todos – Don Ramón se puso en pie y todos le siguieron -, elevad en este día vuestras oraciones por nuestra juventud y ofrendarlas por la grandeza de la Madre España". – El abuelo hizo un gesto a la abuela, quien comenzó una retahíla de plegarias a un sinfín de santos y santas del cielo. Jaime contestaba a cada una de ellas siempre con lo mismo: "ruega por nosotros", imitando a los mayores.

Cuando se tumbó en el pajar para pasar la noche, aquellas frases rumiadas por el abuelo con tanto énfasis se repetían machaconamente en su cerebro como los ecos de los ladridos de Chita cuando quería salir a la calle. “Movimiento salvador”, se decía; y pensó que a sus hermanos Juan y Fernando y a papá ya nadie los salvaría, ni siquiera Dios, porque don Manuel los había enviado directamente al infierno. Se acordó de aquellas palabras del abuelo Juan cuando le preguntó sobre la guerra: “todo es política, Jaime, todo es hambre de poder y de gloria, y siempre a costa de la gente humilde” e intentó compararlas con las del Generalísimo: “España caminaba hacia la trágica destrucción del más incalculable de sus tesoros: el de los valores espirituales de un pueblo. La negación del honor, los insultos a la Patria, la apología de todos los delitos, la desmembración de territorios, la quema de conventos y templos, partidas rojas cobrando impuestos en carreteras y caminos, poderes extranjeros presidiendo nuestros destinos, explotación y ruina de nuestros obreros, estraperlo en Ayuntamientos y Diputaciones. Todo esto y mucho más nos ofrecía la revolución comunista. Y el pueblo no puede resignarse a sucumbir. ¡Hay que salvar a España”. ¿Por qué habría comenzado la guerra?, se preguntaba Jaime. ¿Tan importantes eran los valores espirituales del pueblo, la negación del honor y los insultos a la Patria para que tuvieran que morir millones de hombres? Papá era un obrero antes de la guerra y Jaime siempre creyó que el señorito lo explotaba. Y el señorito no era de izquierdas. Y el señorito lo asesinó por no querer luchar ni a favor de los de derechas ni de los de izquierdas. Y aunque los rojos quemaran iglesias y conventos, no todos los de izquierdas iban a ser tan malos, bastaría con perseguirlos y darles su merecido, pero nunca lanzar una guerra. Y poco a poco se fue quedando dormido entre el calor de sus animales y la rabia hacia don Ramón.

36

Desde la muerte de papá Jaime acudía casi todos los días a Piedrahíta acompañado de Chita. No quería ver tan sola a mamá con Atenea y la abuela, pues Blanca seguía aún recorriendo los pueblos con la Sección Femenina. La niña era demasiada niña y la abuela ya chocheaba, por lo que él creía que mamá agradecería su presencia, al menos para hablar de la vida. Del río se había olvidado un poco, pues aquel fresno asesino le daba mucho miedo después de tantas muertes. Aquella tarde de septiembre Atenea dormía y mamá cosía unos calcetines rotos, previamente introducidos en una bombilla fundida, al abrigo del portal, sentada en la misma silla de madera en la que se

había sentado el abuelo la tarde antes de morir. Jaime se sentó en el suelo junto a ella con las piernas entrecruzadas.

- ¿Quién crees tú que mató a papá?, - le dijo secamente -.

Mamá lo miró de reojo y siguió cosiendo.

- ¡Qué pesado eres, Jaime! Sabes que no me gusta recordar esas cosas.

- Pues yo creo que fue el señorito, - apuntó Jaime como sin darle importancia -.

- Sé que no te cae muy simpático Ramón, pero debemos estarle muy agradecidos toda la familia. ¡Él nos ha mantenido! Respecto a lo otro, se oye que fue una pandilla de malhechores. No creo que Ramón interviniera en ello.

Jaime sabía que mamá lo defendería a capa y espada.

- La noche antes de morir, papá me dijo que te dijera que te quería. Siento no habértelo dicho antes.

- No te preocupes por eso, Jaime. Ya lo sabía. Yo también le quería y nunca lo olvidaré. ¡Era un santo!

No quería Jaime desaprovechar aquel momento tan dialogante de mamá y la asaltó con aquella duda que tanto le molestaba, no sin antes acorazarse, por si las moscas.

- El abuelo me contó un secreto y me aconsejó no hablar más de él hasta que hiciera la mili. Lo traicioné después de morir y se lo conté a papá, quien me castigó arrastrándome por la oreja. Soy el único varón que queda en la familia y quisiera preguntártelo a ti. ¿Me vas a castigar por ello?

- Dime, Jaime, ¿tan importante es para ti ese secreto?

- Si no lo fuera, no me jugaría el pellejo.

- Pues adelante. Soy toda orejas.

- El abuelo me dijo que tú y el señorito fuisteis novios de jóvenes. – Esperó a ver la reacción de mamá. Nada sorprendente apreció en su rostro -.

- ¿Ese era el secreto tan importante?

- También sé que Blanca y don Ramón tienen un secreto muy gordo. ¿Puedo saber de qué se trata?

Mamá dejó el calcetín y la aguja enhebrada en el hilo negro sobre su mandil. Fue entonces cuando Jaime adivinó en el semblante taciturno de mamá que algo la había herido muy dentro. Su cara juvenil de antaño había mutado a una piel rugosa y oscurecida por el negro pañuelo que cubría su cabello en señal de luto y por las oscuras ropas que llevaba desde la muerte de papá. Era como si hubiesen pasado veinte años por ella durante aquellos cuatro meses. La miró a los ojos fijamente. Seguían siendo negros y juveniles, aunque cargados de tristeza. No se amilanó mamá y se enfrentó a la pregunta con valentía y de cara, como cuando papá tenía que uncir la arisca pareja de vacas del señorito.

- ¡Cuántas cosas has aprendido en Arroyuelo, Jaime! ¿Puedo saber quién te ha contado eso? Nadie puede saberlo.

Jaime ya sabía que era verdad lo del secreto y que mamá lo acataba; pero ahora la pelota había pasado a su tejado y dudaba si esconderla bajo la disculpa de un secreto o sacarla a la luz con valentía. Optó por lo segundo, pues creyó que a mamá no le quedaría otra alternativa que contarle toda la verdad.

- Después del entierro de Venancio fui a despedirme de Atenea. Cuando escuché pasos en el pasillo me escondí debajo de tu cama. ¡Te lo oí contar a ti!

Mamá se puso en pie. El viejo calcetín negro cayó al suelo y Chita lo chupeteó. Su morena piel rugosa mutó a un color rojo vivo. Se imaginó el ardor de su cara. A él le pasó lo mismo cuando Carol le preguntó por primera vez si quería ser su novio. Volvió a sentarse.

- ¡Eres muy atrevido, Jaime! Esa osadía tuya te causará muchos problemas en la vida, como le ocurría al

abuelo. Llevas dentro la sangre de los Pendones y me alegro de ello. Tarde o temprano tendrías que enterarte y prefiero que lo escuches de boca de tu madre. – Hizo un paréntesis que a Jaime le pareció eterno. Recogió el calcetín del suelo y enhebró la aguja, cuyo hilo se había salido del hondón. Respiró hondo, como si quisiera aspirar todo el aire del portal y suspiró -. ¡Blanca y Atenea son hijas de Ramón! – Y siguió cosiendo como si nada, como si le hubiera dicho que tenía que ser buen chico y no pelearse con nadie o que obedeciera siempre a papá -.

La mente de Jaime se nubló. Don Ramón, el odiado señorito, era para mamá Ramón a secas. Y Blanca y Atenea eran hermanas de Carol, su novia. Luego su novia también sería hermana suya; por tanto, no podrían seguir siendo novios. ¿Y si él fuera también hijo de don Ramón? Imposible. Mamá le acababa de decir que llevaba dentro la sangre de los Pendones. Jaime odió por un momento a mamá, pero recordó las palabras del abuelo Juan y se apenó de ella. Si el señorito obligara a Carol a casarse con su novio, él la seguiría amando, y entonces haría el papel de don Ramón – se ruborizó-, y Carol pasaría a desempeñar el papel de mamá. ¡Qué difícil era aquello del amor! "Blanca hermana de Carol. Blanca hermana de Carol". La frase reverberaba en su cerebro con insistencia y pesadez. ¿Cómo reaccionaría Carol cuando se lo dijera? ¿No sería mejor ocultarlo, aunque para ello tuviera que traicionar aquella teoría del abuelo sobre los secretos y las curvas? Sería un cobarde si se lo ocultaba y él nunca iba a ser un cobarde, como nunca lo fue papá. La voz de mamá le taponó el pensamiento.

- ¡No quiero que se lo cuentes a nadie! ¡Son secretos de familia! Y espero que no me odies de por vida por lo que te he contado. Imaginaba que tu abuelo te habría puesto al corriente al respecto. Los Pendones siempre fueron así. Tal vez lo comprendas cuando seas mayor.

Mamá se levantó y depositó un beso en su mejilla. ¡Era la mejor madre del mundo y a él le daba mucha pena! Ella tampoco pudo elegir su destino ni vivir su propia vida. En eso Jaime jugaba con ventaja. Él hacía ahora lo que le venía en gana sin tener que dar explicaciones a nadie. Era libre como el viento. Antes de desaparecer de su vista, Jaime disparó otro dardo.

- ¿Y lo de la paga?

Ella contestó convencida.

- No lo hacía por comprarme. ¡Ya te he dicho que mantenía a la familia! Era parte del jornal que se ganaba tu padre. – Y cerró la puerta de la casa tras de sí -. Las heridas de Jaime habían cicatrizado para siempre sin tener que cauterizarlas con ningún líquido especial. La querría eternamente.

37

Octubre de 1937.

Al mutilado de guerra que había llegado a Arroyuelo como maestro enseguida le buscaron apodo: “El pata de palo”, pues una de las piernas la había perdido luchando en el bando nacionalista. Se oía que aunque no era maestro sabía leer y escribir como el que más y que con eso era suficiente para instruir a los niños de Arroyuelo y aliviar el duro trabajo de don Manuel. Se llamaba Servando, aunque a partir de ahora habría que añadirle el don. Tendría unos treinta y tantos años y era bajito, rechoncho y tan calvo como la bombilla de la cocina del abuelo de Carol. Hablaba por los codos don Servando, aunque él gustara decir que era de una locuacidad asombrosa. Se había instalado a las afueras del pueblo, en una vieja casa abandonada hacía poco tiempo. Aunque Jaime ya no tenía que ir a la escuela, pues ya había cumplido los catorce, hizo buenas migas con él y pasaban largas horas charlando sobre la guerra. Así fue como se enteró de que era militar de profesión, con grado de sargento, y que la guerra lo había sorprendido en el Cuartel Militar de Salamanca, donde meses más tarde Franco había instalado su cuartel general. Decía que no tenía vocación de militar y que prefería la tranquilidad de una pequeña aldea al aburrido trabajo de cualquier oficina del cuartel que le habían ofrecido cuando se quedó sin pierna. Estaba soltero y nada le ataba a nadie, por eso había aceptado el ofrecimiento de ejercer de maestro en Arroyuelo. Era ya una rutina que a partir de las cinco de la tarde, cuando la escuela tocaba a su fin, ambos se reunieran en el portal de su casa como si de dos viejos amigos de toda la vida se tratara. Esto ayudaba a Jaime a soportar la monotonía diaria después de haber estado todo el día en el campo con sus cuatro vacas, Chita y Carol, pues Torpe últimamente ya no podía ni moverse de la cuadra. Debía

de ser ya muy vieja y le costaba un mundo hasta levantar las cejas. Aunque don Servando no hubiese estudiado carrera alguna, había recorrido muchos pueblos y sabía cosas que no venían en la enciclopedia. Estaba seguro que sabría explicarle lo de Melilla.

- ¡Oh, Melilla, Melilla! ¿Qué español no va a saber dónde está Melilla? Allí fue donde se estableció la primera Junta Militar de Mandos y donde se declaró el estado de guerra.

- El señorito don Ramón dijo que Melilla se había caído de España y había ido nadando hasta el otro lado del mar. ¿A que es mentira eso? Mi hermano Juan hizo allí la mili, pero nunca se lo pude preguntar.

- Humor fino el de ese don Ramón. ¿Desde cuándo nadan los pueblos?

- Lo sabía, lo sabía, - saltó de alegría -. Sabía que era un mentiroso.

- ¿Quién es ese don Ramón?, - se interesó don Servando -.

- ¿No ha oído hablar de él? Es el hombre más poderoso de la comarca, el que más fanegas de tierra posee, el que recorre los pueblos en busca de soldados para los de derechas, el que mata a los que no le siguen y el que asesinó a mi padre, que era su obrero. Todo eso y mucho más es don Ramón.

- Pues habrá que andarse con cuidado con él, si es que es cierto todo lo que me cuentas. ¿Dónde vive?

¡Qué ligero había sido! ¿Qué iba a saber un soldado mutilado recién llegado a Arroyuelo de sus vecinos? Le contó su historia, salvo lo de mamá, Blanca y Atenea.

- ¡Ejemplo supremo del verdadero cacique, chiquillo! Si ganamos la guerra, Franco los ascenderá a todos. Ellos están siendo uno de los principales pilares de nuestras victorias. ¡Más vale estar de su parte, por si las moscas!

Jaime frunció el ceño. Ya empezaba a comprender las incongruencias de la guerra. Don Servando había luchado con los nacionales y, sin embargo, parecía temerles. Así se lo hizo saber.

- No pienses que sólo los de derechas matan a los de izquierdas y viceversa. Dentro de cada bando hay más asesinatos de lo que la gente se pueda imaginar. ¡En una guerra, cada uno se toma la justicia por su mano, aunque luchen en el mismo frente! ¿Ves esta puñetera pata de palo que arrastro?, - y se levantó el pantalón hasta la altura de la supuesta rodilla para que viese el artilugio de madera-, pues la perdí por culpa de un canalla camarada apodado El Campesino. Disparó desde la retaguardia. Él dijo que se le había escapado el tiro. ¡Vete tú a saber! No obstante, chiquillo, gracias a ese disparo, la guerra me devolvió a la vida.

- Y en la guerra, ¿tanto es el odio de los de un bando contra los del otro para que se pueda llegar a matar?

- No es odio lo que impulsa a disparar al soldado. Es el miedo a morir si no dispara antes que el adversario o el miedo a que lo maten sus superiores si no cumplen sus órdenes. Me has contado la historia de tus dos hermanos. ¿Crees que alguna vez se llegaron a odiar? Nunca, Jaime, nunca; pero estaban obligados a atacarse.

- Murieron los dos en Brunete, no sé si te lo dije. ¿Qué sabes tú de Brunete?

El maestro cambió de semblante como si su pregunta hubiera sido otra bala perdida que le hubiese malherido la pierna buena.

- ¡Oh, Brunete, Brunete! Una de las batallas más sangrientas y absurdas de la guerra. Para avanzar apenas dos kilómetros en el frente de Madrid, perecieron unos veinte mil soldados republicanos y alrededor de diecisiete mil franquistas. ¡Allí fue donde perdí la pierna! Al mando republicano estaba el general Miaja, con Líster, El Campesino (no el que me disparó a mí) y el General Walter como cabecillas, además de otras divisiones como las XIII y XV Brigadas Internacionales. Por parte de los sublevados participaron falangistas y marroquíes de la 71

división, la “Mano Negra”, la “división provisional” y la 150 división al mando de Buruaga. Yo fui mandado allí como observador y, ya ves, volví sin pierna. En los primeros días los frentes no disponían de trincheras continuas y el cruce de vecinos y soldados de un frente a otro era muy sencillo y muy frecuente, tanto es así que por las noches aparecían soldados republicanos preguntando a los nacionales por tal familiar o tal amigo, y a continuación regresaban a sus trincheras. Cuando el día veinticinco de Julio los nacionales tomaron el cementerio, donde residían los hombres de Líster, se produjo una verdadera carnicería humana. Y los pocos que lograron escapar por entre los olivares fueron presa fácil para las bombas de la Aviación Cóndor. ¡Gracias a Dios, aún puedo contarlo!

- ¿No conocerías a mi hermano Juan? Militaba en infantería, bajo el mando del General Mola.

- Imposible, Jaime, imposible. Mola murió el tres de junio. No llegó a conocer tal batalla. No obstante, acordarse de un vivo entre tantos miles de muertos resultaría casi una quimera. En una guerra cada cual busca su supervivencia. No hay tiempo para pararse a pensar quién puede ser el caído. Debajo de cada casco viaja un número con todas las papeletas para llegar a ser un muerto y cuando alguien se queda atrás es un número cualquiera el que se ha perdido. Es triste, pero así es, pues los muertos no se cuentan durante la batalla.

No le preocupó no haber comprendido lo de la quimera.

- Y Fernando murió en el cementerio. ¿Tú fuiste al cementerio?

- Yo ya estaba herido, pero no hubiera deseado estar allí. ¡Ni los lobos se libraron de las bombas!

Daba gusto escuchar a aquel soldado-maestro. Don Servando era un fumador empedernido como el abuelo Juan. Fumaba un tabaco picado en cuyo paquete se leía: “cuarterón” y era un placer verle liar aquellos cigarrillos. Lo suyo era un arte semejante al de Chita lamiéndose la barriga por culpa de las dichosas pulgas que sellaba con una rápida lamedura de derecha a izquierda.

- ¡Mi abuelo murió por culpa del chaguazo! No es bueno fumar.

Servando se echó a reír acaloradamente, tanto que le entró una tos asfixiante que no podía calmar. Temió que se muriera como el abuelo.

- Nunca fumé en mi juventud, hasta que llegó la puta guerra - ¡perdóname por la palabrota! – y nos enganchó a todos. En tiempos de tanta hambre, racionamiento, miseria y miedo, el tabaco lo curaba todo. Conocí a soldados moribundos solicitar una última calada para calmar los dolores, a milicianos jugándose la vida por la noche para conseguirlo en el frente contrario y a civiles que solicitaban voluntariamente incorporarse al frente sólo porque allí podrían conseguirlo. Y llegó el día en que para reconocer los domingos y festivos se cambiaba la cartilla de racionamiento para adquirir un "caldo de gallina", como se les llama a los *Ideales* extra y poder celebrarlo. Y llegó la escasez, pues la guerra terminó con todo, y se tomó como arma psicológica para acelerar la rendición de las poblaciones sitiadas. Se les ofrecía por radio café caliente y tabaco y se entregaban voluntariamente. Y he visto a reos torturados cruelmente para sacarle alguna noticia del enemigo que sobrellevaban el dolor místicamente y no cantaban; pero en cuanto le ofrecían un cigarrillo eran ya perritos mansos. Después de tantas calamidades pasadas, Jaime, este *cuarterón* es la única alegría que me queda en la vida.

Escuchaba al maestro anonadado y las horas pasaban más deprisa que nunca, tanto que ya empezaba a oscurecer y él casi no se había dado ni cuenta. Los ruidos de unos pisoteos semejantes a los producidos por los cascos de caballos se aproximaban calle abajo. Se asomó. Era Carol la que taconeaba y se acercaba a ellos. La saludó haciendo aspavientos con la mano para que lo viera. Se unió a ellos en el portal. Carol había oído hablar de aquel maestro, pero aún no lo conocía.

- ¡Es don Servando, el maestro del que te he hablado! – cambió la mirada para don Servando, quien en ese momento tiraba la colilla al suelo y la pisoteaba -. ¡Ella es Carol, mi amiga!

Don Servando le ofreció la mano mientras Carol agachaba la cabeza, avergonzada.

- ¡Encantado de conocerte, mujercita!

Carol se aturulló y no supo cómo reaccionar. Al final, cedió y extendió la mano. Don Servando hizo una leve genuflexión y simuló besarla.

- ¡Es un placer conocer a una doncella tan *fermosa*!, - y recalcó la última palabra sílaba a sílaba, quedando suspendido un buen rato sobre la primera.

Jaime la sacó de aquel aprieto con una frase de la cual más tarde se arrepentiría, pero que le había salido del alma:

- ¡No te hagas muchas ilusiones! ¡Es mi novia! – Y se estiró tanto que parecía haber crecido palma y media. Ni el gallo más altanero lo hubiera hecho mejor desde lo alto del muladar -.

- ¡Bueno, bueno, Jaime!, no te pongas celoso. Aunque sea tu novia, sigue siendo una chica muy guapa – cambió la mirada para ella y añadió -, le contaba a tu amigo cosas de la guerra. Este chiquillo lo quiere saber todo. ¿No te aburres en un pueblo como éste?

Carol seguía con la cara sonrojada. Don Servando llegó a pensar que tal vez fuese muda.

- ¡Es la hija de don Ramón!, - contestó Jaime-.

- ¡Ah!, muy bien. Jaime ya me ha hablado de tu padre. ¡Persona muy influyente en esta zona!

Carol se dirigió a Jaime y se olvidó del maestro.

- Mi abuelo me manda a buscarte! Quiere empezar ya el Rosario, pues el parte de guerra lo han adelantado y hay que cenar antes que otras noches.

Se despidió de don Servando y acompañó a Carol calle arriba,

mientras aquel forastero solterón se preguntaba qué coños pintaba en Arroyuelo una chica tan joven y hermosa. E instantáneamente le vino a la mente que si se cumplía el dicho popular de que de tal palo, tal astilla, su madre no le iría en zaga. ¡La guerra dejaba demasiadas mujeres hermosas solitarias y aburridas en cualquier rincón de España!, se jactó lascivamente y en silencio aquel maestro solitario que había vomitado la guerra hacia una aldea del interior de Castilla.

38

El otoño coleaba sus últimas jornadas anunciando un frío y helado invierno. Había llovido copiosamente durante los dos meses pasados y las hojas secas de los chopos y de los álamos cubrían las verdes hierbas que aún sobrevivían a la sombra de los plantíos. Torpe ya no quería salir al campo desde hacía dos meses y apenas se levantaba para revolver con el hocico la hierba que le depositaba en el pesebre. No comía casi nada. Las vacas, en cambio, salían todos los días a pacer y bebían agua en el río o en el charcón. A la Rubia le habían crecido tanto los cuernos que el derecho amenazaba con penetrarle el ojo. Él no podría lijárselo, no se atrevía. Si papá hubiera estado allí se los hubiera raspado en un periquete. La anónima pareja del señorito se había transformado en mansa y obediente. La más negra pasó a ser La Zamorana y a la otra la llamó Sanabresa, pues papá le había dicho en cierta ocasión que el tratante que se la vendió al señorito era de Sanabria, aunque no hubiera estudiado aún dónde se encontraba Sanabria.

Aquel día tan frío de primeros de diciembre regresó con el ganado a casa antes de tiempo, pues el cielo amenazaba chaparrón y el río venía ya tan crecido que amenazaba con salirse de madre. Aún no era mediodía y no vería a Carol hasta el atardecer. Desde que le había contado el secreto, soñaba despierto cosas estúpidas, incluso cuando conversaba con Carol. “Blanca y Atenea, sus hermanas, hijas de don Ramón. Carol, hermana de sus hermanas; luego él medio hermano de Carol y medio hijo del señorito, y medio nieto de don Ramón. Por tanto, deducía, su novia era medio hermana de él y cuando la besaba, pensaba que tocaba unos labios medio hijos de mamá”. Se sacudía el cerebro violentamente y volvía a la realidad. Y allí estaba Carol, ignorante de todo lo que revolucionaba su interior. Debería echarle valor y contárselo, arriesgando su noviazgo. Él, como papá y el abuelo, tenía que ser valiente y nunca esconderse. Y a Carol le estaba ocultando un secreto por temor a perderla, no por traicionar

a mamá. Todos estos pensamientos bullían en su cabeza mientras seguía el lento caminar de sus cuatro vacas. Cuando abrió la puerta corralera se extrañó de que Chita, que desde que Torpe se quedaba en la cuadra no quería salir al campo, no saliera a recibirlo a las puertas corraleras dando saltos de alegría. Echó de menos sus cariñosos ladridos y sus patas embarradas posándose en sus remendados pantalones y mordisqueando, a saltos, el rabo de la Rubia. Y pronto adivinaría el motivo. Estaba postrada y triste, con los ojos doloridos, junto a Torpe. Ni siquiera se levantó a recibirlo cuando cruzó el umbral de la cuadra. Entreabrió los ojos, le clavó una mirada lánguida y débil como la de un moribundo y los volvió a cerrar. Torpe había muerto. Tardó en reaccionar. Se había quedado pasmado ante la escena. Cuando se reanimó, se acercó y le acarició la frente. Sus ojos abiertos y cristalinos lo miraban fríamente. Un tenue halo de luz, luna asomada a una nube negra mostrando aquella claridad tan nítida en las oscuras noches de invierno, contorneaba su cristalino. Acercó su rostro al suyo. Su aliento se depositó en el ojo abierto y aquel halo de claridad se nubló y desapareció. Sin darse cuenta, al acariciarle la cerviz, le había tocado las cejas y los ojos se le habían cerrado. Estaba fría como el hielo e hinchada como la Rubia cuando había parido el último jato. Se arrodilló a su vera, la abrazó y lloró como cuando a su hermano Venancio se lo habían matado, sólo que por una vez no se acordó de don Ramón. Se había despreocupado de las vacas, pero sorprendentemente cada una había ocupado su lugar y lo miraban con ojos apenados, como si ellas también comprendieran lo de Torpe. Pensó que si a los hombres los enterraban en el cementerio, su Torpe también debería ser enterrada. No quería que sus carnes fueran rasgadas por los dientes de los hambrientos lobos ni que el pico de las águilas le arrancaran las entrañas. Pediría ayuda y cavaría una gran fosa. Recordó aquella vieja encina del monte debajo de la cual papá solía dormir la siesta cuando la trilla y a cuya sombra Torpe había dormitado infinidad de veces. Sí. Allí la enterraría. Tal vez don Servando le ayudara, aunque enseguida lo desechó. Tenía una pata de palo. ¿Y Carol? Nunca había dado un palo al agua. No sabría ni agarrar la pala. ¿Y su abuelo? Ya era demasiado viejo y lo mandaría a freír espárragos. ¿Y sus amigos? Se reirían de él. ¿Y don Manuel? Lo amenazaría con el infierno por querer dar sepultura a un animal. Lo haría él solo. Tenía toda la tarde por delante para cavar su tumba. Pero, ¿cómo sacar a Torpe de la cuadra? Pesaría muchísimo. Se acordó de la Rubia y de la Sevillana. Sí, ahí estaba la solución. Ellas le ayudarían.

Cuando regresó del monte con el pico a cuestas, los tenues rayos del sol se escondían ya tras los álamos del río. La azada y la pala las

había dejado junto a la fosa, pues las necesitaría más tarde. A pesar de lo apretado del terreno, la humedad le facilitó el trabajo y la fosa ya miraba a cielo abierto. Tendría que sepultarla aunque se hiciera de noche. Su cuerpo comenzaba ya a despedir un olor fétido insoportable y parecía que iba a reventar de un momento a otro. No quiso perder ni un minuto y comenzó a aplicar su plan. Ató las cuatro patas de Torpe con la maroma de acarrear de papá. Desató a la Rubia y le colocó la collera. Asió otra maroma y ató sus dos extremos a la collera. Sacó al animal hasta la entrada del pasillo de la cuadra y ató la cuerda que discurría a ambos lados de los lomos de la Rubia a modo de ramales a la que asía las patas de Torpe. Chita permanecía estática tras los lomos de Torpe. Se puso a la vera de la Rubia y le atizó una leve palmada en la barriga: "ía, ía…", imitó a papá. Y la Rubia tiró suavemente de Torpe y la arrastró sin dificultad hasta el centro del corral. Aunque la paja podrida de la cuadra protegiera el cuerpo de Torpe, si la arrastraba así hasta el monte se dañaría la piel y se le saldrían las entrañas. Se le ocurrió otra idea. ¡El trillo! Alborotaría a todo el pueblo, pero no le importaba, con tal de que Torpe no sufriera. Arrastró como pudo el más pequeño de todos y lo colocó delante de Torpe con las piedras mirando al suelo. Agarró la maza y clavó dos formones delante del trillo para que cuando la Rubia tirase, el cuerpo de Torpe no lo arrastrase, hiciera tope y se subiera en él. Chita seguía todos los movimientos al lado de Torpe. No se separaba de ella. No quería que viera el enterramiento y la encerró en la cuadra para no hacerla sufrir. Más que ladrar, lanzaba unos gemidos insoportables, parecidos a los prolongados aullidos de los lobos en la inmensidad de la noche cuando se lanzaban señales para juntar la manada; pero se hizo el duro y continuó con su tarea, ajeno a sus lloros. Todo le estaba resultado más fácil de lo que había pensado. Al pasar por las calles, los vecinos salían asustados pensando que algún tanque de guerra atacaba el pueblo. El roce de las puntiagudas piedras del trillo contra las piedras de la calle producía unos chasquidos secos y agudos que penetraban en los oídos como flechas envenenadas. Don Ramón le abroncó desde la entrada de la puerta y una vieja se quejó de que podía haber tirado por otra calle. Nadie en el pueblo se apenó de Torpe; pero tampoco le importó. A medida que subían la cuesta del monte los chasquidos eran ya tenues y la tabla resbalaba acariciando las piedras. Oscurecía ya del todo en lo alto del monte cuando la Rubia oyó aquel: "¡ jóooo…! junto a la vieja encina y se paraba obedeciendo la orden de su amo.

El eco de la tierra húmeda al caer sobre su cuerpo hinchado y el olor fétido de su carne descompuesta le incitaron el llanto y por momentos tuvo la impresión de que también él iba a morir allí mismo.

Pero él no podía morir tan pronto. Sólo la guerra mataba y él aún no la había visto por ninguna parte. Unos pasos traspasaron la oscuridad de la noche y su resonancia se acercaba a la vieja encina. Se asustó, dejó a un lado la pala y *sobrizó* el brazo en el lomo de la Rubia para protegerse del miedo. El calor de su cuerpo lo tranquilizó. El ruido de los pasos se acercaba y divisó la tenue luz de una linterna caracoleando por el suelo. Nadie sabía que él estaba allí y no hacía una noche como para salir a cazar conejos al monte. ¿Quién sería? Volvió a tener miedo, miedo a morir. Por un momento envidió a Torpe, a papá, a Venancio, al abuelo Juan y a sus dos hermanos. Sólo los muertos no temían a la muerte. La luz caminaba hacia él y se acercaba cada vez más. Se protegió tras el cuerpo de la Rubia. Sólo sus piernas corrían peligro. Un halo de luz enfocó al animal y él comenzó a temblar como una vara verde. Otra vez miedo a la muerte. Muy cerca de allí habían encontrado el cadáver de papá. Se arrepintió de haber acudido allí y de haber dejado la pala junto a la tumba de Torpe. Pensó en echar a correr a través del monte, pero desistió. La noche era muy cerrada y le darían alcance enseguida. De golpe, la linterna dejó de enfocarlos y oyó una voz familiar que le devolvió a la vida.

- Siento lo de Torpe, - le sorprendió Carol -

- ¡Vaya susto que me has dado! ¿Qué haces tú, aquí, y a estas horas?

- El abuelo contó en casa lo del trillo. No podía dejarte solo.

- ¿Y cómo me has encontrado?, - se sorprendió Jaime -.

- ¡Hasta un ciego podría hallarte por el rastro que ha dejado en el camino tu trillo! ¿Te falta mucho aún?

Jaime se acercó a la fosa y cogió el mango de la pala mientras Carol le alumbraba con la linterna. Apenas veinte centímetros más de tierra y Torpe quedaría a salvo de lobos y águilas. Soplaba un viento norteño frío y helado, pero sudaba por los cuatro costados. Cuando terminó de echar la tierra, la pisó con todas sus fuerzas.

- Espero que los lobos no la desentierren. Si quieres, puedes pisar conmigo.

Carol le siguió el juego. Mientras los dos apretaban la húmeda tierra de la fosa, Carol le tomó la mano.

- ¿No te da miedo estar de noche solo en el monte?

- No lo había pensado, Carol. Sólo cuando oí tus pasos lo sentí. Tenía que enterrarla fuera la hora que fuera. Olía ya muy mal. ¿Y tú? ¿Cómo te atreves a salir sola de casa?

- Una fuerza superior me obligaba. No le digas a mi madre que he estado aquí. Salí con la disculpa de llevar un trozo de pan a Chita, aunque fuera la primera vez que lo hacía.

- ¡Ya está!, - exclamó de repente Jaime -. Mañana vendré a verte, Torpe. ¡Buenas noches!

Carol quedó un poco descolocada, pero entendió por qué Jaime no temía la soledad en la oscuridad del monte.

- ¡Perdóname, Carol, pero es la primera vez que entierro a alguien y estoy muy emocionado! – Miró al cielo y se quedó un buen rato oteando el firmamento. Todo era oscuridad y tristeza allá arriba-. ¡Él también habrá muerto! – dijo desolado -.

No sabía de quién hablaba, pues la oscuridad tapaba la mirada de Jaime.

- ¿Quién es él, Jaime?

- ¡El ojo de Torpe, Carol, el ojo de Torpe!

Apuntó con la linterna hacia un lugar imaginario del cielo. El halo de luz se difuminó y se perdió en la inmensidad de la noche.

- Está allí, Jaime. ¿No lo ves?

Y mordió el anzuelo como antaño. Sintió los húmedos labios de ella posarse en los suyos, sólo que ahora tenían un sabor especial, algo que él no sabía describir con palabras y que lo transportó a un mundo futuro de ilusión y de esperanza. Se abrazaron y apretaron sus cuerpos el uno contra el otro. ¡Qué momentos de placer fueron aquéllos! Se

olvidó por un momento de que acababa de enterrar a su burrita, del miedo a la muerte y a las guadañas nocturnas y se alegró de haber sido de nuevo engañado por su novia. El contacto de aquella piel tan fina y acalorada de su amada con la suya le hizo feliz. Sólo la inmóvil Rubia fue testigo del momento, pues el ojo de Torpe se había borrado del firmamento para siempre.

39

Torpe había dejado un vacío en la cuadra que sólo Chispa ocupaba, pues desde que se la llevó Jaime, la perrita ya no dormía debajo del portal, sino en el sitio de ella. A los dos días de su muerte, se encontró con la desagradable sorpresa de su desaparición. La llamó por su nombre, silbó repetidas veces y el silencio del corral le contestaba. Se temió lo peor y la buscó por todas las cuadras abandonadas. Miró debajo de la máquina de limpiar, descolocó todos los viejos sacos vacíos de pienso tirados por el suelo del portal (en cualquier lugar podía estar escondida o muerta), pero no halló ni rastro de ella. Dio de beber a las vacas y las sacó al campo como de costumbre. Por el camino se le ocurrió que tal vez Chispa buscara el cuerpo de Torpe. El abuelo Juan le había contado que el olfato de los perros estaba infinitamente más desarrollado que el de las personas y que podían detectar el rastro de cualquier olor aunque éste se alejara varios kilómetros a la redonda. Siempre seguían su pista y sólo la perdían cuando un río se cruzaba en su camino. Dejó las vacas en el plantío que bordeaba la curva del río y se dirigió al monte. Iría a peto a buscarla. El día anterior había llovido copiosamente y tal vez Chispa hubiera perdido la pista, aunque confiaba en su tremendo olfato. Las huellas que el trillo había dejado en el camino habían sido borradas por la lluvia. Nada más subir la cuesta casi le da un vuelco el corazón, pues observó desde el camino que Chita dormitaba encima de la tumba de Torpe. Al verlo acercarse, se levantó, cansina y triste, olisqueó los bajos de su pantalón y volvió a tumbarse. Le recriminó su actitud, la riñó como a un niño pequeño y la amenazó con volverla a atar en la cuadra. Ella parecía comprender el mensaje, pues escondía la cabeza entre sus patas como avergonzada, como si pidiera perdón por algo; pero no se movía. Se acercó a ella y le acarició la cabeza.

- No puedes quedarte aquí, cariño. Tienes que venir conmigo.

Seguía sin moverse. Tan solo abría lentamente los ojos cuando le hablaba, lo miraba con pena y volvía a cerrarlos. La intentó coger en brazos, pero pesaba demasiado. Tendría que volver al pueblo y hacerse con una cuerda. Y así fue como, a rastras, Chita regresó a la cuadra, dejando el rastro de sus patas en el camino. La ató al pesebre de Torpe. Permanecería allí castigada hasta que aquello se le olvidara. Se sintió un poco culpable de su tristeza. Tal vez debió de permitirle acudir al entierro de Torpe. Se acordó del de Venancio. A él también le prohibieron acudir a su entierro y se había escapado de casa desobedeciendo las órdenes. Al fin y al cabo, ambos habían cometido el mismo delito, pero no la soltaría hasta que se le pasara. ¿Cuánto podría tardar un perro en olvidar a un ser querido?, - se preguntó-. Nunca se le ocurrió preguntárselo al abuelo; pero se convenció de pleno de que los animales también tenían corazón. ¡Qué sabio era el abuelo Juan!

40

Don Ramón, el abuelo, seguía viviendo por y para la guerra. Todo el día andaba pendiente de las noticias de la radio y para él eran sagrados los partes de guerra en ella anunciados. No se perdía ni uno. Siempre procuraba que a la hora del parte de guerra el Rosario y la cena ya hubieran finalizado para que así su posterior tertulia no fuese alterada por ningún otro quehacer. Y se vanagloriaba todas las noches de su hijo Ramón, ejemplo de patriota para el resto de los españoles, recordando que lo había dejado todo por ayudar a España a salir del atolladero en que la habían metido los rojos. Tras horas de larga espera, aquella noche no se produjo el esperado parte nacional; pero el abuelo se sació recordando el parte republicano del día 19 de Septiembre, pues en su cabeza quedaban marcadas todas las fechas como en las lápidas de las tumbas. La cara del abuelo era un poema de rabia y furor mientras recordaba aquellas, para él, viles mentiras. ¿Cómo pueden intentar engañar a la población, – les decía - , argumentando que la operación voluntaria de retirada en la batalla del Ebro ha sido un éxito sin que un solo soldado haya quedado en poder del enemigo, cuando la realidad es que los soldados del general Yagüe han conquistado Flix y Ribagorda, últimos bastiones estratégicos del frente popular? ¿Cómo se atreven a afirmar que no ha habido ninguna baja humana cuando han muerto más de cien mil soldados y la guerra ya está decantada del lado de Franco? Y el abuelo se marcaba pausas, buscando el asentimiento mudo de los presentes,

para, a continuación, continuar dialogando consigo mismo. Cuando entendió que podía abandonar la cocina, dio educadamente las buenas noches y salió con las manos en los bolsillos al portalón. Carol lo acompañó. Su madre ya no ponía impedimento alguno a que estuvieran juntos desde la muerte del criado de su marido. Una vez en el corral, se paró en seco, tomó la mano de Carol (las palabras de mamá "¡No quiero que se lo cuentes a nadie! ¡Son secretos de familia!" producían en él una lucha interior entre corazón y cerebro, sentimiento y razón; pero Carol era aún su novia y no quería guardarse el secreto por más tiempo) y le susurró al oído:

- Tengo que decirte una cosa muy importante. ¡Vamos al portalón!

La oscuridad de la noche estrellada los guió a ciegas hasta él. La luna, escondida detrás del pajar del abuelo, no sería testigo de la traición a su madre. Lo agradeció.

- Blanca y tú sois hermanas. –apretó su mano contra la de Carol deseando que el calor de sus venas le indicaran su reacción. Ésta no se hizo esperar. Le soltó la mano de golpe, dio un paso hacia atrás y se encabritó con él.

- Desde que has conocido a ese maestro tienes sueños estúpidos. Deberías de alejarte de él. Te está volviendo loco con sus historias.

- No estoy loco, Carol, ni Servando tiene nada que ver en esto. Es más, nada de ello sabe. Tú eres la primera en saberlo. Tu padre y mi madre fueron novios de jóvenes, pero tu abuelo no dejó que se casaran. Se han seguido amando en secreto. El abuelo Juan me lo contó horas antes de morir y mi madre me lo confirmó el otro día. Atenea también es hermana tuya.

No debieron de gustarle mucho a Carol los secretos de Jaime, pues advirtió que se había sentado en el banco anclado en el otro extremo del portalón. Estaría triste, sin duda, o tal vez cabreada, o quizás meditando sobre su relación, sobre la imposibilidad de seguir siendo ni siquiera amigos.

- Mi madre me prohibió contárselo a nadie, pero tú eres mi novia y no podía callártelo. ¿Estás enfadada

conmigo?

De la negra oscuridad del portal no escapó ningún susurro. Tan sólo se escuchaban los leves tintineos de los badajos que colgaban de la pared y el frío rumor del viento que se colaba por entre las rendijas de la puerta de madera. Desafió la oscuridad y se aproximó a Carol. Se sentó junto a ella e intentó escudriñar su estado de ánimo. La noche se interponía entre ellos.

- ¡Déjame en paz! ¡Eres un mentiroso! ¡Sólo lo haces por fastidiarme, porque odias a mi padre y quieres vengarte!

Esperaba que tras su cabreo Carol arrancara a correr y lo dejara allí solo; pero no se movió. Comenzó a llorar desesperadamente. Él le acarició la mano.

- Yo tampoco quiero que seáis hermanas, pero la culpa no es ni tuya ni mía. Yo te seguiré amando igual que antes. – Le limpió una lágrima que surcaba su achatada nariz-. Sabes que cada día te quiero más, Carol. – Y aproximó su cara a la suya, sudorosa ya de lágrimas-. ¿Me das un beso?

Buscaba la reconciliación, mas ella permanecía muda, fría y distante. Al cabo de un rato, reaccionó. Separó su cara de la de Jaime y se levantó.

- ¡Déjame! Necesito pensarlo.

Y enfiló la penumbra hacia la cocina, dejando tras de sí la invisible estela de una duda que atosigaría la conciencia de Jaime durante varios días. En el silencio oscuro de la noche se arrepintió de haber sido tan osado, de no haber meditado las palabras del abuelo Juan: “el hombre es esclavo de sus palabras” y de llevar dentro la sangre de los Pendones.

41

Cuando sorprendió a don Servando charlando con don Ramón en su corral supo enseguida que harían buenas migas. ¡Era lo que le faltaba al abuelo, un excombatiente parlanchín! Al menos saciaría su curiosidad y llegaría a la noche cansado, con lo que se librarían de sus

largas matracas nocturnas. Su presencia no pasó desapercibida para el maestro y no le agradó mucho su descaro.

- ¡Hombre!, llega el hombrecito de las preguntas.

Don Ramón no reparó en la apreciación, olvidándose de él como si de una rata se tratara y siguió de lleno con la charla. Atenea se afanaba en enjabonar una sábana en la pila del corral, ajena a la conversación de aquellos dos adultos, encorvada y jadeando anhelosamente. El movimiento de sus caderas delataba el esfuerzo que desarrollaban sus brazos. Se sentó en el banco y no le quitó ojo a don Servando. Más que escuchar al abuelo, observaba pícaramente a Atenea con lascivia. Sólo un hombre como don Ramón podría no darse cuenta de ello. Cuando ella pasó junto a los dos conferenciantes a tender las sábanas al sol, Servando se volvió e hizo una genuflexión. Don Ramón cortó el hilo de su discurso.

- Es mi nuera. – y dirigiéndose a ella, le presentó al maestro -. Don Servando viene de la guerra. Se va a quedar en el pueblo de maestro.

Atenea correspondió educadamente al saludo y prosiguió con su tarea. Sólo un necio de Arroyuelo o uno como don Ramón, enjaulado desde hacía tiempo en su torre de marfil guerrera, no conocería al nuevo maestro, ya que era tan hablador que a cualquiera que encontrara por la calle le narraba su historia y ya era un vecino más del pueblo. Después de dar la mano a don Ramón, éste lo había invitado a sus tertulias nocturnas.

- Tiene usted su casa para lo que haga falta, don Servando.

Cuando se dirigía al portal volvió a cruzarse con Atenea. Jaime disimuló el encuentro haciendo como que garabateaba en el suelo. Hasta un tonto se hubiera dado cuenta de que intentaba caerle simpático.

- Conocí a su hija el otro día. Es muy hermosa.

A Atenea no debió de gustarle mucho aquel piropo hacia su hija y salió por los cerros de Úbeda.

- Y tengo un hijo estudiando en un seminario. – contestó, quitándose de su vista -.

Se alegró de su reacción. Empezaba a caerle simpática la mamá de Carol.

42

Desde que se conocieran, don Servando y el abuelo discutían acaloradamente todos los días y casi todas las noches sobre el día a día de la guerra. Ambos eran muy cabezotas y ninguno daba su brazo a torcer cuando sus puntos de vista no coincidían. Así ocurrió aquel primer día del Año Triunfal a raíz de la interpretación del discurso del General Franco. Don Servando había sacado a colación el discurso de la Pasionaria con motivo de la despedida de las Brigadas Internacionales y se armó la de San Quintín. No parecía que don Servando hubiese luchado en el bando nacionalista a raíz de ciertas contestaciones que le largaba al abuelo, como así se lo echó en cara éste.

- Pareces más rojo que Negrín. ¿Acaso ganaron ellos las batallas del Jarama, Guadalajara, Brunete, Belchite, Levante y Ebro? ¿A qué necio comunista va a engañar esa espantosa Pasionaria?

Don Servando se defendía.

- Ella no dice eso. Simplemente alaba el valor, la abnegación, la bravura y la disciplina de los hombres de las Brigadas Internacionales.

- ¡Que le den morcillas a esos comunistas! Esa vieja está como un puto cencerro. ¿Por qué no reconoce públicamente el fracaso de los rojos? ¿Y a qué viene eso de que llegaron para ayudar a salvar la libertad y la independencia de España? ¿Es que España era libre cuando la República? ¿Es que España era independiente cuando comunistas, socialistas, anarquistas y republicanos pretendían que fuese una esclava de la roja Rusia?

- La libertad no tiene definición, don Ramón. Personalmente, deseo que termine pronto la guerra y que venzan los nuestros, pero dudo mucho que la libertad individual sea respetada. Desconfío que en este punto

ganaremos muy poco, si es que ganamos algo. – Don Servando echó mano al bolsillo y sacó un recorte de periódico -. Escuchad, don Ramón, estas palabras del discurso. En ellas veo una íntima nostalgia por algo que se da ya por perdido y tengo que reconocer que comulgo con ellas. – Y entonó suavemente la lectura: " *¡Madres!... ¡Mujeres! Cuando los años pasen y las heridas de la guerra se vayan restañando; cuando el recuerdo de los días dolorosos y sangrientos se esfume en un presente de libertad, de paz y de bienestar; cuando los rencores se vayan atenuando y el orgullo de la patria libre sea igualmente sentido por todos los españoles, hablad a vuestros hijos; habladles de estos hombres de las Brigadas Internacionales. Contadles cómo, atravesando mares y montañas, salvando fronteras erizadas de bayonetas, vigiladas por perros rabiosos deseosos de clavar en ellos sus dientes, llegaron a nuestra patria como cruzados de la libertad, a luchar y a morir por la libertad y la independencia de España, amenazadas por el fascismo alemán e italiano. Lo abandonaron todo: cariños, patria, hogar, fortuna, madre, mujer, hermanos, hijos y vinieron a nosotros a decirnos: "¡Aquí estamos!, vuestra causa, la causa de España es nuestra misma causa, es la causa de toda la humanidad avanzada y progresista*". – Don Servando hizo un paréntesis y llenó los pulmones de aire -. "*Sois la historia, sois la leyenda, sois el ejemplo heroico de la solidaridad y de la universalidad de la democracia. Y cuando el olivo de la paz florezca, entrelazado con los laureles de la victoria de la República española, ¡volved*!...".

- ¡Bla!, ¡bla! y ¡bla! Pistonuda bruja es la pelleja. Puta palabrería comunista. Eran todos mercenarios bien pagados. Y aún habla de ganar la guerra. ¡Si será ilusa!

- No, don Ramón, no. Si oléis el tufillo que despiden sus palabras, descubriréis que huelen a deseo, no a realidad. ¡La esperanza es lo último que se pierde!, aunque me temo que aquí la Pasionaria ya la da por perdida.

Don Ramón alargó la mano.

- Dejadme ese maldito papel.

Servando se lo dio. Observó cómo lo acercaba y lo alejaba de sus

ojos para intentar descifrarlo. Su vista cansada tal vez lo emborronara todo. Después de observarlo un buen rato, se lo devolvió.

- ¡Democracia!, ¡democracia!, - pronunció con asco. ¿Qué coños significa esa palabreja en boca de una repugnante comunista?

- Proviene del griego, Ramón, - le tuteó -. *Demos* significa pueblo y *cratos* es autoridad. La autoridad en manos del pueblo.

Don Ramón hinchó la panza con aire fresco y alargó el cuello cual cisne altivo, como gallo altanero subido a lo más alto del muladar.

- ¡El pueblo!, ¡el pueblo!, - gruñó -. El pueblo es inculto, analfabeto y simplón. ¡Jamás podrá gobernar una nación! Necesitamos hombres valientes y expertos que la dirijan y eso sólo lo podrán hacer los militares. Todo lo demás es pura demagogia.

- No es eso lo que significa democracia, sino que el pueblo pueda elegir a sus gobernantes sin presión alguna. Aunque le duela, don Ramón, antes de la guerra vivíamos una democracia.

El abuelo lo cortó en seco. Parecía muy enervado.

- Donde se quemaban iglesias, se saqueaban tesoros, se alentaban las huelgas, se fomentaba la desintegración del territorio español y se cometían crímenes políticos aberrantes. ¿Era eso la democracia?

- Gajos sueltos del gran racimo republicano. Uvas podridas escondidas tras el anarquismo, el marxismo y el comunismo. El garbanzo negro de todo cocido. Pero sigo pensando que no había razones para el levantamiento. Ya advirtió el maestro Unamuno poco antes de morir que "entre los hunos y los hotros están descuartizando a España" Tanto a los unos como a los otros les añadió una hache. ¿Sabe usted a qué se dedicaron los Hunos, no?; pues los hotros se dedican a lo mismo. El gran filósofo existencialista vasco ya nos lo advirtió. Nos dijo que el pueblo español se entregaba al suicidio, pero como le

retenía el instinto animal de vivir – y reproducirse- se entregó a estupidizarse, al opio o al alcohol. Él llamó a esto "goce de vivir matando" y se quejó de que España era un pueblo no de vividores, si no de moridores. Y a eso lo llamó suicidio colectivo. Si vivimos para contarlo, Ramón, y la derecha sale victoriosa, como así parece que va a ser, volveremos a ver gajos sueltos y garbanzos negros dentro del bando ganador. Será algo inevitable. ¿Habrá que hacer entonces otra guerra y tendrán que morir otra vez millones de seres humanos por culpa de esos indeseados?

Ramón quedó pensativo. Aquel maestro que llegaba del frente lo desencajaba y malhumoraba, pero sabía latín el condenado.

- Mire, don Servando, la familia Carrasco ha dado de comer a lo largo de varias generaciones a cientos de pobres que no tenían dónde caerse muertos. Ya me lo contaban mi padre y mi abuelo. Y a fuerza de sudor, trabajo y sacrificio amansó una gran fortuna en tierras. Esos socialistas pretendían repartirlas entre los obreros. ¿A usted le parece eso justo?

- Yo vengo de la ciudad, don Servando. Desconozco los problemas del campo y si tal medida sería justa o injusta; pero me gustaría hacerle una doble pregunta: ¿por qué tanta desigualdad cuando en su fortuna ha habido tanto sudor de los pobres?

- ¡Cojones, Servando, ya te lo he explicado! ¡Trabajo y sacrificio! "Sudor de pobres". Se hubieran muerto todos de hambre de no ser por nosotros. ¿Es que acaso no crees en la raza? Desde que nacemos estamos destinados y ese destino nadie podrá cambiarlo. Es antinatural. El hijo del pobre nace para ser pobre porque no sirve para otra cosa, lo mismo que el burro nace para ser burro, para cargar con los talegones, las cargas, las albardas, la leña y lo que le eches encima. Nunca podrá dejar de ser un burro. Dudar de esta verdad puede que haya sido el origen de esta guerra. – El nerviosismo de don Ramón crecía progresivamente según avanzaba la conversación. Don Servando comenzaba a preocuparse, pero no era hombre que se amilanara con cualquier razonamiento, por muy duro que éste fuera. Ramón seguía erre que erre, a lo suyo -. Más parece usted uno de esos

rojos republicanos que un excombatiente nacionalista. Si Franco le oyera, le fusilaría. ¿Por qué se apuntó usted al bando de derechas?

- Nadie se apunta a ningún bando, lo apuntan. Yo no era ni de derechas ni de izquierdas ni estaba a favor de la guerra; pero ¡cualquiera se negaba! Conocí a compañeros que lo hicieron y fueron fusilados sin misericordia. Había que salvar el pellejo como fuera; pero si la guerra no hubiera estallado, no estaría ahora hablando con usted en un pueblecito perdido de Castilla y con una pata de palo. Preferiría dar mis clases a niños analfabetos que a niños huérfanos de la guerra. Por otra parte, don Ramón, alguien que ha perdido ya una pierna, parte de su familia, su hogar y su gente, poco puede temer al fusilamiento.

Don Ramón se arrepintió de haber sido tan duro con aquel hombre del que apenas sabía nada de su pasado.

- Siento lo de su familia. ¿Murió en la guerra?

- Quisiera olvidarlo, don Ramón; pero ya que lo pregunta… Mi padre era maestro en una pequeña aldea salmantina. No creo que tuviera afiliación política alguna. Lo fusilaron los nacionales. Tenía dos sobrinos huérfanos de padre y madre, uno ya libre de quintas y el otro haciendo el servicio militar. Ambos perecieron en el frente republicano. Yo perdí una pierna. ¿Cómo quiere usted que hable bien de la guerra?

- Pero lo suyo fue un accidente, ¿no?

- Eso me hicieron creer, pero la duda la llevaré a la sepultura. Aquel campesino al que se le disparó el arma tenía muy mala uva y muy mal perder. Aunque sea una casualidad, la noche anterior le había ganado unas pesetas al julepe, mientras él presumía entre copa y copa de coñac de beneficiarse a todas las casadas de su comarca.

Don Ramón se interesó por los soldados.

- Siempre pensé que el soldado acudía a la guerra

voluntariamente y con ganas de vencer al enemigo. Usted parece opinar lo contrario.

Don Servando se sentó y depositó la mirada en el suelo del portal.

- ¡Ojalá fuera yo el único militar sin vocación!, pero creo que al soldado se le engaña con discursos y canciones que le lavan el cerebro de tal manera que los convierten en feroces lobos asesinos. Escuchando a los pobres legionarios, mientras caminaban por polvorientos caminos bajo el asfixiante calor meseteño, hambrientos y sin agua, cantar aquel "Novio de la muerte", se me caía el alma. De tanto regar con su sangre la tierra ardiente, el soldado anunciaba con valor que su destino no era otro que el morir. Y tras ellos, otros soldados cantaban aquello de "Falangista soy…" en donde el soldado que moría en la trinchera se alegraba de que a su lado creciera una espiga roja y negra, pólvora y sangre que serían su bandera. Otros preferían entonar el Cara al sol, en donde nadie moría; simplemente se iban al puesto que tenían allí. Y en el bando contrario ocurría tres cuartos de lo mismo. Los anarquistas se vanagloriaban de animar a sus leales con aquello de "A las barricadas, a las barricadas, por el triunfo de la Confederación" , aunque para ello les esperara el dolor y la muerte. ¿Cuántos combatientes cree usted que sabían qué era aquello de la Confederación? Y sin embargo lo repetían como loros. Y a los campesinos les habían regalado su propio himno, en el que les animaban a dejar tirado el arado en mitad de la tierra para destrozar al fascismo traidor, y los caídos en batalla serían cantados en el campo como los que cayeron por la libertad. ¿Cuántos campesinos sabían leer? Casi ninguno; pero todos cantaban, se animaban y luchaban para que su destino no fuera otro que la muerte. Y cada batalla, cada masacre y cada pueblo herido entonaba himnos embrujados a la muerte y al sufrimiento en pos de la victoria. Milicianos madrileños cantando al Puente de los Franceses, a la Casa de Campo mientras las bombas los masacraban; moros en caballo anunciando al centinela que iban a tomar la plaza de Tetuán y milicianos republicanos del Cuerpo de Ingenieros haciéndole frente con sus cánticos; brigadistas internacionales, empapados de cerveza y de ceguera, gritando al unísono Where we

fought like true sons of the people…; italianos con su Avanti popolo alla riscossa; catalanes coreando que Catalunya triomfant tornarà ésser rica i plena; vascos independentistas unidos en sus gritos Eusko Guadariak gara Euskadi askattzeko… Opio para el pueblo, don Ramón. Toda una mentira para inculcar en el soldado un valor que no tenía, un odio que no sentía y un afán de libertad en el que nadie creía, pues al final del camino sólo aparecía la muerte. ¿Esto es voluntariedad? Bolchevismo y fascismo son las dos formas – cóncava y convexa – de una misma y sola enfermedad mental colectiva: exterminar… extirpar…fulminar...arrasar con todo.

El abuelo retrocedió dos pasos para que aquel asqueroso humo del pitillo del maestro no lo ahogara. Se oyó el ruido de una campanilla en el portal. Era la señal de que la mesa estaba servida y fue un alivio para don Ramón. Cambió de registro lingüístico.

- Tengo el honor de invitarle a sentarse a mi mesa. Donde comen cinco, comen ocho.

- Agradecido estoy, caballero, -correspondió sutilmente el maestro a aquel cambio de tono de su tertuliano- , pero me esperan unas hermosas habichuelas deseosas de ser abatidas sin compasión. Otro día será.

- Como usted quiera, maestro. Sabed que aquí tenéis su casa para lo que gustéis – se regodeó don Ramón mientras levantaba el picaporte y le palmeaba la espalda en señal de despedida y amistad.

43

Marzo del 39.

La primavera penetró en el valle de Trasmonte sin previo aviso. Después de un invierno lluvioso y frío, marzo amaneció con un cielo despejado, limpio y un sol abrasador limpiaba de un plumazo las lagañas de las amodorradas yerbas del campo. Jaime lo agradeció por sus animalitos. Por fin dejarían de pasar hambre y alegrarían la tristeza instalada en sus ojos durante el largo y frío invierno. Chita

seguía perdiéndose cada dos por tres y él tenía que subir la cuesta del monte para arrancarla de debajo de la sombra de aquella encina. Le había dado tanta pena que le había levantado el castigo y la había dejado libre. ¡Qué obcecados eran los animales en olvidar a un amigo! Su hermana Blanca había regresado a Piedrahíta la semana pasada. Era ya una mujer hecha y derecha y destilaba belleza por todas partes de su cuerpo, pero parecía triste. Mamá, sin pelos en la lengua, le había contado que un soldado perverso la había embarazado y la había dejado en la estacada. ¡Sería la deshonra de los Pendones!; pero mamá no se había enfadado con ella y cada día se las veía más unidas. Mamá no había dejado aún de vestir sus ropas negras y de esconder sus negros cabellos bajo aquel pañuelo negro que tanto la envejecía. ¡El luto lo llevaré hasta la muerte!, - se resignó con seguridad cuando se lo había echado en cara, pues no quería que la juventud y hermosura de mamá decayeran tan rápido y pareciera ya una de aquellas viejecitas del pueblo que a él le parecían brujas cuando bebé era. “La ropa, Jaime, es un reflejo del alma, y mi alma quedó triste para siempre”, - le añadió -. En cierta ocasión mentó a don Ramón, el señorito, y ante el gesto frío y distante de Jaime, le explicó que sólo él podría devolverle a sus muertos. Su última ilusión era verles a todos juntos descansar en el cementerio de Piedrahíta, junto al abuelo Juan y al pobre Venancio. Él no quiso opinar para no herirla aún más. La abuela seguía viviendo sola en su casa y parecía petrificada en su vejez. Era como si por ella no pasaran los años, a pesar de seguir enferma y encorvada como siempre. Su maltrecha espalda le recordó a Torpe negándose a caminar por caminos para ella nuevos y arqueando cuello, lomo y espinazo. Atenea era la única alegría de la casa y se volvía loca con Chita cada vez que la visitaba. Le hacía pillerías y se revolcaba con ella en el corral azuzándola para que la envistiera. Pipi seguía estudiando en el mismo colegio de curas y no había vuelto al pueblo. Nada se hablaba de él en casa de don Ramón. Parecía un fantasma en el olvido. La apática contestación de doña Atenea para con el maestro de aquellos primeros días que se conocieron había tornado en simpatía y acercamiento en los dos últimos meses y cada día se les veía más juntos, quizás demasiado. Las acaloradas disquisiciones entre el maestro y el abuelo sobre la guerra habían continuado y sus puntos de vista cada vez se distanciaban más, aunque en el fondo pensara que se llevaban bien y que habían nacido el uno para el otro. Tal vez fuesen la horma y el zapato perfectos. De Carol debía de admitir que su belleza era tal que se consideraba un agraciado por querer aún seguir siendo su novia; aunque él también había despollinado y ya le sacaba casi un palmo. La noticia de los deslices de su padre con mamá sólo le afectó a Carol unos días y después todo volvió a ser como antes. Jugaban como niños y se

amaban como mayores, aunque sus juegos aún no habían cruzado esa línea de retozos de los adultos que él se imaginaba.

Aquel día era martes de carnaval y la noche anterior había quedado con sus amigos para disfrazarse y salir a la calle a levantar las faldas de las chicas, correr tras ellas y asustar a algún rapaz que asomara por la calle. Otros años, mientras papá se iba a la yera, él siempre se escapaba a la calle; pero aquel año no la había porque el señor alcalde estaba en la guerra y nadie organizaba los asuntos del pueblo. No obstante, se disfrazó de mamarracho con una anguarina que encontró en un arcón de la casa de Carol, unos chanclos de su padre, un ancho cinturón de piel del que colgó varios cencerros a su alrededor y se tiznó la cara totalmente de negro con tizones de la lumbre. Después se caló un sombrero de paja agujereado por todas partes, se echó a la espalda un saco lleno de cernada y en la mano derecha asió las tenazas de la cocina de palos. Salió a la calle corriendo, saltando y dando voces con la intención de aterrorizar a los chicos y a las chicas, pero las calles estaban vacías. Sólo algún perro que otro ladraba tras las puertas. Una anciana asomó la cabeza por la puerta en actitud husmeante. Le lanzó un puñado de cernada a la cara, intentó asustarla abriendo y cerrando las tenazas y siguió saltando calle arriba. Cerca de la plaza dos o tres mamarrachos se zurraban la badana a cintazo limpio y él se les unió. Aparecieron dos chiquillas de apenas nueve años en la esquina de la plaza y corrieron tras ellas. Cuando estaban a punto de darles alcance se resguardaron en un corral y lo atrancaron por dentro. Oyeron sus risas desde la calle y prosiguieron calle arriba lanzándose cernada entre ellos. Estuvieron recorriendo las calles del pueblo un buen rato y nadie más salió a recibirles. Cansados, aburridos y decepcionados por el poco éxito de sus antruejadas, se retiraron. Hasta el carnaval se lo había devorado la guerra.

A media tarde Carol llegó al prado donde pastaban las vacas. La encontró feliz y risueña. Se había acicalado como si fuera un día de fiesta y portaba una blusa blanca cuyos tres botones superiores no habían encajado en sus ojales. El comienzo de aquellos blancos senos se le ofrecía como fruto prohibido del paraíso. Se acordó de don Manuel: "Pecado, pecado, pecado…" y agachó la cabeza. Se resignó y sacó de sí lo que bailaba por su cabeza desde hacía días, aunque fuera martes de carnaval y se lo tomara a la chirigota.

- Cuando termine la guerra y tu padre vuelva al pueblo, tendré que volver a Piedrahíta. ¡En tu casa ya no pintaré nada!

Ella se mostró sorprendida. Nunca antes le había insinuado la más remota posibilidad de dejar Arroyuelo. Lo veía tan encariñado con sus animales que no podía concebir la idea de que los abandonara. ¿Y ella? ¿Es que ya no la quería? ¿Es que había fingido en aquellos besos y abrazos tan apasionados de los últimos meses? ¿O sería simplemente que el odio hacia su padre podía con todo? No se imaginaba una existencia sin él y así se lo hizo saber.

- ¡No podría vivir sin ti, Jaime! ¿Por qué quieres irte? Esta mañana te vi bailar como un chiquillo y te divertías como antes de la guerra. ¿A qué viene ese cambio tan brusco?

- No lo sé, Carol; pero no me gustaría seguir los pasos de mi padre. Trabajar para el tuyo como un esclavo, a cambio de nada, y morir asesinado por él. Lo siento, Carol, el recuerdo de mi padre me atormenta y no podría vivir en casa de su asesino; aunque tú no creas que fue él y todo el mundo lo niegue, yo estoy convencido de ello y jamás se lo perdonaré.

Carol no quería perderlo y jugó fuerte.

- Me casaré contigo. Serás mi esposo y heredarás las tierras. ¡Ya no serías un esclavo y mi padre te tratará como a un hijo más! Tendrías que olvidar lo de tu padre. ¿Es que acaso no merece la pena? Salvo que no me quieras.

- El abuelo Juan me dijo que el destino no lo elegimos nosotros, sino que es él el que nos elige. Tú nunca serás libre para elegir el tuyo. Tu padre te mataría antes. El destino es más fuerte que el amor.

Ella se enervó y sacó fuerzas de flaqueza.

- Yo ya soy una mujer y puedo elegir mi futuro, por encima de lo que piense mi padre. No creo que él sea tan malo como tú piensas.

Jaime enarcó las cejas en señal de sorpresa y de triunfo a la vez.

- Él ya te buscó marido. Quieras o no, tendrás que casarte con él. Igual que tu padre no pudo casarse con mi madre, yo no podré casarme contigo. Lo he pensado muchas noches. La historia se repite. ¡No somos libres!

- Pues me escaparé del pueblo contigo. Iremos donde nadie nos conozca y nos casaremos en secreto.

- Papá me dijo que huir era de cobardes. ¿Tú quieres ser una cobarde?

- Si es para elegir mi destino, sí.

Dejó la vara en el suelo y la abrazó.

- Yo también seré un cobarde. Huiré contigo y nos casaremos en secreto.

Y se besaron con pasión. Sintió en su cuerpo el calor de sus senos. Su sangre fluía por la superficie, traspasaba la blusa y se depositaba en su piel. La apretó con fuerza contra su cuerpo. Sus senos endurecidos inmolaban su alma. Todo su cuerpo ardía de pasión. Una lágrima suya recorrió su cuello. Volvió a besarla. No se ruborizó al notar aquellas molestias sub-inguinales ni ella hizo amago de separarse. Tal vez ya se estaba haciendo mayor. Juntaron sus cuerpos aún más y aquel beso intemporal que no se podía describir con palabras era la felicidad absoluta, el éxtasis entre alma y cuerpo, la culminación del amor. Al cabo de un rato, Jaime susurró algo al oído.

- Moriremos si es preciso. ¡Lo juro por mis antepasados!

Carol salió del ensueño.

- No seas tan negativo. Se lo explicaré a mi madre antes de que él regrese. ¡Tal vez él se venga abajo!

Jaime dio un paso atrás. Su enojo estalló de una forma natural.

- ¿Que se lo vas a contar a tu madre? No lo hagas, Carol. Ella no pinta nada en este asunto. ¿No te das cuenta de que es una marioneta en manos de tu padre? Mantenlo en secreto y que el tiempo mueva los hilos del destino.

Ella fue consciente de los avances lingüísticos de Jaime. Se notaba desde que don Servando había llegado al pueblo. Tal vez fuese también porque ya dejaba de ser un niño, pero lo cierto era que sus razonamientos la sorprendían cada día más.

- Pues entonces, ¡prométeme que no te moverás de Arroyuelo!

Se acercó a ella y le estampó un beso en los labios.

- ¡Prometido!

44

Petra llevaba varios días dándole vueltas al asunto. Pensaba que lo mejor para Blanca sería buscarle marido para tapar la deshonra del embarazo. Aún estaba a tiempo. Últimamente nacían muchos sietemesinos en la comarca y su embarazo andaba por la quinta semana. Aunque Blanca siempre se había opuesto a sus consejos de confeccionar su ajuar de boda, pues siempre decía que eso era cosas de viejas, contaba a su favor con un físico agraciado y con su juventud. Si Blanca no fuera tan modorra como todos los Pendones y hubiera dado su brazo a torcer siguiendo sus consejos, en el baúl descansarían ahora el conjunto de ropa interior para llevar debajo del traje de novia, el lujoso camisón blanco para la noche de bodas, las seis combinaciones sencillas y los otros seis camisones de todo llevar. Aunque fueran pobres, poco a poco hubieran reunido las dos docenas de toallas, los doce juegos completos de cama, uno de ellos más fino y con las iniciales bordadas en realce, para la primera noche y para situaciones especiales, y otras tantas mantelerías. Y así sería más fácil encontrar buen partido. Pero ahora ya no había remedio. El tiempo se

había echado encima y la barriguita pronto empezaría a crecer. Debía de darse prisa para que la noticia no corriera por el pueblo, pues aunque sólo su hijo lo sabía, no se fiaba de él. Podía pedirle que guardara el secreto, pero el chiquillo era de poco fiar y en cualquier momento se le podía escapar. Era estirado de lengua. En Piedrahíta vivían dos jovenzuelos de la edad de su hija. A uno de ellos, Pedro, lo desechó desde el primer momento, aunque fuera la mejor partida para ella, pues pensó que su padre, don Macario, se opondría a la boda. Era la familia más rica del pueblo, era hijo único y heredero de muchas fanegas de tierra. Por otra parte, se rumoreaba por la comarca que su padre lo tenía ya comprometido con la hija de Ramón, aunque nunca nadie los hubiese visto juntos. Era un poco simplón y engreído, parco en palabras y poco agraciado físicamente; pero tal vez mereciera la pena intentarlo. El otro joven le venía a Blanca como anillo al dedo y sería la alegría más grande que la viuda del Arrugas se llevara en su miserable vida. Toñín, como todos lo conocían en el pueblo, servía en casa de don Benjamín. Ancho de espaldas, musculoso, atlético y trabajador, era dócil de espíritu y corto de mollera. Apenas levantaba metro y medio del suelo, pero a su cara asomaban una isógona nariz y unos cilíndricos ojos de azabache que lo hacían parecer casi guapo. Poco capacitado para las relaciones sociales, jamás habría olido hembra de cerca, por lo que aquel pastel que representaba su hija no lo podría desechar y, además, si Blanca andaba lista, nunca desconfiaría que el hijo no fuera suyo. Ella sabía, por experiencia propia, que resultaba muy duro unirse a un hombre al que no amabas para toda la vida; pero según fueran pasando los años, le tomaría cariño y, como le ocurrió a ella, lo llegaría a amar. También había dudado si decírselo a don Manuel antes de que él se enterara por otras fuentes y pusiera pegas al matrimonio, pero se acordó de las pícaras miradas que le regaló la última vez que acudió a la sacristía para solicitar trasladar los restos de su marido a Piedrahíta y no estaba dispuesta a darle pie a otra insinuación. Petra sabía que lo del casamiento correspondía a los hombres, pero Juan había muerto y Ramón nunca había reconocido públicamente la paternidad de Blanca, por lo que ella tendría que mover los hilos.

A doña Leonides, esposa de don Macario, la alcanzó a la altura de la plaza. Prefería hablar antes con ella que con don Macario.

- ¡Hermoso día, doña Leo! ¿Anda usted con bulla? – a veces se le escapaban algunas palabrejas de su tierra que los habitantes de Piedrahíta no comprendían muy bien. Era algo que no podía remediar -.

- Llevaba estos huevos – y le mostró un cesto de mimbre tapado con un paño de cuadros blancos y negros que semejaba el tablero de un ajedrez – a doña Leocadia. A la pobrecita le robaron todas las gallinas.

- Como a casi todos, Leo, - contestó compungida -. Mi Blanquita ha vuelto al pueblo para quedarse y ya está en edad casadera. No quisiera que se le pasara el arroz. Había pensado… Si pudieras comentárselo a tu marido… Sé que vosotros sois… - A Petra le costaba un mundo terminar las frases. Doña Leo la sacó del apuro -.

- Te entiendo, Petra, te entiendo. A mi Pedrín le pasa lo mismo. Yo en esas cosas poco pinto, pero se lo diré a mi Macario. Tu Blanca ha recorrido mundo y le vendría de perlas a mi Pedrín, que siempre ha estado a lo que dijera su padre y le falta mundo. Y, además, es muy mona la niña. ¡Déjalo de mi cargo!

- No quisiera… Quería decir… En fin, doña Leo, que lo dejo en sus manos.

Petra tardó pocas horas en recibir contestación de doña Leonides. Que lo sentía mucho, que su marido ya le había buscado esposa, que cómo osaba una Pendón pretender a un Sánchez, que cualquier mujer de la comarca se postraría de rodillas ante don Macario para solicitar la mano de su hijo, que…

- Siento decírtelo así, pero ya sabes cómo se las gasta mi Macario.

A Petra no le pilló de sorpresa aquello, pero había valido la pena intentarlo. El siguiente paso sería más fácil y así se lo hizo saber a Blanca, a quien tendría que convencer antes de anunciarle el acuerdo, pues estaba segura de que llegaría a buen puerto.

- Sé que te gustaría casarte con quien tú quisieras – le entró de lleno en el asunto-, sé que te negarías a unirte a alguien que no amaras y sé que siempre has ambicionado la libertad de elegir. Lo sé porque soy tu madre y eres un espejo mío; pero tu situación ha girado ciento ochenta grados de la noche a la mañana. Una mujer soltera con un hijo siempre será comparada con una puta (perdóname la expresión, Blanca; pero la situación me

supera) a quien todo macho suelto, lo mismo da soltero que casado, intentará llevar al huerto por la cara, pues verán en ti una presa fácil. – Blanca escuchaba a su madre en silencio, sorprendida por aquella agresividad verbal, nueva para ella y aquella sinceridad. Sólo cuando se enfadaba mucho hablaba así y ella pensaba que era herencia de su tierra -. El destino de una madre soltera será siempre el de vestir Santos, y más en Piedrahíta. Tú eres aún joven y estás a tiempo de evitarlo. – Suspiró profundamente como si quisiera robar al aire fuerzas para comunicarle su decisión. Dejó de mirarla a los ojos y observó a Atenea jugando con unas tablas en el fondo del corral -. ¡Creo que lo mejor para ti es que te cases con Toñín! Sus padres están de acuerdo, - mintió-.

Apartó la mirada del corral y observó la reacción de Blanca. Casi no hubiera hecho falta que hablase para saber lo que iba a soltar.

- ¿Pero te has vuelto loca, mamá? Jamás me casaré con él.

- Es honrado y trabajador. Sacará al niño adelante y a ti no te faltará de nada. Piensa en qué situación estamos ahora desde que Ramón se ha ido. Papá ha muerto (aunque no fuera su padre, Blanca siempre lo llamó papá). No creo que Ramón siga siendo tan generoso con nosotras a partir de ahora. Además, tú tienes que mirar por tu futuro. ¡Piénsalo bien, hija mía! Yo sólo deseo lo mejor para ti.

- Me quedaré soltera, madre. Sé coser y planchar, y con la Sección Femenina aprendí a curar enfermos.

- Nada de eso te dará de comer.

- Buscaré trabajo en cualquier hospital. La guerra dejará muchos heridos y mutilados. No será tan difícil sobrevivir.

- No seas ilusa, Blanca. Nadie contratará a una mujer preñada. Aquí, en Piedrahíta, me tienes a mí, que cuidaré del niño; tienes a Atenea, que jugará con él y a Jaime, que le enseñará las tareas del campo. Y tendrás un marido honesto y sumiso que trabajará para que no os

falte el pan. ¿Dónde vas a encontrar todas estas cosas? -.

- Al menos, madre, deja que yo busque marido.

Petra cedió.

- De acuerdo, pero deberás darte prisa. La barriguita crecerá deprisa y cuanto más tiempo pase, menos novios se querrán casar contigo.

- Quien me ame de verdad no lo tendrá en cuenta. Y si le molesta, será que no me quiere. Entonces, seré yo quien lo rechace. No obstante, he oído que don Manuel necesita santera.

No le sorprendió su cabezonería. Aunque no fuera hija de Juan, era modorra como todos los Pendones y nunca daba su brazo a torcer. Al menos tenía que permitir que eligiera libremente su destino, aunque su experiencia como madre la obligara a aconsejarle.

- Sabes que Toñín está ahí; pero pueden surgir problemas de última hora si te demoras mucho. ¡No puse sobre aviso a su padre de tu estado!, - siguió mintiendo-.

Blanca se acercó a su madre y le dio un beso.

- No te preocupes tanto por mí. Ya saldré del apuro como pueda. Te agradezco mucho todo lo que haces.

45

Don Servando afilaba las palabras y les sacaba punta de tal forma que se convertían en dardos envenenados; otras veces las engalanaba con tonos rosáceos y las vestía con ropas provocativas y sensuales que engatusaban de tal manera al de enfrente que lo dejaban desprotegido y desnudo. Así debía de haberle hablado a doña Atenea en varias ocasiones, pues había contemplado cómo, mientras el abuelo y él discutían en la cocina sobre temas de la guerra, había alargado su pierna buena por debajo de la falda de la camilla y había jugueteado por entre las piernas de ella, allí donde se escondía aquello

que Carol nunca le había enseñado y ella se dejaba hacer. Tenía mérito lo del maestro. Un hombrecito poco agraciado, calvo y paticojo embelesando a la esposa del todopoderoso don Ramón. ¡Que le den morcillas al señorito!, anheló y deseó con todas sus fuerzas que aquel pie del maestro siguiera a lo suyo, sólo por fastidiar al señorito. Después de lo de su hermana Blanca, le había rondado por la cabeza una idea tal vez descabellada, pero útil. Su familia de Piedrahíta se había reducido a cuatro mujeres indefensas pertenecientes a cuatro generaciones distintas y en aquello de los casorios siempre intervenía el hombre. Por tanto, él, único varón de los Pendones, tendría que hacer algo por su hermana Blanca, ya que mamá andaba preocupada por ella. Aprovechó aquel momento en que se hallaban en la cocina de leña del señorito, pues don Servando lo acompañaba últimamente en sus tiempos libres y allanó el camino.

- ¿Quieres venir conmigo a Piedrahíta este domingo?, - tenía ya tanta confianza con él que siempre lo tuteaba -. Le he hablado mucho de ti a mi madre y quizás quiera conocerte.

Por el gesto que brilló en su cara fue consciente de que tal vez Servando hubiera malinterpretado sus palabras. Rectificó en seguida.

- A mi hermana Blanca también le encantaría. Ha regresado al pueblo y la veo triste y aburrida. Ya sabes, viene de recorrer mundo con la Sección Femenina y el pueblo se le queda ya pequeño. Un poco de conversación…

Servando volvió a arquear las cejas. Conocía demasiado a aquel muchacho como para no desconfiar de que tenía que estar al quite. Aquel chiquillo era un diablillo y siempre se guardaba un as debajo de la manga. ¿A dónde quería llegar? ¿Qué podía él hacer para matar el aburrimiento de su hermana? Jaime jugaba con ventaja porque sabía que su carácter aventurero ayudaría a no decir no al viaje, por muy corto que éste fuera. Ante la tardanza en contestarle, se acordó de su pata de palo.

- ¡Si Torpe no hubiera muerto! – Caviló un momento y añadió -. Pediré la burra a la madre de mi amigo el Zarabeto.

Servando trasteaba con la mirada cada rincón de la cocina como niño que lo curiosea todo, como si aquella conversación no fuese con

él. Al final, respondió.

- No es mala idea lo de la burra. – Se le cayó al suelo el pitillo y se agachó a recogerlo. Fue entonces cuando vio aquel papel
debajo de la camilla. Lo puso sobre la mesa.

- Ya no merece la pena. Comencé a anotar los muertos de la guerra; pero desde que papá se fue y Fernando y Juan no volvieron, perdí toda ilusión.

Servando seguía con la mirada fija en el papel. No le quitaba ojo.

- ¿Qué significan la I y la D?

- Los de izquierdas y los de derechas, Servando.

Emitió un gesto desaprobando su estupidez.

- Es verdad. ¡Qué tonto soy! ¿Y cómo sabías a qué bando pertenecía cada muerto?, - se interesó -.

- Los obreros, los pobres y los que no iban a misa eran de izquierdas. Me lo dijo el abuelo Juan.

- Eso es una sandez, Jaime. – Parecía molesto el maestro -. Tú mismo me has contado que tu hermano Juan luchó en el bando nacionalista y Fernando en el republicano. ¿Acaso uno era pobre y el otro rico? ¿Uno iba a misa y el otro no?

Se dio cuenta de que su teoría se la había tirado por tierra. Se defendió.

- Pero lo de mis hermanos es una excepción. ¡Ellos no eligieron su destino! –se hinchó como un sapo al repetir aquella frase que le había robado al abuelo Juan. Seguro que Servando se había quedado anonadado. Pero el maestro no era presa fácil.

- ¿Acaso tu padre no lo eligió? Por elegirlo, lo mataron. La guerra no entiende de destinos ni de bandos. Algunos de los muertos de cualquier lado habrán sido

asesinados por sus propios compañeros y nunca nos enteraremos. Yo borraría la I y la D, así como la línea divisoria. ¡Todos son víctimas de la guerra!

Le invadió una gran duda.

- Entonces, Servando, ¿no hay malos ni buenos?

- No, Jaime, no. Si admitimos eso, esta sangría no terminará nunca, ni siquiera cuando finalice la guerra. Ni hay buenos ni malos, como tampoco habrá ni vencedores ni vencidos. Imagínate que un día te peleaste con tu hermano por una tontería. Los dos creíais que llevabais razón, pero uno de los dos fue más fuerte que el otro y venció en la trifulca. ¿Llevaba razón el vencedor? ¿No la tenía el vencido? ¿Quién era el bueno y quién el malo? Imagínate que fuiste tú el ganador. ¿Matarías a tu hermano por ello? ¿Y si no lo aniquilaste entonces, lo harías hoy? – Servando intuyó, por el gesto nervioso de su cara, que iba a contestar. Levantó la mano y se lo impidió -. No contestes; Jaime, aún no he terminado. Sé que vas a decir que no; pero no se trata sólo de eso. Haríais borrón y cuenta nueva, os perdonaríais y terminaríais dándoos un abrazo fraternal, porque todo había sido un accidente. ¿Lo entiendes?

- ¿Y tú has perdonado al que te disparó en la pierna?

- No sólo lo he perdonado, sino que lo he olvidado. No quiero pasar el resto de mis días corrompido por el rencor. Aunque me cueste creerlo, para mí fue un accidente.

Aquella no era la cuestión que le había llevado allí y sin quererlo se habían ido por los cerros de Úbeda. Retomó el tema.

- Entonces, ¿vas a venir conmigo a Piedrahíta este domingo?

Servando le contestó con otra pregunta.

- ¿No ibas a pedirle la burra a tu amiguito?

La burra caminaba perezosa y en contra de su voluntad por aquel camino pisoteado por las ovejas y lleno de piedrecillas sueltas que unía Arroyuelo con Piedrahíta. Jaime tiraba del ramal para que no se parara mientras don Servando no dejaba de admirar en su interior la soledad de los campos y la sana atmósfera que se respiraba. ¡Cómo echaba en falta Jaime a Torpe! Aunque fuera más vieja que Peluda al menos andaba voluntariosa y alegre; pero, claro, se explicaba en silencio, ¿qué se le había perdido a la burra del Zarabeto en Piedrahíta? Por otra parte, sería la primera vez que recorría aquella senda, y sabía que cuando él conducía a Torpe a través de un camino nuevo, ésta siempre se negaba a caminar. Por eso andaría tan mohína Peluda. Todo lo contrario le ocurría a Chispa, que saltaba, ladraba y corría como loca por entre las cunetas repletas de hierbas secas y por los campos en barbecho. Lo husmeaba todo a cada momento y de vez en cuando se abría de patas y acercaba el lomo al suelo. Le recordó al abuelo Juan y su teoría de los secretos. Chita estaría reconociendo el pasado y dejando mensajes en cada curva para cuando otro perro pasara por allí o para cuando volviera a olerlo ella misma saber que aquel camino ya lo había recorrido en otra ocasión. ¡ Echaba en falta las carantoñas que le brindaba a Torpe al mordisquearle el rabo y las patas traseras cuando caminaba! Le hubiera gustado que las repitiera con Peluda. La perdonó y el abuelo Juan regresó a su pensamiento. ¡También los animales amaban! Habían madrugado aquel domingo de Marzo para llegar a tiempo a la misa. Mamá se enfadaba mucho cada vez que llegaba tarde y a don Manuel lo temía cuando entraba en la iglesia y la misa había ya comenzado. ¡Nunca sabía cómo reaccionaría aquel cura! El andar cansino de Peluda lo estaba enervando en demasía y por más que tirara del ramal no aligeraba el paso. Servando no paraba de hablar sobre la pena que le daba ver aquellos campos abandonados. Jaime explotó.

- Llegaremos tarde a misa por culpa de esta pesada burra.

Servando no debió de prestar demasiada atención a la queja, pues seguía ensimismado contemplando las fincas en adil y el aroma que despedían sus hierbas silvestres. Al cabo de un rato, reaccionó:

- ¿No pensarás ir a misa con esas pintas?

Sin volver la vista atrás respondió:

- Mi madre siempre tiene preparada la ropa de domingo. ¿Y tú?

- Te veré después de misa, en la plaza. Entre tanto, daré una vuelta por el pueblo.

- Don Manuel se enfadará contigo.

- Tú obedece a tu madre. Yo no soy del pueblo y ya estoy de vuelta de esas cosas.

- Hablas como un republicano, Servando. El abuelo me decía que ellos no iban a misa.

- Tonterías, Jaime, tonterías. Odio la beatería y la apariencia fácil. Para ser bueno no hace falta ir a misa. Las críticas baratas ya no me afectan.

- Yo no quería decir que fueras malo, pero don Manuel no piensa lo mismo.

Las primeras huertas de Piedrahíta con sus tapias de barro carcomidas por la lluvia avariciosa quedaban ya a tiro de piedra. Chita saltaba por encima de las tapias roídas lentamente por las lluvias inclementes de invierno, por el viento y con egoísmo desmesurado por las tormentas veraniegas. Al cabo de un rato aparecía en el camino por cualquier parte. Peluda cada vez caminaba más despacio y se espantaba de las ramas de los árboles frutales que asomaban por encima de las tapias de las huertas.

- Puedes soltar la rienda y correr a tu casa si crees que llegas tarde. Yo me haré cargo de la burra. No creo que nadie se pierda en este pueblo.

Tenía razón. Apenas siete callejuelas morían en la calle principal, que, a su vez, desembocaba en la calle de La Iglesia, la cual escupía las almas en la plaza, cuya torre de piedra presidía, altiva, la pequeña iglesia románica. Nadie podía perderse en Piedrahíta. Soltó el ronzal y le alargó la cuerda a Servando.

- Chita, ¡larguémonos!

Y se adentraron en la embarrada calle de Las Eras. Servando vagó a lomos de Peluda por las encharcadas calles de Piedrahíta sin prisa alguna y con mirada prismática. De vez en cuando se topaba con alguna anciana totalmente enlutada que, ante su presencia, se tapaba la cara con el pañuelo avergonzada ante la presencia de aquel extraño o daba los buenos días a un grupo de mujeres y ancianos que le respondían educadamente; pero sin fijarse en él. Todos caminaban en la misma dirección y deprisa como si alguien los esperase al final de la calle. Hacía ya un buen rato que las campanas habían dejado de tañer y su eco atronador se había camuflado entre los campos, por lo que la mayoría de ellos se perdería parte de la misa. Viejas casas de barro y tapias de adobes raídas por la lluvia y por los años le saludaban a diestro y siniestro. Las heridas de las grietas sobre la superficie de los adobes se dolían como si de un ser vivo se tratara. Solo los pilares y la mitad de la parte baja, construida en piedra, se mantenían férreamente enhiestos; pero los interiores empezaban a acusar la avaricia del tiempo y el abandono, las heridas de las goteras de los tejados, el recalo de balcones y ventanas, la rotura de la lucerna que daba luz al doble y a la escalera. Las paneras sudaban un ambiente de humedad, los pajares olían a agua y las tenadas venidas abajo en un silencioso derrumbe pretérito anunciaban el clima triste del pueblo. Contempló un huerto que era más jardín que otra cosa. No estaban ni el lilo ni el jazminero, y los rosales, asilvestrados, se enredaban en los barrotes de una ventana, taponándola por completo, confundiéndose con los pámpanos y los racimos de uva de la parra seca. Una higuera languidecía y de sus ramas solo colgaban hojas en las extremidades. Puertas envejecidas, cubiertas de clavos negros y de agujeros protegían del exterior los corrales. Servando no se extrañó de la ausencia de construcciones de ladrillo. Aquellos pueblos de Castilla eran todos iguales: llenos de pobreza, miseria y envejecidos por todas partes; pero el interior de sus gentes era noble, sincero y acogedor con el forastero. Era una de las diferencias con la gran ciudad. Se fijó en que no había farola alguna en las calles, como en Arroyuelo. La noche sería negra y oscura como la boca de un lobo. Después de recorrer la calle de Las Eras, la de El Calvario y el Camino de Las Huertas, unos ladridos familiares le sorprendieron. Paró la burra con un “so” seco y descabalgó, agarrando su pierna mala con ambas manos. Ató a Peluda a la arandela que sobresalía de la pared de barro y entornó el picaporte de la puerta corralera, detrás de la cual Chita olisqueaba impacientemente. Al abrirla, Chita saltó a su alrededor y le mordisqueó los negros pantalones de pana. Una juvenil voz femenina salió del interior de la casa.

- ¡No dejes la perra fuera, Blanca!

Sería Petra quien hablaba y golpeó el postigo con los nudillos. Le parecía de mala educación entrar en casa forastera sin llamar. Olía a domingo a la entrada del portal y en la habitación donde Petra se mudaba de ropa. Al oír los golpes salió al portal a medio vestir para recibir a Jaime. Se sorprendió al ver al maestro quien, notando su azoramiento, agachó la cabeza. La sensual blancura del inicio de dos senos redondos resguardados en aquel sujetador blanco y la tersura de dos bonitas y largas pantorrillas se instalaron en su retina. Petra se disculpó con un inaudible "perdón", sacó la *rodilla* del mandil, se tapó los pectorales y regresó al interior. Al cabo de un rato volvió a salir al portal, ya con la bata negra encima. Servando no se había movido de donde estaba. Quiso disculparse.

- Lo siento, señora, pensé que…

Petra le evitó la disculpa.

- Que estábamos en misa. Jaime me puso al corriente de su visita y por eso no he ido. – Le hizo un gesto con la mano-. Puede usted pasar. –Acudió a su encuentro y le extendió la mano -. Soy la madre de Jaime. Encantado de saludarle, don Servando. Mi hijo me ha hablado muy bien de usted. Gracias por acompañarlo.

Quedó azorado. No le salían las palabras. Ella jugaba con ventaja. Su hijo le habría hablado mucho de él; pero él poco sabía de su madre. El recuerdo de sus semidesnudos senos le traicionó el cerebro. Salió de aquella embarazosa situación acariciando la cabeza juguetona de Chita.

- Puede usted sentarse. – Y le indicó el banco de madera que descansaba desde hacía años en el portalón y en donde el abuelo Juan pasó la mayoría de las horas de sus últimos años de vida -. Mis hijos estarán a punto de llegar. Discúlpeme, pero tengo el pote en la lumbre.

Se sentó y pronunció sus primeras palabras sin azoramiento.

- No se preocupe por mí, señora. ¡Estoy acostumbrado a la soledad!

Y mientras acariciaba a Chita, no podía dejar de pensar en aquella mujer. A pesar de ir enlutada, parecía joven y era hermosa.

Tendría poco más edad que él pero aparentaba ser mucho más joven. Sin quererlo, le vino a la memoria Atenea y la comparación de ambas se mostró en su interior. Había ya tonteado con Atenea con juegos verbales, miradas picaronas, juegos sexuales bajo las faldas de la mesa camilla y creía que pronto caería en sus brazos, pero nada que ver con Petra. Se avergonzó al pensar que era la madre de su amigo e intentó apartar aquellos lascivos pensamientos. Una fuerza interior se lo impedía. El sonido del picaporte lo transportó a la realidad. Chita se soltó de él y corrió a la entrada. Junto a Jaime apareció una espigada joven, muy morena de piel y pelo, de ojos castaños y labios carnosos. Sin duda alguna, sería su hermana.

- Hola, Servando, ella es mi hermana Blanca.

Se levantó del banco e hizo amago de alargarle la mano, pero ella no se paró ni le correspondió. Agachó la mirada, avergonzada. Servando tuvo tiempo suficiente de advertir en ella frialdad y rechazo. ¡Qué tímidas eran las chicas aldeanas!

- Mucho gusto en conocerte. Tu hermano ya me ha hablado de ti, pero creo que no exageró al describirte. –Cambió la mirada y se dirigió a Jaime-. ¿Qué tal se ha portado don Manuel?

- Como siempre, - dijo con desgana-. Hoy nos ha largado este papel. Toma, puedes leerlo, - dijo- Hay en él palabrejas muy raras!

Servando apenas prestó atención a las palabras escritas en aquel papel. Poco le importaba que un tal Besteiro, republicano de alta enjundia, reconociera que la guerra la tenían perdida y que se quejara de que los altos cargos republicanos se hubiesen refugiado en Francia. Y menos aún que el gobierno legal hubiera quedado decapitado. Su azorada mirada seguía la estela de aquella figura que se refugiaba en el interior de la casa, aunque disimulara leyendo aquel papel. En su retina quedaron grabadas las imágenes de dos prominentes senos que luchaban por escapar de aquel vestido blanco que cubría su cuerpo hasta las rodillas. La imaginó desnuda. Aquellas caderas esculpidas por modélico y perfeccionista carpintero le nublaron el cerebro. Su cara era el vivo reflejo de la de su madre. Se le cayó el papel al suelo. Unos gritos infantiles lo despertaron del ensueño sensual. Jaime tomó en brazos a su hermanita y la besuqueó repetidamente mientras Servando recogía el papel del suelo.

- Es Atenea y ya casi tiene dos añitos – La posó en el suelo y se dirigió a ella -. Dale un beso al señor. Es mi amigo y se llama Servando.

La niña dudó, avergonzada, y no se atrevió a moverse de entre los brazos de su hermano. Servando le hizo una carantoña para ganarse su confianza. La niña sonrojó mientras lo escudriñaba de arriba abajo. Reparó en su enorme tacón de madera y con palabras entrecortadas, le preguntó:

- ¿Qué es eso?

Jaime se disculpó ante Servando; pero éste quitó hierro a la pregunta.

- La pierna se me puso malita, me salió una pupa muy grande y no podía andar, por eso me hicieron esta bota de madera, para poder moverme.

- ¿Me la enseñas?

La volvió a reprender, pero Servando se remangó el pantalón de pana y le mostró la pierna de palo. La niña hizo un gesto de sorpresa llevándose la palma de la mano hacia la boca y echó a correr hacia la cocina. ¡Tiene una pata de pala!, ¡tiene una pata de palo!, gritaba sorprendida mientras entraba en el caserón.

- Las preguntas de los niños nunca son maliciosas. Ellos quieren saber y no podemos engañarlos.

¿Por qué se sorprendía de las preguntas de su hermanita y de sus reacciones infantiles si él había hecho lo mismo hasta no hace mucho tiempo? ¿No sería que ya se había hecho mayor al sentir vergüenza ante las mismas? Servando se sintió sorprendido al escuchar la siguiente pregunta, totalmente descontextualizada.

- ¿Te ha parecido guapa mi hermana?

Servando enrojeció. Parecía increíble que un niño de apenas quince años hiciera sonrojar a un excombatiente con tanto mundo a sus espaldas. ¿Qué urdía aquel chaval? ¿Simplemente se vanagloriaba de su familia o buscaba algo más? ¿No le habría tendido una trampa? Desvió aquella lanza como pudo.

- Tus dos hermanas tienen a quién parecerse.

En ese momento asomó a la puerta Petra.

- Ando liada con la comida. Discúlpeme, don Servando. – Y se dirigió a su hijo -. ¡Podías enseñarle el pueblo a don Servando mientras termino de cocinar! – Acto seguido, miró a don Servando -. Aunque todos los pueblos parezcan iguales, una siempre cree que el suyo es el mejor.

Mensaje recibido. Podría enseñarle la iglesia ahora que don Manuel se había ido de Piedrahíta. Le pediría la llave a doña Engracia. No se la negaría si le acompañaba un forastero y menos aún cuando se enterara de que era el maestro de Arroyuelo. A Servando no le disgustó la idea. Al llegar a la plaza, Jaime apuntó al frontón de piedra.

- Antes, todos los domingos había partido de pelota ¡y mi padre era el mejor!, - dijo, hinchando los pulmones de aire -. Ahora ni siquiera hay hombres suficientes para hacer un partido.

Servando fue consciente de su dolor interior porque sabía que su padre era su ídolo. Dejó que vaciara su abatimiento.

- Y ahí, detrás de la iglesia, en La Poza, no había quién le ganara a la calva. Por eso don Ramón lo odiaba tanto, porque siempre perdía contra él. Y en aquella escalera – y señaló los escalones de entrada a la iglesia -, era donde se sentaba mi hermano Venancio para ver pasar la vida de los otros. ¡Estaba enfermo el pobre!

Servando entendió que más que visitar la iglesia, lo que a Jaime le llenaban eran los recuerdos, pero todos eran tristes y él no quería verlo así.

- ¿Dónde vive la tal Engracia?

Enarcó las cejas con aire de descontento.

- Es una vieja beata muy amiga de don Manuel, - arguyó con desprecio -. ¿Seguro que quieres ver la iglesia? Es como la de Arroyuelo, fría, con muchos Santos y muy

vieja. Si quieres, te llevo al Teso de la Bubilla y te enseño el peral que plantó mi padre. ¡Es hermoso!

- ¿Y queda lejos la Bubilla?

Había olvidado lo de su cojera.

- Déjalo. Está muy lejos para ti. Quería enseñarte el lugar donde enterré a Pardo, un gatito del abuelo que se murió de viejo. Mi abuelo Juan se reía de mí cuando se enteró de ello. Y yo creo que el peral da tantas peras gracias a mi gato. ¿Tú que crees?

- Un ser querido siempre ayuda a los que le aman. ¡Seguro que sí!

- ¡Urra! ¡Lo sabía!, - vociferó dando saltos de alegría -. Seguro que la vieja encina de Torpe se llenará este año de bellotas. Yo la amaba mucho y creo que ella a mí también. Y si alguien nos diera un cerdito, lo cebaríamos con las bellotas. Y el cerdito traería más cerditos y ya nunca más pasaríamos hambre en invierno, ni tú, ni yo ni Carol, ni mamá ni mis hermanas. Y al año siguiente Torpe le diría a la encina que tenía que seguir dando más bellotas. ¿No te parece maravilloso?

Servando no comprendía aquel cambio de ánimo tan brusco de su amigo. Era como si hubiese retrocedido tres años, a la etapa de su niñez o tal vez a la de Atenea. Le siguió el juego.

- ¡Sería espléndido!

- Y el abuelo Juan sería feliz viendo a su nieto haciéndose cargo de toda la familia. Y papá, desde el purgatorio, se enorgullecería de mí porque ya era un hombre, porque me preocupaba de buscarle marido a mi hermana, porque… - Se paró en seco. Había metido la pata y Servando lo había pillado -.

- ¿Así que estás buscando marido a tu hermana? ¿No habrás pensado…?

- Es un secreto, Servando, y confío en que lo guardes. Blanca está embarazada y mi madre no quiere

que se quede soltera. Había pensado…

- ¡Es una niña. Jaime! ¡Yo podría ser su padre!

- Lo sé, pero tú eres bueno, estás solo y cuidarías de ella y de su hijo.

- ¿Y ella qué piensa?

- No sé en Salamanca cómo será lo de los casorios, pero aquí no cuenta lo que piensen ellas. Los papás las casan con quien ellos quieran. Y como papá ha muerto…

- Eso era antes, Jaime. Tu hermana ha recorrido mundo y ella tiene derecho a elegir libremente su futuro.

- No sé si te dije que a mi novia la ha casado su padre con otro; pero nos vamos a casar, pase lo que pase.

- ¿Y tú quieres casar a tu hermana en contra de su voluntad?

- Porque creo que es lo mejor para ella.

- Eres un niño lleno de contradicciones. ¿Lo sabe tu madre?

- Puede que lo desconfíe, pero saber, no sabe nada. Todo son cosas mías.

Servando frunció el ceño.

- Cada vez me sorprendes más, Jaime. Creo que ya va siendo hora de comer. Tu madre nos estará esperando.

Dejaron la plaza atrás y dieron la espalda a la iglesia, al nido de cigüeña que rodeaba una veleta en forma de cruz y a una ancha torre de piedra que sobresalía por encima de los tejados de las casas y de las cuadras. En alguna de ellas viviría doña Engracia, pero le importaba un comino encontrar la llave y enseñarle a su maestro la iglesia. Pasaron delante de dos viejas vestidas totalmente de negro que charlaban delante de unas puertas corraleras. Al advertir su presencia, se escondieron tras la puerta y la dejaron entreabierta. Servando ya había advertido en más de una ocasión esa forma tan peculiar de

actuar de las ancianas de Arroyuelo. Jaime terció en su pensamiento.

- Cuchichean. Son todas unas *calduceras*.

Y entonces le vinieron a Servando pensamientos de culpabilidad por lo que aquel chiquillo se traía entre manos. “Cuchichean”. Maestro solterón, joven viuda, moza casadera… Garbanzos revueltos en un mismo potaje. Se vio como fiero león atacando a una presa indefensa, como gallo capón montando a las gallinas. “Cuchichean”. Le estarían deseando el infierno eterno por su pecado. Y él sin comerlo ni olerlo. Le entraron ganas de regresar a Arroyuelo y hasta el hambre se le fue de viaje; pero sería una descortesía grave dejar plantada a Petra, la cual llevaba cocinando toda la mañana para ellos dos por algo que ni ella misma se imaginaba, algo que sólo existía en la cabeza de aquel chiquillo buscapleitos. Temió la fiera mirada que Blanca le había clavado en sus ojos cuando se la presentó y ahora entendía el porqué. Caminaban cansinos por la calle de El Medio cuando Jaime se frenó en seco junto a un rincón. Se acercó a él y señaló, emocionado, una piedra muy lisa incrustada entre los adobes de la pared a la altura de su cintura.

- ¡Aquí jugábamos a la cuarta antes de la guerra! ¿Tú has jugado alguna vez a la cuarta?

Servando no quería defraudarle, pero desconocía aquel juego.

- En la vida he oído hablar de ese juego.

¡Qué aburrida sería la vida de una ciudad sin el juego de la cuarta! Él siempre creyó que aquel juego lo conocerían todos los niños de todos los pueblos de España, incluso aquellos que vivieran en las aldeas que habían nadado al otro lado de un gran charco.

- Otro día te enseñaré cómo se juega.

Entre el juego y los cuchicheos llegaron a la cocina. Servando se sentía como un extraño en aquella mesa-camilla alrededor de la cual se sentaban la abuela, que lo miraba de vez en cuando por debajo del negro pañuelo que le cubría la cabeza y enseguida apartaba la mirada; Blanca, que ponía la nota de juventud y belleza; Atenea, que trasteaba con todo lo que se encontraba a su alrededor; Jaime, que lo observaba todo como el ojo de un Dios Supremo y Petra, que servía, de pie, la mesa. Apenas reparó en el sabor de aquel único plato de puré de patatas al pimentón que Petra vació en cada escudilla de madera

directamente del pote ni alargó más de la cuenta cualquiera de los comentarios de Jaime o de su madre. El sentimiento de culpabilidad por la finalidad de su presencia en la cocina, que Jaime había maquinado, lo postró en un estado de ansiedad y de prisas por desaparecer de allí en cuantos antes, sin perder por ello ni la compostura ni la educación. Jaime también lo debió de interpretar así, ya que los dardos envenenados que Servando presumía que lanzaría contra la presa se quedaron en sintéticas apreciaciones sobre la historia del maestro y sobre su soledad en Arroyuelo. Regresaron al pueblo antes del atardecer y Jaime olvidó por completo el tema. Su castillo de arena se había derribado por su propio peso.

A la semana siguiente observó un hecho insólito que por un lado le asustó y por otro le alegró. Mientras sacaba agua del pozo oyó ruidos en la casa de los señores. Sólo de cuando en cuando doña Atenea y Carol la oreaban, pero nunca a aquella hora vespertina. Posó el caldero en el suelo y se acercó a la puerta de la casa. En ese momento, Servando salió de ella. El encuentro sorprendió a ambos. Servando le echó el brazo por encima del hombro y se dirigió al centro del corral como quien no había matado una mosca en su vida. Disimuló.

- ¿Cómo están tus animalitos?

Sospechó que aquella pregunta era una evasiva para apartar los verdaderos motivos de su presencia en aquella casa. Percibió el suave ruido de una cerradura en el interior de la casa seguido de unos taconeos en la calle. ¿Qué había pasado allí dentro? ¿Desde cuándo entraba él en aquella casa cerrada a cal y canto desde aquella tarde de año nuevo? ¿Quién había estado con él? ¿Por qué salía por la puerta trasera y no por la principal? “El hombre, Jaime, es esclavo de sus palabras”. Y le hizo caso al abuelo guardándose sus silencios.

- Sedientos, Servando, sedientos.

47

2 de abril de 1939. ¡La guerra ha terminado!

Unos días antes de que Franco anunciara que la guerra había terminado, se recibió por fin una carta del señorito. La remitía desde

Madrid y anunciaba que habían hecho prisioneros a más de cuarenta mil rojos. “Se entregaron como ratas”, subrayaba. Decía que todo esto terminaría pronto y que volvería a Arroyuelo para viajar con todos ellos a Salamanca, en donde ocuparía un puesto importante en el cuartel militar. Les recordaba que los quería mucho, que los había echado de menos y les mandaba besos y abrazos. Mientras el abuelo leía la carta, toda la familia escuchaba en silencio, incluido don Servando, que ya parecía uno más de la familia. Carol frunció el ceño y observó a Jaime. “Los llevaría para Salamanca”. La idea de la huida pasó por la mente de Carol como un rayo y el estruendo posterior del trueno rebotó en el cerebro de Jaime, atolondrándole las ideas. Con Carol se iría la dulce costumbre de los juegos, el roce de unos dedos y el de un pelo sedoso, las miradas cómplices y furtivas, el latir descompasado del corazón cuando la veía a lo lejos, las tardes de los domingos, con sus trajes inmaculadamente blancos que bailaban, como palomas, en las plazas cuadradas del recuerdo y él no se atrevía a acercarse a ella. Al fondo de su imagen, un telón de campanas alegres de misa mayor por el aire, un alto vuelo de golondrinas y otro de pardales. Quiso imaginar que Carol regresaría, desobedeciendo las órdenes de su padre, para darle la mano y caminar juntos por las callejas cómplices y oscuras del pueblo y compartir los secretos que aventaba el aire norte que enfriaba sus caras al anochecer, cuando se despedían para refugiarse en sus casas. Las campanas de la torre de la iglesia de Arroyuelo espantaron con sus repiques a las cigüeñas del nido, obligándolas a levantar el vuelo hacia el charcón del prado y salpicaron por las paredes de la cocina los pensamientos de Jaime. Eran las cinco de la tarde del dos de abril de mil novecientos treinta y nueve y don Manuel les convocaba en el templo. A pesar de la hora poco apropiada, nadie faltaría. Se barruntaban buenas noticias. Hasta don Servando acudió a la cita. ¿Sería la primera vez que pisaba una iglesia?, - se preguntó. Don Manuel no se hizo de rogar y tras comprobar con la mirada que ningún vecino faltaba a la fiesta litúrgica, entonó un cántico de alabanza y de acción de gracias al Señor, dirigiéndose al Sagrario. Finalizado el mismo, se volvió hacia el público y observó al expectante auditorio.

> - Hoy es un día de alegría y de fiesta. ¡La guerra ha terminado! – Y a continuación leyó algo que llevaba escrito en un papel -. “En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. (Fechado en Burgos el 1 de abril de 1939)”.

La verruga que sobresalía de su pálida tez le recordó el instante

de miedo que pasó al consultarle lo del infierno de su padre y sus hermanos. Seguía brillando como una minúscula boñiga, redonda y húmeda. Se acordó de que no había rezado por ellos. Por su culpa seguirían en el infierno. Don Manuel continuó.

- La guerra santa ha terminado y los infieles han sido derrotados; pero no por ello debemos bajar la guardia. Nuestro Salvador ya ha alertado a todos los españoles por radio para mantener la paz. – Y volvió a releer el papel que descansaba en el altar -. "¡Españoles, alertar la paz no es un reposo cómodo y cobarde frente a la Historia; la sangre de los que cayeron por la Patria no consiente el olvido, la esterilidad, ni la traición. ¡Españoles, alerta! El amor y la espada mantendrán, con la unidad de mando victoriosa, la eterna unidad de España. España sigue en pie de guerra contra todo enemigo del interior o del exterior, perpetuamente fiel a sus caídos. España, con el favor de Dios, sigue en marcha. Una, grande, libre, hacia su irrenunciable destino. ¡Arriba España! ¡Viva España!".

Por el rabillo del ojo comprobó que ningún gesto especial asomó a los rostros de Servando y del abuelo don Ramón. Después de misa siguió a Servando calle arriba y se puso a su vera. Deseaba hacerle unas preguntas.

- ¿Tú crees que ha terminado la guerra?

Servando no quitaba ojo del suelo como si temiera tropezar en cualquier hoyo. Al cabo de un rato, se detuvo y lo miró fijamente a los ojos.

- ¿Qué te hace pensar lo contrario? El cura ha leído el discurso del General Franco al pie de la letra.

- Es que a mí me ha entrado mucho miedo. Hablar de paz utilizando la palabra espada y no consintiendo el olvido me hace pensar que aún estemos en guerra. ¿Tú qué crees?

Servando continuó la marcha en silencio y cojeando, llegó al portal de su casa. Se detuvo frente a él.

- No tienes de qué preocuparte. Tú no has matado a nadie ni has luchado en ningún bando. ¡Quién pudiera ser un niño!, - anheló.

- Tu respuesta me deja aún más preocupado. ¿Quieres decir que a todos los del bando contrario los fusilarán?

Se sentó en el poyete del portal y lió un cigarrillo con parsimonia. Lo encendió y expiró una bocanada de humo, clavando su mirada en ella.

- Tal vez tengas razón. Confío en que las atrocidades de la guerra, el odio monstruoso que ha generado y la furia instalada en los corazones de los vencedores no degenere en exterminio y perdonen a los vencidos. Ya es bastante castigo la humillación de haber tenido miedo y seguir teniéndolo; pero, desgraciadamente, las palabras del General no me hacen ser muy optimista. No consentir el olvido, la esterilidad, ni la traición hará que la guerra continúe. Nada volverá ya a ser como antes.

- Entonces, ahora que ha terminado la guerra, ¿se volverán a sembrar los campos y retornarán las mieses a las eras? ¿Volveremos a uncir la Rubia y la Sevillana al yugo y sacaremos los carros para el acarreo?

Servando lo miró con tristeza.

- Yo no entiendo nada del campo, Jaime, pero quédate tranquilo. Todo se andará. La vida tiene que seguir, a pesar de la guerra.

48

Aún no había sacado las vacas al campo cuando Carol se le presentó por sorpresa en el pajar.

- Hoy no había cacharros que fregar.

La miró a los ojos, preocupado.

- No quiero que termine la guerra, Carol.

- ¡Qué bobo eres! ¿Por qué?

- Porque volverá tu padre, os llevará de Arroyuelo y yo me moriré de pena.

- Eso ya lo hemos hablado, Jaime. Tengo dieciséis años y pronto cumpliré los diecisiete. Me quedaré contigo.

Se sentó en el comedero de Torpe y tomó a Carol de la mano. Se la apretó con fuerza.

- El otro día soñé contigo. Fue un sueño muy raro. Vivíamos en una casa de campo, entre encinas, alejados de cualquier pueblo y rodeados de vacas, de Chita y de Torpe. Teníamos dos chiquillos, pero sus caras eran la de Venancio y la del abuelo Juan. Blanca también estaba allí con una preciosa niña en brazos. Se llamaba Carol. De pronto, alguien entró en la casa y efectuó unos disparos. Quería matarnos a todos. Yo quise correr detrás del bandolero, pero mis pies estaban adheridos al suelo. Se oyó un disparo y vi salir la bala del cañón. Venía hacia mí; pero justo antes de que penetrara en mi cuerpo, desperté. Estaba sudando. El rostro del asesino del sueño me era muy familiar, pero por más que quise recordar, no conseguí reconocerlo.

- ¡Qué sueño más bonito, amor mío! Y ¡qué cruel a la vez! Olvida al desconocido y quédate con lo demás. ¿Ya no miras nunca a Torpe?

- Sí, pero sólo por las noches.

Se abrazaron. Una rara sensación de felicidad recorrió sus cuerpos al juntar sus labios. Hacía calor en el pajar. Las lágrimas nacían en el corazón, ardían en sus ojos y morían en sus labios. ¿Por qué lloraban? Sólo el destino lo sabía. Cuando horas más tarde despertó, Carol ya no estaba a su lado. Aún estaba sudoroso. Recordó las palabras del Generalísimo: “la sangre de los que cayeron por la Patria no consiente el olvido, la esterilidad, ni la traición” y aunque no supiera el significado de la segunda, toda la frase rezumaba miedo. Salió al corral y se refrescó la cara. “La vida tiene que seguir, a pesar de la guerra”, y sacó a los animales al prado.

Finales de abril de 1939.

Un anodino abril consumía lentamente sus días sin que el calendario de don Ramón reflejara anotaciones relevantes. Jaime se refugiaba en la cocina de palos de papá, porque ya era la cocina de palos de papá, esperando y temiendo la vuelta del señorito; pero ninguna noticia se había recibido de él. Había sacado el viejo papel de debajo de la camilla y lo había hecho añicos. La guerra había terminado y deseaba olvidarse de todo lo que oliera a ella. Encendió el fuego con la última cerilla que le quedaba (tal vez no necesitara más, pues tendría que volver con mamá muy pronto) y arrojó los trozos de papel a la lumbre. Chita miraba el humo que ascendía por la chimenea. ¿Entendería ella que los recuerdos de la guerra se perdían en las alturas para siempre? Se refugió en sus pensamientos y se alegró de que su madre se hubiera resignado a respetar la decisión de Blanca de tener el hijo sin buscarle un padre putativo, de que Servando se hubiera aficionado a desempolvar los muebles de la cerrada casa del señorito, de que Carol se hubiera contagiado de él y vivieran en un mundo romántico, apasionado, lleno de ilusiones y esperanzas y de que todas las noches se asomaran al balcón del cielo y se amaran bajo la atenta mirada del ojo de Torpe hasta que una nube traicionera lo borraba del firmamento. Alrededor de la luna volaba cuando los ladridos de Chita le advirtieron de la presencia de alguien en el corral. Salió a la puerta de la cuadra.

- No me pegues estos sustos, Servando.

El maestro flexionó la pierna buena en señal de arrepentimiento y se introdujo en la cocina.

- Podrías arrimar un poco de leña al fuego. No vendría mal con este frío.

- Simplemente quemaba recuerdos. – Se acordó de las frecuentes visitas a la casa de la madre de su novia, pero creyó oportuno no meterse en camisa de once varas -.

Don Servando se sentó junto al lar y sopló con el fuelle.

- Malas noticias, Jaime. Se rumorea que pandillas

de excombatientes nacionales recorren los pueblos de España tomándose la justicia por su mano. Aunque los reciban con repiques de campanas o vítores al Caudillo, arrasan con todo lo que huele a rojo. En cada pueblo encontrarán al delator de turno que por miedo a represalias apuntará a su convecino como comunista, huido o anticlerical. Delatar al enemigo es una obligación patriótica, una forma de extirpar el cáncer del comunismo que aún pudiera quedar y, sobre todo, la manera más clara y directa de demostrar la adhesión a los vencedores. Así nos lo explicaron en el cuartel y ahora se cumplirá, como se verificarán los presagios del apagado Azaña antes de tiempo. A estas unidades de hombres, si es que se les puede agraciar con tal apelativo, les hierve la sangre iracunda con la intolerancia, el odio y el apetito de destrucción.

- Entonces, - exclamó Jaime – es que la guerra no ha terminado. ¿Quién cuenta esas cosas?

- Ciertas emisoras de radio, pero no la que escucha don Ramón.

- Pero será como la guerra, que nunca llegó a Arroyuelo.

Servando lo miró con ojos compungidos.

- ¡Ojalá tuvieras razón!; mas parece que esta vez andan muy cerca. ¡Ya han llegado a la comarca de Trasmonte!

Se turbó. Pensó en Carol, en Salamanca y en el miedo. Otra vez el dichoso miedo. Intentó hacerse el valiente y presumir de lo que le faltaba.

- ¿Acaso tienes miedo?

- El miedo se lo llevó hace mucho tiempo la pierna que me falta, pero no quisiera ver más injusticias ni más muertos.

- ¿Sabes que yo tengo un escondite que nadie encontrará nunca? Podrás venir allí conmigo.

- No lo has entendido, Jaime. Te he dicho que no tengo miedo ni nada de qué esconderme; pero esto huele a represión, a abusos y a aniquilación del adversario. Te dije en cierta ocasión que existía una guerra dentro de la guerra, pues esto será otra guerra después de la guerra.

Se aturdió ante el pesimismo de su maestro. Él que creía haber enterrado para siempre la dichosa guerra y ahora llegaba Servando y se la recordaba. El recuerdo de su padre y de sus dos hermanos regresó a su pensamiento.

- Ya no habrá vivos que matar, al menos en Arroyuelo.

- No te fíes, Jaime, no te fíes. Madres, padres, esposas, novias, hijos o hermanos de cualquiera con un pasado turbio sufrirán su ira.

¿Correrían peligro mamá, Blanca, Atenea e incluso Carol por ser su novia? Don Manuel le había echado en cara que su padre estaría en el infierno por no acudir a la cruzada. Quiso corregir a Servando.

- ¿No estarás exagerando? ¿Qué te hace pensar que esas cuadrillas, si es que existen, puedan ser tan malvadas?

- Sus ojos, Jaime, sus ojos. Advertí en la guerra su ira, su sed de venganza, su hambre de muerte y de escarmiento; pero no me hagas mucho caso. Todo ocurrió cuando lo de la pierna. Creí morirme y pensé que todos los que estaban a mi lado querían matarme. Puede que fueran visiones de un moribundo.

Aquel maestro excombatiente debía de tener muchos silencios guardados, muchos más que los que descubría y la última ocurrencia sería una disculpa barata para no atormentarlo. No le dio tiempo a lanzarle otra pregunta, pues se levantó de la banqueta y lanzó el grito al cielo.

- Hay días en que esta puñetera pierna no soporta al burro que lleva encima.

Le quedó la duda del significado de aquella queja y le acompañó hasta la calle. Al llegar a ella, Servando se volvió en la oscuridad y le

acarició el cabello.

- Nunca tengas miedo al futuro. Los chicos valientes como tú siempre salen adelante. ¡Hasta mañana, Jaime! ¡Que descanses!

50

Ramón Carrasco recorría los polvorientos caminos de la vega de Arroyuelo orgulloso de sus numerosas fincas y se las mostraba a aquellos cuatro militares que le acompañaban en un destartalado coche militar. Había ascendido a Teniente al finalizar la contienda y desde que ésta terminara se había dedicado a recorrer los pueblos entre Madrid y Salamanca, y entre Salamanca y Arroyuelo, impartiendo justicia militar al grito de ¡Arriba España! Aún no había entrado en Arroyuelo, pues quería que sus acompañantes admiraran antes sus posesiones. En uno de los prados, muy cerca del río, divisó la figura de dos hombrecitos cuidando de cuatro vacas. Una saltarina perra olfateaba a su alrededor. Frunció el ceño.

- Son mis cuatro vacas y mi hija, - desgranó con parsimonia y orgullo.

El chófer, con categoría de Sargento y de origen rural, intervino.

- ¿No tienes criados que siembren estos campos?

Ramón alzó la gorra militar. Una leve calva asomó por encima de su frente.

- Tenía uno, y muy trabajador; pero me salió rojillo el hijo de puta. El mocoso que cuida las vacas es su hijo. Tal vez tengamos que darle algún susto.

Nadie respondió y la polvareda del camino dejó atrás a Carol y Jaime, que seguían con su mirada, extrañados, la débil silueta de aquel coche que se dirigía hacia el río por entre los plantíos. Al

atardecer de aquel doce de mayo Servando volvió a irrumpir en su cocina. Esta vez venía asustado.

- Vengo a despedirme, Jaime.

El muchacho no salía de su asombro. ¿Despedirse? ¿Es que acaso pensaba irse de Arroyuelo? ¿Qué habría pasado? ¿Lo habría sorprendido el abuelo con Atenea?

- El Campesino ha regresado. Sí, el que me disparó por la espalda. ¿Sabes quién era? El padre de tu "amiguita", - dijo con desprecio -.

Tenía prisa Servando y al hablar, las palabras se atropellaban unas contra las otras. Le dio un vuelco el corazón. ¿Cómo él no se había enterado? ¿Por qué Carol no había venido a contárselo? "No quiero verte más con ese mocoso", - recordó -. Pero siempre se buscaba una disculpa y encontraba una rendija por donde burlar a su padre. No le salían las palabras. El miedo se instaló en todo su cuerpo. ¿Se llevaría a Carol? ¿Tendría él valor para ir a cenar aquella noche a casa del abuelo como lo hacía todas las noches desde lo de papá? El maestro seguía hablando, muy nervioso.

- Lo han visto con cuatro militares más. A mí me sorprendió hablando con su padre en el corral y nos reconocimos al instante. Estuvo amable conmigo; pero en sus ojos advertí un odio insostenible, una ira inhumana, un ansia de venganza y de exterminio indescriptibles. Al amanecer desapareceré del pueblo. Necesito pedirte un favor y quiero que sea un secreto entre los dos. ¡Pide la burra a la mamá de tu amigo! y no digas que es para mí. Invéntate cualquier pretexto. Ya me encargaré yo de devolvérsela.

- No comprendo tus miedos. Tendría que estar agradecido de tu perdón. ¿Qué puede tener contra ti?

- La guerra no tiene respuestas lógicas. Todos somos sus víctimas. Reconozco que tengo miedo. Por eso escapo de aquí. ¿Me das un abrazo?

Jaime no quería perderlo. Todo sucedía demasiado deprisa. ¿No se había terminado ya la guerra? Otra vez la maldita pregunta afloraba a su cabeza. Se dio cuenta de que cada vez se quedaba más

solo, de que todos sus amigos se iban a alguna parte.

- Entonces, ¿no volveré a verte más?

- Tampoco se trata de eso, Jaime. Eres un chico valiente, listo e inteligente; pero recuerda que aquel fascista al que le faltaba un ojo y un brazo gritó aquello de "¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!". Y que conste que no tengo nada en contra de los fascistas. Es más, no te lo tenía que haber dicho; pero lo dicho, dicho está. Te aconsejo ver, oír y callar. Cállalo todo, Jaime. Tú no eres malo, no has hecho daño a nadie y aún eres un niño; pero tu familia está marcada por la mano negra de la muerte. Si admites un consejo, deja el pueblo y vuelve a Piedrahíta con tu madre. Cuanto más lejos estés de Carolina más posibilidades tendrás de subsistir, porque la subsistencia se convertirá en la obsesión de los perdedores. Aunque tú no hayas ido a la guerra, eres un perdedor. Con un poco de suerte hasta puedes sobrevivir.

¡Qué negativo se había vuelto el maestro de repente! "Ver, oír y callar". ¿Es que ya no podría hablar con nadie? "La subsistencia se convertirá en la obsesión de los perdedores" ¿Él, un perdedor? Y otra vez la dichosa mano negra de la muerte, aquella guadaña nocturna a la que él ya no temía. Y su familia marcada. ¿Qué había hecho su familia que hubiera disgustado a los vencedores, salvo irse muriendo? No entendía nada. "Cuanto más lejos estés de Carolina". ¿Cómo iba él a abandonar a su novia, a sus animales y su segundo pueblo? ¿No le había prometido a papá que cuidaría de ellos? "Subsistir, subsistir". ¡Que palabreja tan fea y tan negra! Pensó en su significado y se acordó una vez más de papá. Él también la nombró en varias ocasiones, aunque nunca hubiera ido a la escuela; pero jamás con el significado de "muerte". El abrazo de Servando le heló el corazón. Nunca antes había sentido latir un corazón tan fuerte. Él pensó que los latidos eran producidos por el miedo. Le acarició el cabello como si fuese su padre y se separó de él. Advirtió que unas lágrimas brotaban de sus ojos. Y él que creía que los hombres no lloraban nunca, al menos los que habían hecho ya la mili.

- Recuerda, Jaime, antes del amanecer espero la burrita.

Y desapareció cabizbajo de la cocina. Le seguían temblando las piernas. Era ya casi hora de cenar y los miedos al señorito le nublaron

el cerebro. Decidió hacerse el valiente como la noche aquella que escapó del escondite para leerle la carta de Juan a su padre. Aunque lo llamara mocoso delante de Carol, iría. El deseo de reencontrarse con su amada tiraba más que el miedo a ser avergonzado delante de ella. Salió a la calle. Antes tendría que visitar a la madre del Zarabeto y llevarse la burra a su cuadra, pues al amanecer aparecería Servando. "Con un poco de suerte, hasta puedes sobrevivir" ¿A qué se referiría Servando con aquella frase? Siempre le había parecido el maestro un poco romántico y exagerado. Seguro que se estaba equivocando, pero nada podía hacer para convencerlo. La decisión de huir por miedo ya la había tomado antes de visitarlo. ¿A dónde? Era un misterio. Por eso no se lo quiso preguntar, aunque sabía que si se lo hubiera dicho bajo secreto, nadie más lo llegaría a saber. Él se consideraba ya el mejor guardador de secretos, pues sólo el abuelo Juan era mejor que él y por eso los llevó todos a la tumba. Soplaba un viento seco y frío que silbaba por entre las rendijas de las puertas corraleras del Zarabeto. Nadie las abría y nadie contestaba. Las aporreó con más fuerza. Al otro lado de la calle y a espaldas suyas unos perros comenzaron a ladrar. Las tapias de barro del corral de donde provenían los ladridos lo protegían del miedo. ¿Dónde estarían madre e hijo? Con la duda en la cabeza y el temor en el corazón enfiló la calle arriba. Las puertas del abuelo don Ramón estaban abiertas. Entró. Estaba de suerte aquella noche, pues el señorito se había ido a la cama antes de tiempo. Atenea tampoco estaba. Más tarde, a la calor del fuego, Carol le susurró al oído que su padre debía de madrugar al día siguiente. Volvió a su cerebro la imagen de Servando. Parecía que todos tenían que madrugar mañana. ¿Y la burra? Debería volver a intentarlo. Con el estómago vacío salió a la calle, pero en casa de su amigo el Zarabeto nadie contestaba. Se lo explicaría a Servando al amanecer. Otra opción no le quedaba. El agujero que tenía en el estómago le ayudó a quedarse dormido. Y aquella noche no soñó nada. Aquella noche no tuvo miedo a nada. Aquella noche no ocurrió nada. A la mañana siguiente sabría que se había quedado aún más solo y escondido en la cuadra lloraría en silencio de impotencia por no haber podido conseguir la burra que necesitaba su amigo Servando.

51

Al día siguiente Carol llegó a la alameda con el sol casi ya puesto. Tenía prisa y el rostro desencajado. Lo disimuló como pudo y le dio un beso en los labios. Tendría que regresar a casa de inmediato antes de que su padre la echara en falta. Lo apretujó contra su cuerpo

y se quedó un rato más con él. Perdieron todos los miedos y se amaron, amparados en la soledad reinante. Después huyó a la carrera hacia el pueblo sin volver la vista atrás. A la segunda curva del camino la perdió de vista. Esperó un buen rato para darle tiempo a poner tierra de por medio y, parsimoniosamente, dirigió a sus animalitos hacia el pueblo. Los metió en el establo y se acercó al monte. Se cumplía el primer *cabodeaño* de la muerte de Torpe y deseaba contarle aquellas cosas que habían ocurrido últimamente en el pueblo. Mayo había adornado la tierra húmeda de la sepultura de Torpe con amapolas rojas y manzanilla silvestre amarillenta. Mientras Chita se revolvía entre las flores haciendo su cama, le hablaba a Torpe muy quedo para no desvelar su sueño. Y le contaba que don Ramón había vuelto de la guerra en un gran coche, vestido de militar, con cuatro hombres que se gastaban muy mala pinta y dos guardias civiles; que no había preguntado por ella, ni por la Rubia, ni por la Sevillana, ni siquiera por su pareja; que quería llevarse a doña Atenea y a Carolina a un cuartel de Salamanca y que había dispuesto que al año siguiente Carol regresara a Arroyuelo para casarse con Pedro, el palurdo ese de Piedrahíta. – Se sentó junto a las amapolas y comenzó a hablar aún más quedo y en primera persona-. Las cosas, Torpe, están ocurriendo demasiado deprisa desde que regresó el señorito. Don Servando, un buen amigo al que tú no llegaste a conocer y que era el maestro del pueblo, ha aparecido esta mañana acribillado a balazos a la puerta del cementerio. Nadie sabe quién ni por qué lo asesinaron. También quiero contarte que Chita está aquí, y que aquí se quedaría para siempre si yo no la arrastrase conmigo todos los días cuesta abajo. Y quería que supieras que pronto voy a ser tío, y entonces tendrás que venir conmigo a Piedrahíta para conocer a mi sobrino y hacerle mimos. Tengo que decirte que la abuela murió de vieja hace unas semanas, encorvada como esta rama de encina que te da sombra todas las tardes. Y tengo que preguntarte si te molestan estos trinos menudos, risueños y alegres que los gorriones lanzan al aire desde la verde cresta de la encina. Quería que supieras que le prometí al abuelo no volver a tirar piedras a los pájaros ni juguetear con sus nidos para que no los aborrecieran, y que por eso no puedo espantarlos; no obstante, Torpe, de noche permanecen mudos como la sombra y abonan el terreno para que crezcan las amapolas y la manzanilla. ¡Torpe, amiga mía!, ¿no te habrás olvidado de mí? Si por casualidad estás en los prados del cielo, recórrelos y busca a Venancio, a papá, a Juan, a Fernando y al abuelo Juan. Servando se ha ido hace muy poco y aún no habrá llegado. Si los encuentras, enraíza una rosa roja. Así sabré que están allí contigo. Y será un secreto, nuestro secreto, el secreto mejor guardado del mundo. Sólo Chita nos escucha; pero lo guardará de los humanos. Porque, ¿sabes, Torpe, que Carol

teme a los hombres? Sí, a todos menos a mí. Ella dice que son animales de dos patas. No quiero que te sientas ofendida, pero es que está muy molesta por lo que les hicieron unos forasteros a ella y a su madre. Aunque a mí no me haya contado los pormenores, tuvo que ser algo horrible, pues le cambió el carácter. Si estás aún despierta y paseas por allá arriba, quiero que mires a ver por dónde anda don Ramón y sus amigos, y si puedes penetrar en su interior, dime qué piensan de nosotros, si nos odian, si nos quieren eliminar por ser amigos de su hija. Y es que Torpe, y me avergüenza decírtelo, tengo miedo, mucho miedo y no quisiera tener que volver al horno de la panera y esconderme. No sé por qué se me van todos a los que yo contaba mis secretos y me hablaban de la vida. Se me fue Venancio envuelto entre pajas, como aquel niño del que tantas veces habla don Manuel, y se perdió el mejor contemplador de la vida. Se me fue el abuelo, ahogado por el chaguazo, y con su huida perdí la sabiduría del mundo. Se me fueron Juan y Fernando por culpa de la guerra. Se me fue papá sin que nunca pudiera ir a la escuela y por negarse a ir a la guerra. Te me fuiste tú, Torpe, cansada ya de tanto abandono y me dejaste tu ojo triste allá arriba. Y ahora se me va Servando, el sabio maestro salmantino, cuyo mayor delito ha sido caerse en Arroyuelo para enseñar a unos cuantos niños su experiencia de la vida. Y se me quieren arrancar del alma a Carol, pero no lo conseguirán porque la tengo guardada en ese cuartillo secreto que me enseñó a descubrir el abuelo Juan y nadie localizará la llave que lo abra. Todos me habéis dejado solo, incluso el río con su centenario fresno asesino. Aunque tal vez, Torpe, el río no me haya dejado a mí, sino yo a él por culpa del miedo. “El río es traidor y el agua no tiene ramas donde agarrarse”, me dijo un día el abuelo. Y cuando acudí a bañarme, las piernas se me paralizaron y todo el cuerpo me temblaba. Y después vi fantasmas entre las corrientes y oí los desgarradores gritos de auxilio de los tres niños ahogados. Y por eso no volví más a él. Y ahora, Torpe, me he quedado solo, sin nadie a quien contar mis secretos, a quien preguntar mis dudas, a quien poder amar y besar. Por eso quiero, Torpe, ahora que empieza a anochecer; ahora que el sol se esconde y tu ojo triste asoma por entre las nubes de algodón; ahora que, cansada y muda, quiebra la noche y llega un silencio sin destellos, sin espumas y sin luz de luna en tus ojos, que me cuentes todas esas cosas que tú ves desde ahí arriba. Tal vez pierda mis miedos. No sé si sabrás que hubo un burrito llamado Platero que descansó al pie de un pino redondo y paternal. Lo reconocerás porque es pequeño, peludo, suave como el algodón y porque no tiene huesos. Si lo encuentras, únete a él. Cuando yo vea dos ojos de azabache reír en la noche sabré que os habéis amado. Y entonces me dejaré engañar otra vez por Carol y volveremos a besarnos, a amarnos y a querernos. Y escaparemos de Arroyuelo, del

señorito y de la muerte y viviremos felices en aquel sueño que le conté a mi amada y… Tengo que dejarte, Torpe. Alguien sube la cuesta del monte y Chita se ha puesto nerviosa. Me gustaría recordarte la noche aquella en la que escapé del escondite para llevar la carta a papá y cómo me hice el valiente para sortear la guadaña de la muerte en medio de los estridentes cánticos de los grillos. Desearía mirar hacia tu ojo protector para desafiar las luces y las sombras, el día y la noche, la vida y la muerte y la acción y el sueño que se cuelan entrecortados por entre las nubes de algodón para alejar este terrorífico miedo. ¡Cuánto daría, Torpe, porque esos pasos que suben la cuesta del monte fuesen los de Carol buscándome para huir de Arroyuelo, de la muerte y de los hombres; o los de mi hermano Venancio para ver mejor la vida desde lo alto del monte, aunque sea ya noche cerrada; o los del abuelo Juan para recordarme que no debo de lanzar piedras a los pajarillos; o los de mi hermano Juan para decirme de una vez por todas dónde se encuentra Melilla; o los de Fernando para que me aclare aquellos tristes sucesos del cementerio de Brunete; o los de papá para ayudarme a uncir la yunta de vacas al yugo y darme unos consejos sobre cómo ensebar las cornales y los *sobiyuelos*; o los de Servando huyendo a la pata coja del señorito; o, incluso Torpe, los del señor cura don Manuel con su redonda, húmeda y brillante verruga aboñigada cuyo fenómeno epidérmico y rojizo hipnotizaba a las almas en pena para preguntarme si había rezado por papá, por el abuelo y por Fernando. En estos momentos anhelaría la llegada de la aurora para que borrara de un plumazo la maldita oscuridad de la noche que nos envuelve y limpiara del firmamento todas las lágrimas encantadas y sospechosas de muerte, cubiertas de fango, de sangre, de fuego, de espinas, de fantasmas, de pesadillas, de miserias y de odios. Demandaría a ese Dios del que tanto habla don Manuel que borrara las reliquias del pasado, con sus llagas, penas, sufrimientos, rencores y lamentos que agujerean la malicia afilada de vencedores y vencidos y así poder, Torpe, amar y olvidar, cerrar los ojos sin miedo en la oscuridad de la noche presente y abrirlos a la nueva luz del amanecer para soñar con las caricias de Carol, con sus besos, sus miradas, sus inaudibles susurros congelados, retenidos y secuestrados para siempre en el dulce sueño del mañana.

Ha sonado un tiro, Torpe. ¿Por qué nadie ha anestesiado el tiempo entre el disparo y la bala asesina? Chita ha caído al suelo ensangrentada.

¡Qué horror!

¡Chita ha muerto!

Otro silencio.

Miedo. Más miedo. Tengo miedo al miedo, Torpe. Y todo es oscuridad.

Otro disparo.

Más silencio.

Más noche.

Quizás Torpe escuchara desde la tumba el zumbido del segundo tiro u oteara desde lo alto del firmamento el resplandor del mismo. La muerte había vuelto a equivocarse cerrando los ojos de Jaime para siempre y su sangre caliente se mezclaba lentamente con la de Chita.

Y allá arriba, en lo alto del firmamento, una blanca nube de algodón limpió suavemente una lágrima del ojo de Torpe y otra afilada nube negra la borró del infinito para siempre.

4—PRÓLOGO EPILOGADO.

A los tres días de haber entregado el manuscrito a Míster X sonó mi teléfono móvil. Era él. No lo esperaba. "Pan y toros" me saludó. Otra vez la misteriosa frase nos unía. ¿Cómo te va, Míster X?, resoplé sorprendido. Esperaba otra invitación de contenidos etílicos y reparé en que ni siquiera había comenzado a leer su obra. Me reconfortó su respuesta. Le había encantado la novela, pero había muchos flecos que recoser, según él. Atacó por el final. "Nadie va a creerse que un niño poco ilustrado hable o piense como lo hace poco antes de morir. Deberías cambiar el final", me aconsejó. Poncio Pilatos ingresó en mi subconsciente: lo escrito, escrito está; pero no quise pecar de duro. Le fui sincero:"Dicho párrafo lo redactó sor Milagros.

Imagino que muchos años después de finalizada la contienda". ¿Y dónde vive esa tal sor Milagros? Imagino que en el Reino de los Cielos,- lo rematé-. Dame una pista y te aseguro que seguiré tu juego, - se interesó-. Nadie encontrará a nadie. Ya no quedarán pistas después de setenta y tantos años. No obstante, si tan loco estás, puedes comenzar por el Convento de Clausura de las Madres Clarisas de Benavente. Allí comenzó todo. ¿Cuento con tu permiso?,- demandó-. Haz lo que te venga en gana. No soy propietario de nada y pienso que perderás el tiempo -le advertí-. Tendrás noticias mías, pan y toros. Un loco se ha cruzado en tu camino. Y gracias por leer mi libro. El timbre sonoro del teléfono se apagó. Lo agradecí para no tener que mentir a la última gratitud. Estaba tan sorprendido e incrédulo ante los acontecimientos que me bloqueé por un momento. Tal vez coincidiéramos este verano en aquellas tierras castellanas.

Pasó veloz el verano y llegó lentamente el invierno. No volví a saber nada más de Míster X. Leí su libro. Uno de los capítulos finales llevaba por título: "Pan y toros" y en él criticaba duramente la sociedad liberal de la época. ¿Por qué habría yo pronunciado aquella frase en la presentación? Cosas del destino. No le di mayor importancia, aunque del contenido de la novela escapara un tufillo tremendamente conservador. Yo diría que colocaba políticamente a su autor en los aledaños de la extrema derecha postfranquista. Su ideología política me era indiferente en el plano personal, no así en el novelesco. ¿Leería mi novela con una visión sesgada de la realidad? ¿Sería partidista en su lectura e interpretación? ¿Captaría el matiz neutral que yo procuré por todos los medios respetar o se decantaría por su ideología personal criticando los puntos de vista que, según él, tergiversaban la realidad? El paso del tiempo arrinconó mis temores en el baúl de los recuerdos y me olvidé de él. En ese trascurso de tiempo envié mi novela a varias editoriales con resultados dispares, pero todos negativos. Unas habían devuelto el manuscrito a vuelta de correo porque exigían su remisión vía email. Otras pedían una sinopsis de un folio sobre el tema. Tres de ellas me informaron que con la crisis económica de por medio habían dejado de publicar y las más educadas me felicitaban por la obra, cuya calidad literaria estaba fuera de duda, para a continuación disculparse con la trillada frase formal: "no entra dentro de nuestros planes editoriales para el siguiente curso". Olvidado estaba el asunto cuando a finales de enero volvió a sonar mi móvil con Míster X al otro lado. Esta vez no me saludó con aquel "pan y toros", sino que fue directo al grano. Tengo novedades, -dijo-. Tenemos que vernos. No me hice de rogar y quedamos para el día siguiente en una conocida cafetería del centro de Málaga.

Llegué puntual a la cita, pero Míster X se me había adelantado.

Fumaba un puro habano al más puro estilo de las películas del Oeste americano. Al verme, posó su vaso de cerveza en la mesa y se levantó a saludarme. Un camarero, raudo, me sirvió una nube. "Sor Milagros murió hace más de veinte años". Entró de lleno en el tema buscando mi sorpresa. Si lo hubieras preguntado en su día te habrías ahorrado el tiempo. Hace más de veinte años que lo sé. Hagamos un trato, me propuso. Cuéntame lo que tú ya sabes y yo añadiré lo que desconoces. Para empezar, podrías ponerme al corriente de dónde y cómo conociste a sor Milagros. Está bien, asentí. No creo que soluciones nada en mi novela y menos aún que le importe un comino a nadie; pero seguiré tu juego. Corría el año de 1970 y la Madre Superiora del Convento enfermó gravemente de cáncer de mama. Sor Fernanda era hermana de mi abuela materna y mi madre comenzó a visitarla con asiduidad, aprovechando las habituales escapadas que mi padre hacía a la feria de Benavente casi todos los jueves del año. Yo apenas contaba doce años por entonces y poco sabía de la guerra, salvo los comentarios que sobre ella hacían vecinos o amigos de mis padres al calor de la lumbre o del brasero en las largas noches invernales. Mi tía había ordenado a su monja de confianza, sor Milagros, que me entretuviera mientras ella platicaba con mi madre. Así fue como me contó en forma de cuento parte de lo que tú ya has leído en el manuscrito. Para mí aquello no era más que un cuento más de los que te contaban las madres a la hora de dormirte y apenas le di importancia. Como mucho la importancia que le puede dar cualquier chico a esa edad. En uno de los viajes de regreso al pueblo, le comenté a mi madre algo de lo que aquella monja me contaba. Me sacudió con una escueta respuesta que no admitía réplica: "sufrió mucho la pobre". Pasaron muchos años, demasiados tal vez. Mi tía, la madre superiora, ya había muerto y yo finalizado mi etapa de seminarista y de estudiante universitario. Decidí volver a visitar a la monja en el verano de 1984, pero ya era tarde. Había fallecido. Me sentí un poco culpable de su muerte. Algo muy dentro de mí dictaba que debía escribir aquella historia, pero el temor al folio en blanco me lo impedía. "Sufrió mucho la pobre". "Sufrió mucho la pobre". La dichosa frase de mi madre volvía a mi interior con insistencia, sobre todo a raíz de su temprano fallecimiento en 1993. No sabía ni cómo empezar ni por dónde y mucho menos a dónde quería llegar; pero algo debía de hacer. Era una deuda con mis recuerdos familiares. Llegó el año 2001 y decidí aparcar mi desidia en un apartamento de Torremolinos y lanzarme a la desesperada y a la aventura por los pueblos de la comarca en busca de información, aprovechando las vacaciones estivales. El personaje central de mis pesquisas era Jaime, el chico del que me hablaba sor Milagros, pero casi nadie recordaba nada de él. Para mi decepción, ni siquiera estaba dado de baja en el libro de defunciones de la parroquia de Arroyuelo. Algunos ancianos habían oído la historia del niño, pero no prestaban ningún interés a mis preguntas. De Ramón Carrasco, por el contrario, sí que se

acordaban; pero sus lacónicas respuestas chocaban con una cortina de precaución y de miedo. Nadie se implicaba en mi historia. Viajé a Salamanca y visité sus dos cuarteles militares. Ni rastro de Ramón Carrasco en sus archivos. Para desgracia mía, el archivo histórico de Salamanca estaba cerrado por reforma y no se sabía la fecha de su reapertura. Regresé a la comarca de Trasmonte. El final del señor Carrasco era un enigma en ella. Unos afirmaban que se había acomodado en las oficinas del Cuartel Militar de Salamanca al abrigo de un alto cargo, que había vendido todas sus tierras y se había olvidado de su familia. Otros, en cambio, opinaban que había muerto poco después de terminada la guerra, víctima de un Consejo de Guerra sumarísimo del propio bando ganador en el cual militaba. Me olvidé de él y regresé al convento. Logré hablar con la nueva Madre Superiora, muy anciana y nacida también en la zona. Ella fue la que me dio la pista fundamental, pista que a la postre se convertiría en el latigazo anímico que necesitaba para comenzar la historia. Sor Milagros había dejado una carta lacrada, carta que sólo se podía entregar a una tal Blanca Pendón, si es que aparecía por allí, y ordenaba quemarla si antes del año 2000 no era recogida por la tal Blanca. Esa carta es la parte final de la novela, la que narra la muerte de Chita y de Jaime, y me la entregó Blanca Pendón a condición de que no revelara ningún nombre verdadero. Creo no haberla traicionado. Una duda ya te habré resuelto. El párrafo final fue escrito en un convento. Si has encontrado algún pueblo que conociera tal historia durante tus alocadas vacaciones por Castilla, te habrás dado cuenta de que no existe ningún Arroyuelo ni ninguna Piadrahíta de Trasmonte. Pocos datos más puedo aportarte. Tan sólo que las últimas propiedades de los Carrasco fueron vendidas por la iglesia en 1947 y que sor Milagros nunca me habló de su padre, de su madre decía que era una santa y aquel niño del que me hablaba le daba tanta pena que se le saltaban las lágrimas al recordarlo.

Míster X, el catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Málaga, clavó su mirada en la mía. Me sentí un ser minúsculo. Estaba tan seguro de que sabía más que yo de la historia que me agazapé en el silencio. Sólo un necio osaría recorrer esos pueblos de Dios dejados en el olvido por la historia para regresar en barbecho. Por otro lado creo que él poco tenía de necio. Esperé pacientemente el torbellino de preguntas que sin duda alguna me lanzaría. Pidió otra cerveza y apagó el puro en el cenicero. ¿Quién es la Carol de tu novela? Temía la pregunta, no porque no tuviera solución a la misma, sino por la lógica aplastante del relato. Mientras yo escribía el manuscrito, la pregunta saltaba en cada página, pero me importaba un pimiento su respuesta. El primer lector de una obra siempre es el propio autor y aunque éste intente proteger a un personaje dentro de una coraza hermética, siempre aparecerá algún cretino que intente descubrir el antifaz. Esto es lo que me imaginaba ahora y jamás hubiera conjeturado que el momento llegara tan pronto,

antes, incluso, que la publicación de la misma. Me parapeté en la duda. Puede que sor Milagros. Puede, no. Fue sor Milagros, aseveró rotundamente. ¿Y quién crees que asesinó al niño? No pensaba yo que todo un catedrático en Historia fuera tan pueril en la duda. Con una lógica platónica y aplastante creí dejarlo en fuera de juego. Ramón Carrasco, sin duda. Te equivocas, compadre. El asesino ronda por la novela, pero no fue él su brazo ejecutor. Nadie podrá saberlo a estas alturas,- me defendí-. Vuelves a marrar, pan y toros, pero te voy a perdonar una vez más. Pan y toros. Otra vez la maldita frase, solo que ahora yo sabía a qué atenerme. Pasé por alto la apreciación y dejé que su espada interrogativa siguiera hiriendo mi autoestima. Ramón Carrasco murió en 1942 ante un pelotón de fusilamiento de su propio bando. Se le acusó de más de 120 muertes, todas con nombres y apellidos y su sentencia de muerte fue firmada por el propio Caudillo. El nombre de Jaime Pendón no figuraba en la lista, aunque sí el de su padre. ¿Imaginas quién apretó el gatillo en lo alto del monte de Arroyuelo en la oscuridad de la noche? Repasé mentalmente mis personajes. Había varios posibles asesinos; pero nadie podría asegurarlo. Además, mis personajes eran míos porque yo los había creado, y si alguno de ellos era un asesino, solo yo tendría derecho a opinar. Por eso dejé abierto el final de la novela. Ahora venía este intruso de Míster X y quería cerrarlo. Así se lo hice saber. Tienes toda la razón del mundo en lo del final abierto y nadie va a obligarte a cambiarlo, mas hay algo que quiero que sepas. –Me miró fijamente a los ojos. ¿Suplicaba poder seguir adelante? ¿Se creía un ser superior? ¿Tenía él derecho a opinar? ¿Sobraba yo o sobraba él? Todo quedaba sin respuesta ante su firme determinación a seguir adelante. Conocí a Blanca Pendón (se me heló el corazón al oír su nombre) en la residencia de ancianos de Santa Cristina de la Polvorosa. No tienes por qué escribirlo si no quieres dar pistas. Yo estoy respetando tus falsos nombres. Su ceguera no impedía recordar nítidamente lo ocurrido durante el conflicto. Se me abrió a mí como si no quisiera llevarse el secreto a la tumba, como una rosa abre sus hojas ante el amante que la huele para despedir más olor. Es más, no sólo guardaba un secreto sino varios. Me recordó que años atrás un joven escritor le había preguntado lo mismo que yo, pero que no fue del todo sincera con él, pues no le inspiraba demasiada confianza. Para empezar me descubrió que el hijo que ella había parido no era fruto de ningún embarazo no deseado de un militar, como se había dicho en su día, sino de una violación. ¿Imaginas quién la preñó? Su propio padre. ¡Calla! No digas nada. También me narró punto por punto algo que queda muy suelto en la novela. Sor Milagros se lo había declarado poco antes de morir. La noche de la muerte de Jaime, Carol escuchó una conversación entre su padre y don Macario, padre de su futuro marido. Hay que eliminarlo, ordenó don Ramón. Carol se asustó. Corrió a la cuadra de las vacas aunque ya hubiera oscurecido y tuviera prohibido salir a la calle por la noche. Ni Jaime ni Chita estaban allí.

Seguro que la perrita había vuelto a escapar hacia el monte, - pensó- y Jaime habría ido a buscarla. Tenía que ponerle sobre aviso. Pero don Macario se le adelantó. Ella fue testigo mudo de los dos crímenes y el eco de los dos disparos se le clavó en el alma hasta su muerte. Huyó esa noche a Piedrahíta y se refugió en casa de Petra, a quien no contó nada de lo que había visto. A la mañana siguiente desapareció del pueblo junto a Blanca. Su destino fue un convento y allí nació el único hijo de la última. Confundido, me arriñoné *en la silla con la cerveza en la mano. Aletargadas las ideas, adormilado mi mal genio, perdida mi autoestima, amodorrado mi pensamiento y entumecida mi lengua, intenté sacar fuerzas de flaqueza con un largo trago de cerveza para aparentar que salía de aquel atolladero. Cuando él creyó que me recuperaba y que iba a decir algo, me hizo un gesto con la mano. Aún no he terminado, pan y toros. Blanca me habló de su hijo. ¿Adivinas su nombre? Encendió el segundo puro y escupió al viento su aroma. Observó la aureola circular del humo que ascendía parsimoniosamente hacia el techo y con un leve soplo la hizo desaparecer del ambiente. Me miró altivo y desafiante, con una arrogancia que rayaba el insulto, con una soberbia tan violenta que dejaba al desnudo mis descuidos históricos, mitigados en parte por los efluvios etílicos de las cervezas. Anuló por completo cualquier efugio para salir de aquel aprieto en que me había sumido. Exhaló complaciente una segunda bocanada de humo en tres fases y la arrojó delante de mis narices. Cada una de ella llevaba una sílaba ahumada. Algunas letras se perdieron en el interior de mi botella de cerveza vacía. "Ve- nan- cio". Nunca comprendí el interés de aquel catedrático por indagar en la historia real de mi novela. Al principio sopesé que era la huida de sus propios problemas personales la que lo empujaba a tal aventura. Más tarde me incliné por pensar que estaba un poco loco, como casi todos los novelistas lo estábamos, pero lo que jamás llegué a imaginar era que quisiera llegar tan lejos. ¿Qué le había hecho yo para que quisiera herirme con sus investigaciones? ¿Sería aquella maldita frase, soltada al azar aquella veraniega tarde de agosto en la presentación de su novela, la que había herido su orgullo y de la que se quería vengar? ¿Qué pretendía ahora con el enigmático nombre de Venancio? ¿O era que quería transformarme a mí en un personaje más de mi propia novela? ¿No le había advertido yo que todos mis personajes eran ficticios? ¿Intentaba dejarme cadáver y disfrutar de mis exequias? Un tufillo de esperanza vital apareció en mi interior y me recuperé lentamente. Siguió acosándome con su lengua de víbora. El chiquillo nació enfermo y apenas vivió tres años. Pero eso es lo de menos, pan y toros. Blanca me indicó que en el viejo caserón inhabitado de sus abuelos había un arcón en donde su madre guardaba todos los recuerdos familiares, incluidas las cartas recibidas. La suerte estaba de mi lado, pues aunque parte del tejado había caído sobre él, su interior dormía inmaculado. Míster X echó mano al bolsillo y extrajo un viejo papel y una carta. Me entregó el primero. Toma, léelo, es la nota*

que dejaron Carol y Blanca a Petra el día de su huida. Nervioso, obedecí como corderillo manso y le atrapé el papel de la mano, a la vez que depositaba mi botella en la mesa. "Mamá, me voy con Carol. No nos busques. Estaremos a salvo. Un beso". No llevaba firma alguna. Por un momento me transformé en Jaime, mi personaje ficticio y volví a una etapa en la que ni siquiera yo había nacido. Pedí una tercera ronda para disimular mi tristeza. Y esta carta, - no daba tregua Míster X a su afán por fastidiarme- te sorprenderá aún más. Léela sin prisas. A la vuelta del mingitorio me contarás tus impresiones. Se levantó y me dejó solo en la mesa, aturdido, alelado y cariacontecido. La remitente era una tal Sor Milagros de la Virgen María e iba dirigida a la señora Petra García Utrera, calle de las Eras. Piedrahíta de Trasmonte. El sello había sido arrancado del sobre. Extraje el papel. Llamó mi atención la caligrafía clara y cuidada y, sobre todo, el uso de la pluma.

"3 de febrero del año del Señor de 1941.
Estimada señora:

La paz del Señor y el amor de la Virgen María estén con vos. Un trozo de mi corazón se me va con estas letras tan dolorosas e injustas por la tardanza, pero el miedo a la vida pudo más que mi pasión y raciocinio. Sé que he sido injusta con usted, pero su hija Blanca así me lo pidió y ahora que no está quiero resarcir tal sinrazón, aunque para ello tenga que traicionarla. Quiero que sepa que Blanca ha estado conmigo hasta hace unas semanas en un convento del que no puedo darle datos, que el hijo que tuvo, Dios lo tiene ya en la gloria y que era mi hermano. Espero que Dios me perdone por los atropellos de mi padre, por quien yo rezo mucho, aunque me haya matado. Al menos he encontrado apoyo en el Todopoderoso. No sé si ella irá a verla, pues aunque la quiere mucho, sus miedos pueden con todo. Salió de aquí cuando Venancio murió y la vida la habrá recogido en cualquier pueblo del mundo. No tenía vocación cristiana. En nuestras plegarias diarias estará siempre presente, pues aunque no haya querido seguir la vida monástica, las injusticias que la misma le deparó la hacen merecedora de la vida eterna.

Es mi deber explicarle el motivo de nuestra huida, aunque no me alargaré mucho para no hacerla sufrir aún más. Fui testigo directo de la muerte de Jaime y de la conversación en la que se ordenó tal muerte. Aunque usted no lo crea, fue mi propio padre quien la ordenó. No pude hacer nada por evitarlo. Quiero que sepa que aunque ahora vivo en Dios, entonces vivía en su hijo. No me duelen prendas en manifestarle que estábamos enamorados. No sé si esto le explicará nuestros miedos al huir como lo hicimos, sin explicación alguna. Jaime me contó tantas cosas de usted que creo que lo ocurrido con su hija y conmigo misma son pequeñeces al lado de lo vuestro.

Si por casualidad ve usted a mi madre, dígale, por favor, que me perdone. Yo también rezo a diario por ella. Sé que aún sigue viva. No tengo fuerzas para escribirle. Dios me lo perdonará algún día, pues soy consciente de que estoy siendo muy injusta con ella.

Siento esas lágrimas como mías y huelo su pañuelo como estoy oliendo el mío ahora mismo. No decaiga, señora. Que el Señor le insufle fuerzas para seguir viviendo.

Carolina Carrasco."

Cuando quise darme cuenta ya era demasiado tarde. Estaba llorando. Avergonzado, me limpié los ojos furtivamente antes de que aquel profesor de historia volviese del servicio. ¿Por qué mis propios personajes, que siempre creí que nunca existieron y que por ello los consideraba míos, me lastimaban el corazón? Por qué odiaba yo tanto al señorito mientras leía la carta de su hija si solo lo había creado tan malvado para que lo aborreciera el lector? ¿De qué había servido intentar esconder la verdad, cambiar todos los nombres de mis personajes y los lugares en que se desarrollaba la acción si un intruso había dado con ellos? ¿Podría yo seguir defendiendo que ninguno había existido? ¿Por qué una historia tan estúpida sobre la Guerra civil española, que en su día bullía en mi cerebro agitando mis neuronas para salir de él, se había convertido en historia real para aquel profesor? ¿Por qué me había yo enamorado de Carol si la conocí siendo ya anciana y monja? ¿Es que acaso era yo Jaime Pendón, el chiquillo aquel que modelé con palabras artificiales a la manera de un Pinocho de madera y que ahora cobraba vida reencarnado en un mal escritor, mentiroso y atrevido, que intentaba engañar al lector con una historia fruto de sus imaginaciones? ¿Habría yo caído en la trampa urdida por mí mismo? "La historia no se escribe, se revive" había afirmado Míster X cuando nos conocimos y yo, que no estaba de acuerdo con aquel postulado, la revivía ahora por su culpa. Era cierto que mi padre tenía dos vacas llamadas La Rubia y La Sevillana, pero eso fue allá por los años sesenta; y que Torpe, la burrita heredada de mi abuela materna, murió cuando apenas contaba yo catorce años; y que a Chita la había encontrado mi padre en el campo y se había criado en la cuadra con la pareja de vacas y con la burra. Pero yo nada sabía de la guerra y mi padre poco me habló de ella. ¿Por qué bauticé con aquellos nombres reales a los animalitos de la historia? Recé para que Míster X no hubiera buscado a cualquiera de mis siete hermanos para atosigarlos a preguntas. Empecé a odiarlo y a temerlo a partes iguales. Deseé por un momento que su culo se quedara pegado a la taza del wáter hasta el anochecer; pero, desgraciadamente, mi deseo no se había cumplido, pues lo vi aparecer ante mí aún más arrogante. ¿Habría oído mis pensamientos? Se sentó. Encendió el puro una vez más, pues descansaba apagado en el cenicero y sorbió,

complaciente, un trago de cerveza. Miró la carta que aún tenía yo en la mano y prosiguió con su monólogo. ¿Nada que opinar? En aquel arcón había muchos más documentos. Quizás éste tenga relación con tu novela. -Míster X seguía disparando balas de su escopeta cargada-. Sacó otro sobre de color marrón oscuro y muy grasiento. Sobre el sello del Caudillo destacaba un matasellos con el yugo y las flechas. Se lo arrebaté de las manos. Ramón Carrasco escribía a Petra García desde el cuartel militar de Salamanca. Extraje la carta con pasión y odio contenidos.

" Salamanca a 25 de abril de 1940.

Amada Petra:

No puedo soportar que mis dos hijas se hayan fugado sin mi consentimiento. En cuanto sepas algo de ellas, me lo comunicas. Recibirán un castigo ejemplar de su padre. Por su culpa, Atenea ha caído en una fuerte depresión, aunque a mí me importe un comino. Siempre fue débil de espíritu. Vive amargada dentro del cuartel y hay noches que sueña en voz alta y habla con su hija. Yo creo que está enloqueciendo. En cuanto a mí, las cosas no marchan muy bien. Algún mentecato quiere acusarme de alta traición a la Patria precisamente por eliminar a sus traidores; pero tendré el apoyo del Caudillo. Sabes que siempre he actuado conforme a los valores morales del bien, que no son otros que eliminar todo mal. En cuanto mis obligaciones lo permitan te visitaré. Te echo mucho de menos.

¡Viva España! ¡Arriba España! ¡Viva Franco!

Ramón Carrasco."

Introduje la carta en el sobre y se la devolví. A punto estuve de introducir en ella un escupitajo rabioso. Toma. Es tuya. Nada tiene que ver con mi novela. Puedes utilizarla como tesis doctoral y crecerá tu reputación. Míster X se sintió herido. Sus ojos plasmaron mi descortesía. Eres un desagradecido,- me soltó-. Muchas cosas de tu novela se explican con estos documentos. Deberías añadirlos a la obra. Sopesé la respuesta. Dudé entre ser cortés con él o vengarme por haber descubierto lo que yo procuraba esconder. Algo me decía que debía desaparecer de allí antes que otra bala saliera del cañón. Levanté mi copa de cerveza y la choqué contra la suya. Disimulé mi enfado. "Aunque no lo creas, has cerrado el círculo y me disgustan los finales cerrados". Su cara de disgusto tornó en apática alegría. Consideré que era el momento de mi venganza personal, no por haber criticado la visión neutral de la novela, cosa que no había hecho, sino por haber abierto mi final cerrado. Hacía tiempo que aquella frase daba vueltas en mi cabeza. Tenía que soltarla. Intuí que la ambigüedad se había apoderado de su estado de ánimo a raíz de mi última recriminación y quise aprovechar su momento de confusión anímica. "A propósito, Míster X, ¿tiene algo que ver "pan y toros" con el opio del pueblo marxista?"

Míster X me miró con un odio especial. Jamás lo hubiera imaginado en él. Se levantó bruscamente de la mesa y, mientras se iba, me espetó: al judío de Marx lo hubiera crucificado Franco. Enseguida supe que había perdido un amigo. Y todo por no recordar los postulados de su novela; pero no me importaba. Había conseguido lo que pretendía, que me dejara ya en paz y se olvidara de mis personajes. Ahora entendía por qué se había negado rotundamente a prologar mi novela cuando se lo propuse, a pesar de haber sido él un agente literario de la misma. Es lo malo que tenemos los escritores mediocres, que no sabemos reflejar la neutralidad que pretendemos y nos traiciona el subconsciente, aunque en el caso que nos ocupa fuera buscado a propósito. Pagué lo que se debía y entré en el servicio. No pude atrapar la frase que se me escapó durante la micción: "que te den por el culo". Nunca hubiera imaginado un final tan poco ortodoxo en mi novela, pero no me arrepiento.

Torremolinos. Enero de 2009.

5- JUEGOS:

- **Juego de las tabas**: es un juego de gran tradición, practicado casi siempre por niñas, al que ya se jugaba en la Grecia antigua. La taba es un hueso que se encuentra en el "corvejón" de la pata trasera de los ovinos y que consta de cuatro caras. La denominación de las mismas varía dependiendo de los lugares. En Ávila, por ejemplo, se denominaban hoyos, tripas, carneros y lisos. En ciertos pueblos rurales de Burgos se nombraban como hoyo, penca, guito y carne. En Arroyuelo las partes de la taba eran hoyos, damas, picos y fondos. El juego comenzaba lanzando al mismo tiempo una bola, pito o piedra al aire y dejando caer las tabas al suelo. Se tenía que recoger la bola en el aire y se ganaban todas las tabas cuya cara era hoyos. Se repetía la operación, esta vez jugando a damas. Volvías a lanzar la bola al aire y mientras ascendía, con la palma de la misma mano se volcaban las tabas a la posición de damas y se recogía la bola. Si la bola caía al suelo o no conseguías ninguna dama comenzaba a tirar la siguiente niña.

- **Juego de la cuarta**: ante la escasez de monedas,

se solían utilizar chapas o tapones metálicos de las botellas, previamente aplanados sus bordes con una piedra. Se hacían rebotar en una piedra incrustada en la pared y el juego consistía en aproximar tu chapa a la que había tirado antes otro niño, a una distancia inferior a la cuarta (trozo de palo o paja de medida aleatoria que se empleaba como medida). En ese caso, ganabas la chapa.

- **Juego de las chapas**: cada jugador lanzaba una chapa contra la pared y la que quedara más cerca de la misma lanzaba el primero. Se colocaban las chapas en forma de torre y se lanzaba sobre estas una piedrecilla. Todas las que se daban la vuelta las ganaba el jugador que había lanzado y seguía tirando hasta que ninguna se girase. Entonces se pasaba el turno a otro jugador.

- **Juego de los santos o de la tajuela**: se recortaban las cajas de cerillas por el lado del dibujo. Esta cara era el llamado "santo". Cada jugador ponía el mismo número de cromos en un montón y una piedra redonda encima (canto). Entonces, a una distancia aproximada de cuatro metros, se lanzaba una piedra plana llamada "tajuela". Los cromos que quedaban más cerca de la tajuela que del "canto" eran los que ganaba el jugador. También se solía jugar con chapas que se ponían sobre el "canto" o "pico".

6- Localismos utilizados en la zona donde transcurre la acción.

A peto: del lat. pectus, pecho. Expresamente, a pecho, a propósito.
A rape (o rapa) terrón: ridiculizar a alguien. En la siega, cortar a ras de suelo.
Abalea: del célt. balazn, retoma. Escobón hecha con dicha planta, utilizada comúnmente para barrer la era.
Aborrecer: del lat. abhorrescere. Abandonar un ave su nido.
Acarriar: de acarrear. vulg. Transportar las mieses con el carro.
Acedas: plantas silvestres utilizadas en las ensaladas. Muy ácidas.
Aconcejar: del lat. concilium. Reunir el concejo.

Adil: en adil. Finca no cultivada.
Aguantar: del it. agguantare. Darse prisa.
Aguardar: de a – guardar. Esperar.
Albérchigo: del mozár. al bérchigo. Especie de melocotón.
Alivio: (ropa de). Del lat. a, ad, y levis: ligero. Ropa de semiluto, al final del luto. El color negro se sustituye poco a poco por colores claros.
Amolar: de a y muela. Fastidiar, molestar.
Amparar: del lat. anteparare. Sostener una carga. " Ampárame el botijo mientras bebo".
Apañar: de a y paño. Recoger, recolectar con la mano.
Archiperres: cacharros, trastos viejos.
Aricar: loc. Arar superficialmente.
Arradio: vulg. Vocablo inaceptable formado por contaminación del artículo. (la radio; una radio dan la arradio, un arradio).
Arramar: vulg. Derramar. " Se me arramó el agua del caldero".
Arrebañar: vulg. Rebañar. "Arrebañó la cazuela con la lengua".
Arrañal: parcela muy pequeña, generalmente muy próxima a la vivienda.
Atropos: vestido desordenadamente. "¡Vaya atropos que lleva!"
Aviarse: del lat. ad (para) y via (camino): arreglar una habitación, darse prisa.
Bacillar: del lat. bacillum: sarmiento. Viña.
Bacillo: haz de vástagos nuevos de la vid.
Badana: (zurrar la), pegar.
Badil: del lat. batillum: paleta de metal para mover y recoger la lumbre en chimeneas y braseros.
Bálago: del lat. palea: paja. Mies amontonada y sin trillar.
Barruntar: quizá del lat. promptare. Sospechar algo.
Berenjenales: líos. "Meterse uno en berenjenales".
Berrinche: del lat. verres: verraco. Pataleo, lloriqueo. "Cogió un berrinche de aquí te espero".
Bigornia: de bicornia: dos cuernos. Yunque de zapatero.
Bóbilis, bóbilis: (de). Obtener algo sin nada a cambio, sin hacer nada.
Bofes: de la onomatopeya buf: pulmón. Chorizo de bofes: de carnes no nobles, v. gr.: pulmón.
Bruces: (darse de bruces con alguien), encontrarse cara a cara, de sopetón.
Bruja: polvareda en forma de remolino.
Bucarón: (o bocarón). Ventana para meter la paja trillada en los pajares.
Buraco: vulg. Agujero, abertura redonda.
Burbiones*:* Soportes de madera que se colocan en el carro para

sujetar las pernillas.
Burra: ampolla.
Butillo: estómago de los animales.
Cabás: del fr. cabas. Maletín de los libros.
Cábida: de cabida: extensión superficial de un terreno. Palabra esdrújula en esta zona. “Finca con una cábida de dos ochavas”.
Cabijales:. agujeros del arado para sujetarlo con la cabija a la trasga del yugo
Cabodeaño: fecha que tiene lugar un año después del fallecimiento. (v.gr. “misa de cabodeaño”).
Cacha: cayada.
Cachivache: cosa rota, arrinconada o sin valor.
Cachuela: de cazuela: mollejas de las aves.
Cachusca o cachiusca: bota alta de goma.
Cadriles: nombre que se le daba a la zona lumbar. (“me duelen los cadriles”)
Cagajón: de cagar: excremento caballar, mular o asnal.
Cagalita: de cagaluta o cagarruta: excremento de cabra, oveja…
Calabobos: de cala y bobos: llovizna menuda.
Calducero: vulg.: persona entrometida, chafardera, buscadora de pleitos.
Cama: paja y similares para descansar el ganado. “Limpiar la cama”.
Campante: tranquilo, despreocupado. (ej.: estaba al sol tan campante).
Candonga: mujer liberal, atrevida.
Carga: medida agraria equivalente a 13.332 metros cuadrados.
Carolo: (Cuando reinaba…). Tiempo muy atrás. Del lat. collyra: pan basto. Pedazo de pan que se solía dar como merienda a los jornaleros.
Carraca: onomat. de crac: instrumento de lengüeta que gira y hace ruido, muy típico en Semana Santa.
Celemín: octava parte de una ochava.
Cencellada: de cierzo: capa de hielo sobre las plantas.
Cencerra: onomat. de cinz: campañilla pequeña que cuelga del cuello de algunos animales. Mujer descerebrada.
Ceranda: cedazo de madera y piel de vaca o de cabra con agujeros de diverso tamaño, según su uso (trigo, avena, garbanzos, lentejas, harina…). Refrán popular: “en mi coño y en mi ceranda nadie manda”, aunque el verdadero es “en mi hornero y en mi zaranda nadie manda”.
Chafallo: de chafar: que hace las cosas de cualquier manera, chapucero.
Chaguazo: (o chaguarzo). Tipo de tomillo, muy aromático.

Chalina: de chal: especie de bufanda.
Chanclo: de chanca, onomat. de chanc: calzado de madera muy sano para el invierno. A veces se erraba para evitar el desgaste.
Chiflar: del lat. sifilare: silbar, pitar.
China: de la voz infantil chin: piedra pequeña. "Se me metió una china en el zapato".
Chiscar: onomat. de chisc: encender el fuego, la lumbre.
Chispiar: (de chispear). Llover muy poco. Caer gotas pequeñas.
Cinco (tomar las cinco). Tomar la merienda**.**
Cisgar: husmear**.**
Corajina: de coraje: arrebato de ira, berrinche.
Cornijales: del lat. corniculum: cuerno. Esquinas de los sacos.
Coruja: lechuza.
Coscarones: los restos que quedan al deshacer la manteca del cerdo. Se les añadía azúcar o miel y migas de pan.
Crisma: (romperse la…). Del lat. chrisma: ungir. Darse un buen golpe en la cabeza.
Cuitao: (de cuitado). Del lat. cogitare. Sinónimo de "pobrecito. De poca resolución y ánimo.
Cuzo: de cuz: curioso, cotilla. Por ext.: cucear.
Danzante: persona ligera de juicio, poco seria. Sentido peyorativo.
Dar las bocadas: morirse un ave.
¡Demontres!: (de demontre). Demonio, en sentido de extrañeza. Interjección familiar.
Despollinicar: del lat. pollinus: pollino. Pasar de chico a mozalbete. "¡Cómo ha despollinicado el chico!".
Dispués: vulg.: después.
Dornajo: artesa pequeña de una sola pieza, redonda, que sirve para dar de comer a los cerdos, fregar, amasar y otros usos.
Echar un parlao: hablar con los amigos.
Embabada: de baba. V. gr.: caérsele la baba a uno = estar orgulloso de algo o de alguien.
Emburrión: de emburriar: empujón.
Empuntiar: de empuntar: dar un puntapié o empujón y cargar a otro con el mochuelo.
Encetar: del lat. incipere: empezar un pan, un jamón…
Endilgar: del lat. in: en, y delicare: mostrar. Endosar a otro algo desagradable. " Ya se lo endilgó al tonto ese"-
Engarabitarse: encaramarse, subirse a lo más alto de algo. "Se engarabitó en la tapia en un santiamén".
Engareñido: aterido de frío. "Tengo las manos engareñidas".
Enrebujar: de reburujar: hacer rebujos sin orden. También se utiliza en las peleas. "Se enrebujaron en el suelo".

Entoñar: de en y toña: tapar algo con tierra, estiércol…
Equilicuatro: ¡acertaste! Vulg.
Escachar: (un huevo). De es y cachar: romper la cáscara.
Escarrincarse: subirse a un sitio, trepar.
Esconderite: juego del escondite.
Escriño: del lat. scrinium: cesto confeccionado con paja, generalmente de centeno.
Esguarniar: vulg.: romper algo. "Lo esguarnió".
Esmochar: romperse los cuernos (referido a los animales).
Espurrirse: del lat. exporrigere: estirarse cuando se está echado en la cama, desperezarse. También se utiliza cuando alguien crece mucho. "¡Cómo ha espurrido!"
Estrébedes: trébede. Vulg.: del lat. tripes-tripedis: tres pies.
Estrozar: vulg.: destrozar, romper. "¡Vaya estrozo que ha hecho el mameluco".
Fanega: cuarta parte de una carga. 3.333 metros cuadrados.
Farrapastroso: de farrapo, harrapo :ir mal vestido, sucio.
Fole pistonuda: tener mala leche, mal carácter. En algunas zonas rurales es masculino.
Forfajas o forfayas: vulg.: migas de pan que quedan sobre la mesa durante las comidas.
Furrular: vulg.: funcionar adecuadamente.
Gajo: del lat. galleus: cada uno de los grupos de uvas en que se divide el racimo.
Galbanas: vago. Del ár.: gabana: desánimo.
Gargajo: escupitajo. Onomat. Del lat. gargarizare.
Granzas: del lat. grandia, pl. de grandis: residuos gruesos de paja y espigas que quedan después de separar el grano de la paja.
Gurriato: cría del marrano. Despect. De gorrión.
Hijada: vulg: vara con punta para arrear al ganado.
Hocil: hoz pequeña.
Hurmiento: pan ácido para la levadura de la masa (del lat. fermentum).
Ir a peto: acudir a un lugar única y exclusivamente a una cosa. Aquí, Jaime sube al monte a buscar a Chita *a peto*.
Ir al patatal: morirse.
Jato: ternero**.**
Jeras: (hacer las jeras). Del lat. diaria: llevar a cabo los trabajos domésticos. Cuando alguien tiene mucho trabajo en casa, se dice: ¡Vaya jera que tiene!".
Jergón: colchón de paja. Aument. De jerga.
Jeringar: fastidiar, amolar, molestar. Del lat. syringa: tubo.
Jijas: (Ser un jijas). Alguien pequeño, delgado; pero valiente y

atrevido.
Jolines: vulg.: exclamación de sorpresa suave.
Labra: zurra, somanta, paliza. “Buena labra le dio su padre”.
Lomada: (pegarse una…) Caerse.
Lagaña: legaña.
Luego: ipso facto, enseguida. Del lat. loco: adverbio de tiempo. “Ir luego” no quería decir que fueras enseguida, sino mucho más tarde.
Majo: simpático.
Mameluco: tonto, fanfarrón, fantasma. Del ár. mamluk: esclavo.
Mamola: mentón. “¡Cállate que te resoplo la mamola!” (te doy un guantazo).
Mamón: egoísta, tragón, aprovechado. Del ár. ma´mula: caricia fingida.
Maquila: del ár. makila: medida de capacidad. Pago por la molienda. En épocas de escasez, generalmente consistía en las barreduras del polvo de la harina.
Marra: piedra que indica la divisoria de un término o de una finca.
Mellado: desdentado. Se aplicaba a los instrumentos de siega.
Meluca: vulg.: lombriz de tierra utilizada como cebo en la pesca.
Meter el cuezo: meterse uno donde no le llaman.
Meticón: entrometido.
Mielgo: mellizo.
Modorro: testarudo, cabezón. Aturdimiento que sobreviene al ganado lanar produciéndole un sueño muy pesado. Por extensión, hombre cabezón o mujer cabezona (modorra).
Molledo: parte blanda del pan.
Morena: del vasco muru: montón. Montón de bálago en las fincas.
Mormiar: (de murmurar). Vulg.: Quejarse, hablar entre dientes manifestando queja o disgusto.
Mostrenco: con pocos reflejos, rudo. De mestenco.
Murga: (dar la…). Dar la lata.
Ochava: ocho celemines o media fanega.
Paralís: parálisis. “Le dio un paralís que lo dejó listo”.
Pardal: gorrión.
Pasmao: tonto, abobao.
Un pelín: un trocito (dame solo un pelín); un poco (un pelín miedoso). Puede significar también “mucho”, dependiendo del contexto y de la entonación (un pelín tonto)
Partirse el culo: reírse a carcajadas.
Pelonas que te dejan tieso: fuertes heladas**.**

Perdulario: persona golfa y degenerada.
Pernillas: (*pernales* en León) Estacas largas que se ponen en los carros para aumentar su capacidad de carga de mies, paja o heno.
Perucho: fruto del peruchal, especie de peral.
Pescozón: (dar un…) Dar un guantazo.
Pescudar: buscar algo o a alguien. "¿Qué se ha perdido? Pues,¡ hala!, a pescudar".
Pilonga: mujer solterona y vieja. Sentido peyorativo.
Pingo: mujer de vida relajada, de mundo.
Pitera. Agujero pequeño en recipientes para líquidos.
Purridera: horca, generalmente pentadente, para mover estiércol y similares. (Zona noroeste de Zamora y sur de León).
Quinto: mozo llamado a filas, antigua mili.
Resisterio: (estar al). Aguantar las inclemencias del tiempo.
Responso: reprimenda.
Rezongar o rezungar: protestar por lo bajini.
Rodilla: paño basto con el que se limpia la cocina.
Roña: suciedad acumulada durante mucho tiempo.
Sin paranza: inquieto, nervioso. "No tener paranza", "estar sin paranza".
Sobeo: correa que une el yugo a la viga.
Sobina. Útil de madera y una soga para colgar los tocinos
Sobiyuelo: correa fuerte con que se ata la trasga al yugo.
Sobrizarse: ("izarse sobre"). Apoyar el cuerpo en algo.
Somanta: panadera, paliza. ¡Qué somanta de palos se llevó!".
Soplamocos: guantazo.
Sornabirón: Bofetada, revés. (Comarca de Benavente).
Telares: trastos viejos , inservibles e inútiles.
Tenada/o: cobertizo multiuso. Refugio de ganado. Hecho generalmente con leña.
Tomar las diez: se decía así en Arroyuelo al desayuno tomado a media mañana, generalmente en la era o en el campo.
Trafuyas: que obra caóticamente, desordenado.
Trinquete: frontón.
Verrón: verraco. Cerdo macho para cubrir las hembras.
Yera: (ir a yera): jornada comunitaria que consistía en limpiar y adecentar caminos públicos del pueblo. Se pasaba lista. Al menos uno de cada familia debía de asistir a la misma. En caso contrario, se multaba. Por la tarde, las autoridades municipales repartían a los hombres pan, escabeche y vino.Normalmente coincidía con el martes de carnaval.
Zada: azada.
Zampón: comilón.

Zurrajos: vestidos andrajosos.